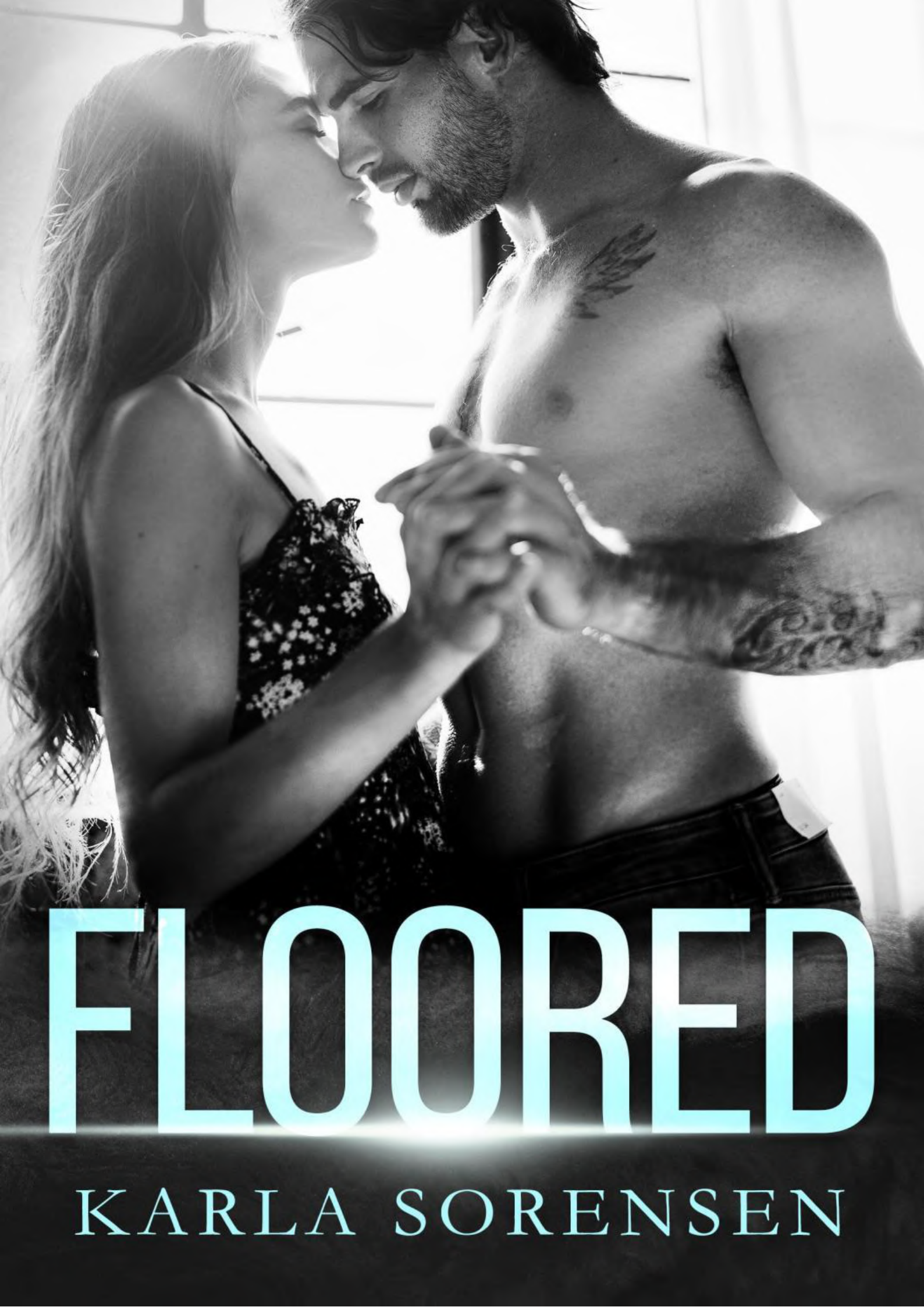


FLOORED

KARLA SORENSEN

KARLA SORENSEN

Ward Sisters #3

Este trabajo es una traducción realizada por **Black Cat** y **Sweet Poison**. Ningún participante de este proyecto ha recibido remuneración alguna por haberlo hecho. Es totalmente **sin fines de lucro**, de **fans para fans**, por lo cual no tiene costo alguno.

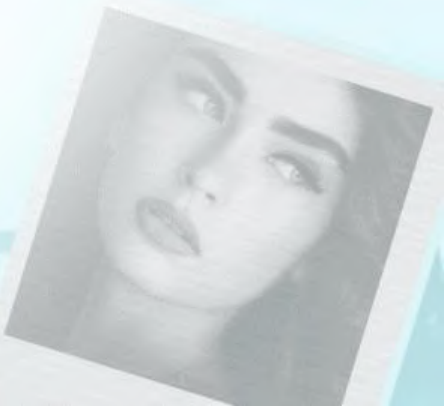
Por favor, te pedimos que no subas capturas de pantalla del mismo a las redes sociales y no acudas a las fuentes oficiales solicitando las traducciones de fans, y mucho menos mencionar a los fotos o fuentes de donde provienen estos trabajos.

Te invitamos a apoyar al autor comprando su libro, si logra llegar a tu país.

¡Disfruta la lectura!

BLACK CAT
SWEET POISON

FLOORED



KARLA SORENSEN

Ward Sisters #3

SINOPSIS

¿Has oído hablar de la impulsiva estudiante de posgrado estadounidense y el *melancólico británico* que discutían sobre qué tipo de FÚTBOL era mejor?

Es una buena historia, especialmente porque termina conmigo sosteniendo una PRUEBA DE EMBARAZO en mi pequeño piso de Oxford.

En mi defensa, nunca tuvo la intención de ser más que un coqueteo inofensivo, pero él solo estaba sentado ahí, CON SU ACENTO, SUS MÚSCULOS Y SUS TATUAJES, diciéndome que su fútbol era mejor que el que crecí viendo jugar a mi hermano.

Lo siguiente que supe fue que el coqueteo se puso mucho más caliente y, aunque no estaba segura de volver a verlo alguna vez, *mi Brit misterioso*, era el tipo de noche que una chica se va a la tumba recordando.

Sin embargo, ya sabes cómo va la historia... unas semanas más tarde, la chica impulsiva se pone un poco vomitona y ve un titular deportivo que muestra a su misterioso Brit pateando la pelota blanca y negra que nos metió en este lío.

CRÉEME, YO TAMPOCO LO VI VENIR.

Ward Sisters #3.

BLACK CAT
SWEET POISON

FLOORED

KARLA SORENSEN

Ward Sisters #3

CONTENIDO

CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
EPÍLOGO
ESCENA EXTRA
EPÍLOGO EXTRA
SIGUIENTE LIBRO
ACERCA DE LA AUTORA

BLACK CAT
SWEET POISON

FLOORED

1

Lia

La primera vez que vi el Palacio de Buckingham, tuve un pensamiento sorprendente.

Esto es una mierda.

No el palacio, el palacio era genial. Era hermoso, todo majestuoso y todo eso con relucientes flores de lis doradas en cada poste de la cerca de hierro negro que protegía a la realeza de nosotros, los simples mortales.

No, lo que era una mierda era yo.

Durante dos semanas, había estado en el lugar con el que había soñado desde que podía recordar. Gran Bretaña, con sus monarcas e historia y arquitectura y ugh, simplemente todo, y mientras estaba sentada en los escalones frente al Palacio de Buckingham, rodeada de personas tomándose selfies y hablando con sus compañeros de viaje, yo me sentí sola. Extrañaba mi casa.

¿Qué tan jodidamente molesta era?

Debería haber estado extasiada, debería haber estado en las nubes. ¡Por encima de ellas, incluso!

Después de tomar una foto del edificio detrás de mí, se la envié a mi hermana gemela, Claire. Ella quería ver todo, y si este hubiera sido un viaje normal, de una semana o dos para hacer turismo, probablemente habría dejado a su novio, el dios del snowboard, para venir a ver a los británicos conmigo.

Pero en lugar de eso, estaba aquí sola, porque mis visitas turísticas se combinaban con el tiempo que pasaba estudiando en Oxford durante el

trimestre de Michaelmas[1], que iba de finales de septiembre a diciembre. Llegué unas semanas antes para instalarme y ver todas las cosas antes de que mi investigación comenzara en serio. Era lo que había soñado cuando comencé mi Maestría en Literatura Inglesa, este tipo de inmersión en la cultura y la educación británicas con una profesora súper estrella cuyo trabajo sobre las hermanas Brontë era como un texto religioso para mí.

Sin embargo, yo era el saco triste que deambulaba por Londres, contemplando cabizbaja los bellos parajes.

Mientras metía mi teléfono celular en mi bolsillo delantero, comenzó a zumbar.

Claire.

—¡Hola! ¿Qué estás haciendo? —Hice una mueca después de que salió porque incluso para mis propios oídos, sonaba a un nivel vergonzoso de emoción de estar hablando con alguien.

Mi hermana se rio.

—Te llamo porque estás en el Palacio de Buckingham, perra.

—Estaba. —Me hice a un lado para que un grupo pudiera pasarme mientras deambulaba por Green Park—. Estoy caminando por el parque en este momento.

Ella suspiró audiblemente.

—Y aquí estoy yo sentada, trabajando en mi presupuesto mensual. ¿Qué hermana es más genial?

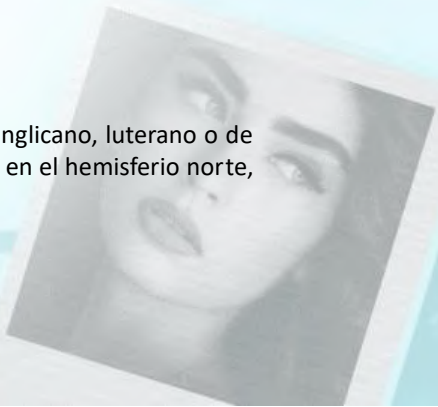
Me dolía el pecho con el sonido de su voz.

—¿Cómo va la vida?

Claire se rio.

—Hablamos hace dos días.

[1] Fiesta de los Arcángeles, es una fiesta cristiana observada en el calendario litúrgico anglicano, luterano o de ciertas iglesias ortodoxas el 29 de septiembre situándose cerca del equinoccio de otoño en el hemisferio norte, o el 8 de noviembre en las iglesias ortodoxas griega y rumana.



Era una eternidad en la tierra de las gemelas, especialmente cuando, antes de mi viaje al otro lado del charco y de que ella se mudara con su novio Bauer, vivíamos juntas.

Tomando asiento en la hierba, incliné mi rostro hacia el sol.

—Lo sé, pero extraño saber todo lo que está pasando. Ya nadie me llama con actualizaciones aleatorias debido a la diferencia horaria.

—Bueno —dijo arrastrando las palabras—, todavía es temprano, pero hasta ahora, hice mi cama, limpié la caja de arena y ahora me estoy sentando a trabajar en el presupuesto. Ayer fui de compras e hice FaceTime con Logan. No pudo descifrar algo en su computadora y se negó a pedirle ayuda a Paige porque ella le dijo que no sería capaz de descifrarlo solo.

Sonreí ante la mención de nuestro hermano mayor y su esposa, las personas que nos criaron.

—¿Ves? Sabría esta mierda si estuviera en casa.

Estaba callada, y yo conocía ese tipo de silencio de ella. Estaba pensando, analizando, y supe que había admitido demasiado. De nuevo, una mierda total.

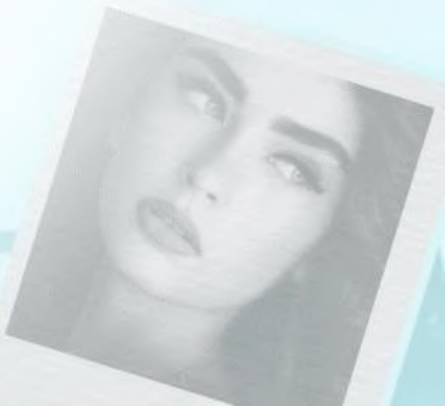
Esta, la deprimida que desearía estar en casa, extrañando la normalidad mundana, no era yo. Era todo lo contrario a mí, y si Claire pensara que estaba pasando por un trasplante de personalidad justo cuando estaba comenzando la mayor oportunidad educativa que jamás había tenido, se preocuparía muchísimo.

Entonces, hice un reinicio mental y encendí el interruptor.

—Y lo sabré de nuevo cuando llegue a casa —le dije alegremente—. Te conté sobre los vestidos que debemos usar para comer en el comedor, ¿verdad?

Había una sonrisa en su voz cuando respondió.

—Sí. Me hablaste de los vestidos.



—Dan comidas de tres platos en un maldito comedor universitario. Este es el tipo de mierda elegante que solo los británicos pensarían. —Incliné la cabeza—. O los franceses.

—¿Estás aburrida, Lia? —me preguntó.

Cerré los ojos con fuerza. Las gemelas eran las peores a veces.

—¿No?

—¿No estás segura?

Dejándome caer sobre la hierba, vi hacia los árboles altísimos.

—¿Qué te hace pensar que estoy aburrida?

—Bueno, aún no has comenzado tu clase, y estás haciendo turismo sola, y estás teniendo FOMO[2] por la vida que viviste durante los primeros veintidós años de nuestra vida. Eso generalmente significa que estás aburrida.

—No puedo aburrirme —lloré—. ¡Estoy en *Londres!* Tengo un piso hermoso en Oxford, y toda la ciudad es adorable, y el campus es increíble, incluso si tienen reglas muy estrictas sobre no sentarse en el césped, y ¿cómo demonios puedo estar viviendo una vida en la que puedo venir a pasar el día a Londres porque por qué no iba a hacerlo y de alguna manera seguir aburrida y echando de menos la vida normal que dejé atrás?

Claire se rio por lo bajo. Mis mejillas ardían un poco por mi arrebato, y vi alrededor para asegurarme de que nadie me escuchara. Ni siquiera podía soportar la idea de que una encantadora británica que podría convertirse en mi mejor amiga durante los próximos meses me escucharía y pensaría que solo era otra estadounidense loca.

—Lia —suspiró—, prométeme algo.

—¿Qué?

[2] Abreviatura de "miedo a perderse": un sentimiento de preocupación de que puede perderse eventos emocionantes a los que asistirán otras personas, especialmente causado por cosas que ve en las redes sociales.

—No te consumas tanto con lo que te estás perdiendo y dejes de prestar atención a lo que tienes delante. ¿Okey? Ve a comer un bollo, o esa cosa de frijoles, tostadas y tocino de la que me hablaste.

Sonreí.

—Eso es para el desayuno.

—Bien, entonces ve a tomar una cerveza a un pub y disfruta de tu tiempo. Coquetea con un lindo chico británico, luego vuelve a tu piso en Oxford y duerme bien. ¿No te reunirás con la profesora Atwood mañana?

Mis dedos tiraron de una tira de hierba.

—Sí. Soy tan jodidamente afortunada de que ella me deje hacer esto. —Observé algunas nubes flotando en el cielo, de un gris tan oscuro que fruncí el ceño—. Tienes razón, iré a buscar algo de comida.

—Ten cuidado en el tren a casa, ¿okey? Asegúrate de regresar antes de que oscurezca.

Sonreí. Claire era tan *Claire* que ni siquiera podía evitarlo.

—Okey, mamá.

—Te amo.

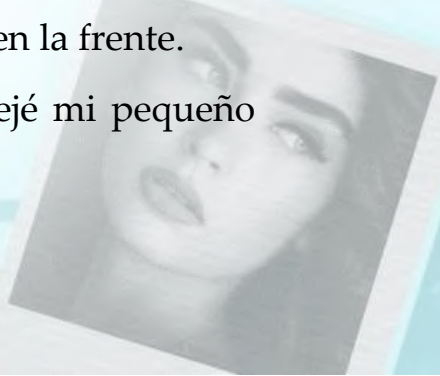
—Yo te amo, también.

Ella colgó primero, y durante unos minutos, me acosté en el césped y vi hacia el cielo que se oscurecía lentamente. Cuando la brisa sopló lo suficientemente frío, me puse de pie y saqué mi chaqueta arrugada de mi bolso cruzado.

Vagué por un rato, tomando fotos, viendo los edificios y leyendo carteles. Subí y bajé del metro, lo que me permitió tomar decisiones improvisadas sobre lo que podría descubrir. Ayudó a quitarme esa tensión, la que desesperadamente no quería volver a sentir.

Mientras lo hacía, traté de tomar en serio el consejo de Claire. Estar en el momento y no pensar en lo que me estaba perdiendo, y lo hice bastante bien hasta que la primera gota de agua gorda me golpeó en la frente.

La lluvia apareció de la nada y, como una novata, dejé mi pequeño paraguas en mi piso.



Aunque me subí la capucha de la chaqueta, no sirvió de mucho para protegerme del aguacero repentino, así que cuando vi hacia arriba y vi un cartel de madera oscura de un pub en una calle lateral, sonreí, pensando de lo que dijo Claire. Rápidamente corrí alrededor de un grupo de turistas en un paseo turístico, doblé a la derecha en la calle tranquila y me escondí a través de la pesada puerta de madera.

El interior estaba tranquilo, decorado con madera oscura, candelabros cubiertos de vidrio y reservados de color burdeos que habían visto tiempos mejores. Todavía faltaban horas para que el ajetreo posterior al trabajo tuviera un lugar como este repleto de hombres vestidos con trajes a la medida que querían beber una cerveza.

Dios bendiga a Londres, porque realmente, los hombres británicos sabían cómo usar trajes. No pasó mucho tiempo para reconocer cuán superiores eran a los hombres estadounidenses en ese sentido.

Me quité la chaqueta y me pasé una mano por el cabello. Después de un día de turismo, estaba más que enredado. Las únicas otras personas en el pub estaban acurrucadas en una de las cabinas de la esquina, y por una fracción de segundo, me pregunté si la cerveza era venenosa o algo así, porque honestamente... estaba muy, muy vacío, considerando la hora del día.

Un anciano que limpiaba la barra de madera sucia me hizo un gesto con la cabeza mientras me deslizaba hacia un taburete.

—¿Qué puedo ofrecerte?

Vi detrás de él a lo que estaba de barril.

—Tomaré un Stella, por favor.

Él asintió, poniendo hábilmente un vaso bajo el grifo correcto.

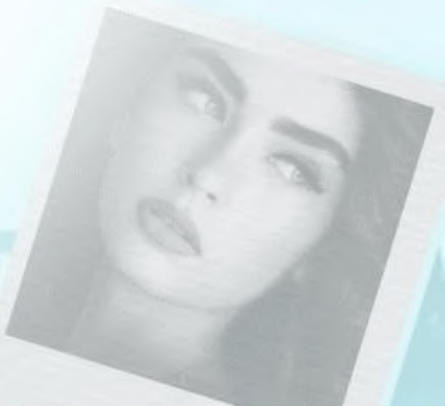
—¿Quieres algo de comer, querida?

Sonreí. ¿Envejecerían alguna vez los acentos y los cariños casuales?

—Solo la cerveza por ahora.

Puso el vaso frente a mí.

—Gracias.



Después de mi primer sorbo, volví a mirar alrededor del pub, deseando que incluso otra persona hubiera estado sentada en la barra conmigo.

Estaba sola.

Mis primeras dos semanas aquí fueron un torbellino, sí, pero todavía pasaba mucho tiempo sola. Lo cual era... extraño para mí. El ajetreo y el cansancio de adaptarme al cambio de zona horaria habían impedido que la soledad me inundara.

Pero sentada sola en el bar, sentí ese mismo dolor visceral en mi corazón, extrañando... bueno, todo. Al resto de mi familia, a mi mejor amigo, Finn. Como ya había hablado con Claire, comencé a sacar mi teléfono para ver con quién más podía hablar cuando escuché su voz detrás de mí.

—No me digas que mi hermano se tomó la noche libre, Carl.

El cantinero asintió, dándole una rápida sonrisa a quien fuera a quien perteneciera esa voz profunda, gloriosa y con acento.

—Creo que él nunca esperó que pasaras por aquí.

Mister Acento hizo un sonido de *oof*, lleno de diversión, y le sonreí a mi Stella.

—¿Necesitas algo de beber?

—No debería —respondió secamente—, pero después de esta semana, creo que tomaré una.

—Tengo una IPA nueva, si quieres probarla.

—Suena malditamente perfecto —murmuró—. Aunque cualquier cosa con alcohol funciona bien ahora.

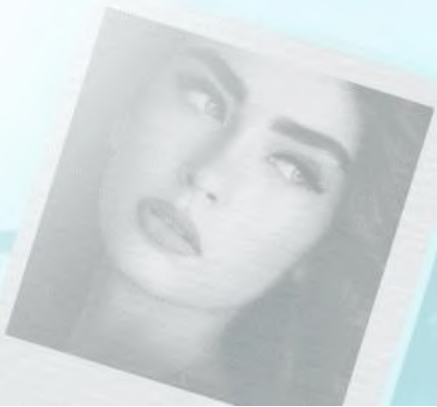
¿Qué *tenía* el acento?

Después de tomar el vaso de una cerveza de manos de Carl, el simpático cantinero, Mister Acento hizo un ruido bastante delicioso.

—¿Lewis va a regresar?

—No esta noche.

Mister Acento suspiró pesadamente.



—¿Está en casa? Supongo que podría darme una vuelta por ahí mientras estoy en la ciudad.

Carl negó con la cabeza.

—Fue a la granja, tuve que ayudar a tus papás con algo.

—No es de extrañar que no lo supiera —respondió.

El sorbo de mi Stella fue lento, y lo juro, no estaba tratando de escuchar a escondidas. No pude evitar el hecho de que estaban justo en frente de mí.

Mister Acento se recostó en su taburete, extendiendo sus grandes manos sobre la barra.

—Bueno, está lo suficientemente silencioso. Me quedaré un rato. ¿Puedes encender el partido por mí? —le preguntó a Carl.

Internamente, sonreí, sintiéndome mucho menos aburrida y mucho menos sola.

Coquetea con un lindo chico británico. ¿No es eso lo que mi hermana me dijo? Mi hermana muy inteligente.

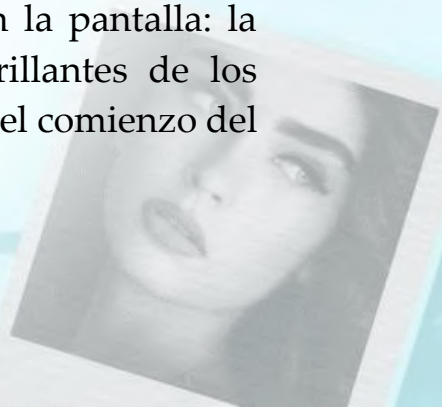
Mientras Carl encendía la televisión, mantuve mis ojos en mi cerveza, con cuidado de no darme la vuelta y quedarme boquiabierta. Porque sonaba muy sexy -del tipo muy, muy sexy, nivel diez, grado A-, y no quería poner mala cara si resultaba no ser lo que yo había imaginado.

Dejando un asiento libre entre nosotros, deslizó su cuerpo alto y ancho en un taburete y juntó sus grandes manos frente a él en la barra. La tinta se arrastró por sus antebrazos, al igual que los músculos duros y las venas fuertes.

Excelentes señales, por todos lados.

¿Alguna vez has tratado de ver a un hombre sin que él se dé cuenta? Se necesita habilidad, gente.

Su atención nunca se desvió del partido de fútbol en la pantalla: la hierba verde esmeralda y las camisetas de colores brillantes de los jugadores que pasaban la pelota de un lado a otro antes del comienzo del juego.



Partido.

Lo que sea.

Resoplé en mi cerveza.

—¿No eres fanática del fútbol? —me preguntó.

La energía directa y sin restricciones pulsaba bajo mi piel, y necesité todo mi ser para no parecer demasiado ansiosa por la interacción, pero honestamente, lo estaba. Después de los sentimientos desagradables de todo el día, probablemente habría estado tan emocionada si Carl, el viejo cantinero, me hubiera hecho una pequeña charla.

En lugar de girarme del todo para ver si su rostro era tan sexy como su voz, sus manos y sus antebrazos, mantuve la vista al frente, tal como parecía hacer él.

¿Qué me preguntó, de nuevo? Una exclamación del locutor en la pantalla, algo sobre fuera de juego, me llamó la atención.

—¿Qué si soy fanática del fútbol? —reflexioné, y su dedo tamborileó suavemente sobre el costado de su vaso—. Sí —dije—. Del *verdadero.*

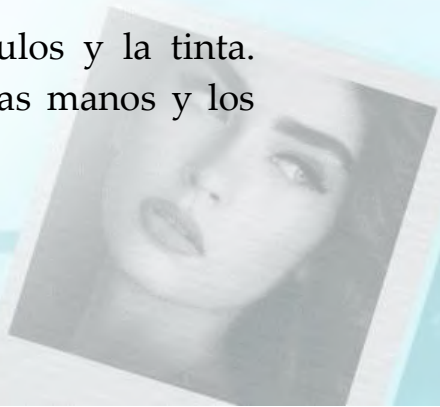
Silbó ante el golpe, y traté de ocultar mi sonrisa tomando otro sorbo de mi cerveza.

Cuando respondió, su voz era seca, con leve diversión colgando de cada sílaba deliciosamente pronunciada.

—Odio decírtelo, amor, pero ese deporte que los estadounidenses llaman fútbol *no* es el verdadero.

Oh, chico, Mister Voz Ardiente y Antebrazos Musculosos no quería ir por ese camino. No es como si pudiera saber que el hermano que me crio era un jugador de fútbol americano ganador del Super Bowl, ahora uno de los mejores entrenadores defensivos de la liga. Si quisiera hablar de fútbol, le dejaría el trasero por los suelos sin sudar. Así que me giré lentamente en su dirección y, cuando lo hice, me congelé.

El rostro coincidía con la voz, las manos, los músculos y la tinta. Igualaba, superaba, hacía volar por los aires la voz y las manos y los músculos.



Y cuando una sonrisa lenta tiró de las comisuras de mi boca, se superó a sí mismo. Me costó todo no subirme a su regazo donde estaba sentado en ese taburete.

Había estado alrededor de algunos hombres atractivos en mi vida, besado un montón y me acosté con un par que realmente me gustaban mucho.

Y Mister Voz Ardiente con el rostro sexy y el cabello oscuro y la mandíbula afilada hizo que todos y cada uno de ellos se desvanecieran en el olvido.

Su mirada estudió mi rostro cuidadosamente en busca de algo. Lo que vio hizo que se relajara.

—¿Qué? —me preguntó.

Le señalé la televisión.

—No creo que esta sea una discusión que quieras tener conmigo.

Se lamió el labio inferior y, por reflejo, sentí que mis muslos se apretaban. Sus ojos, de un color indescifrable en la penumbra del bar, nunca se apartaron de los míos.

—Carl, pon otra bebida para la señorita en mi cuenta, por favor.

Levanté una ceja.

—¿Quién dijo que quería otra?

Con el pretexto de mirar por las ventanas que daban a la calle, se deslizó hasta el taburete a mi lado, y su hombro rozó el mío.

—Bueno, ahora está lloviendo, así que supongo que no tendrás prisa por irte. Además, creo que aquí es exactamente donde debes estar en este momento.

Levantando mi cerveza a mi boca, tomé un sorbo para ocultar mi creciente sonrisa, pero sus ojos se posaron en mis labios a pesar de todo. Cuando dejé el vaso de cerveza, crucé las piernas y apoyé la barbilla en la mano.

—¿Por qué piensas eso?

—Hay una mirada en tu rostro que me intriga.

Resoplé.

—¿Ah, sí? No puedo esperar a escuchar esto.

—Te está faltando algo.

Mi cara se aflojó por la sorpresa, pero parpadeé, recuperándome en el siguiente aliento.

—¿Por qué dices eso?

Cuando levantó la barbilla en un descarado estudio de mi rostro, la luz de la habitación captó el borde duro de su mandíbula. En serio, un hombre que se parecía a él debería ser ilegal.

—Porque cada vez que una mujer hermosa está bebiendo sola en un bar tranquilo, y tiene la terrible desgracia de decirme que odia ese juego hermoso, entonces claramente le falta un tornillo o dos.

Una risa sorprendida salió de mi boca, y su sonrisa de respuesta fue increíblemente hermosa.

Yo también me incliné un poco por mi cuenta.

—Y déjame adivinar, tú eres el hombre indicado para ayudarme a encontrarlos.

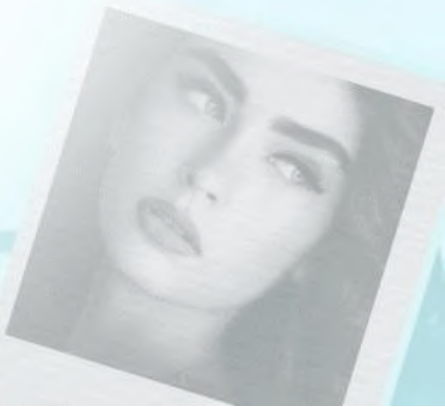
Su pulgar golpeó la superficie de la barra, y sus labios se curvaron en una sonrisa tortuosa que hizo que los dedos de mis pies se curvaran dentro de mis zapatos.

—No.

Mi ceja se levantó en cuestión.

Lo que dijo a continuación fueron palabras que repetiría mil veces en los meses siguientes, cuando no tenía ni idea de lo ciertas que eran. Con una voz áspera que me puso la carne de gallina en el brazo, dijo:

—Soy el hombre que está a punto de enseñarte, amor.



2

Jude

Cosas que no necesitaba esta noche:

-Cerveza.

-Mi hermano fuera de la ciudad la única noche que yo estaba en Londres y tenía ganas de verlo.

-Una mujer estadounidense descarada con grandes ojos azules y cabello largo y oscuro.

Sin embargo, sabiendo que lo más seguro sería no beberme la cerveza, volver a casa y fingir que nunca había pasado por aquí, e ignorar la invitación en sus ojos, lo ignoré completamente.

La mujer se rio de mi descarada insinuación, revelando unos dientes blancos y rectos y un hoyuelo en el lado derecho del rostro, pero después de un día de mierda, una semana de mierda, disfrutar de algo que quería -no necesitaba-, sonaba perfecto.

Al igual que yo, ella debía haber sido atrapada por la lluvia, que era más fuerte de lo que esperaba cuando vine a ver a Lewis. Las puntas de su cabello se veían húmedas donde se rizaban contra su espalda.

Pero la sonrisa fue todo lo que obtuve en respuesta, lo que solo me intrigó más.

—Enseñarme sobre soccer, ¿eh? —reflexionó en voz baja, recostándose en su taburete y cruzando los brazos sobre el pecho. Esos grandes ojos se centraron en el partido, uno que quería ver en casa, excepto que tenía una cita con mi agente, algo que no podía ignorar. Viendo su delicado perfil en la penumbra del pub, ni siquiera podía arrepentirme de no estar en

casa, viendo a Tottenham y Bethnal Green, este último contra el que estaría jugando en poco tiempo.

—Fútbol —corregí con una sonrisa, y cuando puso los ojos en blanco, me reí—. ¿Llevas mucho tiempo en Londres?

—Alrededor de diez días. —Con dedos gráciles, trazó una línea de condensación a lo largo de la superficie de su vaso—. Estoy aquí para estudiar en Oxford durante Michaelmas.

Asentí. Una estadounidense inteligente y descarada entonces.

—Probablemente conozcas a mucha gente interesante —dijo con cuidado.

—¿Por qué?

Hizo un gesto a Carl.

—Supuse que trabajabas aquí o estabas aquí mucho o algo así.

Él levantó sus pobladas cejas grises en cuestión, probablemente preguntándose si le respondería honestamente.

Yo era futbolista y mi hermano era el dueño del bar, y no solo no pasaba mucho tiempo aquí, sino que era la primera vez que venía sin que mi hermano menor me lo pidiera primero.

—Mi hermano es el dueño —dije—. Si bien conozco a algunos personajes en mi trabajo, estoy seguro de que Carl me supera en buenas historias.

Carl resopló, y la americana sonrió.

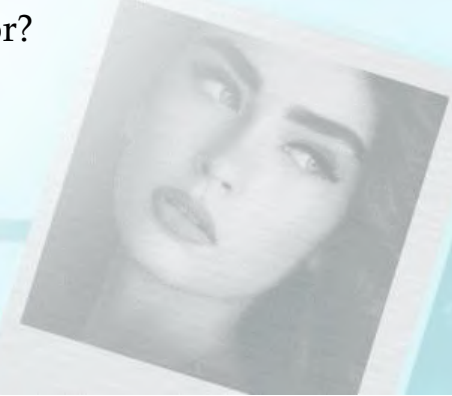
—Digamos que estoy interesada en esta lección de soccer —comenzó, girando ligeramente en su taburete hasta que sus rodillas tocaron mis piernas debajo de la barra. No me moví, ella tampoco.

Mi codo golpeó el suyo.

—Por el bien de la discusión, y dado que el *resto* del mundo lo llama fútbol, ¿podemos prescindir de la palabra con *s*, por favor?

Ella sonrió.

—Eso realmente te molesta, ¿no?



—Bueno, es el nombre equivocado, así que sí. —Y no es que lo dijera en voz alta, pero jugar ese juego, el que actualmente estaba menospreciando con su etiqueta estadounidense, era el centro de todo mi universo. Si nos sentamos en esos taburetes el tiempo suficiente, o si Carl cambia al canal correcto, es probable que aparezca una repetición mostrándome en el campo, haciendo lo que hacía tan bien. Lo único que hacía bien, me parecía, incluso cuando mi cuerpo estaba tratando de decirme que me estaba volviendo demasiado viejo para seguir haciéndolo como quería.

Treinta y uno se sentía una década mayor algunos días, especialmente dado el talento joven.

Ella hizo un gesto magnánimo con la mano.

—Bien. Cuando vayas Roma y todo eso.

—Ahí también lo llaman fútbol —señalé.

Carl pasó y sacudió la cabeza cuando vio lo cerca que estábamos sentados, la estadounidense y yo.

—¿Cómo te llamas? —pregunté.

Se lamió los labios, atrayendo mi atención hacia su boca. Era una boca maravillosa. Cuando aparté los ojos y volví a encontrarme con su mirada, era de complicidad. También estaba llena de calor, a la guapa americana no le importaba que le viera los labios.

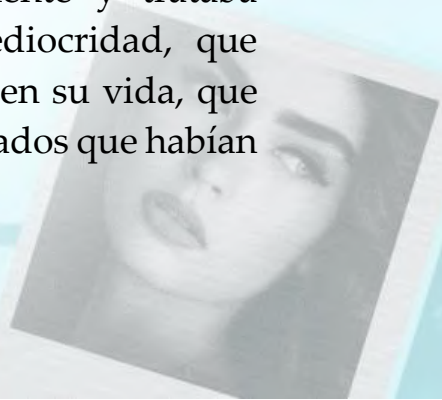
—Lia —me respondió.

Extendí mi mano.

—Jude.

No nos ofrecimos apellidos, lo cual estuvo bien para mí. Si ella no vivía aquí y no le prestaba atención al fútbol, mi apellido no significaría nada para ella, pero de todos modos, decidí no arriesgarme.

Las últimas semanas, la presión de ser yo: Jude McAllister, que cargaba a su equipo sobre su espalda que envejecía lentamente y trataba desesperadamente de mantenerlos alejados de la mediocridad, que intentaba evitar que su hermano menor se entrometiera en su vida, que se estaba asegurando de que su familia supiera lo equivocados que habían



estado con él- era una piedra de molino que crecía lentamente alrededor de mi cuello.

Por una noche, no quería sentir ninguna de esas cosas.

Cada día que hacía un mal malabarismo con mis responsabilidades mientras equilibraba una carrera de alta demanda era otro día que anhelaba un escape. Una noche como esta, en la que pudiera fingir que nadie quería nada de mí. Una noche en la que pudiera coquetear con una mujer hermosa, una noche en la que pudiera disfrutar de algo inofensivo y solo para mí.

Cuando deslizó sus dedos fríos por mi palma, sentí su carga a lo largo de mi brazo, como si me hubiera conectado a un enchufe.

—Jude —repitió lentamente.

Lia estaba saboreando esas letras en su lengua, y mierda si no era la cosa más sexy que jamás había visto. Quería escucharla jadear en mi oído con sus uñas clavándose en mi espalda.

Como me sentía particularmente excitado por cada faceta de esta breve interacción, hice lo mismo. Me lamí el labio inferior y la vi a los ojos.

—Lia —murmuré. Sus pupilas se dilataron, y un pulso aleteó salvajemente en la base de su esbelta garganta.

—Definitivamente estamos teniendo un momento aquí. —Vio mi mano, aún sosteniendo la suya.

Lentamente, alejé la mía, usando las puntas de mis dedos para enrollarlos a lo largo de los bordes de los suyos, y ella tragó.

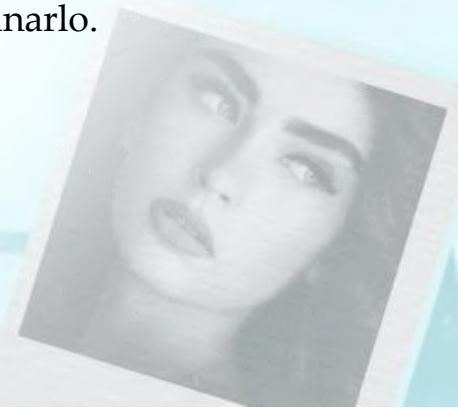
Observé su rostro mientras colocaba sus manos alrededor del vaso de cerveza frente a ella.

—Qué americano de tu parte señalarlo.

Levantó su cerveza y choqué mi vaso contra ella.

—No te preocupes —me dijo—. Estoy a punto de arruinarlo.

—¿Ah, sí?



Lia apoyó la barbilla en su mano, como lo había hecho antes, solo que se giró por completo en su taburete, así que no tuve más remedio que sujetar sus piernas cruzadas con las mías o rechazarla.

Elegí lo primero, estirando un brazo a lo largo del respaldo de su asiento. Ese cabello largo y rizado me rozó en mi antebrazo y luché contra el impulso de ver cómo se sentía enredado entre mis dedos.

Ambos bebimos otro trago de nuestras bebidas, y cuando estaba dejando mi vaso, ella dijo:

—Creo que tu fútbol es el deporte más aburrido del mundo.

Todo mi cuerpo se congeló.

—¿Disculpa?

Viendo por encima del hombro, Carl silbó por lo bajo.

Ella se encogió de hombros.

—Simplemente... corren por todas partes, y no parece haber ninguna estrategia que yo pueda ver.

¿Estaba mi mandíbula en el suelo? ¿Mi corazón latía en un montón de sangre justo al lado? Así era como se sentía.

Me tomé un momento para recuperar la absoluta angustia de que alguien me dijera esas palabras, pero cuando vi un destello de emoción en su rostro, supe que estaba esperando mi reacción.

Lia era una cerilla apagada, simplemente esperando que alguien proporcionara la fricción que necesitaba para encenderse.

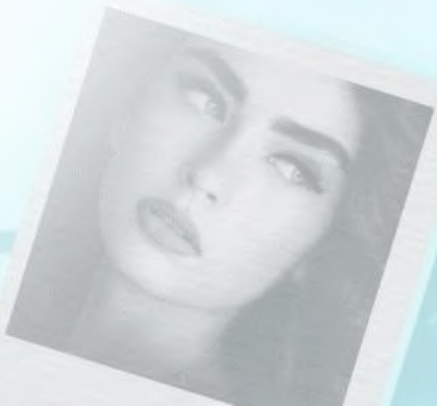
Y yo le proporcionaría eso felizmente.

—Puedo ver por qué puede ser difícil para ti entender la gracia y la fluidez del juego —le dije en voz baja, inclinándome lo suficiente como para que se quedara sin aliento—. Dado que no hay aplastar, agarrar, y toda esa violencia sin gracia como ustedes piensan que es interesante.

Una chispa estalló detrás de sus ojos.

—Es difícilmente sin gracia.

—Dime —dije arrastrando las palabras.



Lia aceptó el desafío como un relevo y, oh, lo aprovechó.

—¿Has visto alguna vez un receptor estirado en el aire para hacer una atrapada, tan consciente de todo su cuerpo, tan en control de él, que logra atrapar una —lamió sus labios lentamente—, con solo *un borde* de su dedo del pie adentro la línea para que cuente?

Mi voz sonaba como si hubiera masticado vidrio cuando respondí.

—Esos juegos son como ver un accidente automovilístico en el que alguien arranca y se detiene mil veces y no puedes dejar de mirar para ver dónde salió todo mal.

En verdad, no tenía nada en contra del fútbol americano. Todo lo contrario, de hecho. Como era el caso de la mayoría de los atletas profesionales, disfrutaba mucho de todos los deportes. Sí, el fútbol era mi favorito y lo llevaba en la sangre, pero veía el Super Bowl casi todos los años, y lo sintonizaba cuando la liga jugaba partidos en Londres.

Pero no había forma de que lo admitiera ahora, no cuando estaba desencadenando el tipo de juego previo más extraño que jamás había encontrado. Ella se deslizó hacia adelante en su asiento, su pie se enroscó en la parte posterior de mi pantorrilla, y mis dedos jugaban con el borde de su cabello. Era suave y estaba fresco por la lluvia.

—Ahh —dijo triunfalmente—, pero no puedes dejar de mirar. Tiene una estructura. Un marco que requiere pensamiento crítico y previsión. —Lia me vio por debajo de sus largas pestañas—. Cuando se alinean uno contra el otro, están leyendo todo sobre su oponente. Cada estremecimiento, cada parpadeo de los ojos, cada palabra que se grita. ¿Si será una carrera o un pase? ¿Si el defensor va a bombardear? Cada respuesta es una opción diferente, y están listos para todas ellas.

Sonaba como si estuviera hablando sucio en el tono silencioso y reservado de su voz. No sabía si quería reírme de lo que estábamos haciendo o arrancarle la ropa encima de la barra.

Por la mirada en sus ojos, tampoco ella estaba del todo segura.

Me reí por lo bajo.

—Mira la tele —le dije, golpeando el costado de su pierna, y giró su rostro hacia ella, con la mandíbula apretada obstinadamente. Antes de acercar mi taburete, vi por encima del hombro. El pub todavía estaba prácticamente vacío, lo que me venía bien en ese momento, nadie nos estaba viendo. Mi brazo se curvó por completo alrededor de su espalda mientras me acercaba, colocando mi rostro justo sobre su hombro para poder murmurarle al oído—. Mira —le ordené—. No solo la pelota. Mira a todos los jugadores moverse por el campo, es como un juego de ajedrez, ¿ves? No puedes avanzar demasiado o estás fuera de juego, tienes que ser totalmente consciente de las personas que juegan contra ti y de las personas que juegan contigo. Conciencia total de dónde está la pelota y cómo está posicionado tu cuerpo. —Mis labios rozaron su cabello y todo su cuerpo se estremeció—. Mira cómo los defensores se quedan atrás cuando el otro equipo tiene la posesión. Ahora mira, su delantero tiene el balón y se moverán hacia arriba en caso de que puedan ayudar. Tienen que funcionar como una sola pieza en movimiento.

—Mm-hmm —logró decir—. Lo veo. —Lia se aclaró la garganta con delicadeza y, por el rabillo del ojo, noté que sus dedos se cerraban en un puño.

Olía a fresco, y me giré ligeramente, colocando mi nariz en la coronilla de su cabello.

Inhalé.

Ella exhaló, una ráfaga de aire temblorosa cuando pasó por sus labios.

—El ir y venir del juego es lo que lo hace tan hermoso —susurré—. Es como el agua, hay un flujo y reflujo, un movimiento que nunca se detiene del todo. Eso es lo que lo hace tan hipnotizante.

Su rodilla se presionó contra mi pierna, un gesto de impotencia que tal vez ni siquiera se dio cuenta de que había hecho porque su pecho subía y bajaba muy rápidamente.

Mi voz se hizo más profunda.

—Es por eso que no puedes apartar la mirada ni por un momento. Porque ese momento podría cambiarlo todo. Mira —murmuré, deslizando mi mano sobre su espalda hasta que mis dedos encontraron la

curva de su cintura debajo del algodón de su camisa—, ese pase fue perfecto. Si una persona no hubiera prestado atención, si una persona no estuviera exactamente donde tenía que estar… —Hice una pausa, y observé a un jugador salir disparado desde el mediocampo, observé a uno de los delanteros enganchar el balón alto en su dirección, y el otro remató al ángulo de la red con un cabezazo perfecto. Las gradas estallaron, los jugadores se reunieron para celebrar y una sonrisa involuntaria curvó mis labios. Bethnal Green, los hijos de putas, ganarían hoy tres puntos en la tabla.

Cuando vi de reojo, Lia también estaba sonriendo.

—Ahí está —susurré. Su rostro se giró, y nuestras bocas estaban separadas por un pelo.

—¿Qué? —Habló tan bajo que apenas podía oírla.

Me lamí el labio inferior y sus ojos azul marino siguieron el movimiento.

—El momento en que ves cuán absolutamente perfecto es este juego.

Lia parpadeó, retrocediendo un poco, y luché contra una ola de decepción.

Su mano alcanzó su vaso de cerveza, y cuando se lo llevó a la boca, la que yo tenía muchas ganas de probar, el sonido de un fuerte estruendo y un vaso rompiéndose la hizo saltar. La cerveza se derramó sobre el borde de su vaso, empapando la parte delantera de su camisa. Ella maldijo, y su rostro se torció en frustración.

—Espera —le dije, saltando de mi silla para agarrar una toalla de la barra de manos de Carl.

Carl regresó a la cocina para encontrar la fuente del sonido, y me froté la nuca mientras Lia se limpiaba la suciedad por toda la parte delantera de su camisa negra. No se suponía ni remotamente que se amoldara de una manera sexy, pero de todos modos se aferró a su pecho, haciendo que la línea de su sostén fuera visible contra la tela mojada.

Ella se rio por lo bajo.

—Qué final tan perfecto para este día —me dijo—. Voy a oler como una casa de fraternidad hasta que regrese a mi piso.

—¿No hay repuesto en esa bolsa tuya? —le pregunté.

Lía negó con la cabeza.

—Seguro, decidí que no quería parecer una turista hoy y dejé mi mochila atrás. —Continuó usando la toalla para absorber la cerveza. Se veía miserable.

Vi a mi alrededor de nuevo, tomando una decisión en una fracción de segundo antes de que pudiera pensar demasiado en eso. La pareja en la esquina solo había levantado la vista una vez, pero volvieron a mirarse el uno al otro poco después de que Carl dejara el frente.

—Si quieres una camisa limpia, hay una habitación libre arriba —le dije.

Las manos de Lia se desaceleraron y le tomó un momento levantar la vista. Sus ojos estudiaron mi rostro intensamente.

—Solo si quieres —dije en voz baja—. O puedo ir a buscarte una y vuelvo enseguida. Hay un baño en la planta baja donde puedes cambiarte si lo prefieres.

Dejó la toalla y levantó la barbilla para encontrarse con mi mirada de frente.

—Me gusta la opción de arriba.

Maldita sea, a mí también me gustaba.

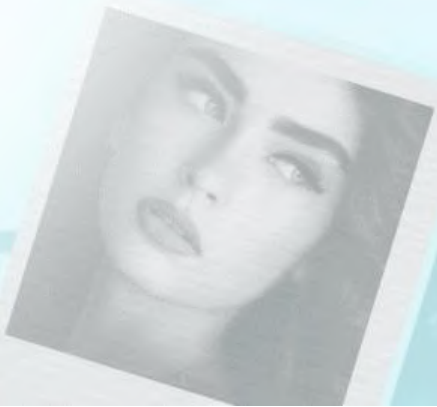
Respiré hondo y decidí no sopesar la inteligencia de acompañar a esta hermosa mujer al piso vacío del pub de mi hermano, donde podría cerrar y bloquear la puerta. Donde había un sofá, y una cama. Demonios, una mesa de cocina estaría bien en este momento.

Carl volvió de la cocina.

—¿Todo bien? —le pregunté.

Él asintió.

—Vickie dejó caer un vaso. Todo está bien.



—Claro. —Incliné mi cabeza hacia Lia—. Voy a conseguirle una camisa limpia de arriba.

Sus ojos se entrecerraron, y estreché los míos.

Él había trabajado para mi hermano el tiempo suficiente para saber que no tenía sentido disuadir a un McAllister de cualquier curso en el que estuvieran, y levantó las manos.

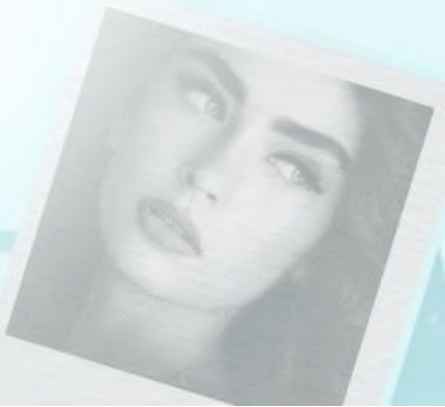
—Estaré justo aquí, donde siempre estoy —murmuró.

Le sonreí.

Lia puso su mano en mi espalda y me giré. Su cabeza apenas se despejó de mi hombro mientras me miraba.

—¿Vamos? —pregunté.

Me respondió con una sonrisa torcida y la llevé escaleras arriba.



3

Lia

Dos opciones estaban frente a mí mientras seguía al hombre sexy con un trasero fenomenal por las estrechas escaleras que conducían al espacio sobre el pub.

1.- Me iban a cortar en mil pedazos porque era un asesino.

2.- Iba a tener sexo épico con el hombre más hermoso que jamás había visto.

Y ni siquiera era simplemente hermoso, teniendo en cuenta que casi tuve un orgasmo solo escuchándolo hablar sobre fútbol, pensé que mis posibilidades de satisfacción eran bastante altas.

—¿Vives aquí arriba?

Me vio por encima del hombro, enviándome una sonrisa tan infantil y deliciosa que casi me tropecé.

Tranquila, Lia.

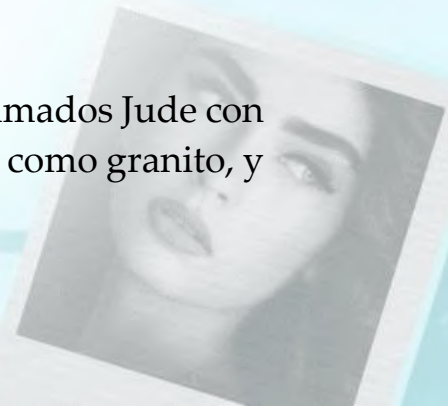
—No, se usa principalmente para almacenamiento, pero hay un lugar para dormir en caso de apuro. —Se detuvo en el rellano, deslizando las manos por encima del marco de la puerta hasta que encontró la llave.

El pomo de la puerta era hermoso, al igual que los paneles de la puerta de color rojo oscuro.

—Eso es hermoso —murmuré, tocando uno de los bordes elevados.

—Tienes algo con las puertas, ¿verdad?

Te diré por lo que tenía algo. Por hombres británicos llamados Jude con piernas largas y hombros anchos, una mandíbula cortada como granito, y



el tipo de barba que la recubría que me hacía sentir francamente traviesa, pero claro, podríamos hablar de puertas.

Sonreí.

—¿Nunca miras puertas como esa y te preguntas quién las hizo?

Jude abrió la puerta y la empujó para mí.

—No particularmente —admitió con ironía.

La habitación encima del pub no era grande, pero estaba limpia. Las paredes de yeso pintadas de un gris suave tenían cajas apiladas a un lado. Las ventanas del piso al techo revestidas con hermosos adornos veían a la calle de abajo.

Al fondo de la habitación había dos puertas idénticas pintadas de blanco con pomos de cristal antiguo. Él abrió una puerta y asomó la cabeza, apareciendo con algo grande y blanco en la mano.

—Será grande, pero está limpia —dijo, mirándome fijamente a los ojos, y finalmente pude verlos claramente. Eran de un verde profundo y claro.

Honestamente, me sentía un poco aliviada de poder verlo todo claramente, así que tomé la camiseta y atravesé la segunda puerta, que no era más que un gran armario. Puede que fuera un armario, pero me dio un momento necesario para respirar. Mientras me quitaba tranquilamente la camisa empapada en cerveza, estudié algunas fotos pegadas en la pared. Jude tenía su brazo colgado alrededor de un tipo con un rostro similar. Basándome en cómo se veía Jude ahora, lo fijé en sus treinta y pocos, la foto tenía fácilmente quince años, ambos hombres vestían una camiseta de un equipo en verde brillante. Una camiseta de soccer, pensé con una pequeña sonrisa. No era de extrañar. Tal vez jugó en la preparatoria.

Antes de salir de la privacidad del armario, me tomé un momento para ser completamente vanidosa. Saqué mi teléfono de mi bolso y usé la función de cámara para evaluar qué tan mal me veía después de mi carrera bajo la lluvia.

Con una mueca, vi mi cabello. Frizztástico. Volví a meter el teléfono en mi bolso, e hice lo que pude con mis manos y una banda elástica, tratando

de enrollar mi cabello en un moño y sujetarlo en la parte superior de mi cabeza. Con un pellizco en mis mejillas y una respiración profunda para recuperarme, tuve que tomarme un tiempo, ya sabes de qué tipo. Cuando reconoces las ramificaciones de estar sola en una habitación con una cama y un británico sexy que hacía que se me apretaran los muslos cuando decía cosas como *absolutamente perfecto.*

—¿Quieres otro trago? —gritó.

Una puerta metafórica se abrió con esas tres palabras. A veces, solo por la naturaleza de estudiar lo que haría, pensaba en situaciones como si estuvieran jugando en un libro. ¿El personaje estaba tomando una decisión comprensiva? ¿El lector podía entender por qué, en base a la historia previa, las normas culturales, los patrones establecidos en la narrativa, las cosas se decidieron de la forma en que se hicieron?

Ante mi silencio, él habló en voz baja.

—No tenemos que hacerlo, por supuesto, pero sería negligente no ofrecer la oportunidad de privacidad a la luz de nuestra conversación anterior.

Me estaba dando una salida. Podríamos volver directamente abajo, y él no me lo reprocharía. Ocuparíamos nuestros lugares donde nos sentamos antes y probablemente participaríamos en un coqueteo pesado e inofensivo hasta que me fuera para tomar mi tren de regreso a Oxford. Nunca lo volvería a ver, pero me iría a casa con una historia sobre la noche en la que deseé haberme consentido un poco. Regresaría a mi pequeño piso, me acostaría sola y me preguntaría qué habría pasado si me hubiera quedado por un trago extra.

La correa de mi bolso mordió mi piel donde la agarré con mis dedos. Por un lado, no era un tipo de chica que *me acostara con un chico que había conocido esa noche.* No es que estuviera juzgando, tenía amigas en Washington que eran de ese tipo. Más poder para ellas y todo eso, pero simplemente no era yo.

En parte porque nunca había conocido a nadie que me hiciera querer acostarme con ellos la noche que los conocí.

Y Jude casi me hizo jadear en ese taburete, susurrándome cosas malas de soccer en mi oído. Querer no era el problema.

Si me fuera, si saliera, me arrepentiría.

Me lo preguntaría, lo desearía, y lamentaría el hecho de que no me arriesgué y descubrí cómo besaba un hombre como él, y más que nada, odiaba sentir que me lo había perdido.

—Al demonio, ¿verdad? —susurré.

Volví a meter la chaqueta en mi bolso y respiré hondo antes de salir de la diminuta habitación.

Él estaba de espaldas a mí cuando llegué a la entrada, y señor, su cuerpo era glorioso. Alto y ancho con hombros fuertes y caderas delgadas. Sus manos eran grandes donde sostenían la botella de whisky, sus brazos estaban llenos de músculos y algunos tatuajes que no pude distinguir.

—Suena perfecto.

Por un momento, se congeló, como si no hubiera esperado que dijera eso, pero cuando se dio la vuelta, una sonrisa complacida cubrió su rostro estúpidamente atractivo.

—Puede que sea una bebida basura. —Dejó el whisky en la mesa y se agachó frente a una de las cajas en el suelo—. Tengo ginger ale y agua con gas, ambas a temperatura ambiente.

Cuando hice una mueca, él se rio.

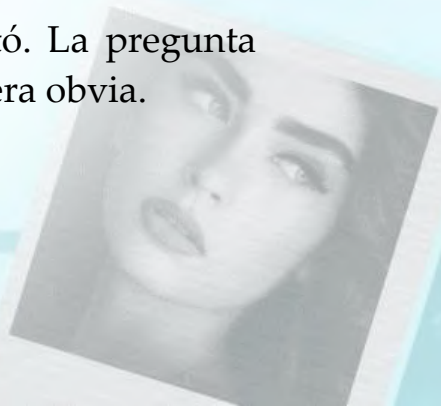
—Lo sé —me dijo—. Es una tragedia, sin duda.

—Ginger ale, supongo.

Jude se puso a trabajar, preparando dos bebidas basura mientras yo deambulaba por el espacio y arrastraba mi mano a lo largo de un pequeño carrito de bar lleno de botellas de todas las formas y tamaños.

Enfrente de las cajas había un diván, y sonreí al verlo.

—¿Entonces también te gustan las camas? —preguntó. La pregunta hizo que su tono de voz fuera más bajo, y la insinuación era obvia.



—Quería una cama como esa cuando era más joven. —El edredón era básico a rayas azules y blancas y estaba adornado con una simple almohada blanca, pero el marco, un metal blanco y dorado adornado, fue sacado directamente de mi fantasía de diez años.

—¿Y tus papás no te complacieron? Qué horror —bromeó.

Suspiré. No se sentía como el tipo de noche en la que dices cosas como, *bueno, mi papá era muchísimo mayor que mi mamá, murió de un ataque al corazón cuando yo era pequeña, ella se asustó y decidió que ser mamá soltera no era su problema, así que huyó, dejándonos bajo la custodia de mi medio hermano mayor.*

—Compartí una habitación con mi hermana gemela hasta los catorce años, así que las literas eran prácticamente un hecho.

Él tarareó, apoyando uno de esos hombros anchos en la pared. Sus ojos oscuros me siguieron mientras continuaba explorando.

—Gemelas, ¿eh?

Le di una mirada de advertencia.

—Si haces una broma sucia en este momento, me largo de aquí.

—No soñaría con eso. —Me tendió un vaso bajo.

Acercándome lentamente, me di cuenta de que Jude apenas se había movido desde que me cambié la camiseta. Me dejaría avanzar hacia él, a mi ritmo, en mi tiempo.

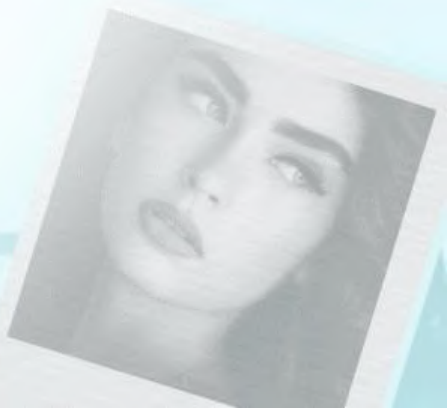
Nuestros dedos se rozaron cuando tomé la bebida, y eso provocó que su barbilla se levantara levemente, y una inhalación lenta expandió su pecho.

—La foto de ahí. —Incliné mi cabeza hacia el espacio donde me cambié—. ¿Ese es tu hermano?

Jude enarcó brevemente sus cejas oscuras.

—Sí, olvidé que estaba ahí.

—No parece mucho más joven que tú.



—Solo hay dos años entre Lewis y yo —respondió. Ninguna otra oferta de información, pero supongo que ese no era el objetivo de este pequeño intercambio. Si todo lo que quisiéramos hacer fuera hablar, podríamos haber llevado nuestros traseros abajo.

—Llevabas una camiseta de soccer —lo acusé—. No es de extrañar que te pusieras tan susceptible.

La sonrisa que se extendió por su rostro después de que dije eso solo podía describirse como depredadora. Anticipatoria.

Una vez más... mis muslos se apretaron impotentes. Sosteniendo sus ojos, llevé el vaso a mis labios y bebí lentamente, luego tragué dolorosamente.

Era *horrible.*

Para alguien cuyo hermano era dueño de un bar, hacía tragos épicos de mierda. O... tal vez yo simplemente odiaba el whisky. En realidad, nunca lo había probado antes.

Jude tomó un sorbo, lamiendo su labio inferior mientras bajaba el vaso.

—Debes disfrutar de un buen combate de entrenamiento para seguir molestando a este oso en particular.

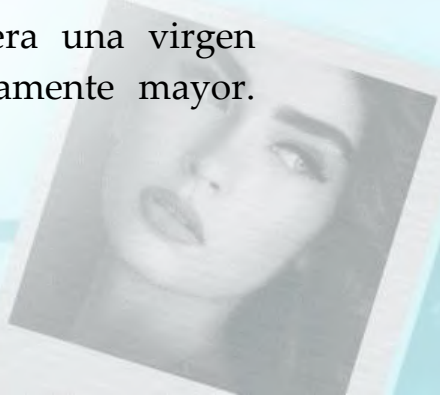
Sonreí.

—Quizás lo haga.

Se enderezó en toda su altura, y los aleteos explotaron en mi vientre. Él me cubriría por completo si nos acostáramos en esa cama. Él borraría la luz y sería capaz de dominarme como mejor le pareciera.

—No me sorprende que los estadounidenses en masa no entiendan —dijo, y después de otro sorbo, dejó su vaso—. No son los mejores en eso, así que, naturalmente, es una basura.

Tomé un sorbo también, pero mantuve mi vaso en mis manos porque el tono suave de su voz justo antes de que diera un paso merodeando hacia mí me hizo sentir... sin experiencia. No, no era una virgen temblorosa a los veintidós años, pero Jude era claramente mayor. Claramente mejor en esto que yo.



—Es una tragedia que no lo seamos —susurré—. Todo eso de tirarse al suelo, fingiendo estar herido, suena como un juego difícil de dominar.

Jude emitió una sorprendida carcajada, pero sus ojos brillaron. Mis mejillas se sentían cálidas.

—Eres... —su voz se apagó, pero su mirada recorrió todo el largo de mi cuerpo.

Retrocedí un paso, y mis hombros golpearon la pared detrás de mí.

—¿Soy qué? —Dejé mi vaso encima de la caja.

—Frustrante. —Dio otro paso.

—Escuché eso una o dos veces. —Mis manos se cerraron en puños para evitar alcanzarlo.

—Apuesto a que lo hiciste —murmuró. Sus dedos tocaron el dobladillo de la camiseta, que bordeaba mis caderas y se las arregló para enrollar un poco en su agarre sin tocarme. Mi piel ardía por esa falta de contacto. Quería sus grandes manos en todas partes—. Apuesto a que te encanta volver loca a la gente.

Mi pecho subía y bajaba rápidamente.

—Mírate. —Empuñó la camiseta, pero en lugar de jalarme hacia él, usó eso para mantenerme en mi lugar—. Está justo ahí en esos ojos azules lo mucho que quieres decir algo más.

Froté mis muslos, él lo notó.

Mi barbilla se inclinó hacia arriba en desafío.

—¿Crees que me tienes atrapada? —Ahora fui yo quien lamió mi labio inferior, y resopló aire por la nariz, como un toro listo para embestir si ondeaba mi bandera solo una vez más—. No me conoces.

—¿No es eso lo atractivo? —Su otra mano se levantó, solo la yema de su pulgar aterrizó en medio de mi boca—. No me digas que no lo es. —Arrastró mi labio inferior hacia abajo, y oh, Dios, estaba jadeando audiblemente—. Lo único que sabes en este momento es que me quieres encima de ti. Me quieres entre esas bonitas y largas piernas. —Se agachó

y me pasó la nariz por el pómulo, su boca pasó como un fantasma sobre mi piel. A punto de tocarme.

Mi mano salió disparada y agarró la cintura de sus jeans, mis dedos se curvaron sobre la orilla, la piel caliente y dura contra la parte posterior de mis nudillos. Jude echó la cabeza hacia atrás y me vio fijamente, con sus ojos verde bosque ilegibles, e insondablemente profundos.

Su mandíbula se apretó.

—¿Me equivoco?

—¿Tienes protección? —le pregunté. Esa fue mi respuesta a su pregunta, y por la forma en que sus ojos brillaron, él lo supo.

—Bolsillo trasero.

Mi mano se deslizó de la pretina y rocé su longitud mientras lo hacía. Él inhaló profundamente, y oh, más apretones de muslos porque él no estaba equivocado. Lo quería encima de mí y entre mis piernas. Quería esta noche de locura después de un día de sentirme inexplicablemente triste y sola. Quería encontrar algo de consuelo físico en los brazos de este hombre que acababa de conocer.

Tal vez era irresponsable. Tal vez era desacertado, pero no se *sentía* como ninguna de esas cosas.

De vez en cuando, sentía la necesidad de hacer algo loco como esto. Normalmente, podría controlarlo, podría buscar un consuelo más seguro en otra parte de mi vida.

Pero nadie estaba aquí para detener este impulso y permitirme esta salida. Solo él y yo, a punto de caer juntos por el límite.

Cuando metí la mano en su bolsillo trasero, sentí el paquete de aluminio. Okey, así que andaba con condones, pero si me viera y sonara como él, probablemente haría lo mismo. Era un milagro que la mitad de Londres no estuviera aquí tirándole bragas.

La mano en mi labio se arrastró por mi mandíbula, deteniéndose solo cuando agarró la parte posterior de mi cuello. Duro.

Sus ojos se encendieron ante lo que vio en mi rostro. ¿Y qué si tenía un condón en el bolsillo? Era posible que esta noche fuera tan extraña para él como lo era para mí. Ambos desempeñábamos un papel.

Era posible que no tuviera la costumbre de acostarse con turistas desaliñadas, al igual que yo no tenía la costumbre de acostarme con un perfecto extraño.

Pero esta noche... el papel era exactamente lo que necesitaba, y tal vez era lo que él también necesitaba.

Tiré el condón sobre la cama y me encontré con su mirada directamente.

—¿Me vas a mirar toda la noche o vas a poner tu dinero donde está tu boca?

Mis palabras fueron tragadas inmediatamente cuando se zambulló, y su boca tomó la mía en un feroz beso.

Mis brazos se envolvieron alrededor de su cuello, mis dedos se clavaron en su espeso cabello como si lo hubiera hecho un millón de veces, y Jude ladeó la cabeza, pasando su lengua por mi boca como si él también lo hubiera hecho la misma cantidad de veces. Mis caderas se inclinaron hacia afuera, las suyas hacia adentro, y luego me empujó contra la pared con una mano fuerte debajo de mi trasero.

Ya no estaba del todo segura de quién era el toro y quién ondeaba la bandera porque mientras me chupaba la lengua en la boca y sacaba un gemido de mis pulmones, sentí como si nos estuviéramos embistiendo el uno contra el otro, destinados a una colisión de proporciones épicas.

Sus manos rasgaron mi ropa, y las mías hicieron lo mismo.

Hubo muy poca delicadeza cuando mis dientes tiraron de sus labios en mordidas agudas. Agarró la piel debajo de mis leggins con sus manos grandes y apremiantes, y murmuró palabras sucias en la piel de mi cuello cuando le bajé la cremallera y envolví mi mano alrededor de él.

La camiseta limpia cayó al suelo y jaló el tirante de mi sostén en mi hombro, chupando besos cubriendo la piel caliente que encontró debajo del encaje negro.

Me retorcí contra la pared, intentando, intentando, intentando trepar más alto, acercarme más, tocar más de él.

Sus besos eran sucios, solo su lengua me hacía ver estrellas mientras la empujaba rítmicamente contra la mía. Tiré ferozmente de los mechones de su cabello hasta que se echó hacia atrás. Su cabello era un desastre, y sus labios estaban hinchados por mis besos.

—Mírate —susurró. Con sorprendente ternura, rozó sus nudillos a lo largo de mi clavícula—. Jodidamente hermosa.

¿Era un cliché admitir en mi cabeza que un hombre como él, con los ojos, la sonrisa y los músculos, diciendo que era jodidamente hermosa con ese acento me tenía lista para dar volteretas hacia atrás si eso era lo que me pedía?

—Cama. Ahora.

Ante mi orden, sonrió.

Él nos llevó, y cuando mi trasero golpeó la cama, no cayó inmediatamente encima de mí. Se elevó por encima de la cama, viendo hacia abajo a mi cuerpo semidesnudo tirado sobre el edredón.

—Leggins. Afuera.

Levanté una ceja ante su orden de regreso, pero mis manos los empujaron lentamente hacia mis caderas, y respiró hondo cuando me los quité. Mis dedos trazaron un delicado círculo alrededor de mi ombligo y él me enseñó los dientes como si le hubiera mostrado algo delicioso que no podía esperar para devorar.

Sus jeans fueron quitados rápidamente, y traté de evitar que mis ojos se agrandaran.

Porque maldita sea, era jodidamente hermoso. No, no sonaba tan bien en mi cabeza con mi aburrida voz estadounidense, pero cuando Jude se puso el condón y se colocó encima de mí, no me importó si no sonaba tan bien en mi cabeza.

Dejé de pensar por completo y dejé que calentara las partes de mí que estaban frías, que chupara, besara y probara.

Dejé que sujetara mis manos sobre la cama.

Dejé que empujara mi muslo sobre su hombro.

Lo dejé mover sus caderas en fuertes embestidas hasta que grité de alivio y arqueé la espalda.

Dijo palabras y frases en mi piel que nunca un hombre me dijo.

Y en poco tiempo, después de que gritó mi nombre y me vio como si acabara de ver un atisbo del maldito cielo, lo dejé caer encima de mí, con la espalda empapada de sudor y los brazos cubiertos de músculos resbaladizos contra mi propia piel.

Dejé que me besara suavemente mientras ambos bajábamos de un pico imposiblemente alto. Mi corazón martilleaba en mi pecho, y pensé que debía levantarme, que debería vestirme y subir al tren.

Él salió de mi cuerpo e hice una mueca, lo que lo hizo sonreír sin arrepentimiento. Le di un puñetazo en el brazo y se rio, jalándome de nuevo a sus brazos.

—Debería irme —susurré mientras mi brazo colgaba sobre sus abdominales, y besé la piel sobre su corazón aún palpitante.

—Solo quédate un rato —susurró de vuelta—. No estoy listo para terminar esta noche, amor.

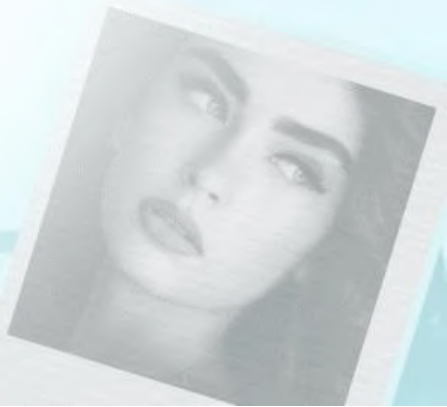
Mis ojos se cerraron.

—Solo un rato.

Todo me alcanzó cuando lo hice. El cansancio me calaba hasta los huesos, por el día y esta noche inesperada, un peso encantador que me ataba a esa cama.

Solo por un rato.

Fue mi último pensamiento hasta que salió el sol.



4

Lia

Qué cliché.

Cuando abres los ojos a una habitación desconocida con el peso desconocido del brazo de un hombre desconocido sobre tu cintura, es una cosa, pero cuando todas esas cosas te golpean después te das cuenta de que has pasado la noche en un sitio donde no debías, poniendo en peligro el primer encuentro con tu ídolo intelectual, es suficiente para hacer que una mujer adulta rompa a llorar.

—Mierdaaaa —murmuré por lo bajo.

Una mirada rápida sobre mis hombros reveló a Jude, profundamente dormido en toda su gloria desnuda. A la brillante luz de la mañana siguiente, era tan hermoso que ni siquiera estaba bien.

La manta que puso sobre nosotros solo lo cubría hasta la cintura, y señor, su pecho y abdominales fueron suficientes para hacerme detenerme cuando realmente no tenía tiempo para hacerlo. Sus pectorales eran del tamaño de malditos platos de comida, y cada pulcro cuadrado de músculo que recubría su estómago era una mierda perfecta. Que desperdicio pasar toda la noche con un cuerpo así y solo disfrutarlo una vez.

No me avergoncé de haberme acostado con él porque, después de esa experiencia, no creo que ninguna mujer tenga dudas. Eso era del sexo de *gritarlo a los cuatro vientos*, pero incluso con ese conocimiento, salí de la cama poco a poco, haciendo todo lo posible para no despertar al bombón dormido.

Lo que no quería era el incómodo intercambio. Él mismo lo había dicho; el atractivo de todo el intercambio era el anonimato. Él no sabía nada de mí, y yo no sabía nada de él, y yo no estaba particularmente en posición de empezar nada, incluso si él quisiera.

Mientras me ponía los leggins y lo miraba de nuevo, con su gran mano que se extendía sobre su musculoso pecho, no estaba segura de que mi orgullo pudiera manejarlo muy bien si me ignoraba al despertar. Mi camiseta estaba amontonada a mis pies, y cuando me incliné para recogerla, él se movió, gimiendo profundamente en su pecho antes de rodar sobre su costado.

El gemido. Tuve que cerrar los ojos cuando pensé en él haciendo ese sonido la noche anterior.

Sí, estaría contando la historia de esa noche durante generaciones porque me había ganado el derecho.

En un momento, tuve un vago recuerdo de esa voz gimiendo, *jodidamente perfecta.*

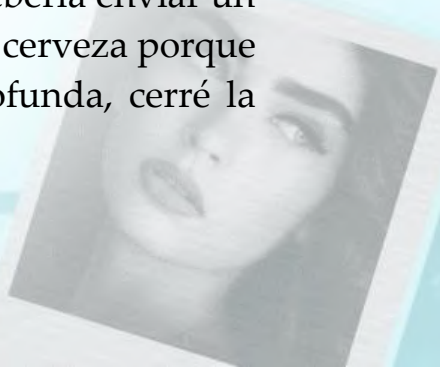
Un sonido de la calle abajo me hizo salir del recuerdo poscoital porque necesitaba llevar mi trasero a Paddington para tomar un tren de regreso si tenía alguna esperanza de llegar a tiempo a mi reunión con Catherine Atwood.

Ella me había ofrecido esta oportunidad cuando la conocí en una de sus conferencias de bienvenida en Seattle, y de ninguna manera iba a arruinarla porque un chico sexy me hizo ver estrellas.

No solo sería un cliché, sino que también me patearía el trasero por mi estupidez.

Con el bolso y la chaqueta bien apretados bajo los brazos, me detuve junto al carrito del bar cuando vi una servilleta y un bolígrafo.

Por si necesitas más consejos deportivos, garabateé, seguido de mi número de celular. Fue suficientemente bueno que pudiera alejarme de la pequeña habitación sin obsesionarme. No habría dudas sobre si debería enviar un mensaje o llamar o pasar casualmente por el pub por otra cerveza porque no tenía forma de contactarlo. Con una respiración profunda, cerré la



puerta en silencio y bajé las escaleras. Cuando doblé la esquina, me congelé cuando vi al cantinero sentado en uno de los taburetes.

Sus cejas se levantaron lentamente, y luego se aclaró la garganta, volviendo su atención a la taza blanca que estaba frente a él.

—Buenos días —dijo.

—Buenos días. —Hice un gesto hacia la puerta—. Supongo que puedes cerrar detrás de mí.

Rodó los labios, ocultando claramente una sonrisa mientras asentía.

—Bien. —Tomé mi bolso.

Carl, creo que se llamaba, se giró lentamente en el taburete. Sus mejillas se veían un poco rosadas, y encontré su vergüenza más entrañable de lo que debería. Sus ojos apenas podían sostener los míos mientras se levantaba.

—¿Café para el tren, querida? Tengo una taza para llevar.

Sonreí.

—Eso sería increíble, gracias.

Él asintió, tirando de la puerta que cerraba el bar. Hábilmente vertió el líquido negro y humeante en una taza marrón antes de volver a mirar hacia arriba.

—¿Cómo lo tomas?

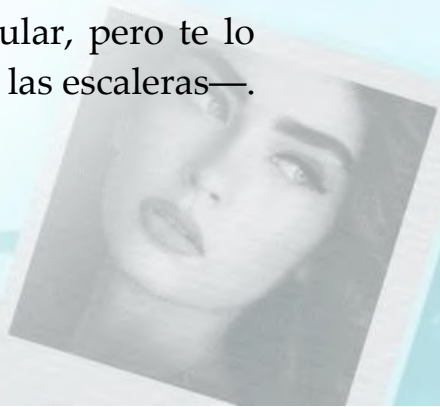
—Un par de azúcares si tienes.

Tomó unos cuantos paquetes de uno de los soportes de la mesa y los dejó sobre la barra. Agradecida, lo recogí y guardé los azúcares en mi bolso.

—Eres un ángel, Carl.

Su sonrisa era suave.

—Es la primera vez que me llaman con así en particular, pero te lo agradezco de todos modos. —Sus ojos se dirigieron hacia las escaleras—. ¿Vas lejos?



—Oxford.

Él silbó.

—Mejor ponte en movimiento entonces. Estará ocupado a primera hora de la mañana.

Sosteniendo la taza, le sonreí.

—Gracias de nuevo.

Por el café.

Y por no tratarme como si hubiera hecho el camino de la vergüenza a través de un bar real cuando, de hecho, eso era exactamente lo que había hecho.

Qué extraño giro de los acontecimientos, pensé mientras metía mi trasero hacia la estación de tren. El día anterior, salí de mi piso esperando un día bastante tranquilo para ver algunos de los lugares que aún no había visto. Vi algunos lugares de interés, sin duda.

La estación estaba repleta, dado que era un lunes por la mañana, y el alto techo de vidrio y hierro era lo suficientemente alto como para que nunca me sintiera claustrofóbica mientras esperaba en una cola llena de empujones para subirme al tren que necesitaba. Sin embargo, yo estaba en la parte de atrás, así que cuando las puertas se cerraron detrás de mí, me senté en el piso de uno de los vagones de conexión entre trenes, con la cabeza apoyada en el plástico duro mientras escuchaba la charla a mi alrededor.

Gente visitando. Gente saliendo a trabajar, o como yo, de camino a la escuela.

No había viajado mucho, lo que a la mayoría de la gente le sorprendió, dado el trabajo de mi hermano en la NFL, pero cuando Logan jugaba, estábamos en la escuela y su mamá, nuestra nana, se quedaba con nosotras. Estar en un lugar como este fue un cambio de cultura que hizo que mi sangre tarareara feliz. Días como el que había tenido, sintiéndome sola, no eran normales para mí.

Tal vez la noche anterior, las horas que pasé con Jude, fueron el reinicio que necesitaba porque mi soledad se había ido mientras estaba sentada

en el piso de ese tren que se movía rápidamente. Realmente no podía ver nada del paisaje borroso que pasaba por donde estaba sentada, los edificios, los autos y las comunidades que se extendían desde Londres, pero me sentía a gusto, todo el malestar de antes era un recuerdo lejano. Suspiré y tomé el último sorbo tibio del café que Carl tan generosamente me había dado.

Mi teléfono vibró en mi bolso y lo saqué. Un correo electrónico de Catherine Atwood me llamó la atención sobre las notificaciones, y solté un suspiro de alivio cuando lo vi.

Voy retrasada. Me reuniré contigo treinta minutos más tarde de lo que acordamos.

Saludos, Catherine Atwood, PhD

Tal vez los fantasmas de las hermanas Brontë, a quienes consideraba mis santas patronas si las tenía, me estaban cuidando. Vieron mi oportunidad para un sexo épico y ayudaron a una hermana. Me hizo sonreír imaginarlo.

La segunda notificación también me hizo sonreír, pero por una razón diferente.

Finn: *La segunda cita con Keeley fue genial. Saldremos de nuevo mañana.*

Mis pulgares volaron por la pantalla mientras le respondía a mi mejor amigo.

Yo: *OMG, TE LO DIJE.*

Yo: *¿No te dije que ella en realidad no pensaba que eras un nerd?*

Finn: *Lo hiciste. Ni siquiera le importa que esté trabajando mil horas a la semana en este momento.*

Yo: *Un rasgo excelente para alguien que sale con un médico.*

Finn: *Futuro médico. Apenas tengo tiempo para dormir en este momento. ¿Es estúpido tratar de salir con alguien que realmente ME GUSTA?*

Yo: *Cállate. Sal con ella otra vez. No volveré a hablarte nunca más porque estarás feliz y ocupado convirtiéndote en médico y chupándote la cara con ella todo el tiempo.*

Finn: *Cierto. Probablemente nunca me verás cuando regreses tampoco. Sé cómo te sientes acerca de las muestras públicas de afecto.*

Finn: *Bauer y Claire son lo PEOR, por cierto. Los vi la semana pasada, y lo juro, él se olvidó de que yo estaba ahí en un momento en que ella lo besó.*

Eso me hizo reír suavemente porque normalmente odiaba las muestras públicas de afecto. Bromeé con Claire sobre el hecho de que ella y Bauer no podían quitarse las manos de encima, pero de una manera extraña, su nueva relación, y la de Finn, para el caso, hizo que fuera más fácil estar donde yo estaba. Ella tenía a alguien. Alguien que la amaba ferozmente, sin importar cuán desprevenidos habíamos estado todos por la tranquila relación de mi hermana con el chico malo que practica snowboard.

Yo: *Tendrás que encargarte de ellos en mi ausencia.*

Yo: *Tengo que irme, mi tren se acerca a la estación.*

Finn: *?? ¿Recién regresas a Oxford?*

Sí, no tocaré eso ni con un palo de tres metros. Guardé mi teléfono mientras me ponía de pie, siguiendo el flujo de personas que salían del tren conmigo en la estación de Oxford. La universidad de Oxford no era una universidad típica, centrada en un lugar dentro de una ciudad. Dependiendo de a dónde tuvieras que ir, podría tomar otros cuarenta minutos desde la estación de tren hasta llegar a tu destino.

Después de dos semanas, finalmente sentí que tenía un control sobre todo el asunto de "moverme". En casa, era tan fácil simplemente... subirse

al auto. Aquí, era como una *cosa* completa. Averiguar la mejor/más rápida manera de llegar a donde necesitabas ir.

Oxford era más pequeña que Londres, obviamente, aunque igualmente llena de historia. Todavía me sentía como si estuviera caminando por un plató de cine mientras regresaba a mi casa. Salté las estrechas escaleras hasta mi apartamento del segundo piso y abrí la puerta azul brillante. Con una mirada al reloj, tenía el tiempo justo para cambiarme, pasarme un cepillo por el cabello, ponerme un poco de rímel y llegar a la oficina de Catherine en Oriel College.

El espejo de mi diminuto baño me hizo hacer una mueca porque *vaya*, mi cabello se veía como si hubiera pasado la noche teniendo sexo con alguien y luego hubiera salido corriendo por la puerta. Con un tirón de un cepillo y un poco de producto, pude trenzarlo y enrollarlo en toda su longitud en un moño tranquilo en la base de mi cráneo.

Mi camisa negra todavía tenía un rastro de olor a cerveza, así que me la quité y la tiré en el cesto de la esquina. Los leggins se quedaron, al igual que los flats, y los rematé con una camisa de cambray suave y un collar de oro simple.

Metí una manzana de la pequeña cocina en mi bolso, para ir mordiéndola de camino a su oficina.

Para cuando llegué ahí, adelanté nuestro tiempo de reunión pospuesto por tres minutos. Lo suficiente como para tener un pozo de nervios arremolinándose en mi estómago.

Me encantaba la escuela. Me encantaba aprender, y estuve así de cerca de arruinar esta primera reunión con Catherine cuando ella me estaba haciendo un gran favor al permitirme entrar en la cohorte de investigación que ella supervisaba. Mi asesor en la UW casi lloró de alegría cuando pedí los créditos equivalentes a una clase durante un semestre para poder hacerlo.

Esto era lo que llamarías obviedad.

Cuando levanté la mano para llamar a la puerta de su oficina, me tomó un segundo recuperarme.

Cualquier impulso que haya sentido ayer, cualquier sentimiento que me haya inundado durante mi día en Londres, tenía que mantenerse alejado de mí. Dejar a mi familia, dejar mi vida entera durante unos meses no tenía nada que ver con sexo épico o visitas morosas a palacios. Vine para aprender y estar un paso más cerca de descubrir qué quería hacer con todos estos años de educación.

—Puedes hacerlo —me dije.

Toqué a la puerta y ella me llamó para que entrara.

Desde su asiento detrás de su enorme escritorio, Catherine me vio por encima de sus lentes de montura negra.

—Buenos días, señorita Ward. Gracias por estar dispuesta a esperarme.

—No hay problema. —Me senté frente a ella cuando hizo un gesto hacia una de las sillas de cuero.

Dejó su pluma y se reclinó en su silla, evaluándome cuidadosamente.

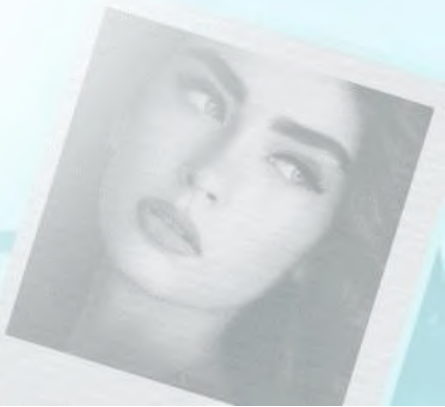
—Déjame recordarte, simplemente porque no estás tomando una clase típica, esto no será un paseo por el parque. Espero un trabajo de clase mundial de ti, Lia, porque eso es lo que espero de todos los que aprenden conmigo.

—Entiendo. —Saqué un cuaderno con espiral y mi bolígrafo morado favorito de mi mochila—. Y estoy más que lista para empezar.

Ella sonrió.

—Bien.

Mientras ella hablaba, yo escuchaba, escribía más rápido de lo que mi cerebro podía seguir, y mientras me sentaba en la silla, mis recuerdos de Jude se desvanecieron, desapareciendo como un tren en movimiento rápido.



5

Jude

En el momento en que abrí los ojos y me encontré solo en esa horrible cama pequeña, supe que el día se convertiría en una completa y absoluta mierda. Una mirada a mi teléfono, dejado tirado en el suelo en una pila de ropa que había sido arrancada de mi cuerpo con sorprendente presteza, mostró un tiempo que no había dormido en años.

Al sentarme, sentí dolores en la espalda y sonreí para mis adentros.

Adolorido por el sexo a los treinta y uno. Qué broma. No solo eso, sino que ella se escapó de la habitación sin despertarme como si fuera una cita de borrachos que desesperadamente quería evitar. Sin embargo, difícilmente podía reprochárselo, ya que fue la fuerza impulsora detrás de mis acciones impulsivas. Esa mujer, hermosa, audaz y sin miedo a desafiarme, no tenía ni idea de quién era yo.

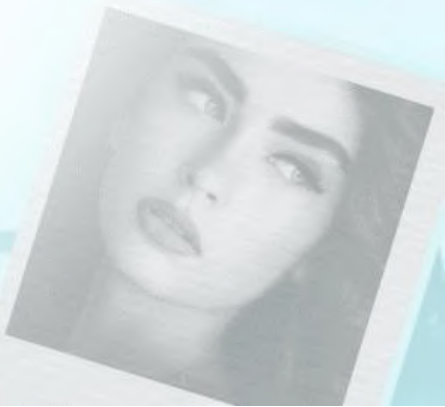
No es que fuera alguien a quien asaltaban en las calles, especialmente cuando llegué a Londres, pero cuando ella me vio, esos grandes ojos azules no tenían ninguna expectativa, ninguna anticipación importante de cómo podría ser por lo que hacía.

Y en mi vida, fue glorioso tener ese momento de respiro.

Se hizo aún más glorioso cuando escuché los pesados pasos de mi hermano subiendo las escaleras hacia el apartamento.

—¿Estás decente? —dijo desde la puerta—. ¿O tienes un pájaro balanceándose sobre tus bolas?

Rodé los ojos.



—Maldito Carl —murmuré, poniéndome de pie para subirme los pantalones por encima de las piernas—. Puedes pasar.

Lewis empujó la puerta para abrirla y yo lo vi.

Puso una mano en su pecho.

—Estoy destrozado.

—¿Ah, sí?

—Imagínate mi sorpresa cuando llegué esta mañana y Carl me informó que mi hermano mayor modelo llevó a una estadounidense a mi apartamento para tener sexo en mi pub. Yo nunca he hecho eso.

Levanté mis cejas.

—Bien. Una o dos veces antes de casarme con Jo.

—¿Dónde estabas anoche?

—Tuve que ir a ayudar a mamá y a papá con algo. No sabía que ibas a pasar por aquí. Siempre te digo cuándo estás aquí, y en realidad no vienes. —Sonrió—. Si lo hubiera sabido, te habría obligado a ir conmigo.

La culpa me hizo hacer una mueca. Mi hermano, aunque lo amaba, tenía la terrible costumbre de tratar de suavizar los bordes ásperos y disfuncionales dentro de nuestra pequeña familia. Ya casi no hablaba con nuestros papás, un hecho que lo molestaba inmensamente, pero para ser justos, no eran unos completos imbéciles con él.

—Creo que me gusta más cómo pasé la noche, gracias.

Lewis se rio.

—Ella debe haber estado guapa como la mierda si te la jugaste. No he oído hablar de ti con una mujer en jodidos años.

Un destello de Lia, sin invitación, pasó por mi mente. Con la espalda apoyada contra la pared mientras esperaba que la besara. Sí... ella era eso y mucho más. No es que quisiera discutir eso particularmente con mi hermano idiota.

Empujé su hombro.

—Cierra la boca, Lewis. Se me permite una noche de diversión de vez en cuando, ¿no?

—Sería mucho más agradable estar contigo si tuvieras noches como esa más a menudo.

Poniendo los ojos en blanco, decidí no discutir eso con él. Era la gran discusión entre mi familia y yo. Nuestros papás, una estirpe humilde y trabajadora que provenía de una estirpe humilde y trabajadora, no podían entender sacrificar mi vida por jugar un juego. Eran granjeros, un engranaje en una rueda que mantenía el mundo, el marco mismo de la sociedad en movimiento, y para ellos, mi carrera era una tontería. Superficial.

Pero nunca lo habían entendido.

En ese juego encontré al gran amor de mi vida, el balón blanco con negro y el verde césped de la cancha me mantenían centrado, me mantuvieron conduciendo hacia adelante y me dieron un propósito cuando todo lo demás en mi vida se sentía incierto. Un lugar donde podría labrar mi legado y tener un impacto que duraría mucho más que mis días de juego.

Hasta las últimas temporadas, donde la edad me estaba alcanzando mucho más rápido de lo que me hubiera gustado. Lewis, que amaba el fútbol, simplemente deseaba que yo estuviera más presente con nuestra familia, o al menos intentarlo, que era lo mismo que deseaba de nuestros papás, que eran igual de tercos.

Volviendo a ponerme la camisa, vi a Lewis mirar las botellas en el carrito del bar.

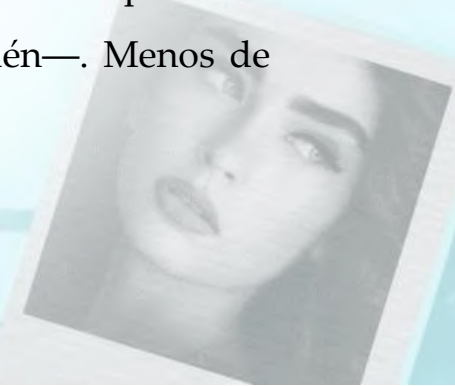
—¿Estuviste bebiendo mi whisky, hijo de puta?

—Vete a la mierda. Ya estaba abierto.

Él se rio.

—No puedo creer que realmente hayas bebido durante la temporada.

—Apenas tomé —dije, bastante a la defensiva también—. Menos de media cerveza y probablemente dos sorbos de whisky.



Lewis negó con la cabeza.

—Llegaste temprano —dije.

Su mirada se apartó de las botellas.

—Sí. Cuando Carl me dijo que mi hermano mayor no solo me visitó sin que lo obligara, sino que también *durmió* aquí, decidí que merecía una investigación.

Mis ojos rodaron sin ninguna decisión consciente de mi parte.

—No necesito que me obligues a visitarte.

—¿No? —Lewis se tocó la barbilla—. Sí, recuerdo vagamente esa vez hace seis años.

La verdad me golpeó, solo un poco.

—Tampoco es que saltes mucho a Shepperton, hermanito. —Me limpié una mano por el rostro—. Estoy bastante ocupado durante la temporada, ¿sabes?

—Cada uno está ocupado a su manera, Jude —dijo tranquilamente—. Trabajé todo el día en la contabilidad del pub, luego tuve que ir a casa de mamá y papá para ayudar.

—¿Con qué? —La culpa, tal como él dijo, me hizo preguntar.

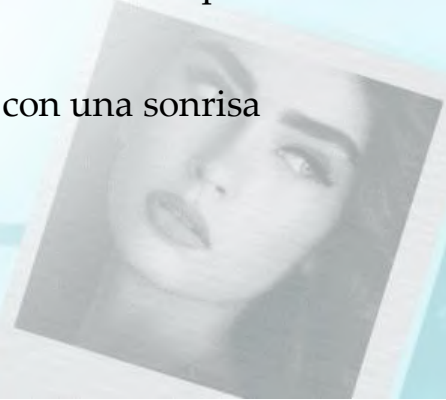
—Compraron nuevos corrales que necesitaban instalarse. Dos de sus trabajadores están enfermos, por lo que necesitaban un par de manos extra para eso y para medir los corderos.

Todas las cosas con las que habíamos tenido que ayudar cuando éramos niños, todas las cosas que odiaba hacer.

—Traté de enviarles un cheque el año pasado, le dije que contratara a más personas para que no tuvieran que trabajar tan duro.

—A algunas personas les gusta trabajar duro en su propia tierra —respondió Lewis—. No todo se puede manejar con un cheque, hermano.

—Eso deduje cuando me lo devolvió por correo —dije con una sonrisa irónica.



Mi hermano finalmente esbozó una sonrisa.

—Siéntete libre de tirar el dinero que quieras en el pub. Necesitamos reemplazar las cabinas, no pueden tener grietas en los asientos si tu bendito trasero los va a adornar ahora.

—Necesito ir a trabajar —le dije—. Si ya has terminado.

Él suspiró.

—Incluso una noche follando no te relaja, hermano.

—No fue una *noche follando* —murmuré—. Solo... nos quedamos dormidos después.

Lewis abucheó con alegría.

—Imagina los periódicos con ese titular. *El futbolista de Shepperton disfruta de una buena noche de sueño reparador.* —Negó con la cabeza.

Lo empujé.

—Eso no es todo lo que hice, idiota.

Hacer reír a mi hermano fue un pequeño momento en el que tuve que reconocer por qué había parado en The Red Lion la noche anterior, y por qué caí tan fácilmente en la cama con Lia. Todo en mi vida que estaba envuelto en mi trabajo ya no era simple, no después de una década de ser exactamente eso.

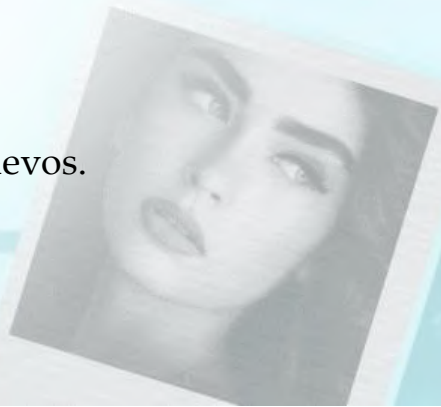
La naturaleza de mi relación con mis papás, bastante inexistente, significaba que no podía presentarme en la granja donde Lewis y yo nos criamos y ofrecerles ayuda con algo como lo que mi hermano hizo la noche anterior.

Pero pude parar y ver a mi hermanito para compartir una cerveza y unas risas.

Y en su ausencia, Lia me ofreció una alternativa deliciosa, algo para reavivar esa quemazón detrás de mi pecho, la que solía alimentarme en la cancha.

Lewis sostuvo la puerta abierta para mí.

—¿Hambriento? Podría ver si Maggie haría algunos huevos.



—Estoy muerto de hambre. El desayuno sería inteligente antes de ir a hablar con Conworth.

Él me vio por encima de su hombro.

—Fue un feo partido el sábado.

—Sí. —Uno a cero contra Crystal Palace en un completo y absoluto festival de trabajo. Eso fue en parte por lo que estaba adolorido hoy, no simplemente por Lia con sus grandes ojos azules.

Lewis gruñó.

—Necesitas hacerlo mejor que eso. Van a dejar tu trasero en la banca por el nuevo chico francés. Es jodidamente rápido, ¿no?

Mi sonrisa era tensa.

—Soy consciente, Lewis, pero gracias por el recordatorio.

Mi celular vibró y un mensaje de texto de mi entrenador apareció en la pantalla, seguido de algunos que me perdí la noche anterior.

Conworth: *Antes de hacer ejercicio, reúnete conmigo en mi oficina para hablar. Tienes que hacerlo mejor este fin de semana.*

Todos en mi vida querían que lo hiciera mejor. Que hiciera más.

Mi jefe quería que fuera más rápido.

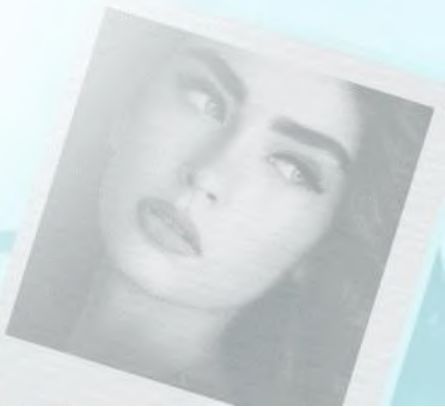
Mi hermano simplemente quería que lo intentara.

Un pequeño rincón blanco me llamó la atención, una imagen deformada de una servilleta que aparecía detrás de la botella de líquido ámbar en el carrito del bar. Me acerqué, sonriendo cuando vi una escritura femenina en la superficie.

—Brillante —susurré, metiéndolo en mi bolsillo.

Mi vida no estaba exenta de una gran cantidad de complicaciones, pero solo sabiendo que no era el único que sentía lo que había sentido, bajé las

escaleras hacia mi hermano idiota y su bar vacío con una amplia sonrisa en mi rostro.



6

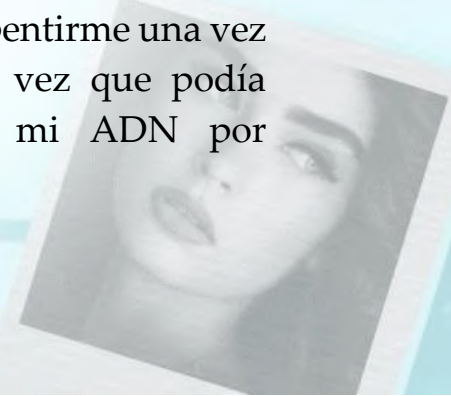
Lia

El siguiente par de semanas tuvo un ritmo que no había establecido en las dos primeras semanas en este lado del Atlántico.

Mi cuerpo se ajustó y, aunque todavía necesitaba grandes cantidades de café todas las mañanas para despertarme, ya no me sentía como un zombi a la hora de la cena. En casa, el caos de mis días implicó una mayor cobertura del espacio. Hacer pendientes y citas podría llevarme fácilmente de un extremo a otro de Seattle. En Oxford, cubría un área bastante pequeña. Encontré lugares en los que me gustaba comer, lugares en los que me gustaba leer, lugares en los que me gustaba estudiar y lugares en los que me gustaba tumbarme en el césped y mirar al cielo como si mi tema de investigación cayera mágicamente de las nubes blancas y esponjosas y se dejara caer sobre mi rostro.

Realmente no me hice amiga de ninguna chica británica increíblemente elegante, como imaginé que lo haría, lo que aparentemente era bastante normal cuando estabas estudiando en el extranjero durante un semestre. La chica que vivía al lado mío, Alyishia, en Oxford durante un semestre enfocándose en el arte prerrafaelita, era lo más cercano que tenía a una relación amistosa. Habíamos intercambiado unas siete frases cuando nos cruzábamos en el pasillo.

Comí muchas salchichas, puré y pasteles de carne porque estaba en *Gran Bretaña* y, obviamente, me atiborraba de toda la carne y los carbohidratos que podía meter en mis jeans ajustados. Los bollos con crema coagulada eran la otra pieza de la que podría arrepentirme una vez que finalmente me subiera a una báscula, pero cada vez que podía continuar cerrándome los pantalones, agradecía a mi ADN por



permitirme mantenerme delgada a pesar de mis horribles hábitos alimenticios mientras estaba en alegre vieja Inglaterra.

Me reunía con la profesora Atwood dos veces por semana y, para mi completa frustración, rechazó casi todas las ideas que se me ocurrieron para mi proyecto semestral, y entre todo eso, no había escuchado una sola palabra de Mister Excelente Aventura de Una Noche. Me molestaba la frecuencia con la que revisaba mi teléfono porque yo no era esa chica. Salí de manera casual, y estuvo bien, sin miseria romántica asociada a nada de lo que había experimentado, pero yo no era la chica de "Dios, ¿me llamará pronto?".

Pero la parte más molesta fue lo que me hizo cuando se suponía que debía estar trabajando, se suponía que debía estar elaborando un trabajo de investigación sobre las Brontë para igualar el valor de un semestre de crédito, y mi molesto cerebro volvía a recuerdos aleatorios. La forma en que su mano se curvó alrededor de mi muslo cuando la levantó más contra su costado. La forma en que su cuerpo captaba la luz en destellos aleatorios, un bulto en su bíceps cuando se sostenía sobre mí, la curva épica de su trasero cuando deslicé mis manos por su espalda.

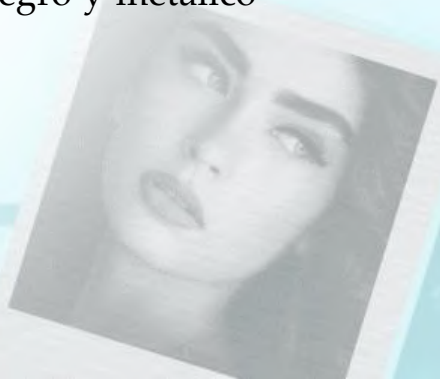
Damas y caballeros, no era algo en lo que pensar cuando te reunías con tu asesor. Mi pecho se sentía caliente, y estaba bastante segura de que mi frente estaba reventando pequeñas gotas de sudor por memoria sexual. Eso fue justo cuando Atwood hizo lo que odiaba con mi montón de papeles.

Smack.

—Puedes hacerlo mejor.

El sonido de los papeles golpeando con rudeza su escritorio me perseguiría por el resto de mi vida. En las últimas tres semanas, había escuchado ese sonido tantas malditas veces. Cada vez que me sentaba frente a ella, esperando que revisara mis notas sobre el ángulo que tomaría mi investigación, me preparaba para cuando ella miraba por encima del borde de sus lentes, volvía a colocar el clip negro y metálico en el borde de los papeles y lo lanzaba hacia mí.

Tomé una respiración profunda.



—Tal vez no pueda.

Sus cejas se levantaron lentamente.

—¿Disculpa?

Cerré los ojos y luché contra una ola de agotamiento total. Durante semanas, había dado vueltas y vueltas, incapaz de determinar en qué aspecto de las Brontë me sumergiría durante los próximos dos meses sumergiéndome en el resultado sin conseguir avanzar.

—Tal vez no se me ocurra nada bueno. —Resoplé ruidosamente, hundiéndome en la silla—. Tal vez solo estoy destinada a ser alguien que realmente ama su trabajo, pero nunca elegiré un hilo lo suficientemente interesante como para desenredarlo del resto. Nada que me diferencie.

Atwood entrecerró los ojos, consternada, porque ella nunca, nunca se desplomaba, y yo ajusté dócilmente mi postura.

—Mejor, gracias —murmuró—. Ahora en cuanto al otro... —A juzgar por la mirada en sus ojos, me preparé—. Qué completa y absoluta mierda, y si hubiera sabido que echarías para atrás tan fácilmente, nunca te habría invitado aquí para Michaelmas.

Oof. Me froté el pecho porque se sentía un poco como si hubiera atascado la esquina de su computadora portátil detrás de mi caja torácica o algo por lo mucho que me dolía.

Cuando no respondí, empujó un poco más suavemente.

—¿Por qué dijiste que sí a esto, Lia? —Mi boca se abrió para responder, y ella levantó una mano—. No hay respuestas de mierda. Esto solo funcionará si estás dispuesta a dejar que te empuje.

Cada respuesta sarcástica que se agolpaba en mi garganta era difícil de tragar, pero lo logré. Ninguna parte de mí quería sumergirse en las profundidades con ella porque cada vez que alguien quería investigar por qué sentía lo que sentía, tenía la abrumadora necesidad de saltar en paracaídas desde un avión desvencijado solo para evitarlo.

Pensamientos, no deseados e incómodos, revoloteaban más allá de mi alcance, y mis manos mentalmente temblorosas no podían agarrar ni uno solo. Si Claire estuviera sentada frente a mí, o mis otras dos hermanas,

Molly o Isabel, si fuera Finn, o mi hermano Logan, o su esposa, Paige, probablemente podría haber encontrado una respuesta para ellos.

Esta vez, no había ojos entrecerrados, solo comprensión paciente en su rostro mientras me miraba buscar una respuesta honesta.

Negué con la cabeza, entrelazando los dedos en mi regazo por un momento. Me puso a tierra lo suficiente como para agarrar un hilo mientras giraba en mi cabeza.

No sé qué hacer con mi vida, y he estado huyendo de eso durante años.

El pensamiento era un poco demasiado crudo para compartir. Incluso pensarlo me dejó sintiéndome inquieta porque ni una sola vez se lo había admitido a nadie.

—Vamos —dijo suavemente—. Veo que algo está pasando en tu rostro, señorita Ward.

Mi mano frotó mi frente. ¿Estaba sudando?

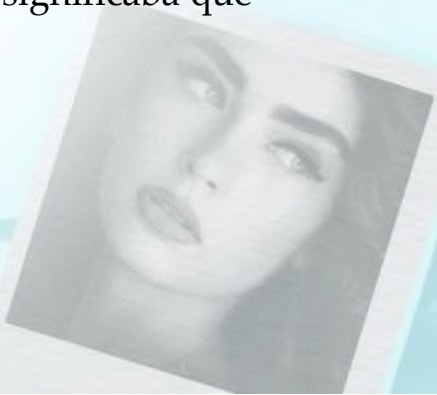
—Hay algo —respondí—. Yo solo, no sé si ayuda con el problema en cuestión.

La profesora Atwood asintió lentamente.

—Está bien.

—Quiero decir, puede ayudar. No lo sé. —Concéntrate, Lia, solo concéntrate, me obligué a mí misma. Yo era mejor que esto. Volé a través del Atlántico a un país extranjero por mi cuenta sin una sola onza de medicamento para la ansiedad que, seamos honestos, fue una gran victoria. Hice todas estas cosas desconocidas sola, y me las arreglé asombrosamente. Sí, claro, me follé a un británico atractivo que nunca llamó ni envió mensajes de texto como un imbécil atractivo, no es que haya revisado mi teléfono ochenta mil veces por si acaso me perdí algo, pero lo había hecho muy, muy bien, y solo porque no sabía lo que estaba haciendo con mi vida, o que posiblemente estaba usando la educación continua como un escape para enfrentar esa realidad, no significaba que era un desastre ni nada.

Todavía tenía opciones.



Eso me detuvo en seco, como si alguien me hubiera golpeado con una palanca en el pecho. Tenía opciones.

Las Brontë no las tuvieron.

—No tenían opciones —susurré, mis pensamientos corrían y daban vueltas tan rápido que apenas podía seguir el ritmo.

Atwood ladeó la cabeza.

—Llévame ese pensamiento contigo.

Me encontré con sus ojos.

—No tenían otra opción. La realidad en la que vivían, la muerte de su mamá, que las mujeres todavía eran consideradas propiedad de sus maridos, los ingresos modestos de su familia, el hecho de que la enseñanza era realmente la única posición que podían tomar para ganar dinero, estaba todo fuera de sus manos. Quiero decir, sabemos que a Anne le gustaba enseñar más que a las demás, pero Charlotte lo *odiaba.* Sin embargo, esa experiencia, sin importar cuán impotente o humillada la hiciera sentir, dio forma a uno de los personajes feministas más icónicos de la literatura clásica.

—Nuestra querida Jane Eyre —murmuró Atwood, con los ojos brillantes y emocionados mientras divagaba.

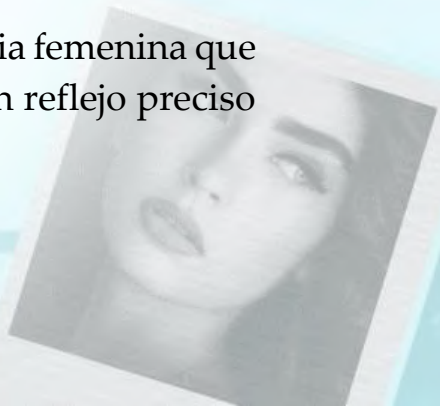
—Su falta de opciones, la jaula en la que se vieron obligadas a vivir, dio forma a todo lo que apreciamos de ellas. —Mi corazón se aceleró cuando lo dije, y cuando el rostro de Atwood se convirtió en una sonrisa lenta, una explosión de energía se extendió por mi cintura.

—¿Y...? —incitó ella.

Cierto. Esta era la parte de las clases de maestría que se sentía ridículamente pretenciosa, cuando teníamos que enmarcar todo en "la gente súper inteligente habla".

Lamí mis labios.

—Era la conciencia… la conciencia… de la independencia femenina que les era imposible recrear en sus propias vidas. Crearon un reflejo preciso



de su realidad, la base social que conocían, pero crearon personajes que lograron algo que ellas mismas aún tenían que lograr.

La profesora Atwood se reclinó en su silla, todavía sonriendo.

—Me gusta. ¿Las tres hermanas? ¿O te centrarás en una en particular?

—Todavía no estoy segura. ¿Puedo avisarte cuando nos encontremos la próxima vez?

—Por supuesto.

No importa el ritmo que hayan encontrado mis días, este fue el primer momento en el que sentí que no estaba loca por hacer este semestre en Londres. Me sentí bien. Cansada, pero bien, y el agotamiento era irónico porque dormía como un muerto todas las noches.

Cuando me levanté para irme, subiendo mi bolso sobre mi hombro, la profesora Atwood habló de nuevo.

—Una sugerencia, si estás abierta a ella.

—Siempre —le dije.

—¿Ya hiciste tu peregrinaje a La Meca?

Su referencia a Yorkshire, donde crecieron las hermanas Brontë, donde vivieron sus vidas, me hizo sonreír.

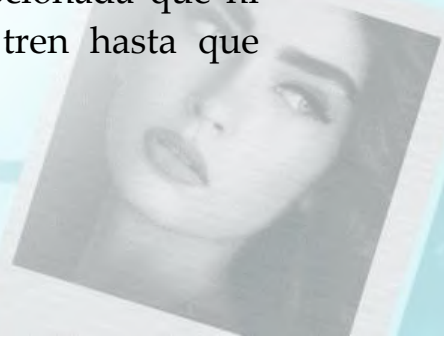
—Eh, no, pero no puedo esperar para ir.

—Creo que entre ahora y cuando nos volvamos a ver, deberías hacerlo. Pasa unos días ahí, de hecho. Sumérgete en su mundo, que era muy diferente a si las jóvenes hubieran crecido aquí o en Londres. Si deseas comenzar a delinear tu artículo, mientras decides cómo reducir aún más tu enfoque, creo que Haworth es el mejor lugar para hacerlo.

Asentí.

—Okey. Puedo hacer eso.

Organizamos nuestra próxima reunión, y las ideas para mi artículo, la idea de pasar unos días en Haworth me tenía tan emocionada que ni siquiera podía esperar para reservar mis boletos de tren hasta que



volviera a mi casa. Encontré un banco negro brillante junto a una pared de ladrillo cubierta de musgo y me senté.

Dios bendiga Internet y todo el dinero que había ahorrado antes de este viaje porque, en quince minutos, tenía un boleto de tren y una habitación con cama doble en un hotel en Haworth que solía ser una antigua botica, y estaba al otro lado de la calle del Museo Brontë Parsonage.

—Ahora esto —murmuré—, no es una mierda en absoluto.

No tenía nada que ver con el paisaje que veía o el tamaño de Haworth, que era un punto en el mapa comparado con Londres. Era el sentimiento de certeza que tenía, que estaba donde se suponía que debía estar, en el camino que tenía más sentido. Normalmente, yo era la que se agitaba, saltando alrededor para que nadie notara que no tenía ni idea de lo que estaba haciendo la mitad del tiempo. Si seguía moviéndome, podría evitar ese pensamiento que había tenido en la oficina de Atwood.

¿Cómo no sé cuál es el propósito de mi vida?

Ese pensamiento. Eso era en lo que no quería sumergirme.

Y este era el movimiento perfecto. Exactamente lo que necesitaba.

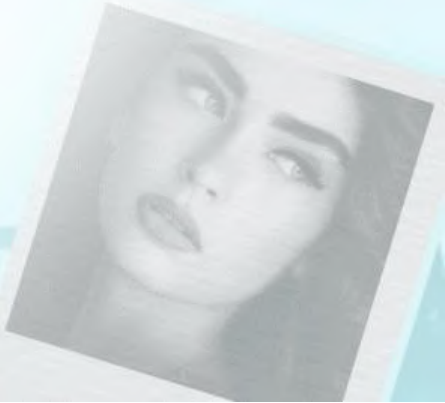
Con un resorte en mi paso, me dirigí de regreso a mi apartamento porque tenía tres horas para empacar y dirigirme a la estación de tren.

Justo cuando estaba sacando la llave para la cerradura de mi puerta, mi teléfono vibró en mi bolsillo trasero.

—Espera, espera, estoy lidiando con viejas cerraduras aquí —murmuré, empujando mi hombro contra la puerta.

El teléfono volvió a sonar y supuse que era mi hermana Isabel porque si en mi familia alguien tenía un mensaje de texto insistente, era ella. Tiré mi bolso en la silla junto a mi pequeño escritorio y saqué mi teléfono.

Ohhh, maldita sea. La emoción de ver un número del Reino Unido parpadear en mi pantalla debería haber sido criminal. *¡Advertencia! ¡Alcanzando niveles críticos de esperanza!*



Número desconocido: *¿Me creerías si te dijera que he estado demasiado ocupado jugando fútbol para enviarte un mensaje de texto antes?*

Número desconocido: *Soy Jude, por cierto. Del pub hace un par de semanas.*

Número desconocido: *ahora voy y te envío mensajes de texto tres veces, lo cual es excesivo, pero lamento haber tardado tanto. Me encantaría volver a verte.*

Mientras leía los textos una vez más, traté de sofocar la sonrisa que burbujeaba, pero como haría cualquier mujer que se precie, guardé mi teléfono y empaqué mis maletas para mi viaje.

Jude obtendría una respuesta, pero no todavía.

Puede que haya sido espectacular, pero su trasero esperó semanas para enviarme un mensaje. Veinticuatro horas no lo matarían.

Después de una revisión rápida del clima que mostró el mismo clima un poco frío y lluvioso, empaqué la cantidad adecuada de capas y botas impermeables, y arrastré mi trasero hasta la estación de Paddington.

Solo fue levemente difícil quitarme de la cabeza los textos de Jude mientras apoyaba la frente contra la ventana de vidrio que me separaba de la campiña británica que se movía rápidamente. Mientras pasaba frente a mis párpados cada vez más pesados, mientras el agradable zumbido del tren comenzaba a adormecerme, no podía creer lo exhausta que estaba.

Permitirme tomar una siesta fue una elección fácil ya que los días que había mantenido a raya al cansancio me estaban alcanzando lentamente. El viaje en tren de cuatro horas a Haworth pasó rápido, aunque me desperté en la estación de tren con una mancha de baba en mi sudadera arrugada y un calambre en el cuello.

Desde el momento en que caminé por el centro del pequeño pueblo, supe que este era el lugar perfecto para pasar unos días y perfeccionar mi proyecto. Después de registrarme en The Apothecary Guest House, me refresqué en el baño, luego tomé mi bloc de notas y deambulé lentamente por las empinadas calles empedradas, y recordé lo que Claire me dijo el día que hablé con ella en el Palacio de Buckingham.

Pasé los dedos por las paredes de piedra cubiertas de musgo, húmedas por el aire y mohosas por la historia. Cerrando los ojos, traté de no pensar en lo que alguien estaba haciendo en casa, lo que podría estar perdiéndome o lo que podría venir después de esto. En vez de eso, me sumergí. Cuando regresé a tropezones a mi habitación de hotel después de una cena, me lavé el rostro y me cepillé los dientes, mi cerebro estaba zumbando con ideas y caí boca abajo sobre la cama. Mientras me dormía, tuve la vaga idea de que debía responderle a Jude.

El sueño tiró poderosamente de mí, y su hermoso rostro fue lo último en lo que pensé, probablemente por eso tuve sueños confusos sobre la forma en que me besó, y la forma en que me tocó. Explicó por qué me di la vuelta a la mañana siguiente y no lo pensé dos veces antes de alcanzar mi teléfono.

Limpiando el sueño de mis ojos, me tomé un momento y leí lo que me dijo de nuevo.

¿Me creerías si te dijera que he estado demasiado ocupado jugando fútbol para enviarte un mensaje de texto antes?

—Qué idiota —murmuré. ¿Y qué es exactamente lo que quería decirle?

No era como si quisiera adoptar un novio británico. Mi tiempo al otro lado del charco era finito. Me senté rápidamente, apoyando mi espalda contra la cabecera, luchando contra una sensación de vértigo que sacudía mi cabeza cuando lo hice.

Okey. Eso fue raro.

Una vez que pasó eso, tomé un poco de agua porque no tenía tiempo para dar vueltas en mi cabeza en mi semana de inmersión en las Brontë. De vuelta al agua en la pequeña mesita de noche y con la cabeza despejada, luché contra el impulso de enviarle un mensaje de texto a una de mis hermanas sobre cómo manejar a Jude.

Molly, la mayor, siempre fue una buena opción para dar consejos.

Prueba A: su relación sólida como una roca con el jugador de fútbol americano de los Washington Wolves, Noah Griffin. Llevaban juntos casi un año, y si Paige no conseguía planear una boda pronto, reinaría el

infierno. Molly era la romántica. Se desmayaría por todos lados si le hablara de Jude.

Isabel, la hermana de en medio, podría ser la soltera, pero tenía una política de cero mierda cuando se trataba de hombres. Su sensibilidad sobre el romance estaba en la línea de "Si finjo que no existe, tal vez no me encuentre". Pero aún ella estaría sonando en mis oídos si no le devolvía el mensaje y ver qué pasaba si volvía a quedar con él.

Claire, mientras ella era la otra mitad de mi alma, me decía que tuviera cuidado. Sí, ella estaba perdidamente enamorada, pero también era cautelosa. Era tan fácil escuchar su voz. *Solo asegúrate de encontrarte en algún lugar público. Envíanos su foto por mensaje de texto. ¡Y no olvides usar protección!*

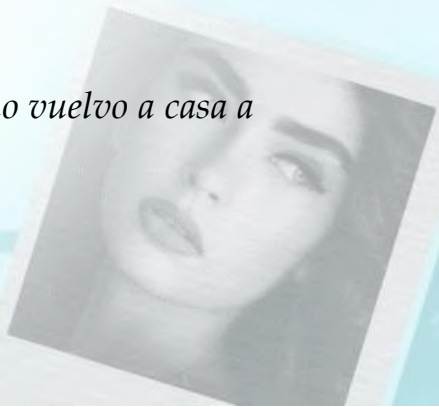
Un dolor fugaz detrás de mi pecho floreció al pensar en mis hermanas, pero parte de todo este asunto de Oxford era poder superar situaciones menores como esta sin que me tomaran de la mano. Mi pulgar tamborileó a lo largo del borde de la funda morada de mi teléfono celular.

Yo: *disculpa aceptada, pero ciertamente espero que ese no sea tu mejor intento de excusa. Deberías decir "mi pez dorado murió" o "tuve que pasar la aspiradora todos los días".*

Yo: *A mí tampoco me importaría volver a verte.*

Guardé mi teléfono, negándome a esperar una respuesta, y marcó la pauta para los próximos días. Jude nunca respondió de inmediato, pero siempre lo hacía a las pocas horas. Intercalado con la exploración del condado de las Brontë, la lectura de libros, garabatos en mi cuaderno y pequeñas actualizaciones para mi familia, encontré un patrón completamente diferente para mi día que el que había encontrado en Oxford.

Jude: *Haworth, ¿eh? Crecí no demasiado lejos de ahí, pero no vuelvo a casa a menudo. Es un lugar hermoso.*



Yo: *Aunque Londres no es una opción terrible*.

Jude: *En realidad no vivo en Londres. Me conociste en una noche en la ciudad.*

Yo: *¿Dónde vives? (Pregunta la chica que tiene un conocimiento geográfico muy confuso de cualquier cosa que no sean las ciudades más grandes de Gran Bretaña)*

Jude: *Ja. Vivo en Shepperton. Me lleva menos de una hora conducir hasta el centro de Londres la mayor parte del tiempo.*

Me picaban los pulgares para buscar en Google Shepperton, pero me contuve. El tipo ni siquiera me había invitado a salir otra vez. Entre los mensajes de texto con Jude, me encontré vagando por las mismas partes de Haworth durante los siguientes dos días, guardando algunos de mis lugares favoritos para los últimos días, para terminar con una nota alta, por así decirlo. Pasé mucho tiempo afuera, leyendo *Jane Eyre, Cumbres Borrascosas* y *Agnes Gray,* tratando de determinar en qué hermana me enfocaría. Encontré lugares tranquilos para sentarme y ver el campo, escribiendo furiosamente en mi diario mientras me ponía en sus zapatos. Dormí la siesta... como tres veces al día, pero lo que sea.

Y fue al despertar de una de esas siestas que sentí mi primera oleada desagradable de náuseas. Con la mano presionada contra mi estómago, respiré profundamente varias veces hasta que se calmó. Comida. Necesitaba comida.

Partí un trozo de una barra de granola que guardaba en mi bolso y escuché el timbre de mi teléfono.

Jude: *¿Cuándo regresas de tus épicas aventuras?*

Yo: *Tengo dos días más aquí. Me gustaría tener un borrador de mi proyecto hecho antes de irme, pero alguien me sigue distrayendo.*

Jude: *Ah, sí. Qué idiota. No te preocupes, tengo que ir a patear una pelota durante tres horas de todos modos.*

Yo: *¿Alguien te está castigando?*

Jude: *Esa boca tuya, americana...*

Mordí mi labio. Esto era algo con lo que habíamos bailado. Me acurruqué bajo las sábanas y dejé que la sensación me inundara. En este punto, habían pasado más de tres semanas desde que lo había visto, y según la cantidad de mensajes de texto que nos habíamos enviado desde que llegué a Haworth, lo volvería a ver cuando regresara, si podíamos manejarlo.

Yo: *Sí, recuerdo cuánto lo disfrutaste, Brit.*

Jude: *Inmensamente. Ojalá pudiera haberlo disfrutado de nuevo al despertar.*

Jude: *Y debido a que tengo habilidades horribles para administrar el tiempo, cuando encuentre una forma más educada de preguntar, no me gustaría esperar otro mes antes de poder ver esa hermosa boca en persona.*

Yo: *Creo que podríamos manejar eso.*

Mi estómago se agitó hasta que sus palabras se hundieron un poco.

Un mes.

Hacía un mes.

—Santa mierda —susurré. Abriendo frenéticamente mi aplicación de calendario, me desplacé hacia atrás hasta el pequeño punto en mi calendario de cuando tuve mi último período. Cinco semanas. Debería haber tenido mi período.

Estaba retrasada.

Del tipo de retraso que era realmente, realmente malo.

—Mierda, mierda, mierda, mierda, mierda.

Salté de la cama, tirando mi teléfono lejos de mí con dedos torpes, y clavé mis manos en mi cabello cuando cayó al suelo.

—Solo estoy retrasada por el estrés —insistí. A mí misma, porque estaba sola.

En un país extranjero.

Y posiblemente embarazada.

De una aventura de una noche.

Mis ojos ardían. Mi nariz hormigueaba. Mis manos temblaban peligrosamente. Esto no podía estar pasando.

Quiero decir, podría pasar. Recuerdo que usó condón. Pero, con un gemido, sabía que mis anticonceptivos habían funcionado mal las dos primeras semanas, mientras me adaptaba a la diferencia horaria.

Claire me estuvo diciendo años que debería poner recordatorios en mi teléfono para mi medicamento, pero los consejos del pasado que volvían a atormentarme no eran lo que necesitaba.

Lo que necesitaba era una maldita prueba de embarazo. Cuando me incliné para encontrar mi teléfono donde se había caído al suelo, supe que tenía que llamar a... no lo sabía. Claire. Isabel. Finn... no, Finn no, sería terrible en esta situación. Además, estaba todo *en la escuela de medicina y tengo una novia nueva.* Paige. No. Se subiría a un avión y me haría orinar en un palo. Mientras reflexionaba sobre mis opciones, noté que la pantalla de mi teléfono estaba en la aplicación de noticias, y antes de que pudiera salir de ella, vi un titular deportivo, con la parte superior del rostro muy familiar de alguien en una foto.

Proclamaba *Hey, Jude, Don't Let Me Down,* un guiño a la canción de los Beatles. Me temblaba mucho la mano cuando traté de desplazarme hacia abajo para ver la foto, aunque sabía, oh, mi dulce niño Jesús en el pesebre, lo *sabía,* por el cabello oscuro desordenado y los ojos, que era él.

Mi otra mano me tapó la boca cuando su rostro quedó a la vista. En la toma, estaba a media patada, con una pierna musculosa balanceándose hacia una pelota suspendida en el aire. Su rostro, tan estúpidamente sexy como recuerdo, estaba congelado por la concentración, y su musculoso cuerpo cubierto con un uniforme azul y blanco. Tal vez si no me estuviera volviendo loca, habría pensado en lo loco que era que el chico con el que había estado coqueteando por mensaje de texto todo el día, el chico con el

que me había acostado después de burlarme del deporte que lo empleaba, aparentemente era un jugador de soccer profesional.

Fútbol.

Lo que sea.

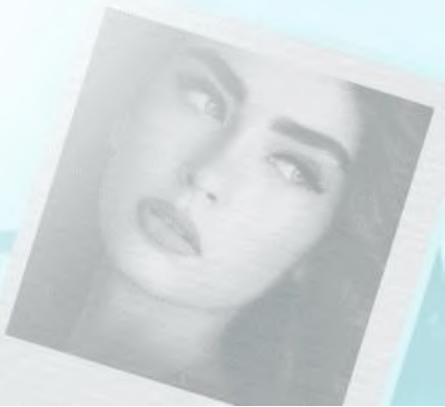
La risa histérica burbujeó en mi garganta, espontáneamente. Pensé en su cara cuando dije lo aburrido que era el juego. Pensé en sus mensajes de texto, diciéndome que había estado demasiado ocupado jugando fútbol para enviarme un mensaje de texto antes. Muy pronto, estaba encorvada, limpiándome las lágrimas de los ojos porque no podía detener los sonidos que salían de mi boca.

Fue entonces cuando sucedió.

La cabeza dando vueltas.

Las náuseas.

Mi estómago se revolvió lentamente, desagradablemente, y apenas llegué al baño antes de vomitar.



7

Lia

—Estoy bien. Estará bien.

Lo dije mil veces desde que empaqué apresuradamente mis cosas y volví a tomar un tren a Oxford. Lo siento, chicas Brontë, pero tenía que volver a mi apartamento si quería descubrir si llevaba un pequeño jugador de fútbol *dentro de mi cuerpo.*

Gruñí. También por enésima vez.

Tal vez solo había tenido un mal desayuno, o el almuerzo, o té.

Mi ritmo se aceleró cuando reservaba desde la estación de regreso a mi casa. Sí. Me gustaba ese tren de pensamiento.

Y, sinceramente, tenía que apegarme a eso porque cuando me acercaba al edificio al que llamaría hogar durante unos meses, sabía que tenía que convencerme a mí misma de que era verdad hasta que estuviera a salvo detrás de puertas cerradas y fuera de la vista.

¿Alguna vez has visto a alguien jugar a tientas con una botella de champán? De las realmente grandes y caras que probablemente matarían a alguien si los usaras como arma. Una vez, Molly compró una para una fiesta, una elegante fiesta de Amazon para el trabajo a la que todos estábamos invitados. Ella luchó por abrirla, y debido a que fue sacudida, las burbujas estaban *enojadas,* buscando un lugar para ir una vez que se liberó la presión.

Una vez que quitó el corcho, oh, explotaron.

Imaginé que eso sucedía dentro de mi pobre cuerpo. Apenas podía prestar atención a ningún aspecto de mi entorno, usando verdaderas

anteojeras todo el tiempo desde que dejé Haworth, todo el tiempo que estuve en el tren viendo fijamente por la ventana, y todo el tiempo que llegué a mi apartamento.

Se estaba acumulando tanta presión que en el momento en que saliera el corcho, mierda santa, iba a estallar como un Vesubio hormonal. Lágrimas. Moco. Piel manchada.

En algún lugar, en esa parte de mí que odiaba poner etiquetas en cosas como esta, sabía exactamente qué era.

Pánico.

Se sentía como pánico embotellado.

Incluso ponerle un nombre a esa emoción hizo que mi piel vibrara a una frecuencia peligrosa mientras subía los escalones de mi apartamento. Apreté los dientes, y mis dedos se curvaron en bolas apretadas.

Cuando llegué al último escalón, mi respiración entraba y salía de mis pulmones como si acabara de correr una maldita maratón. Alishiya salía de su apartamento con una educada sonrisa en su rostro, y supe el momento en que vio todo ese pánico furioso y burbujeante porque sus cejas se arquearon con preocupación.

—¿Estás bien?

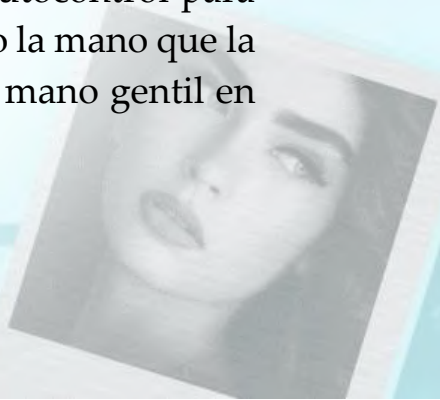
Con los labios apretados, le di un "Mm-hmm" en respuesta porque, sinceramente, no podía manejar nada más que eso.

Ella no presionó, lo cual le agradecería más tarde. Ella no debía tener tres hermanas y una figura materna de mamá oso porque santo infierno, si yo estuviera en casa en este momento, estarían *en* mi cara.

—Mierda —susurré, con la voz vacilante, y mi barbilla tambaleándose.

Qué pensamiento tan estúpido para tener en mi situación actual. *Si estuviera en casa en este momento.*

La primera lágrima se deslizó, y tomó cada pizca de autocontrol para contener el sollozo que quería seguirla. Me temblaba tanto la mano que la llave sonó en la puerta. Detrás de mí, Alishiya puso una mano gentil en mi hombro.



—Déjame ayudarte —dijo, con su encantador acento escocés. Tomando la llave de mi mano, presioné mi puño contra mi boca como un maldito corcho porque todas las cosas tenían que quedarse donde estaban por solo cinco segundos más.

La puerta se abrió y le di una mirada agradecida, pero, sinceramente, si intentaba hablar… si abría la boca aunque fuera un poco… perdería todo lo que había contenido durante las últimas cinco horas y media desde que vomité mi barra de granola.

Ella sonrió.

—Estará todo bien, no importa lo que sea.

Asintiendo bruscamente, me deslicé en mi apartamento y cerré la puerta detrás de mí. Por un minuto, sirvió como lo único que evitaba que me derrumbara en el suelo. Mi teléfono vibró y tardé en sacarlo de mi mochila porque tenía la sensación de que era Jude. Dejé nuestra conversación realmente rápido una vez que toda la bomba de *podría estar embarazada y santa mierda, él juega soccer profesional*.

Dejé mi bolso en el suelo y me tambaleé hacia mi pequeño sofá, buscando a tientas en mi bolso porque necesitaba una cosa.

Necesitaba a Claire.

Ignorando las notificaciones de texto, fui directamente a FaceTime, ni siquiera íbamos a jugar con las llamadas telefónicas. La cámara se detuvo mientras esperaba a que contestara e hice una mueca, parecía una loca.

Cuando la llamada se conectó, cuando vi su cara sonriente, idéntica a la mía, pero no como una loca, el corcho se deslizó.

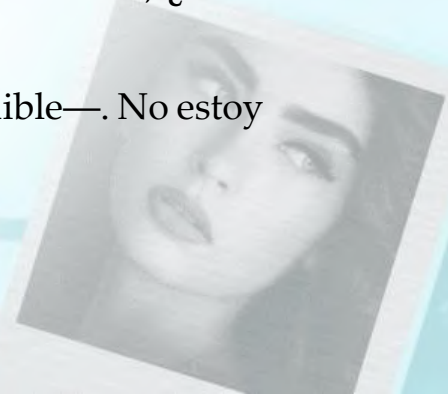
La sonrisa de Claire desapareció inmediatamente.

—¿Qué pasa?

Mi barbilla tembló.

—Oh, Dios, ¿qué pasa? —Ahora *su* barbilla se temblaba—. Lia, ¿estás bien? ¿Estás herida?

—Yo… —susurré, pero mi voz era prácticamente inaudible—. No estoy herida.



—Okey. —Suspiró, pero su rostro, estaba todo arrugado y preocupado—. Háblame porque mis pensamientos van por todas partes desde un tumor cerebral, hasta que te robaron, hasta no sé.

Exhalé una carcajada, pero incluso eso sonó doloroso.

—¿Necesito subirme a un avión?

Negué con la cabeza.

—No, solo… necesito que estés aquí conmigo mientras hago algo.

—Okey. —Claire vio fuera de cámara y sacudió la cabeza, ahuyentando a su novio, Bauer, para que se alejara cuando dijo algo—. Espera, Lee, déjame ir al dormitorio.

Su cámara giró e intenté no enfocarme en el movimiento, cerrando los ojos con fuerza cuando eso no funcionó porque lo último que tenía que hacer era vomitar mientras estaba en FaceTime. Qué asco. Al oír el clic de una puerta, abrí los ojos y Claire estaba sentada en su cama.

—Está bien, lo siento. ¿Que estamos haciendo?

Estamos.

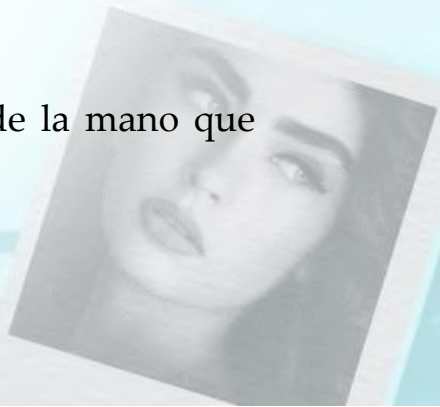
Durante toda mi vida, fui parte de un *nosotras.* Eso era lo que pasaba con tener una gemela idéntica, es una compañera de juegos garantizado: alguien a quien contarle tus secretos, alguien con quien meterse en problemas y alguien que tiene espacio para ti cuando lo necesites. Sí, amaba a Molly y a Isabel, pero Claire se había convertido en algo más.

Soltando lentamente un suspiro a través de mis mejillas hinchadas, me estiré, abrí la cremallera de mi bolsa de viaje y agarré la prueba de embarazo que había comprado en una farmacia por la que pasé camino a la estación de tren en Haworth. Levanté la caja junto a mi cara, y tardó un par de segundos en registrarla.

Claire parpadeó, inclinándose hacia la pantalla de su teléfono, y vi su boca formar las palabras. Su mandíbula se abrió. Sus ojos se abrieron.

—Santa mierda —susurró.

Se me escapó otra lágrima y la limpié con el dorso de la mano que sostenía la caja.



—Oh, Lia.

—Sí.

Claire se humedeció los labios, frotándolos antes de volver a hablar. Oh, nunca, nunca era bueno cuando tenía cuidado con las palabras que elegía.

—¿Qué pasó? ¿Fue... tú...? —Soltó un suspiro y me vio con ojos extraños e intensos—. ¿Alguien te lastimó?

—Oh, Dios, *no* —afirmé—. No, no es así. Yo quise hacerlo. Lo conocí un par de semanas después de llegar aquí.

Todo el cuerpo de Claire se relajó.

—Okey. Bien. Sabes que tenía que preguntar. No es... no es propio de ti no decirme cuando te acostaste con alguien.

Me froté la frente.

—Lo sé, pero sabía que te preocuparías si te dijera que conocí a un chico en un pub y… —Hice un gesto vago con la mano.

Ella imitó el movimiento de mi mano.

—Y...?

—Cierra la boca.

Claire sonrió.

—¿Cómo se llama?

Inmediatamente, negué con la cabeza.

—Te daré el resumen más tarde. En este momento, solo necesito saber.

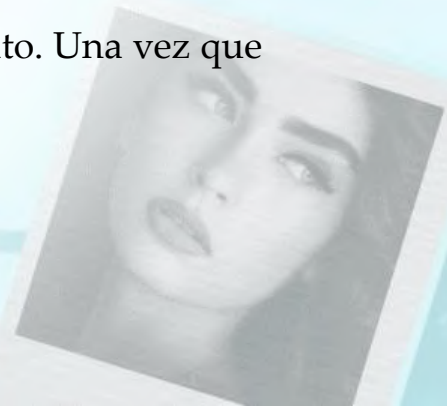
Se sentó y no pude evitar sonreír ante el cambio en su comportamiento. Mi gemela menor por dos minutos estaba entrando en modo mamá.

—Okey. ¿Lo haremos ahora?

—Creo que sí.

Saqué mi trasero del sofá y me metí en el baño diminuto. Una vez que la caja se abrió, exhalé fuerte.

—¿Qué? —me preguntó.



Estudiando la pieza de plástico en mi mano, me encogí de hombros.

—Es solo... qué artilugio tan raro, ¿verdad? Orinas en la cosa y te dice si estás embarazada del bebé de un hombre británico sexy.

Claire sonrió.

—¿Cuánto de sexy?

—Realmente, *realmente* sexy. —Mi respuesta fue tan sombría que se echó a reír.

—Está bien, hagámoslo. —Su teléfono debe haber estado apoyado en algo, porque de repente, su computadora portátil estaba en su regazo y estaba escribiendo. Un hombro se encogió—. Sí dice que es mejor esperar hasta la mañana cuando tu orina es más fuerte, o algo así. —La mirada incrédula que le dediqué la hizo levantar las manos—. Bien, bien. No vamos a esperar, lo entiendo. Estoy segura de que tu orina también es espectacular en este momento.

Usando el fregadero y las perillas del grifo, para apoyarlo un poco. Una vez que el ángulo estuvo bien, abrí el paquete y lo puse con cuidado en el borde del fregadero.

—Mira hacia otro lado si no quieres ver mi trasero —le advertí antes de empujar mis pantalones hacia abajo.

—Estoy nerviosa —admitió.

—¿*Tú?*

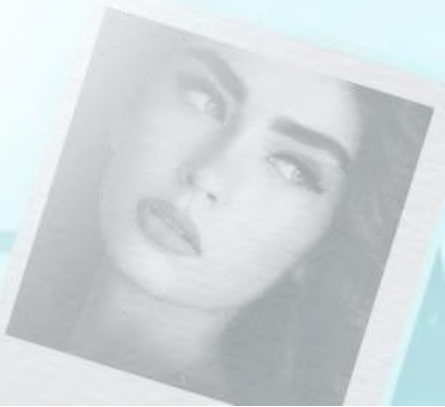
—¡Sí! Nunca pensé que haríamos nuestra primera prueba de embarazo en FaceTime.

Mis cejas se levantaron lentamente.

—El hecho de que hayas pensado en nuestras primeras pruebas de embarazo me está asustando.

Ella agitó eso lejos.

—Lo sé. Es solo que... estoy tan lejos de ti.



Mantuve mi cara apartada de la cámara, en parte porque, bueno, estaba orinando en un palo, y también porque si veía su cara cuando decía eso... me volvería loca.

La tapa se colocó en su lugar con un pequeño clic y equilibré la prueba en el borde del espejo sobre el fregadero.

Me pareció importante dejar el baño para mi eterna espera de cinco minutos, así que me subí los pantalones y entré al dormitorio, y con una ubicación estratégica de la almohada, apoyé el teléfono a mi lado de manera que pudiera convencerme de que Claire estaba acurrucada en la cama doble conmigo.

—¿Recuerdas cuando Paige y Logan se casaron? —preguntó. Ella también se acostó en su cama, acomodando el teléfono para reflejar mi posición—. Te subiste a la litera de arriba conmigo, y nos acostábamos así, planeando todas las bromas que querías hacerle.

Una lágrima se deslizó por mi sien, y mi risa de respuesta fue acuosa.

—Sí. Logan hizo el papel de ambos papás durante tantos años, y solo quería que se fuera para no acostumbrarme demasiado a ella.

—Todavía no estoy acostumbrada a ella —dijo Claire secamente.

Ambas nos reímos de eso.

—¿Cómo se llama? —susurró.

Antes de responder, llené mis pulmones, dejándolos expandirse por completo antes de dejar salir el oxígeno.

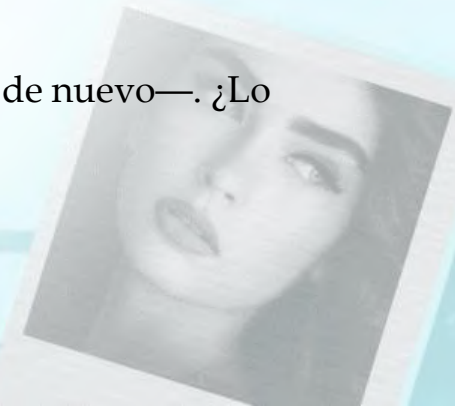
—Jude. Lo conocí… y… —Le hice un gesto con la mano—, bueno, ¿recuerdas ese día que estaba en el Palacio de Buckingham y me preguntaste si estaba aburrida porque echaba de menos mi casa?

Ella sonrió suavemente.

—Sí.

—Fue esa noche.

—Ahh. —Claire me miraba preocupada cuando habló de nuevo—. ¿Lo has visto desde entonces?



Negué con la cabeza.

—Solo algunos mensajes de texto en los últimos días. Ha estado ocupado con el trabajo.

—¿Y él era... es... simpático?

Mi encogimiento de hombros fue lamentable.

—Por lo mucho que hablaba con él, parecía que sí.

Las veces que pensé en Jude, no fue como si estuviera reflexionando sobre sus modales.

Oh, qué educadamente *me había arrancado la ropa interior.*

—¿Y usaste protección?

—Sí. —Me froté el rostro.

Claire estaba tranquila.

—Ojalá estuviera ahí, Lee. —Ella inhaló—. Esto es realmente difícil.

Mis manos se quedaron justo sobre mi cara.

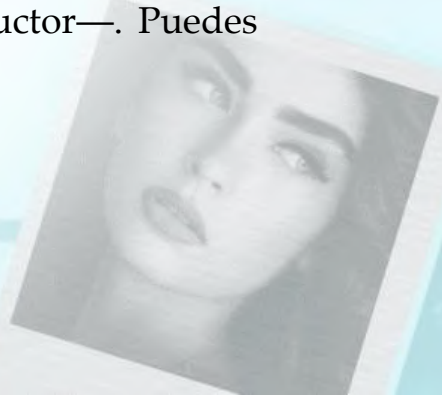
—Lo sé.

Deseaba que ella también estuviera conmigo. La haría caminar el kilómetro hasta mi pequeño baño. Le haría comparar la prueba con las instrucciones porque era más paciente que yo y las leía. Me acostaría en esta cama hasta que ella saliera del baño, hasta que volviera a meterse en la cama conmigo y me dijera si iba a tener un bebé una década antes de lo que había planeado.

—Lia, tienes que ir a ver. —Su voz era temblorosa, y presioné mis dedos en las cuencas de mis ojos.

—No, no lo haré. —¿Por qué mis palmas estaban mojadas? Me lamí los labios y sabían salados.

—Sí, lo harás. —Ella sonaba tan amable, tan comprensiva. Si hubiera sido yo, me habría vuelto dura, en plan sargento instructor—. Puedes hacer esto, Lee.



Dejé caer mis manos, y cuando abrí mis ojos, vi a Claire llorando en serio junto a mí.

—Tengo miedo —dije, mi voz apenas era por encima de un susurro.

—Eso está bien. No importa lo que diga esa cosa, lo resolveremos, ¿okey?

Antes de que pudiera pensar demasiado en eso, lo que significaba, lo que no significaba, agarré el teléfono y rodé fuera de la cama.

—Lee la etiqueta primero —dijo ella.

Sonreí.

—Lo haré.

En la parte posterior de la caja, hojeé hasta que vi lo que necesitaba saber, leyéndolo en voz alta a Claire.

—Una línea es no, dos líneas es sí.

Ella asintió.

—Okey.

Lanzando la caja a un lado, me tomé un segundo y vi la prueba boca abajo sobre la repisa de metal. Parecía de dos metros y medio de largo tirada ahí. En mi mente, se hizo más y más grande hasta que imaginé que me sacaba de la habitación.

—Puedes hacerlo —dijo de nuevo.

Con una fuerte bocanada de aire de los labios fruncidos, agarré la prueba y la volteé.

—Santa mierda —susurré.

Dos líneas moradas brillantes.

Claire inhaló.

—¿Dos líneas?

Asentí bruscamente y tiré la prueba a la repisa, hundiéndome en el piso del baño con el teléfono apretado contra mí.

—Lia —dijo con firmeza—, no puedo verte.

—No quiero que me veas —lloré—. Mierda, Claire, estoy embarazada. ¡Estoy *embarazada!*

—Por favor déjame verte. No es que tener la cámara aplastada contra tus pechos no sea genial, pero realmente me gustaría ver el rostro de mi hermana en este momento.

Lentamente, retiré el teléfono y apoyé las manos en las rodillas dobladas, pero con la cabeza contra la pared detrás de mí, decidí que mirar al techo era una mejor opción de vida para mí.

—¿Qué se supone que haga?

Ella estaba tranquila.

—No sé.

—Tengo que decírselo a Jude —murmuré—. ¿O no?

Claire suspiró.

—Creo que es una pregunta difícil de responder cuando no sabes qué tipo de persona es, pero si estoy respondiendo en general, entonces sí, creo que hacérselo saber es lo correcto. Al menos dale la oportunidad de apoyarte en lo que necesites.

Finalmente, me encontré con sus ojos.

—¿Y si no quiero quedármelo?

Sostuvo mi mirada, firme como una roca, inquebrantable como una montaña.

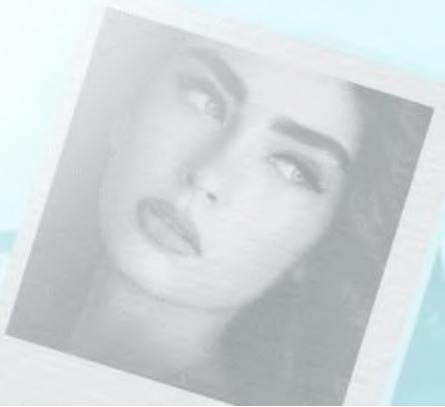
—Entonces lo resolveremos también. No tienes que decidir nada ahora, Lia. Ni una sola cosa.

Un recuerdo apareció y emití una risa acuosa.

—¿Recuerdas cuando nació Emmett?

Ella también se rio.

—Por supuesto.



El día que nació nuestro sobrino estaba muy claro en mi mente, pero en nuestro pequeño y extraño árbol genealógico, se sentía como nuestro hermano menor. Logan y Paige habían estado casados durante un año cuando ella quedó embarazada, y aunque Logan era el tutor legal de cuatro niñas, agregar una quinta a la mezcla se sintió tan natural como respirar. Anticipamos el nacimiento de su bebé como si fuera la maldita segunda venida o algo así.

Claire y yo teníamos trece años en ese momento, Isabel quince y Molly diecisiete. Las cuatro nos paramos en el pasillo del hospital, con los oídos pegados a la puerta, esperando el hermoso sonido de llanto de la que sabíamos que sería *otra* chica. La malcriaríamos hasta la saciedad, la quinta chica Ward, e iba a ser una gloriosa adición a nuestra banda de chicas.

Excepto que no emitió un fuerte y salvaje gemido cuando nació. Salió con los ojos claros y tranquilo. Era el bebé más pacífico que jamás haya existido. Cuando Logan abrió la puerta para dejarnos entrar, nos amontonamos alrededor de Paige, empapada en sudor y con el cabello revuelto y sosteniendo un pequeño bulto, solo para escuchar las palabras: "Es un niño".

Vi a mi hermano mayor y dije: "Oh, mierda, no lo es".

Pero en el momento en que lo sostuve, a ese bebé perfecto, arrugado y con el rostro roja, me enamoré perdidamente. Todas lo hicimos. Era *nuestro* bebé y el niño más amado que existía.

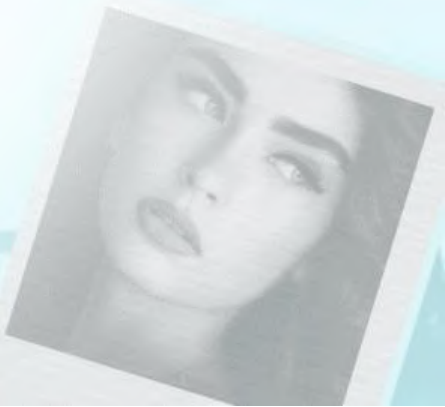
—¿Recuerdas cómo solíamos pelearnos por quién podía cargarlo?

Claire sonrió.

—Me enojé tanto con Isabel una vez que me engañó para que lo bajara. ¿No me dijo que alguien vio a Justin Bieber en nuestro vecindario?

Me reí, sintiéndome extrañamente tranquila. Probablemente en negación, pero lo que sea.

—Qué perra.



—Ella lo tuvo durante horas ese día también. Cenó con una sola mano para que nadie pudiera cargarlo. —Claire se quedó en silencio, y sus ojos estaban pesados en mí—. ¿Por qué el viaje por el carril de la memoria?

¿Alguna vez has sentido como si alguien te hubiera metido un ovillo de lana en la garganta? Eso era lo más parecido que sentía cuando trataba de tragar.

—Tengo veintidós años con una familia grande y amorosa y una cuenta de ahorros saludable.

—Todo eso es muy cierto.

—Me lo voy a quedar —dije en voz baja. Había tiempo para resolver todo lo demás, pero si alguien podía contar con su familia para ayudarlos a superar algo como esto, éramos nosotros. Cada uno de ellos caminaría a través del fuego por mí, como yo lo haría por ellos.

Sus ojos se llenaron.

—Okey.

—Pero aún así tengo que hablar con Jude.

Claire se limpió el rostro.

—Sí, probablemente debas hacerlo.

—Y —dije lentamente—, tengo que decírselo a Logan, y a Paige. Oh, Dios, Paige va a volar aquí mañana, ¿no?

Mi hermana sonrió.

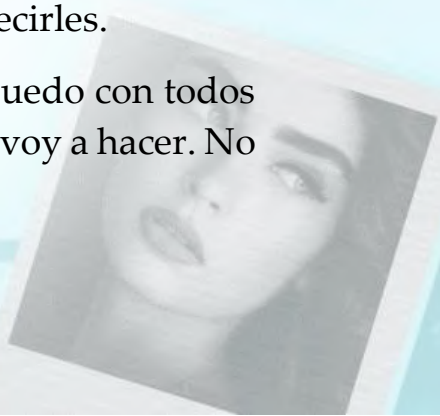
—Ella podría.

Con los dedos tamborileando sobre mi pierna, tomé una decisión en una fracción de segundo.

—¿Puedo pedirte un enorme y horrible favor en el que no les digas una palabra a ninguno de ellos?

—Lia —dijo en un tono de advertencia—. Tienes que decirles.

—¡Lo haré! Solo déjame hablar con Jude primero. No puedo con todos ellos enloqueciendo y preguntándome qué necesito y qué voy a hacer. No tendré respuestas a ninguna de sus preguntas.



Ella concedió con un asentimiento reacio.

—Gracias. Te amo.

—Yo también te amo. —Ella suspiró—. ¿Quieres seguir hablando?

—No. Debería enviarle un mensaje de texto y ver si puede reunirse conmigo en los próximos días.

Nos despedimos poco después y me quedé sentada en el piso de mi baño por unos minutos más. ¿Cómo intentar siquiera absorber adecuadamente la magnitud de ese descubrimiento?

En un momento, todas las opciones en mi vida habían cambiado, como las letras que hacen clic en el panel de llegada de una estación de tren.

Mi vida literalmente nunca volvería a ser la misma después de esto.

Tampoco la de Jude. Ni siquiera sabía si tenía otros hijos, o una novia oculta, o tal vez estaba loco. Como sea, él debería saberlo. Si optaba por no dar el paso al frente, entonces yo le daba la opción y la responsabilidad caía sobre él.

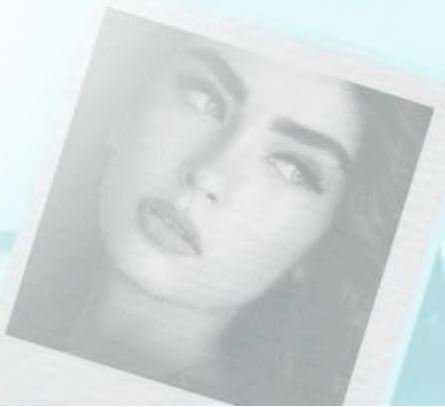
Era curioso cómo ser abandonada voluntariamente por uno de tus papás biológicos influía en tu juicio sobre cosas como esa. Con ese pensamiento... mis pulgares volaron por la pantalla.

Yo: *De hecho, estoy abierta las próximas dos noches si tú lo estás. Me encantaría ver tu región*.

Jude respondió casi de inmediato.

Jude: *Qué frase tan estadounidense, pero mañana por la noche está libre en mi 'región'. Si te parece bien cenar en mi casa, puedo enviarte la dirección.*

Yo: *Envíala.*



8

Jude

Por lo general, nunca le di mucha importancia a lo que alguien pensara de mi casa. Por lo general, son las palabras clave. Mi ama de llaves, la señora Atkinson (cuyo primer nombre era Rebecca, pero nunca me atreví a llamarla así), me criticó todo el día mientras yo rondaba a su alrededor, limpiando detrás de donde ella acababa de hacerlo.

—Maldito futbolista —murmuró, golpeándome con una cosa/arma para quitar el polvo—. Ve a patear algo y déjame hacer mi trabajo.

—Ella nunca ha estado aquí, y me gusta esta. Ya se lo dije, ¿verdad?

Ella puso los ojos en blanco. Sí, yo se lo había dicho.

Si los fanáticos del Shepperton FC, los poderosos Shorthorns, tuvieran alguna idea de que el único amigo de su mediocampista era su ama de llaves de cincuenta y cinco años, se mearían encima.

—Si te preocupa tanto lo que piensa la jovencita —dijo Rebecca con la paciencia de un santo y el consejo de un maldito terapeuta—, ve al mercado y cómprale unas flores o cómprale unos chocolates.

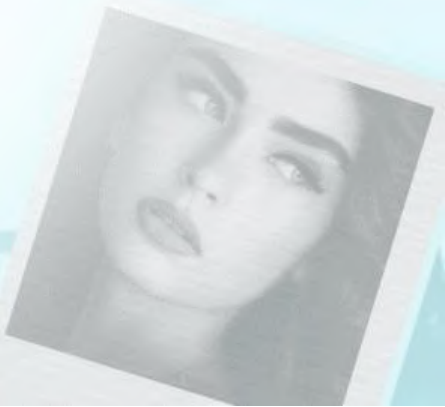
Mientras limpiaba el resto de la sala de estar, yo me senté en el gran sofá gris.

—¿No cree que eso es demasiado cliché?

—Si un hombre me comprara flores y chocolates, pasaría la noche boca arriba sin pestañear.

Gimiendo, me tapé el rostro.

—Señora A, tenga piedad.



Ella se rio.

—Sal de aquí mientras termino, jovencito. Deberías ir a hacer ejercicios en el jardín. La forma en que manejaste la pelota el lunes fue una tragedia. Estás cayendo en tu vejez.

—¿Et tu? —pregunté secamente, levantándome del sofá—. Si yo soy viejo, ¿en qué la convierte eso?

—En bien experimentada e increíblemente inteligente. —Ella me vio por encima del borde de sus lentes—. ¿Eso es lo que te vas a poner?

Vi mi camiseta blanca y mis pantalones negros.

—¿Qué?

—Parece que vas a servirle café, no a conquistarla. —Rebecca dejó la varita para quitar el polvo—. Y eso me recuerda, ¿vas a invitar a esta linda chica estadounidense a un rapidito?

Silbé.

—Eso es terriblemente juicioso de su parte, señora Atkinson. Tal vez por eso quiere venir. —La señalé con el dedo—. Además, no tiene idea. Ella es agradable.

—Oh, ella es agradable si la has invitado a tu casa. —Reanudó la limpieza—. He visto algunas de las fulanas con las que has vagado a lo largo de los años.

—Sí, cuando tenía diecinueve años y era estúpido y dejé que mi primer año de juego se me subiera a la cabeza. Sabe que no he hecho eso en años. —Sonó mi teléfono y apareció el número de Lewis, lo envié a correo de voz, pero levanté la pantalla para que ella lo viera—. Estoy demasiado ocupado tratando de no perder mi maldito trabajo con otros engreídos de diecinueve años para acostarme más. Además, esas fulanas no se preocupan tanto por ti cuando eres viejo y tu dinero se ha ido.

—Sé cuánto ganas, jovencito. No está ni cerca de desaparecer.

Ella tenía razón. Aunque estaba en el último año de mi contrato actual con Shepperton, mi recibo de pago tenía muchos ceros y tenía todas las razones para creer que obtendría una renovación por al menos uno o dos

años, incluso si significaba que me transferirían a otro equipo interesado. Mientras podamos permanecer en el nivel superior, al menos. Nuestras últimas dos victorias ayudaron y nos movieron un poco más arriba en la tabla.

Jodidamente odiaba desaparecer en medio.

Con un vistazo a mi reloj, me levanté del sofá.

—Ella estará aquí pronto, supongo que será mejor que vaya a cambiarme la camisa.

—Chico listo. —Hizo una pausa—. No la hiciste tomar el tren desde Oxford, ¿verdad?

—No. Ella dijo que una vecina le prestó su auto.

—Me quitaré de tu camino. —Me palmeó el rostro al pasar—. Utiliza tus modales, Jude Michael McAllister. Abre las puertas, saca las sillas y no la ataques tan pronto como entre, ¿de acuerdo? Le haces preguntas y escuchas las respuestas, la tratas como a un ser humano normal.

—¿A diferencia de tratarla como a una no humana?

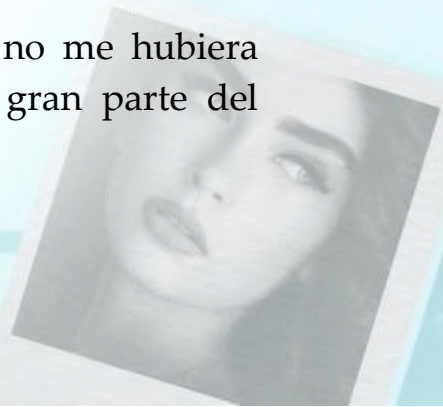
—No te hagas inteligente. Sabes exactamente lo que quiero decir. Las mujeres no son recipientes creados simplemente para tu disfrute porque te pagan millones de libras por patear una pelota.

Solo me sentí un poco a la defensiva cuando respondí.

—Yo lo sé.

Mientras Rebecca guardaba los últimos artículos de limpieza y revisaba la cena que había metido en el horno, subí las escaleras a mi habitación para cambiarme. Era la habitación más grande de la casa, con grandes ventanales que daban a la extensión de hierba verde del jardín. Justo en medio había una cama tamaño king decorada en tonos grises. Mientras tiraba la camiseta ofensiva en la canasta de lavado, pensé por milésima vez en la mejor manera de decirle a Lia lo que hacía.

Era la parte que menos esperaba. El hecho de que no me hubiera reconocido, que pensara que yo era normal, era una gran parte del atractivo.



El fútbol para ella significaba una elección, algo que te podría gustar o no, y si no te gustaba, simplemente elegías otra cosa.

El fútbol aquí estaba incrustado en nuestras vidas. Era una cultura que corría en tu torrente sanguíneo, no solo un deporte al que recurrías si estabas aburrido, y como un guiño a eso, dado que tendría que admitir lo que hacía más temprano que tarde, metí la mano en el armario y agarré una de mis camisas Shepperton azul brillante. El logotipo en el pecho era pequeño, por lo que no era como si estuviera abriendo la puerta con un kit completo con mi nombre.

—Jude —dijo Rebecca—. Tienes una visita.

—Oh, mierda —susurré, jalando la camisa. Cuando llegué al final de los escalones, todo mi cuerpo se sentía cargado de emoción. No, no era ideal que mi ama de llaves fuera la que la recibiera en la puerta, pero ella estaba aquí, y eso era lo que importaba.

Rebecca dijo algo que hizo reír a Lia, y el sonido me hizo sonreír.

Estaban de pie junto a la puerta principal y, a plena luz de mi casa, ella era aún más hermosa de lo que recordaba. Su cabello, que era largo y rizado por su espalda la última vez que la había visto, estaba retirado de su rostro.

Llevaba algo amarillo, pero para ser honesto, realmente no me importaba lo que llevaba puesto.

—No dejes que se lleve el crédito por la cena, querida —susurró Rebecca en voz alta con una mano en el hombro de Lia—. Esa es mi receta secreta, y él es un absoluto desastre en la cocina.

Los ojos de Lia se encontraron con los míos, el azul de ellos era tan profundo que era como un puñetazo en el estómago. Me sonrió.

—Debidamente anotado.

—Adiós, señora Atkinson —dije—. Que tenga una tarde encantadora.

Rebecca me lanzó una mirada de advertencia y supe que, incluso en ese breve lapso, ella se sintió tan encantada con Lia como yo.

—Fue maravilloso conocerte, querida —le dijo a Lia.

Lía le sonrió.

—Igualmente.

Rebecca se fue, cerrando la puerta en silencio detrás de ella, y fue entonces cuando noté los dedos de Lia entrelazados con fuerza frente a ella y el intenso color en sus mejillas.

Estaba nerviosa.

—Entra —le dije—. ¿Quieres algo de beber? Tengo tinto y blanco, si quieres vino.

Lia se colocó un mechón de cabello suelto detrás de la oreja.

—En realidad no me importaría un poco de agua, si eso está bien. Natural o con gas, no importa.

—Por supuesto.

Fui a buscarle una botella del refrigerador y, por el rabillo del ojo, la vi deambular por la sala de estar, viendo fotos mías y de mi hermano a lo largo de los años. Se detuvo en un pequeño marco blanco y lo recogió.

La foto fue tomada hace años, después de mi primer partido como jugador de primer nivel. Me cambié y me duché, así que no estaba con mi equipo, pero Lewis y yo estábamos sonriendo ampliamente, mostrando nuestras camisas de Shepperton. No había fotos de papás sonrientes en el mismo sentido, por lo que podía buscar todo lo que quisiera en busca de más indicios de mi familia, pero no encontraría ni uno solo. La vida era complicada, y la idea de tratar de entrar de puntillas en esa conversación con Lia, sobre mi trabajo o mis papás, se sentía un poco imposible.

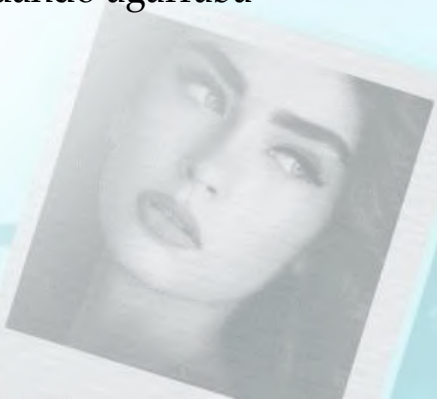
Sabiendo lo que hacía, cambiaría la dinámica entre nosotros y, de repente, me encontré queriendo proteger esta pequeña parte de la realidad.

Yo se lo diría. Eventualmente.

Dejó el marco y se reunió conmigo en la cocina justo cuando agarraba una segunda botella de agua para mí.

—Tu casa es hermosa —me dijo.

—Gracias.



—Mi hermano era jugador de fútbol profesional en Estados Unidos.

Me atraganté con mi agua.

Ella siguió adelante como si yo no hubiera hecho nada.

—Ganó un campeonato, de hecho, y ahora es el coordinador defensivo del mismo equipo.

Me froté el pecho.

—¿Y ahora?

Lía negó con la cabeza.

—Podría haberlo explicado mejor. Lo siento. Estoy más nerviosa de lo que pensé que estaría.

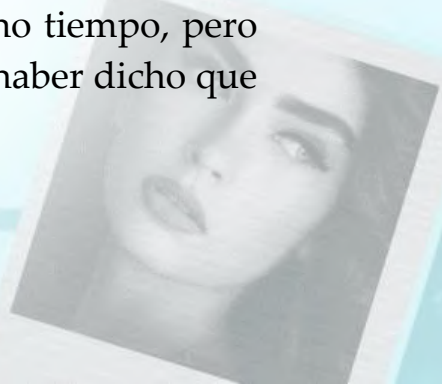
Tan cuidadosamente como pude, dejé el agua, mi mente daba vueltas con el extraño giro de los acontecimientos.

—Te lo digo porque no quería que pensaras que solo estaba... burlándome del fútbol por el placer de hacerlo. Realmente no lo entiendo, y eso no es una excusa, pero toda mi vida se centró en el trabajo de Logan. —Sus dedos, largos y gráciles, comenzaron a tocar la etiqueta de la botella—. Él fútbol, fútbol americano, fue lo que vi todos los fines de semana durante toda mi vida. Crecí viendo videos de juegos con él mientras hacía mi tarea por la noche. Crecí conociendo esquemas defensivos y tablas de profundidad y cuál era la propagación de cada juego, y esa fue mi vida porque él nos crio a mí y a mis hermanas.

Sus labios, rosados y suaves, se movían con cuidadosa precisión mientras hablaba, y tuve la sensación de que había practicado cada palabra de lo que me estaba diciendo en este momento. La luz del jardín reflejaba un lado de su cara y la longitud de su cuello, y todo lo que podía hacer era mirar.

Ante mi silencio, ella siguió hablando.

—Entonces, básicamente, estoy tratando de disculparme si fui grosera en el bar por lo que dije. Sé que no he estado aquí mucho tiempo, pero ustedes son muy protectores con su fútbol, y no debería haber dicho que



era aburrido. —Sus ojos buscaron los míos—. O lo que dije sobre tirarse al suelo. Eso también fue grosero.

Tal vez había invitado a Lia porque me habría cortado el brazo para acostarme con ella otra vez, pero con cada palabra, cavaba un extraño punto de apoyo en algún lugar detrás de mi pecho. Si lo que decía era cierto, y no había razón para que no lo fuera, me las arreglé para tropezar con una mujer que sabría exactamente cómo podría ser la locura de mi vida. Entendía todas las facetas porque, aunque los deportes eran diferentes y la cultura era diferente, había muy pocas personas que no jugaban que realmente se dieran cuenta del nivel de dedicación que se necesitaba para hacer lo que hacía. Ella entendería por qué me desangraba por el juego.

Me acerqué y ella contuvo el aliento ante mi repentina cercanía.

Mis manos se extendieron, deteniendo las suyas donde jugaban con la botella, sus dedos estaban helados.

Lia levantó la barbilla. Era más alta esta noche, probablemente usaba zapatos diferentes, y descubrí que tenía muchas ganas de ver con qué facilidad podía besarla desde este ángulo. Quería subirla a la encimera de mi cocina y colocarme entre sus piernas para poder apretarla lo más cerca posible.

Apenas la conocía. ¿Por qué sentía que lo sentía?

—¿Por qué estás tan nerviosa? —pregunté.

—Bueno, está todo el asunto de que *estoy en la casa de un extraño,* y todavía no estoy segura de que no me asesinarás y esconderás mi cuerpo.

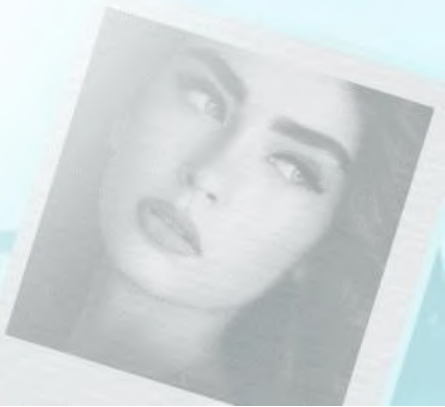
Sonreí, subiendo mis manos por sus brazos y luego bajándolas de nuevo.

—Muy sospechoso.

Lia tragó, con los ojos muy abiertos en mi cara.

—¿Vas a hacer esas cosas?

—No estaba planeando hacerlo, no.



—Bien. —Si bien es posible que no me haya devuelto el contacto, me permitió deslizar mis dedos entre los suyos. El arrastre de mi piel sobre la suya, que era mucho más suave, mucho más tersa, se sentía sucia de alguna manera. Como si estuviéramos desnudos, como si ya estuviéramos en la cama. A juzgar por el rubor en sus mejillas, ella también lo sintió—. No estás como… casado en secreto o algo así, ¿verdad?

Mi sonrisa fue lenta.

—Sin esposa, sin novia.

—¿Te gustan los animales?

—Depende de qué tipo. Los perros, si. Los gatos, a veces, si no están tratando de sacarme los ojos. Tengo una relación complicada con las ovejas porque me crie en una granja de ovejas. Creo que los peces no tienen sentido, y estoy loco de miedo por los caballos.

Lia se rio suavemente. ¿Qué estaba buscando, mientras esos ojos sin fondo buscaban en mi rostro? Parecía tan seria. Qué cambio de la chica fogosa en el pub, presionando y presionando mis botones, simplemente porque sentía que disfrutaba que los presionaran.

Me gustaba. Fue una comprensión extraña después de saber cuánto la deseaba, pero así era. Me gustaba. Me gustaba que me hiciera preguntas sencillas y que fuera amable con mi ama de llaves. Incluso me gustó la forma plana en que dijo las vocales con su acento estadounidense.

Sus dedos se cerraron con fuerza alrededor de los míos, como si tuviera miedo de que me apartara.

Fue entonces cuando me escuché decir:

—Juego fútbol profesional.

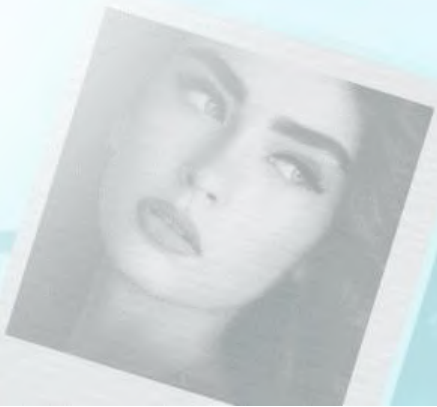
Los labios de Lia se curvaron en los bordes.

—Lo sé.

Parpadeé.

—¿Lo sabías la noche en que nos conocimos?

Ella negó con la cabeza.



—Apareciste en mi aplicación de noticias cuando estaba en Haworth. Cuando vi tu foto, dejé caer mi teléfono al suelo.

—¿Lo hiciste? —murmuré, acercándola lentamente. Su rostro no mostraba conmoción, ni asombro, ni clamaba por saber más. Todo mi ser se relajó.

Ella asintió, manteniendo sus ojos fijos en mis labios.

—Usaron tu nombre con la canción de los Beatles.

—Los periodistas creen que son muy inteligentes. —Solté una mano de la suya, deslizándola sobre la curva de su cintura, luego sus caderas—. Siento no habértelo dicho.

Lia puso su mano sobre mi pecho, abriendo los dedos.

—¿Cuándo podrías? ¿Después de comentar sobre la forma en que los jugadores caían al suelo todo el tiempo?

Riendo entre dientes, ejercí un poco de presión en sus caderas.

—Tienes razón.

—H-hay muchas cosas que no compartimos entre nosotros.

Su ligero tartamudeo fue provocado por mis dedos deslizándose por debajo del dobladillo de su camisa, donde me recibieron kilómetros interminables de piel suave.

—¿Algún esposo o novio? —pregunté.

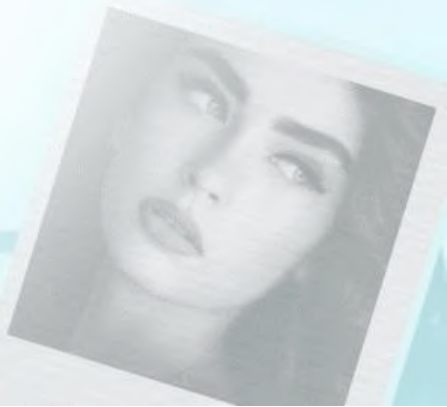
Lía negó con la cabeza.

—¿Te gustan los animales? —Mi nariz se hundió en su cabello, e inhalé profundamente en mis pulmones.

—Mm-hmm.

El temporizador sonó en el horno. Había una cena perfectamente buena ahí, probablemente quemándose hasta quedar crujiente, pero ambos la ignoramos.

—¿Jude?



Mi nombre en sus labios me hizo cosas extrañas. Mientras tarareaba en respuesta a eso, mis labios se posaron sobre sus sienes suaves y aterciopeladas.

—Yo… —Su voz se apagó cuando besé mi camino por sus pómulos hasta la comisura de sus labios—. Mierda, me estás matando.

Agachando la cabeza, chupé su labio inferior con mi boca, cubriendo sus curvas con la palma de mi mano cuando sus caderas se inclinaron hacia mí.

Aquí. La follaría aquí mismo la primera vez. En la cocina, con la cena ardiendo y las ventanas abiertas, y el espacio aireado y luminoso que contenía el eco de los sonidos que ella hacía.

Entonces podríamos hablar toda la maldita noche.

Lia gimió cuando hice lo mismo con su labio superior, calmando el rosado y regordete de su boca con mi lengua cuando la aparté.

—Me tomaré mi tiempo contigo esta noche, amor. —Mierda, sonaba como loco, como si hubiera masticado grava, cuchillos y ácido.

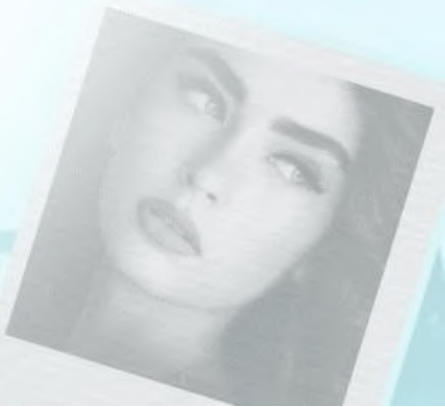
—¿Jude?

—¿Mmm? —Le mordí el borde de la mandíbula, y ella respiró hondo.

Su mano empujó mi pecho y retrocedí para mirarla a la cara.

Lia se humedeció los labios, golpeándome con toda la fuerza de sus ojos azules.

—Estoy embarazada.



9

Jude

No fue hasta que cerré mi quinta puerta de la mañana que alguien finalmente me dijo algo por mi mala actitud.

—Está bien —gruñó Declan, empujándome con su pata carnosa—, es suficiente. Si no dejas de azotar todas las malditas puertas, te arrancaré las manos.

Me encogí de hombros.

—No las he azotado *todas.*

Cuando nuestros compañeros de equipo pasaron junto a nosotros, todos dirigiéndose a las duchas o la sala de pesas, tuve más de una mirada de reojo.

Declan cruzó los brazos sobre el pecho y me inmovilizó con su *mirada patentada de capitán del equipo.*

—Hiciste llorar a uno de los fisios.

—Mi rodilla está bien. No necesitaban hurgar y empujar sin que se lo pidieran.

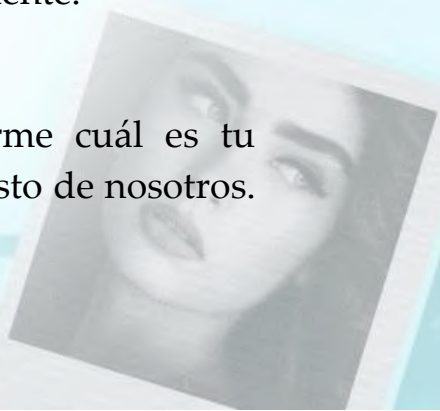
—¿Y el nuevo asistente?

Apreté los dientes con tanta fuerza que tenían que estar a punto de romperse.

—No *quise* golpearlo en la cabeza con la pelota, obviamente.

Declan suspiró, frotándose el puente de la nariz.

—McAllister, tienes unos diez segundos para decirme cuál es tu problema para que puedas dejar de desquitarte con el resto de nosotros.



Tenemos suficiente con lo que lidiar en este momento sin que lo empeores.

Me hundí contra la pared y vi la brillante pintura azul y blanca frente a mí. Pasé los mejores años de mi carrera caminando por este pasillo, viendo esos colores y un logo que me definía. No importaba qué más estuviera pasando en mi vida, sabía quién era yo en el momento en que entraba en esta cancha.

Y hoy, no reconocía nada de eso. Apenas me reconocía a mí mismo.

Él gimió.

—Esto va a llevar más de diez segundos, ¿no?

—Probablemente —admití con una mirada de reojo—. ¿Estás seguro de que quieres escuchar esto? No somos exactamente mejores amigos.

—No lo somos. —Sus enormes hombros se encogieron ligeramente. Declan era grande para un portero y ocupaba mucho espacio, pero aun así se las arreglaba para ser lo suficientemente rápido—. Pero tenemos un equipo joven este año, y te admiran. Eres el que tiene tu nombre en las luces, el que se para en la esquina, con los brazos abiertos, escuchando los gritos de los fanáticos cuando anotas. Quieren ser tú, pero también te quitarían tu lugar en un santiamén si lo arruinas por ti mismo.

La mirada que le di fue seca, pero después de cinco años de jugar con él, conocía bastante bien el estilo de ánimo de Dec.

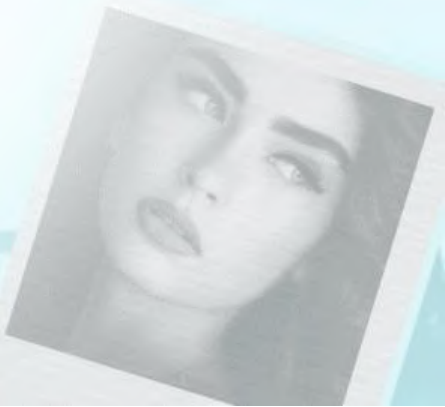
—Mi punto es, si tienes algo que afecta tu rendimiento, será mejor que lo averigües. Porque en el momento en que lo llevas a la cancha, tienes un problema, y eres demasiado valioso para este equipo para que eso suceda. Nunca pensé que era algo de lo que tendría que preocuparme antes de hoy.

—Fue una mala práctica después de una bonita... velada que te cambia la vida.

—Dime.

Lo lancé una mirada.

—¿Puedes pretender tener modales por dos segundos?



Su mirada fija fue lo que obtuve como respuesta, en lugar de un *por favor* añadido a su orden bruscamente pronunciada.

Alguien en el cuerpo técnico pasó a nuestro lado con un murmullo de saludo, y después de que pasó, señalé una sala de prensa vacía para que pudiéramos tener algo de privacidad. Declan me precedió, desparramándose en una silla de escritorio negra.

—Oh, maldita sea, está cerrando puertas y todo —murmuró Declan—. ¿Así de mal?

Apoyando mi espalda contra la puerta, vi inexpresivamente a la pared opuesta por un minuto. Lo que vi ahí fue el rostro de Lia, sin color, cuando respondí a su bombazo con... bueno... no mucho tacto.

—Hace unas semanas —comencé lentamente—, estaba en Londres para reunirme con mi agente y me detuve en el pub de mi hermano. Conocí a una chica. —Cerrando los ojos, traté de imaginar de nuevo lo fácil que fue entre nosotros esa noche. Lo fácil que fue esos primeros momentos en que estuvo en mi casa—. Es estadounidense, está estudiando en Oxford para Michaelmas. No tenía idea de quién era yo.

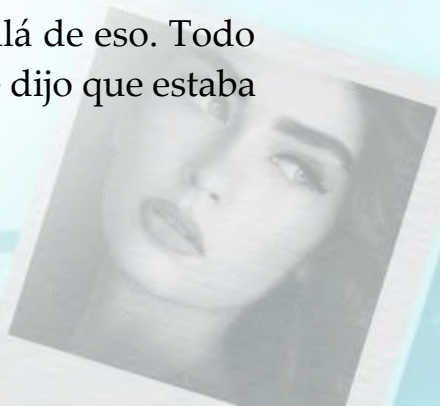
—¿Seguro?

Asentí. Era una buena pregunta, y una que me había hecho más de una vez desde que Lia salió de mi casa la noche anterior.

—Fue una noche, dejó su número y nos enviamos mensajes varias veces, pero no pudimos encontrar tiempo para volver a encontrarnos hasta anoche.

El pecho de Declan se expandió al inhalar profundamente. Sabía que algo se avecinaba. Siempre había algo en juego cuando los chicos en nuestras posiciones se acostaban indiscriminadamente. Habíamos visto varios tipos de lluvia radiactiva durante años. Hombres engañando a esposas, o novias con groupies o prostitutas, las mujeres yendo a los paparazzi con sus sórdidas historias.

—Ella vino a cenar anoche, y no hicimos planes más allá de eso. Todo estaba bien, mejor que bien, al principio. Entonces ella me dijo que estaba embarazada.



Eso hizo que su barbilla se levantara ligeramente, sus ojos me evaluaron cuidadosamente.

—¿Y qué dijiste tú?

—Yo… —Mi garganta tragó saliva—. Le pregunté por qué me lo decía.

Declan frunció la boca.

Levanté una mano.

—Lo sé, no fue mi mejor momento, pero claramente no esperaba que ella dijera eso. Usamos protección, no soy estúpido.

—Puede que no lo hayas dicho particularmente bien, pero es una pregunta justa en nuestra posición. La gente miente sobre todo tipo de cosas por dinero.

Qué respuesta tan diplomática. Por eso hice una mueca cuando le dije lo que le dije a continuación.

—No creo que esa sea la razón por la que explotó conmigo —dije, rascándome la nuca.

—¿A ella no le gusta el dinero?

—Más bien, no creo que ella lo necesite. —Dejé caer la mano de mi cuello—. ¿Conoces el nombre de Logan Ward? Fútbol americano.

Su cabeza se inclinó.

—Me suena familiar, pero no puedo ubicarlo.

—Ganó un campeonato con los Washington Wolves hace unos diez años, más o menos. Ahora es el entrenador defensivo.

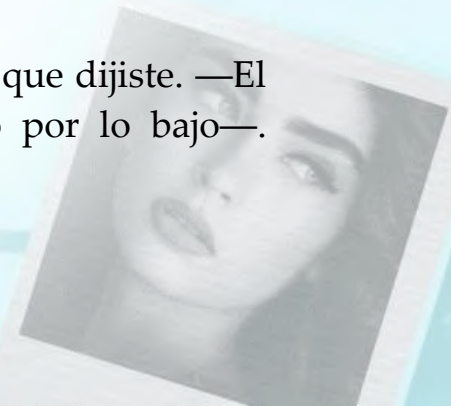
Declan asintió.

—¿Y?

—Lia, así se llama, es la hermana menor de Logan.

La comprensión amaneció.

—Por favor, dime que no sabías eso antes de decir lo que dijiste. —El silencio cargado respondió por mí, y Declan maldijo por lo bajo—. McAllister, imbécil.



—No sabía nada de él o de su familia cuando me tiró esta bomba. Así que no, no debería haber dicho lo que dije, pero no es como si hubiera esperado que ella dijera *eso.* La vi una vez, pasé media docena de horas a su alrededor, y la mayoría de ellas las pasé durmiendo. —Sentía como si el peso de todo el edificio me empujara hacia abajo. Niños, una familia, una esposa eran todas las cosas en las que había pensado en abstracto. Siempre por debajo del resto de prioridades que tenía por delante.

Cuando ganara una copa de liga y la levantara en mis manos... entonces pensaría en establecerme.

Cuando demostrara que no desperdicié mi vida en algo frívolo y superficial, como siempre creyeron mis papás... entonces me concentraría en mi propia vida privada.

Cuando...

Cuando...

Cuando...

Una docena de cosas vinieron antes porque no era algo que echara se menos. No me quedaba despierto por la noche deseando tener a alguien a mi lado. Me quedaba despierto por la noche pensando en cómo podía mantener mi vida y mi carrera en la dirección correcta.

Mantenerme alejado de las mujeres que solo me querían por mi dinero, por mi trabajo, fue fácil.

—Cuando me dijo que estaba embarazada, todo lo que pude ver fueron titulares y abogados y pruebas de ADN y mierdas de telenovelas para lo que nunca me inscribí, y lo jodidamente enojado que estaría si llegáramos al final y ella mintiera porque yo era un mejor objetivo.

Declan me estudió en silencio. Sin embargo, esto era parte de su forma de trabajar. Escuchó bien, y escuchó lo que no dijimos. Esos eran los mejores oyentes, ¿no? Ellos eran los que escuchaban todas las cosas importantes en los espacios de silencio.

—No es como si tuviera tiempo para pensar exactamente qué significaba que ella se crio en el mundo de los deportes. Que el hombre que la crio era un deportista de élite. Todo lo que pensé, en el momento

en que me habló de su hermano, fue que ella entendía esta locura, y justo después de eso, me dijo que está embarazada. Es mío, Declan, ni siquiera lo registré al principio.

Hizo una mueca.

—¿Y su reacción?

Exhalé.

—Me dijo que me fuera a la mierda, comenzó a llorar y luego se fue. La forma en que cerró de un portazo la puerta de mi casa fue mejor que mi actuación de hoy.

—Así que ambos tienen mal genio entonces.

—Aparentemente.

Declan se inclinó hacia adelante, apoyando los codos en los muslos, las manos entrelazadas y me inmovilizó con una mirada seria.

—¿Crees que está mintiendo acerca de que es tuyo?

Pellizcándome el puente de la nariz, cerré los ojos con fuerza y conjuré una imagen de su rostro.

Nervios primero, cuando intenté besarla.

Luego la determinación, cuando me apartó para decir las palabras.

La incredulidad. Sus ojos se abrieron de par en par.

El dolor. El pellizco de sus cejas.

Entonces rabia. Había visto explotar fuegos artificiales con menos ira brillante que la que vi detrás de los ojos azules de Lia.

En el lapso de solo unos segundos, vi tantos lados diferentes de ella: esta mujer que todavía era una extraña para todos los efectos. Una extraña en un país que no era el suyo, sola.

Dejé caer mi mano y vi a Declan.

—No. No creo que esté mintiendo.

—Entonces arréglalo, idiota. —Se puso de pie—. Ve lo que ella necesita y encárgate de eso.

Debo haber tenido una mirada en blanco en mi rostro porque puso los ojos en blanco.

—¿Necesita ver a un médico? ¿Tiene las vitaminas que necesita? ¿Está viviendo en un lugar seguro? ¿Quiere quedárselo? Maldita sea, McAllister, tienes treinta y un años. Que te crezcan un par, llámala y hazlo bien.

Me dio una palmada en la espalda y me empujó hacia un lado para poder salir de la habitación.

Saqué mi móvil.

Yo: *Lo siento. Fui un imbécil. He terminado con la práctica, y me encantaría hablar si tienes un minuto***.**

Mi teléfono comenzó a sonar en mi mano, y el nombre de Lia apareció en letras grandes en la pantalla. Mi corazón saltó a mi garganta cuando respondí.

—¿Hola?

Ella estaba tranquila.

—¿Lia?

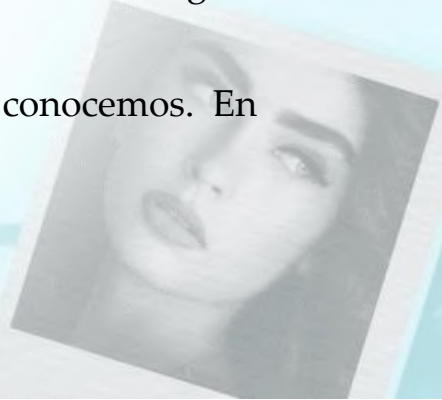
—Sí, estoy aquí.

Me hundí contra la pared de nuevo.

—Necesito disculparme por cómo reaccioné anoche, fui un completo idiota.

—Sí, lo fuiste. —Suspiró pesadamente—. Pero... yo tampoco debería haberme ido. Supongo que la insinuación de que estaba mintiendo no... me sentó bien. —Antes de que pudiera abrir la boca, me interrumpió—. Y sé, sé por qué eres cauteloso, pero por eso te hablé primero de Logan. Nunca me aprovecharía de alguien por lo que hace.

—Lo sé —le dije—. La verdad es, Lia, que no nos conocemos. En absoluto.



—Estamos haciendo esto un poco al revés, ¿eh?

Sonreí.

—Un poco.

—¿Podemos, no sé, encontrarnos para tomar un café? ¿O té?

—Eso suena como una decisión adulta muy inteligente de nuestra parte.

Lia se rio, y el sonido de eso, después de las últimas veinticuatro horas, finalmente sentí que estaba haciendo algo bien. Estaba bien que mis prioridades cambiaran, sin importar cómo fuera la conversación con ella o cómo quería manejarla.

—Puedo hacerlo mañana, si tú puedes.

—¿Por qué no nos encontramos en algún lugar de Londres? Un poco de un medio feliz para los dos.

—Puedes hacer eso sin ser... no sé... ¿abordado?

Era mi turno de reír.

—Sí. En Shepperton me reconocen mucho más a menudo que cuando estoy en Londres. A veces se acerca un fanático, pero no es común.

—Así es como fue para mi hermano también —me dijo—. De hecho, tuvimos una vida bastante normal mientras crecíamos, considerando lo que hacía.

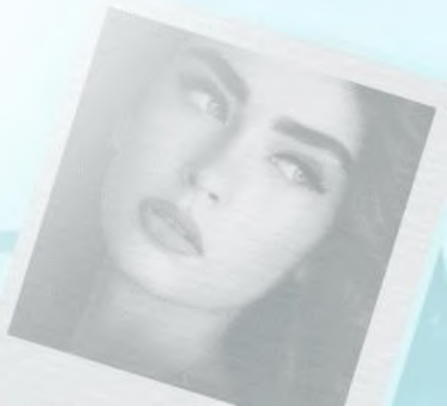
Ella era una anomalía, y descubrí que me gustaba bastante.

No solo eso, sino que todavía tenía que entender el hecho de que estaba embarazada y era mío.

De repente, quise decirle eso. Ofrecerle una rama de olivo a esta mujer que no conocía muy bien.

—No puedo superarlo —admití en voz baja—. Para ser honesto, Lia, nunca he pensado mucho en tener hijos.

Ella exhaló audiblemente.



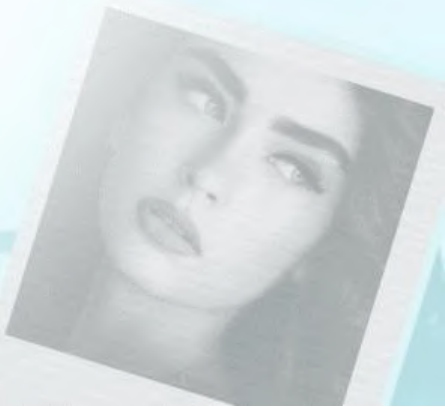
—Sé lo que quieres decir. Solo tengo veintidós años, Jude. Esto no estaba en las cartas para mí hasta dentro de mucho tiempo.

Cerré mis ojos. Era joven, especialmente en comparación conmigo, apenas más allá de la cúspide de sentirse realmente como un adulto.

—Lia —dije—, resolveremos esto juntos, ¿sí?

A través del altavoz, inhaló en silencio.

—Sí.



10

Lia

Las cosas que sabía sobre Jude Michael McAllister podrían caber en mi dedo meñique. Al menos por el momento.

Vas a ser el papá de un bebé: toma dos ya tenía un mejor comienzo cuando me senté en una mesa pequeña en un café pequeño, observándolo devorar ese desayuno inglés que amaba.

Agregue eso a la lista de cosas que sabía:

-Jude podía comer una comida completa en cuatro bocados.

-Se veía genial con un gorro de punto negro.

-Tomaba su té con un azúcar.

Y hasta ahora, en la toma dos, no me había acusado de intentar hacer pasar el bebé de otro hombre como suyo.

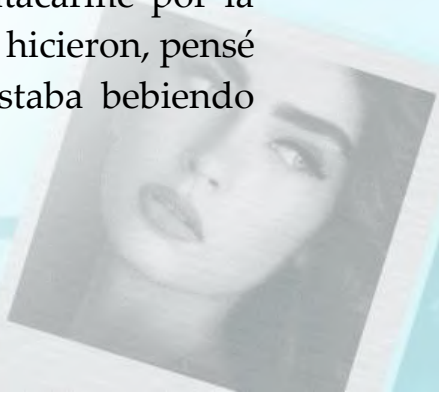
—¿No tienes hambre? —me preguntó, viendo mi plato—. ¿Te sientes bien?

Era un cementerio del pobre croissant que había elegido y el bollo que había recibido un trato similar.

Lo cual eran algo triste, porque los carbohidratos eran mi problema durante el embarazo.

Me senté y le di una mirada evaluadora.

—Me siento bien. Las náuseas matutinas tienden a atacarme por la tarde, pero solo me ha pasado un par de veces. Cuando lo hicieron, pensé que tal vez no había comido lo suficiente o que no estaba bebiendo suficiente agua.



Él asintió.

La dueña del café se agachó debajo del mostrador y barrió parte de la basura de nuestra mesa.

—¿Necesitan algo más, amores?

—Estoy bien, gracias —le dije, sonriéndole.

—Gracias, Sheila —le dijo Jude—. Tal vez solo un poco de privacidad mientras hablamos, si no te importa.

Él le deslizó algo de dinero en efectivo, y ella le dio unas palmaditas en el hombro antes de salir corriendo para voltear el cartel de cerrado en la puerta.

—Solo voy a ir al mercado por algunas cosas. Vuelvo en un santiamén.

Mientras salía por la puerta y corría escaleras abajo, la vi meter el dinero que Jude le dio en la taza de un vagabundo que dormía acurrucado alrededor de su perro al final de la cuadra.

—Ella es agradable.

Jude asintió.

—Ella le dio a mi hermano, Lewis, su primer trabajo en la cocina hace años.

—¿Es tu único hermano? —Pensé en la foto en el apartamento, el hombre que se parecía tanto a Jude.

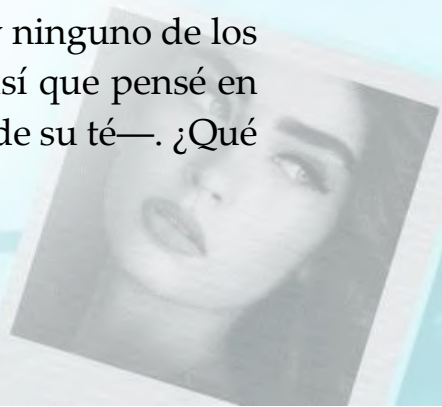
—Sí. El pub donde nos conocimos, lo ayudé a comprarlo después de que empecé a jugar, quería un lugar que él pudiera llamar suyo.

Mis cejas se levantaron.

—Ese es un regalo generoso.

Jude me lanzó una sonrisa arrepentida, mostrando solo el más mínimo indicio de un hoyuelo en su mandíbula cubierta por barba.

—Lo fue. De hecho, crecimos en una granja de ovejas, y ninguno de los dos estaba particularmente entusiasmado con esa vida, así que pensé en ayudarlo a tomar un camino diferente. —Tomó un sorbo de su té—. ¿Qué



hay de ti? ¿Hermanos o hermanas? —Ante mi inmediata y amplia sonrisa, Jude se echó a reír—. ¿Es una pregunta capciosa?

—No. Bueno, tal vez. —Coloqué mi barbilla en mi mano y respiré hondo—. Claire es mi hermana gemela. Isabel es dos años mayor que nosotras. Molly es dos años mayor que Isabel. Logan, quien en realidad es mi medio hermano, es quien nos crio desde que yo tenía diez años, y su hijo Emmett, con su esposa Paige, es técnicamente mi sobrino, pero también se siente como mi hermano, porque tengo una edad más cercana a él que a Logan.

La mandíbula de Jude estaba casi desquiciada cuando terminé.

—Eso no es una familia, es un maldito ejército.

Me reí.

—Es… caos. Me encanta.

—¿Ellos lo saben? —preguntó en voz baja.

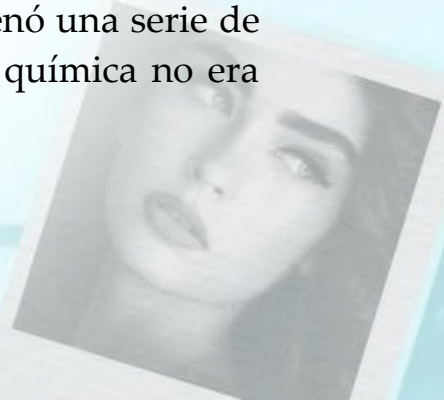
La risa se secó en mi garganta, y un dolor brotó inmediatamente detrás de mi pecho, como si hubiera abierto un grifo con sus palabras.

—Solo Claire. Quería hablar contigo primero.

—Siento mucho haber reaccionado como lo hice, Lia. —Se inclinó hacia adelante y me vio con esos ojos verdes. Tan verde que sentí esa misma sensación de remolino en mi vientre que sentí cuando lo conocí. Cuando empezó a besarme en su cocina antes de que su estúpida boca y mi estúpido temperamento arruinaran el momento—. No es una excusa, pero fue uno de esos momentos en los que, como nunca lo había pensado mucho, tener hijos, ya sabes, mi reacción me tomó con la guardia baja. Si es que eso tiene sentido —añadió.

—Lo tiene, creo que sufrí el mismo problema. —Cubrí mis mejillas calientes—. Nunca he mandado a la mierda a nadie en toda mi vida.

Él se rio, un sonido grande y retumbante nacido de algún lugar profundo en su amplio pecho. Oh, ese sonido desencadenó una serie de chispas que deberían haberme preocupado. La falta de química no era nuestro problema.



Fue parte de por qué reaccioné de la forma en que lo hice en su cocina, me di cuenta más tarde. La llama entre nosotros había estado hirviendo todo el tiempo que estuve separada de Jude. Todo lo que necesité fue estar en la misma habitación, y mi piel se volvió incendiaria. Es un sentimiento terriblemente impotente, si lo piensas. Cuando alguien tiene el poder de hacerte sentir así simplemente existiendo, es profundamente inquietante al principio, y mi reacción ante eso, ese maremoto que se estrelló sobre mi cabeza, fue sacar mis armas tan rápido como él sacó las suyas.

Dobló sus grandes manos sobre la mesa.

—¿Qué quieres hacer ahora, Lia? ¿Dónde puedo ayudar?

Lo que quería hacer a continuación era pedirle que no dijera mi nombre así, todo británico y sexy. A pesar de todas las probabilidades, y de algunos anticonceptivos irregulares, me había embarazado con su súper esperma, así que escuchar mi nombre en sus labios me hacía sentir como una masilla caliente.

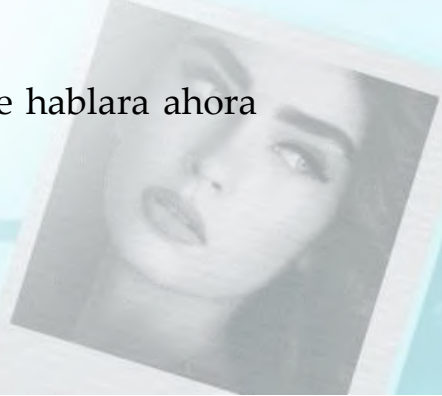
—Supongo... supongo que necesito saber si quieres ayudar. Si *quieres* estar en esto conmigo.

Era lo último que quería preguntar, pero los problemas de abandono paterno eran un tema un poco candente para mí y para todas mis hermanas.

Nuestro papá, mucho mayor que nuestra mamá, murió de un infarto cuando éramos jóvenes. Apenas lo recordaba aparte de las fotos que había visto, pero nuestra mamá decidió un día que ser mamá soltera de cuatro hijas después de que su boleto dorado para la manutención se había ido ya no era algo que ella quisiera. Brooke nos dejó en el porche delantero de Logan y, en verdad, fue lo mejor que pudo haber hecho por mí y por mis hermanas. Logan, y más tarde, su esposa, Paige, nos dieron la familia que teníamos ahora. Eran mi gente, mi pequeño ejército, como dijo Jude, que siempre me respaldaría.

Y al igual que yo, nunca permitirían que un niño, mi hijo, fuera tratado como un accesorio para la vanidad de alguien.

Así que, si Jude no quería jugar a ser papá, mejor que hablara ahora antes de que saliera este niño.



—Sí, quiero estar en esto —me dijo—. Creo que tengo tiempo para entenderlo, ¿verdad?

Le di una sonrisa.

—Sí.

Ninguno de los dos mencionó el hecho de que mi vida estaba en el lado opuesto del mundo, o que necesitaríamos acuerdos legales hasta el final, debido a la naturaleza de su trabajo. Que algún día, necesitaríamos acuerdos de custodia y discusiones sobre la manutención del niño.

Todos los pensamientos hicieron que mi estómago se contrajera incómodamente.

Con dos manos, mentalmente empujé toda esa mierda.

—¿Necesitas ver a un médico? —preguntó.

Parpadeé.

—La verdad es que no lo sé. He buscado un poco en Google, pero no sé si tengo derecho a la cobertura gratuita del NHS[3], ya que solo voy a estar de visita un semestre.

—Haré una llamada.

Su seguridad relajada fue suficiente para calmar mi estómago y mis nervios en ebullición ante todas las incógnitas, y cuando nos despedimos afuera del café de Sheila, él me acompañó de regreso a la estación de metro con la promesa de que alguien se comunicaría conmigo.

Sentó el precedente, un pequeño paso en la dirección correcta de cómo se desarrollarían las próximas dos semanas. No lo vi porque su calendario de juegos estaba repleto (aparentemente tenían como... cuarenta torneos de copa diferentes en los que jugaban fuera de la liga regular. Ni siquiera me preguntes porque todavía estaba tratando de entender).

[3] El Servicio Nacional de Salud (NHS) es el nombre del conglomerado de los sistemas de salud financiados con fondos públicos del Reino Unido.

Yo: *Okey, reconozco que las tandas de penaltis son emocionantes. MUCHO mejor que un empate. Tienes que admitir que son estúpidos.*

Yo: *Buen gol, por cierto. Me gusta cómo engañaste al portero.*

Jude: *Esas son las reglas, amor. Por eso importan los puntos.*

Yo: *Sí, ¿qué pasa con eso también? Te puede gustar como, ser DESMOTIVADO. Todos ustedes son salvajes.*

Jude: *Eso es lo que lo hace emocionante. Aún te convertiré.*

Jude: *¿Cómo estuvo la cita con el médico?*

Yo: *Me fue bien. Es demasiado pronto para escuchar los latidos del corazón o hacer una ecografía o cualquier cosa, así que solo hablamos de comer bien y hablamos sobre las náuseas matutinas y eso. Ella tomó todos mis signos vitales, pero mi presión arterial estaba un poco alta.*

Jude: *¿Ah, sí? ¿Eso es normal para ti?*

Yo: *Bueno, tenía miedo de tocar algo porque la oficina era MUY elegante, y también, estoy bastante segura de que vi a Victoria Beckham ahí, o su doble. ¿Me enviaste al mejor médico de Inglaterra o algo así?*

Jude: *Le pedí a nuestro médico del equipo una revisión. Dijeron que me enviarían la factura, ¿okey?*

Yo: *Nadie me pidió un solo centavo, o una libra. Lo que sea.*

Yo: *Aunque tengo dinero. No espero que pagues por todo.*

Jude: *Lo siento, tuve que ir a entrenar y luego reunirme con mi entrenador.*

Yo: *Corriendo a una reunión con mi profesora. Ella está a punto de rasgar mi contorno en pedazos.*

Jude: *No te preocupes. ¿Tal vez podamos vernos la próxima semana?*

Yo: *Mi turno de disculparme. Esta semana ha sido loca. Tenía razón sobre el esquema.*

Jude: *¿Qué significa eso? ¿Empiezas de nuevo?*

Yo: *No, solo necesito profundizar más.*

Jude: *¿Entenderé tu respuesta si te pregunto en qué te estás sumergiendo más profundamente?*

Yo: *la historia educativa y laboral de Charlotte Brontë y cómo influyó en la presencia conceptual de la independencia femenina en su obra.*

Jude: *Bien, entonces.*

Yo: *Básicamente, odiaba su trabajo y escribía sobre él porque odiaba que otras mujeres se vieran obligadas a estar en las mismas situaciones.*

Jude: *Tiene sentido.*

Yo: *¿Por qué no hay cortes comerciales en el soccer? Fútbol. Lo que sea. No es bueno para las personas que necesitan orinar todo el tiempo.*

Yo: *Esperé todo lo que pude y luego me perdí tu gol. DEBE HABER COMERCIALES.*

Jude: *¿Por qué crees que las corporaciones estadounidenses no impulsan el fútbol? No pueden ganar tanto dinero con nosotros porque en realidad dejamos que la gente juegue.*

Yo: *Okey, okey, me ganaste en ese***.**

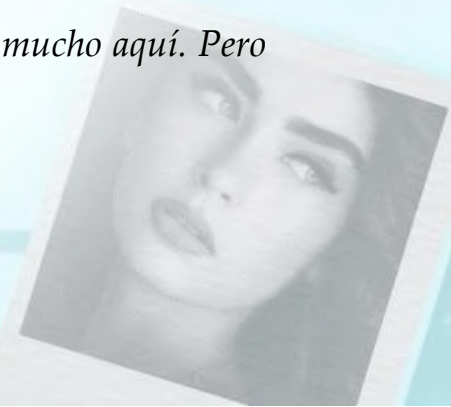
Claire: *SI NO LE DICES A NUESTRA FAMILIA PRONTO, VOY A PERDER LA CABEZA, LIA. Casi se me sale hoy con Isabel. Estábamos haciendo ejercicio y lo juro, si ella no hubiera estado en el trabajo y no se hubiera distraído fácilmente, me habría presionado.*

Yo: *Lo sé. No me grites.*

Yo: *Logan y Paige querrán hacerme volver a casa, y quiero terminar el semestre.*

Claire: *Pff. Lo entiendo, pero VAMOS. Me estás pidiendo mucho aquí. Pero le dije a Bauer. *oculta el rostro**

Yo: *Supuse que lo harías. Eres una terrible mentirosa.*



Yo: *Les diré pronto.*

Claire: *Define pronto.*

Yo: *Dentro de poco. Ve a besarte con Bauer o algo así.*

Claire: *¿Cómo te sientes? ¿Jude está siendo amable?*

Yo: *Cansada, pero bien. Vomité en un bote de basura de Oxford el otro día, y deberías haber visto las caras de las personas que pasaban por mi lado. Una me llamó "estadounidense borracha" en voz baja. JAJAJA.*

Yo: *Y sí. Nos hemos estado enviando mensajes de texto esta semana y la anterior. Él está ocupado. ¿Sabías que los jugadores de fútbol pueden jugar más de 3 partidos en una semana aquí? ¡Eso es una maldita locura!*

Claire: *OMG, ¿TE ESTÁS CONVIRTIENDO AHORA?*

Yo: *Solo estoy... aprendiendo, pero no es tan malo como pensaba. Es un poco hipnotizante de ver. Además... ¿¿Ya VISTE sus muslos??*

Claire: *No, pero seguro que sí.*

Yo: *MALDITAMENTE CIERTO. <3*

Isabel: *Claire dijo algo raro hoy sobre que no podrías hacer la clase de kickboxing cuando vuelvas a casa, luego hizo su extraña cara de 'Estoy escondiendo algo'.*

Isabel: *¿QUÉ DEMONIOS ESTÁ PASANDO?*

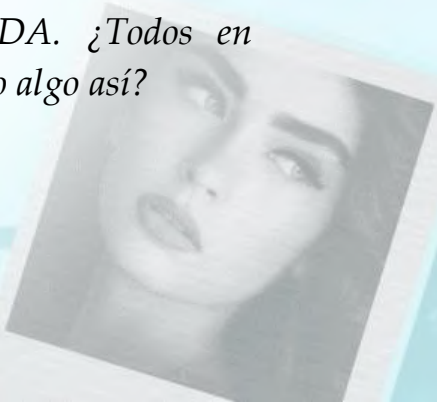
Yo: *¡Llamaré pronto! Lo siento, ha sido una locura aquí. Te amo. Mwah.*

Isabel: *No creas que no sé lo que haces. ¿Todavía puedo ir a visitarte antes de que regreses? Necesito una razón para tomarme unas vacaciones.*

Yo: *Sí. Hablamos pronto. <3*

Paige: *¿POR QUÉ NO CONTESTAS TUS LLAMADAS, CHICA?*

Yo: *SIEMPRE LLAMAS CUANDO ESTOY OCUPADA. ¿Todos en nuestra familia tienen sus teléfonos bloqueados en mayúsculas o algo así?*



Paige: *Lo siento Te extraño. Extraño tu voz. ¿Cuándo vendrás a casa? ¿Aún no tienes suficientes conocimientos?*

Yo: *Tienes otras tres hermanas a las que puedes molestar, y a Emmett. Ve a molestarlos.*

Paige: *Yo también te amo, L.*

Yo: *<3*

Jude: *¿Quieres venir a un partido este fin de semana?*

Yo: *Como... ¿en persona? ¿En las gradas con todos los fanáticos gritando locos?*

Jude: *Esa es la idea general. Podría darte un pase si prefieres sentarte en un palco.*

Yo: *De ninguna manera. Me encantan los fanáticos que gritan como locos. Yo tampoco quise los pases del palco de Logan. Los palcos son para maricas.*

Jude: *Qué chica. Pondré las entradas a tu nombre en la ventanilla de la entrada principal. Asegúrate de vestir de azul y blanco; de lo contrario, te harán cambiar de asiento porque pensarán que eres fanática de Bethnal Green, y créeme, no quieres eso. Son unos hijos de puta.*

Yo: *No puedes hablar en serio.*

Jude: *Nunca bromearía sobre eso. No mezclan aficionados locales y visitantes.*

Yo: *Están todos locos.*

Jude: *Te veré después.*

Yo: *<3*

Yo: *MIERDA, lo siento, no era mi intención enviarte un corazón. Hago eso con mis hermanas y Paige y... lo siento. Qué torpe.*

Jude: *No te preocupes.*

Jude: *<3 (Me tomó mucho tiempo darme cuenta de cómo hiciste eso)*

11

Jude

—Parecías frustrado ahí, Jude. ¿Qué querías más de hoy que no estabas recibiendo?

Lo que quería era sacarme el micrófono del rostro, pero le sonreí al periodista.

—Un poco más de todo, supongo. Fuimos superados, y no hay una manera bonita de decir eso. Pasaron mejor, defendieron mejor, anotaron más. Hace que sea difícil ganar.

—¿Crees que Shepperton pueda recuperarse una vez que termine el descanso? ¿O necesita ver algunos cambios en la lista cuando se abra la ventana de transferencia? Se habla de que la gerencia está viendo a algunos talentos más jóvenes de cara al resto de la temporada.

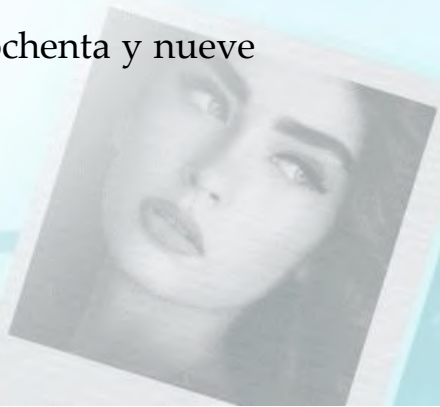
Mantuve la sonrisa pegada en mi rostro hasta que me dolió.

—Creo que tenemos un gran equipo en este momento. Solo tenemos que comunicarnos mejor cuando cuenta. Si la dirección hace algunos cambios este invierno, confío en que harán lo mejor para el club. —Asentí y comencé a caminar hacia la puerta de la sala—. Gracias.

Él quería preguntar más, era obvio, pero honestamente, no estaba de humor para hablar.

Era un juego de mierda con un tiempo de mierda, y todo lo que quería hacer era darme una ducha caliente.

Todo se había arreglado a la perfección en el minuto ochenta y nueve cuando tomé el balón y tuve un tramo libre para correr.



Pero en lugar de ganar, en lugar de empatar, fuimos en la dirección equivocada. Ese portero de Bethnal Green fue un bastardo afortunado porque el único dedo que había puesto en la pelota fue suficiente para evitar que empatáramos. Consiguieron tres puntos y se colocaron por delante del Arsenal en la tabla. Nos quedamos donde estábamos. Como un maldito auto que no podía salir de punto muerto.

Salí de la sala de prensa y giré a la derecha hacia las duchas. Uno de mis nuevos compañeros de equipo, una adquisición del Paris St Germain, murmuró algo en francés al pasar. Sonaba terriblemente como si me estuviera llamando con un nombre que nunca me hubiera atrevido a repetir frente a la señora Atkinson. Declan salió de otra área de prensa y levantó la barbilla.

—Te veías como una mierda hoy, McAllister.

Le di una mirada.

—Cómo diablos decidieron que deberías ser el capitán está más allá de mí.

—Porque no voy a pasar de puntillas por encima de tu ego para que te sientas mejor. —Cruzó los brazos sobre el pecho—. Puedo admitir dónde la cagué hoy. ¿Tú puedes? —Cuando no respondí, bajó la voz—. Tenías a alguien justo detrás de ti que podría haber tomado la pelota, podría haber venido a la portería desde un lado, y en vez de eso, fuiste por el tiro de la gloria. No siempre es tu trabajo salvar el día solo porque intentas demostrar que todavía puedes jugar.

—Lo recordaré la próxima vez que tenga el tiro perfecto —le dije secamente.

—Si recibes la oportunidad, tómala, pero eso no fue todo. Estabas demasiado lejos de la meta, no tenías el ángulo correcto y corrías demasiado rápido para doblarlo de la manera que lo hubieras necesitado, pero si lo hubieras pasado a Sebastien, él lo habría logrado.

El orgullo me hizo querer defenderme, y casi me atraganté con las palabras mientras me las tragaba.

—¿Es por eso que me está insultando?

—Probablemente. —Sus ojos nunca vacilaron—. Sácate la cabeza del trasero, Jude. Lo digo en serio.

Sus palabras resonaron en mi cabeza mientras me duchaba y me cambiaba. Ninguno de mis compañeros de equipo habló conmigo, todos murmuraban en voz baja después del abatimiento de otra derrota cuando realmente necesitábamos una victoria.

En el silencio del vestidor, el gran peso de una derrota se sentía como si todas las pelotas que había mantenido haciendo malabares en el aire estuvieran cayendo una por una.

Tal vez era así para otros jugadores, pero nunca preguntaría. Para mí, perder era como desatar un alma en pena que gritaba y me seguía hasta el próximo juego. Todo lo que podía escuchar eran las cosas sobre las que mis papás me habían advertido cuando tenía dieciocho años y renunciaba a mi vida para jugar en Alemania.

¿Por qué no puedes conformarte con una vida normal?

¿Por qué no puedes estar orgulloso del trabajo que hacemos y ayudarnos a contribuir de una manera que signifique algo?

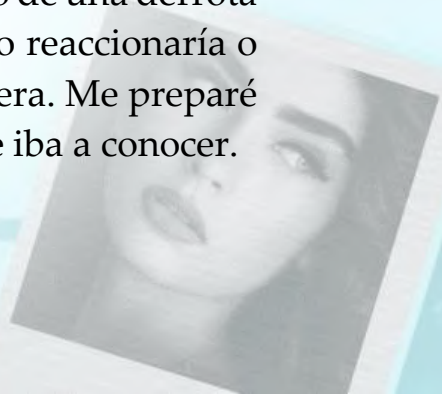
Es superficial. Frívolo.

Jugar no hace que el mundo siga girando.

Cada vez que perdíamos, cada vez que alguien insinuaba que ya no era valioso, sentía que mis papás me miraban y asentían con la cabeza porque siempre tenían razón.

Suspiré. En la mayoría de los juegos, ni siquiera pensé en mirar hacia arriba en las gradas, incluso en el juego extraño al que Lewis llegó, porque era simplemente otro recordatorio de cómo mi familia no me entendía, no veía exactamente lo que había logrado en mi vida. Esos asientos vacíos en mi mente encendieron todos los fuegos debajo de mí, y hoy, no habían estado todos vacíos.

Ni una sola vez, en todos mis años de juego, había salido de una derrota con alguien esperándome. No había forma de saber cómo reaccionaría o trataría de manejarme, así que me preparé para lo que fuera. Me preparé para ver cómo reaccionaría, esta chica que se suponía que iba a conocer.



Cuando salí de la sala, me detuve en seco en la puerta, porque al otro lado del pasillo estaba Lia, esperándome con una sonrisa y un hermoso rostro sonrojado.

—Hola. —Soné como un idiota.

Su sonrisa se extendió aún más.

—Eso fue tan jodidamente divertido.

Mi cabeza se inclinó.

—Perdimos.

—Lo sé, pero... oh, hombre, ¿sabes cuánto tiempo ha pasado desde que estuve en un juego? ¿En cualquier juego? —Puso una mano sobre su pecho—. No hay nada como la energía en las gradas, y mierda, no estabas bromeando sobre los fanáticos. Escuché malas palabras que ni siquiera sabía que existían.

Qué bálsamo era para todas las partes deshilachadas y nerviosas que me quedaban del juego. No porque ella estuviera tratando de calmarme, sino porque vio la belleza en ello, incluso con la pérdida.

Seguimos el pasillo mientras nos dirigíamos hacia la salida del estacionamiento. Su hombro rozó el mío.

Me detuve.

—Estás empapada.

—Estaba lloviendo allá afuera —susurró, como si me estuviera contando un secreto.

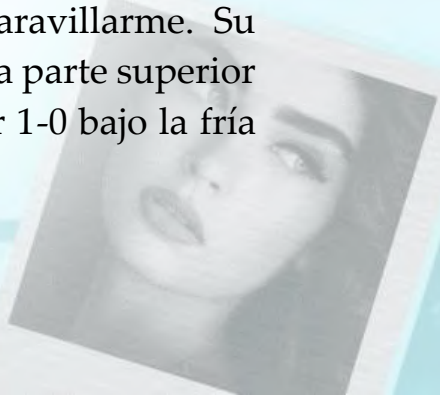
Mi cara se sentía caliente.

—Obviamente, pero eso no puede ser bueno para ti.

Ella desechó eso.

—Amigo, soy de Seattle. La lluvia no me asusta.

Cuando Lia comenzó a caminar, no pude evitar maravillarme. Su cabello era un desastre encrespado, apenas contenido en la parte superior de su cabeza, había soportado esa desastrosa derrota por 1-0 bajo la fría



lluvia que empapaba los huesos, y actuaba como si le hubiera dado un boleto de lotería ganador.

—¿Quién *eres*? —pregunté.

Su sonrisa era dulce.

—¿No es eso lo que estás tratando de averiguar? Quién soy mientras trato de averiguar quién eres tú. —Se encogió de hombros, como si fuera tan simple.

Y tal vez lo era.

Tal vez era yo quien lo estaba complicando.

Sin embargo, todo en mi vida era complicado, excepto ella, y esa era la parte más extraña de todas. No sabía exactamente cuál era mi posición con respecto a ella, pero de repente, sentí que era desesperadamente importante para ella ser lo único que debía hacer bien.

Mi equipo perdió, probablemente porque estaba siendo un hijo de puta egoísta.

Pero esto era algo que podía hacer.

—¿Tienes hambre? —le pregunté.

—Sí. —Juntó las manos frente a ella—. No estoy diciendo que mataría a alguien por unas papas fritas en este momento, pero lo lastimaría seriamente.

—Chips.

—¿Mmm?

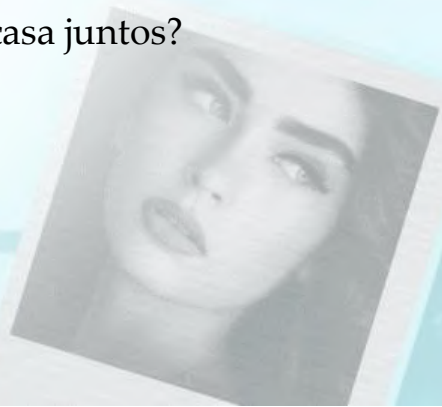
Puse mi mano en su espalda, dirigiéndola hacia la salida.

—Se llaman chips, amor, y si estás bien con ir a mi casa para una segunda oportunidad, te haré el mejor sándwich de toda tu vida.

Lia dejó de caminar y me señaló con el dedo.

—¿Necesitamos reglas básicas para estar solos en una casa juntos?

—No sé. ¿Las necesitamos?



Claramente, esperaba que yo le diera una respuesta real. Lia parpadeó un par de veces.

Me reí.

—Te diré algo, si nos hacemos una promesa el uno al otro de que esta noche, la ropa se quedará puesta... ¿eso te haría sentir que estamos siendo responsables?

Empezó a caminar, con una pequeña sonrisa en los labios.

—Solo por esta noche, ¿lo prometemos?

—Para comenzar.

Lía asintió.

—Me gusta. Hagamos nuestras propias reglas, McAllister. Después de que me hagas un sándwich épico.

Casi una hora después, estaba acurrucada en la esquina de mi sofá, con la barbilla apoyada en las rodillas dobladas, mirándome con ojos expectantes.

Antes de dejar el plato, la señalé.

—No lo juzgues hasta que lo pruebes.

—Te lo prometo —me respondió solemnemente.

Lia se había puesto una de mis sudaderas de Shepperton mientras su camisa estaba en la secadora, y definitivamente empequeñecía su cuerpo delgado. Hizo un espectáculo de subirse las mangas mientras yo ponía el plato en su regazo.

Sus manos se congelaron.

—¿Qué demonios es eso?

—Dijiste que no juzgarías.

—Hay pan cubriendo mis papas fritas. —Ella parpadeó—. ¿Por qué hay pan cubriendo mis papas fritas?

—Chips. —Le entregué una servilleta—. Esto es un chip butty. Pan con mantequilla y chips.

—Oh, Dios, *¿por qué?*

—Lo prometiste. —Me dejé caer junto a ella en el sofá—. Y odiaría pensar que me mentirías, ahora que estamos haciendo nuestras propias reglas.

Ella gruñó algo ininteligible por lo bajo que me hizo sonreír. Se sentía bien sonreír por algo tan simple. ¿Cuándo fue la última vez que hice eso? Sonreí todo el tiempo sobre marcar goles y ganar partidos, pero eso era todo.

Hacer algo tan simple para alguien y que me diera alegría fue una sensación tan novedosa.

Lia me vio de reojo mientras levantaba el sándwich.

Le dio un mordisco y masticó.

Sus ojos se cerraron.

Todo su cuerpo se hundió.

Y luego ella gimió.

Tuve que moverme en el sofá porque la última vez que escuché ese sonido, estaba bastante seguro de que mi mano había estado entre sus piernas.

—Oh, Dios —dijo con la boca llena, y tomó otro bocado—. ¿Por qué es tan bueno?

Me reí.

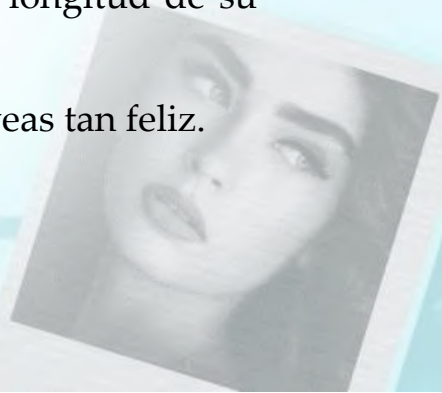
—¿Vas a compartir?

Ella entrecerró los ojos.

—¿Te interpondrías en el camino de una mujer embarazada y sus antojos?

Mi brazo encontró su camino a lo largo del respaldo del sofá, mis dedos se posaron justo en la parte exterior de su hombro y la longitud de su cabello me hizo cosquillas en el brazo.

—No —murmuré—. Creo que no lo haría mientras te veas tan feliz.



Lia terminó de masticar otro bocado, y tragó con delicadeza antes de dejar el plato.

—¿Me estás viendo con ojos coquetos, Jude McAllister?

—Tú dime —murmuré.

En lugar de responder, tomó otro bocado, y sus labios se curvaron en una sonrisa.

Mis dedos tiraron suavemente de su cabello.

—No sé muy bien qué hacer contigo, Lia Ward, y esa es la verdad.

Sus mejillas se sonrojaron de un hermoso color rosa suave, y aproveché el momento de silencio para arrebatarle el resto de su sándwich con chips del plato.

—¡Oh, idiota! —Ella se rio, inclinándose para agarrarlo. Sin embargo, fui demasiado rápido y devoré el resto del sándwich de un solo bocado. Antes de que pudiera volver a su posición original, jalé su brazo mientras caía hacia atrás en el sofá.

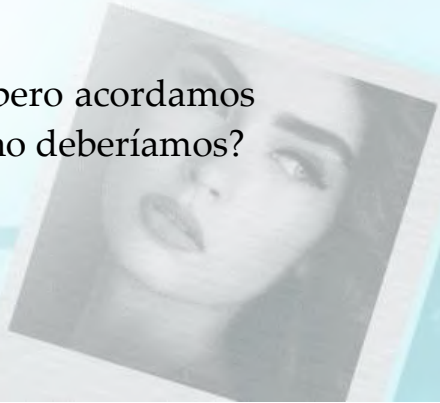
Como es natural, aterrizó pegada a mi costado con mi brazo alrededor de su hombro. Su cabeza encajaba perfectamente en el hueco de mi cuello, e inhalé una profunda bocanada de su limpio y maravilloso aroma. No había cambios en el cuerpo de Lia, era demasiado pronto para eso, y tal vez este tipo de cosas era la peor maldita idea que jamás había tenido, pero se sentía bien.

—Pasamos de hipotéticos ojos coquetos a acurrucarnos muy rápido —dijo, trazando círculos con los dedos en mi pecho.

—Eso hicimos. —Cerré los ojos. ¿Cuándo fue la última vez que sentí esta profunda sensación de estar en lo correcto en otro lugar que no fuera la cancha? Siempre me estaba moviendo, siempre yendo, siempre impulsándome hacia adelante para arreglar, hacer o trabajar.

Rara vez tenía momentos tranquilos de paz. La idea de acabar con este en particular parecía un crimen.

Apenas la conocía, y ella no me conocía más que eso, pero acordamos que podíamos hacer nuestras propias reglas. ¿Y por qué no deberíamos?



No iba a ignorar lo singularmente perfecto que se sentía hacer algo tan simple como acostarme en el sofá con ella. Aunque admitir eso parecía demasiado rápido. Como si pudiera viajar con el extraño hilo de mis pensamientos, Lia apoyó la barbilla en mi pecho y me miró con esos ojos. ¿Se daba cuenta siquiera del arma que eran? ¿El daño que eran capaces de hacer?

Mi mano libre trazó la línea de su mandíbula, el borde de mi pulgar tocó ligeramente a lo largo del borde inferior de su labio. ¿Qué haría si la acercara más y bebiera esos labios perfectamente suaves y perfectamente rosados? En el calor creciente que pude ver en sus mejillas, tuve mi respuesta. En la reacción de mi cuerpo, tuve una prueba clara de mi deseo, y sería fácil, ¿no?

Pero esto... la dejaría pasar la línea si quisiera cruzarla.

Fue entonces cuando inhaló temblorosamente y volvió a colocar su rostro sobre mi pecho.

En ese mismo momento.

Cerré los ojos y le pedí a la mitad inferior de mi cuerpo que se subiera a bordo.

Con voz ligera y suave, hice todo lo posible para disimular.

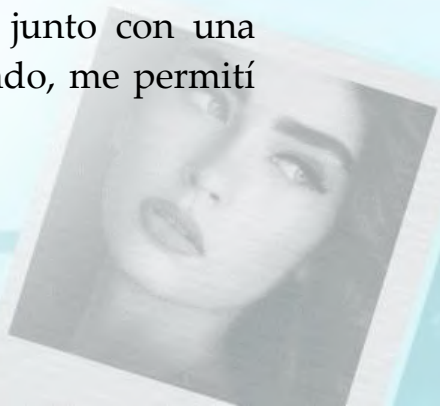
—Sin embargo, mi cuerpo está demasiado cansado para alejarte de mí, si te parece bien.

Ella suspiró, su caja torácica se expandió debajo de mi palma y abrió los dedos.

En ese suspiro, sentí su vacilación para hacer más preguntas y, a decir verdad, no estaba seguro de saber cómo responder.

—Podría tomar una siesta. —Con eso, su dedo detuvo su movimiento, y cuando vi hacia abajo, vi el abanico de sus largas pestañas negras cerrarse.

Acomodándome más en ese sentido de lo correcto, junto con una negativa a mirar demasiado en lo que estábamos haciendo, me permití hacer lo mismo.



12

Lia

¿Alguna vez te has despertado con un deja vu?

He hecho esto antes.

No la parte de dormir en el sofá de Jude. Me dolía la espalda, y la de él no podía estar mejor, pero ahí estábamos.

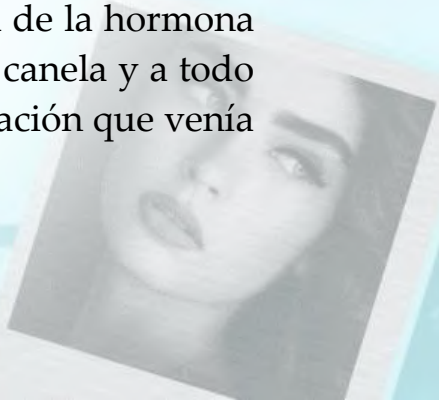
Acostada encima de su cuerpo celestial, mientras el sol se deslizaba en el cielo, una vez más me desperté con todas mis partes importantes tocando todo el suyo.

Mi pierna se enganchó sobre la parte superior de su muslo, como si inconscientemente hubiera tratado de montarlo mientras dormía.

Mi mano se había deslizado debajo del dobladillo de su camisa, y no pude evitar sonreír ante la ubicación de mis dedos. Aparentemente, incrustado debajo de la piel de las yemas de mis dedos había un faro de búsqueda para su rastro feliz porque esa línea de vello y la piel suave, cálida y fuertemente musculosa a su alrededor tenía los dedos de mis pies enroscados por lo mucho que quería explorar.

Todo él, desde la parte superior de su cabeza con cabello oscuro hasta sus pies muy grandes y muy proporcionados, era como un maldito juego de parque, y era difícil no querer jugar en todas las partes cuando me despertaba así.

Haciendo pequeños movimientos para no despertarlo, metí más la nariz en su pecho e inhalé profundamente. ¿Era una cosa de la hormona del embarazo? Que olía a crack y a navidad y a rollos de canela y a todo lo bueno que quería atesorar en mi pecho goloso. La sensación que venía



con su olor, limpio y masculino, era algo a lo que quería aferrarme con ambas manos.

Me hizo darme cuenta de cuánto extrañaba el cariño fácil de mi familia. Los abrazos, los empujones juguetones, pelear con Emmett, tener a alguien sentado detrás de mí y trenzando mi cabello mientras hablábamos en la cocina de Logan y Paige. Nunca hubo un momento en mi vida en el que hubiera pasado tanto tiempo sin alguien que me abrazara con fuerza o me frotara la espalda mientras hablaba.

Tal como lo hice la noche anterior, apoyé la barbilla en su pecho y estudié su rostro.

Era estúpido lo guapo que era.

También era estúpido lo mucho que quería despertarlo y montarlo hasta que sus ojos se pusieran en blanco. Tal vez no sea *estúpido* porque dijimos que haríamos nuestras propias reglas sobre cómo se desarrollaría esto, pero el impulso ciertamente venía con complicaciones.

Una palabra clínica y mediocre para ese pequeño bebé que llevo dentro (del tamaño aproximado de una frambuesa, según Sir Google). A veces, si mi cerebro empezaba a correr demasiado hacia el futuro -hacia todas las preguntas sin respuesta que esperaban pacientemente a que yo respondiera-, mis manos empezaban a temblar y me sentía como si estuviera de pie sobre un pozo oscuro en el que no podía ver lo que me esperaba en el fondo.

Podría haber sido una cama de plumas hecha de unicornios y destellos, y aterrizaría con un rebote suave.

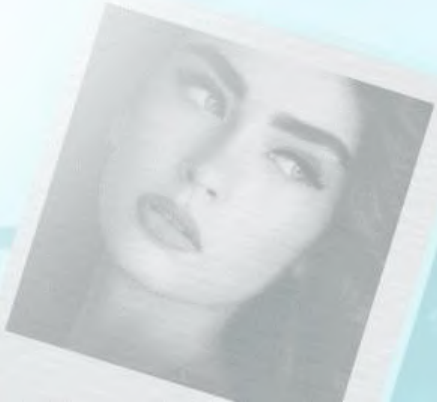
O era algo más aterrador, algo más grande que no quería enfrentar, y cada vez, retrocedía desde el borde de ese pozo con una velocidad que debería haberme asustado.

¿Qué pasa si no era buena en esto?

Oh, ese pensamiento susurrado fue suficiente para enviar un lento goteo de hielo por mi columna vertebral.

¿Lo despertaría la ligera vibración de mis miembros?

¿Podría distraerlo si lo hiciera?



Detrás de mis ojos cerrados bailaban imágenes escabrosas de todas las formas en que podía hacerlo, pero las reprimía. En mis momentos de mayor claridad, cuando no tenía la sensación de estar evitando una gran sombra desconocida, sabía que no debía lanzarme de cabeza a la química física que sentía con Jude. Como la noche anterior, cuando lo único que hizo fue rozarme el borde inferior de los labios.

¿Eso me redujo a un desastre palpitante y doloroso? Sí.

¿Resolvió alguno de nuestros problemas? No. (Mi reina hormonal interna que quería escalarlo como un árbol hizo un gran puchero).

Con una resolución que no sabía que tenía, saqué cuidadosamente mi mano de debajo de su camisa, despidiéndome cariñosamente de su camino feliz. Jude no se movió, lo cual fue bueno. Si se hubiera despertado, con su voz baja y áspera y llamándome *amor*, me habría desnudado en cinco segundos.

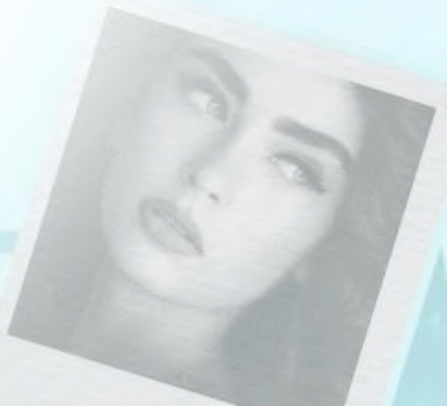
Pero él estaba inconsciente.

Mientras me dirigía hacia el otro lado del sofá para poder levantarme, recordé que Logan estaba igual después del día del juego. Especialmente después de una pérdida.

El costo mental era enorme para mi hermano, y me preguntaba si con Jude era de la misma manera. No todos los atletas eran igual. Podrían dejar sus victorias, derrotas y errores en los confines del campo, pero los líderes no eran así.

Mientras caminaba de puntillas hacia la cocina, con Logan pesando en mi cerebro, me di cuenta de cuánto de mi incomodidad provenía no solo de extrañar a la familia, sino de algo completamente diferente. Les estaba ocultando la verdad porque era más fácil. De alguna manera, sin todos sus ojos en mí, sentí que podía patinar sin problemas a través de lo duro.

Encontré mi teléfono en mi bolso, la batería estaba peligrosamente baja considerando que no lo enchufé la noche anterior, y vi un mensaje de texto de Claire que me hizo sonreír.



Claire: *Si crees que no me di cuenta de que tu ubicación de Find my Friends se quedó en Shepperton anoche, estás jodidamente loca. ¿VOLVISTE A ACOSTARTE CON ÉL? El estúpido lado feliz y enamorado de mí se muere por los detalles.*

Claire: *Además, te voy a dar una fecha límite para decirles a todos porque vi a Finn y casi se me sale de nuevo y ¿MENCIONÉ QUE SOY MALA MINTIENDO?*

Yo: *No me acosté con él, aunque dormimos anoche. Solo dormir. Perdieron su partido y él tenía esa cara de "Soy un gran atleta duro y soporto la carga mental del mal desempeño del equipo" (ya sabes cuál) y los abrazos que sucedieron después no fueron planeados, créeme. Me hizo un sándwich de papas fritas y simplemente... sucedió.*

Claire: *Conozco esa cara. Buen día.*

Yo: *Es tarde ahí, ¿¿¿por qué estás levantada??? Buen día. Te extraño.*

Claire: *Yo también te extraño. Trabajando en algunas cosas del plan de estudios para un nuevo programa de lectura en el centro juvenil, y no quería parar. Me voy mañana y puedo dormir. ¿De verdad solo durmieron? (Te estoy dando los ojos serios)*

Yo: *Sí. Abrazos completamente vestidos, pero él quería besarme.*

Claire: *¿Y te resististe? Estoy impresionada. SÍ conozco esa cara, y es potente. Bauer tenía esa cara después de perder en una de sus últimas competencias. Me sorprendí un poco con lo que estaba dispuesta a hacer para que desapareciera cuando llegáramos a casa. Hubo accesorios involucrados.*

Yo: *DIOS, DETENTE. No quiero saber.*

Claire: *Lia, en serio, ¿cuándo les vas a decir? Sabes que estás embarazada desde hace semanas, no tengas miedo de sus reacciones, ¿okey? Ellos te aman. Todos aquí solo quieren lo mejor para ti, y no tengas miedo de lo que viene después. Para eso está la familia. Te ayudaremos.*

Sentada en la mesa de Jude, vi mi teléfono y me maravilló el hecho de que ella pudiera ver a través de mí, incluso a esta distancia. Esa coherencia

resultaba reconfortante, incluso si todavía me aterrorizaba tratar de averiguar qué vendría después.

—Buenos días —dijo Jude, entrando en la cocina con una leve sonrisa en su rostro—. ¿Café? ¿Té?

—El café estaría genial.

Hizo una pausa mientras abría un armario.

—¿Puedes beberlo?

Asentí.

—Una taza o dos no harán daño a nada.

—Bien.

Puso las medidas y añadió agua a una cafetera de aspecto muy normal, del tipo que usaba en mi apartamento en Seattle.

Mi antiguo apartamento, corregí mentalmente. El que no me estaba esperando cuando regresara. Ese pozo se abrió de nuevo y lo cerré de una patada en mi mente.

—Estabas sonriendo terriblemente grande para alguien que no ha tomado cafeína todavía —dijo.

—Le estaba enviando un mensaje de texto a Claire.

—Es tu hermana gemela, ¿verdad? —preguntó.

—Sí. —Cuando suspiré, se rio por lo bajo—. La extraño —admití.

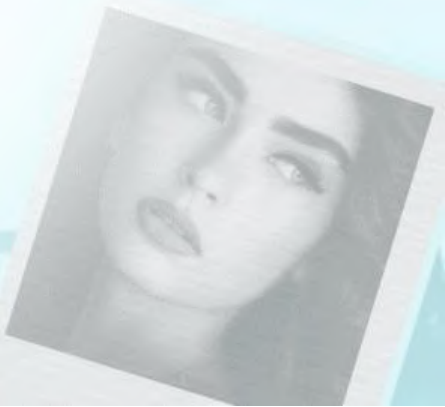
—Eso ocurrirá.

Mientras lo veía moverse por la cocina con tanta facilidad, apreté las rodillas contra mi pecho y pensé en todas las cosas que no sabía sobre Jude.

—Ni siquiera le he dicho a mi familia todavía.

Jude me vio sorprendido.

—¿Por qué no?



—Claire lo sabe —corregí—. Pero creo que me estoy quedando sin tiempo con el resto de ellos.

Antes de decir nada, metió la mano en un pequeño armario y sacó un pequeño recipiente, luego dos platos blancos. En el plato, puso un bollo y lo puso en la mesa frente a mí. Del refrigerador sacó un recipiente de mermelada y luego crema.

—Querrán saberlo todo —le expliqué—. Cómo me siento y lo que quiero y lo que va a pasar... —Mi voz se apagó.

—Lo que va a pasar depende de ti y de mí, ¿verdad? —Se sentó frente a mí, deslizando la crema y la mermelada en mi dirección—. Si estamos haciendo nuestras propias reglas y todo.

—Sí.

Sus cejas se levantaron.

—No pareces segura de eso.

—Lo estoy. —Inhalé—. Pero tengo una gran familia que también es una familia obstinada, y no solo grande y obstinada, sino que siempre hemos caminado juntos por las grandes cosas de la vida, ¿sabes? Tendrán *ideas*, y voy a escucharlas todas en menos de cinco minutos después de lanzar la bomba.

—Ahh —respondió cuidadosamente.

Por un momento, esperé a ver si se explicaba, pero simplemente se quedó callado.

—¿Tu familia es así? —le pregunté casualmente.

—No. —Empujó el plato más cerca, mi señal para llenar mi cara con más carbohidratos, como si necesitara aliento ahí—. Gracias a la señora Atkinson —explicó—. Trato de no comer demasiados durante la temporada, pero creo que este es un buen día para disfrutar un poco.

Había un trasfondo en sus palabras y una calidez en su tono cuando las dijo, pero después de mis mensajes con Claire, no estaba segura de estar lista para explorar qué era eso. Hacer nuestras propias reglas era genial y

todo eso, pero todavía no sabía qué diablos *éramos Jude y yo realmente*, y por ahora, estaba bien con eso, y él también.

Pero incluso sabiendo eso, Claire tenía razón. Tenía miedo de decírselo a mi familia porque significaba que tenía que enfrentar todas las preguntas cuando ninguna de ellas tenía respuestas.

Sobre mí, el bebé y yo, Jude, el bebé y yo, Jude y yo. Categorías separadas con montones y montones de preguntas sin respuesta.

Mientras partía el bollo y extendía la crema sobre la superficie, seguida de la mermelada, pensé en las pocas veces que necesité explicar la dinámica de mi familia a alguien que no tenía antecedentes.

—Voy a decirles hoy.

Me observó atentamente.

—Está bien.

—¿Tú ya le dijiste a tu familia?

—No.

Esperé a que se explicara, pero de nuevo, era solo... esa única palabra. No había emoción en eso, al igual que no había cambios en sus ojos o boca. Eh.

El mordisco que le di al bollo fue indecentemente grande, al igual que el gemido que salió de mi boca mientras masticaba. Su sonrisa torcida en respuesta fue un montón de cosas. Entrañable. Humana. Sexy. Logré tragar.

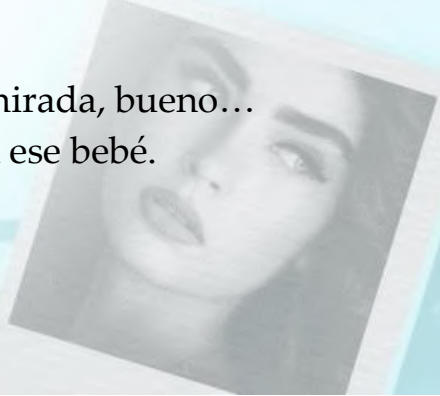
—Mierda, ¿ella horneó esto?

—Supongo que lo hizo, pero nunca admitirá si no lo hizo.

—Si yo pudiera hornear un bollo como este, le diría a todos los que he conocido en *toda mi vida.* Nunca la despidas.

Jude estaba tan divertido, sus ojos cálidos bailaban como si no los hubiera visto desde la primera noche.

—¿Qué? —pregunté con la boca llena de felicidad. Su mirada, bueno… estaba más cargada que mi bollo, y tenía mucha crema en ese bebé.



—No puedo recordar la última vez que obtuve tanto placer de algo tan pequeño.

Mientras tragaba, imaginé que mis mejillas estaban de color rojo brillante. Este tipo me ponía nerviosa y con bastante facilidad. Normalmente, yo era la que los ponía nerviosos. Con los hombres, o tal vez, en comparación con Jude, todos eran niños. No había forma de que yo corriera en círculos alrededor de este hombre o burlarlo para obtener lo que quería.

Y, sinceramente, todo lo que quería era más períodos de tiempo como el que acabábamos de tener: acurrucarnos sin complicaciones, un poco de coqueteo y una guarnición de productos horneados. Corté una esquina del bollo y se lo tendí, jalando mis dedos hacia atrás cuando trató de alcanzarlo.

Alimentarlo con algo delicioso cuando me apetecía, esa era una de mis nuevas reglas.

La comprensión iluminó sus ojos con algo caliente que sentí justo entre mis muslos.

Jude abrió la boca y puse el bollo dentro. Antes de que pudiera retirar la mano, agarró mi muñeca y la mantuvo en su lugar, chupando ligeramente las puntas de mis dedos.

Ahora lo sentía en áreas completamente diferentes de mi cuerpo. Si no me estaba saliendo por la camisa, era un maldito milagro.

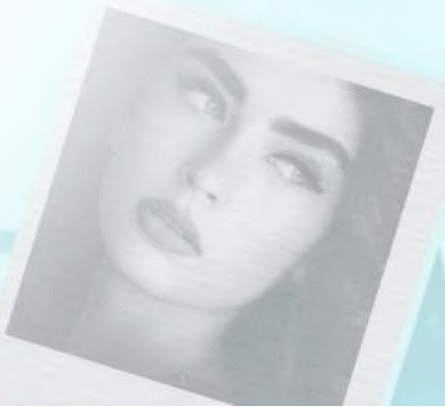
—Delicioso —murmuró.

La forma en que se lamió los labios mientras ambos nos acomodábamos en nuestros asientos me hizo sentir nerviosa e inquieta y, a juzgar por la sonrisa en su rostro, él lo sabía.

—Tengo que ir a las instalaciones en un rato —me dijo.

Asentí. Conocía el ejercicio, así que no me sorprendió.

—¿Reuniones?



—Hoy no. Necesito un poco de trabajo en mi tendón de la corva, y estoy seguro de que mi manager quiere hacer que mis oídos sangren, recordándome por qué soy viejo y lento y ya no puedo marcar goles.

Sonaba tan deliciosamente malhumorado cuando lo dijo que sonreí.

—Oh, ¿es gracioso? —preguntó.

Lo juro, traté de borrar la sonrisa de mi rostro. Era tan tentador subirme a su regazo y mostrarle exactamente cuán no viejo y no lento era, y las diferentes formas en que podía anotar, pero también sabía que esto era un golpe para todos los atletas de élite.

—No. —Me limpié las migas de bollo de un lado de mi boca—. ¿Debería irme cuando tú lo hagas?

Jude se encogió de hombros.

—No tengo prisa por mi parte, a menos que necesites llevar el auto de tu amiga a Oxford.

Negué con la cabeza.

—Ella no lo necesita hasta el fin de semana. Puedo trabajar aquí mientras no estás, si te parece bien. Tal vez también saque la llamada telefónica del paso.

Qué cosa aparentemente insignificante estaba preguntando, pero no lo era, y creo que ambos lo sabíamos. Permitirme entrar en su espacio sin supervisión era algo importante.

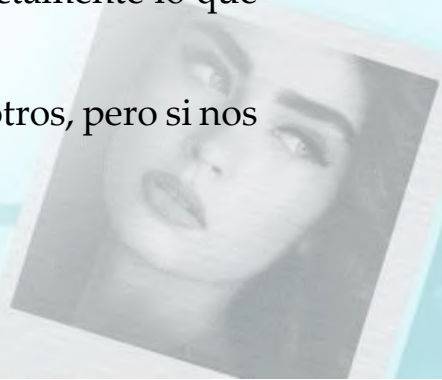
Se puso de pie, tomándose un momento para elevarse sobre donde yo estaba sentada en mi silla. Jude levantó su mano, quitando una miga errante de la comisura de mis labios.

—Lo que necesites, es tuyo.

Bueno, okey entonces. Si estaba tratando de hacerme querer montarlo como un caballo salvaje, estaba haciendo un excelente trabajo.

Esa sonrisa, esa calidez, volvió, y creo que él sabía exactamente lo que estaba pasando en mi cabeza.

Tal vez teníamos mil preguntas sin respuesta entre nosotros, pero si nos deseábamos no era una de ellas.



—Necesito cambiarme e irme —dijo.

Asentí. Bien. Necesitaba que se cambiara y se fuera también porque ahora que mi barriga estaba llena de carbohidratos y el café estaba llegando a mi sistema, sentía todo tipo de sentimientos que no debería sentir.

Todos ellos complicados.

Y creo que él también lo sabía. Preguntó en voz baja:

—¿Quieres que sea parte de la llamada con tu familia?

¿Lo quería? *Permíteme contemplar eso durante aproximadamente una centésima de segundo...*

Absolutamente no.

Logan tendría un ataque al corazón en el acto, Paige encontraría la manera de convertirse en la primera humana en atravesar físicamente una llamada de FaceTime y aparecer a mi lado, simplemente para poder castrar a Jude. Solo... no.

Y no necesitaba saber nada de eso todavía. *Yo* no necesitaba nada de eso todavía.

—No, está bien. Creo que será más fácil si lo hago yo sola.

—¿Estás segura?

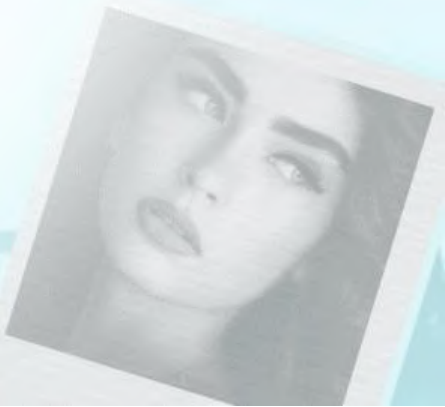
—No —respondí.

Jude sonrió.

—Tienes diez minutos para cambiar de opinión porque después de eso, probablemente me iré hasta alrededor de las cuatro.

—No cambiaré de opinión.

Tenerlo ahí definitivamente lo haría más difícil, y decírselos ya iba a ser bastante difícil.



13

Lia

Cualquier esquema ofensivo fuerte tenía ciertos componentes clave, y cuando se trataba de contarle la noticia a mi familia, iba a abordar esto exactamente como si saliera directamente de un libro de jugadas de fútbol.

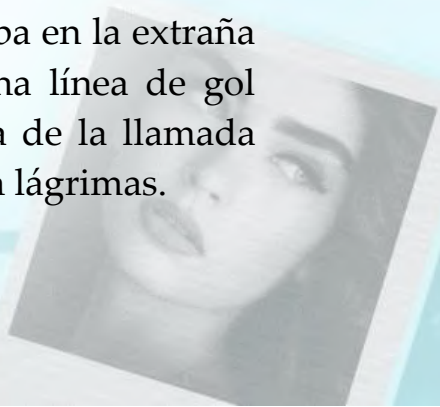
Una buena ofensiva creaba desajustes inteligentes, enfrentando a su mejor jugador ofensivo con su jugador defensivo más débil. Tal vez no podría hacer exactamente eso con Logan y Paige, pero podría traer a mi aliada más leal: Claire.

Iba de camino a su casa, lista para sentarse con ellos mientras yo les daba la noticia y saltar si necesitaba apoyo.

También era imperativo si tenía alguna intención de mantener el control, que solo se lo dijera a Logan y Paige. Al menos para la primera llamada telefónica. Molly e Isabel me amaban, pero no podía calcular cómo reaccionarían, así que por el momento, no podía arriesgarme a que mi ofensiva fuera superada y dominada.

En mi cabeza, podía imaginar nuestra llamada telefónica programada a las siete de la mañana, hora de Seattle (las tres de la tarde, mi hora) como una jugada trazada en la pizarra de Logan en su oficina. X y O y flechas, que indican quién correría en qué dirección, quién correría la ruta del poste, quién correría el desvanecimiento y si se trataba de una jugada de pase o una carrera.

Por hoy, yo era el mariscal de campo y mi familia estaba en la extraña posición de estar alineados frente a mí, bloqueando una línea de gol invisible. Ni siquiera sabía con seguridad lo que quería de la llamada telefónica, aparte de eso, no quería terminar estallando en lágrimas.



No llorar = éxito.

A medida que las manecillas del reloj se acercaban lentamente a las tres, sentí una tensión nerviosa en el estómago. Tal vez debería haber esperado hasta que Jude pudiera ser parte de esto y fortalecer mi línea ofensiva, si hubiera llevado esta metáfora deportiva aún más lejos.

Tal vez era porque había pasado el día en la tranquilidad de su hermosa casa, que el lento paso del tiempo se sentía particularmente... bueno, *lento.* No había nadie alrededor para distraerme y, por mucho que lo intentara, no podía concentrarme en el trabajo que se suponía que debía hacer.

Mi computadora portátil había estado intacta en la mesa de su cocina todo el día, y me había mudado del sofá a los muebles de teca en su jardín privado unas cuantas veces, logrando algunos garabatos inconexos en mi cuaderno. Leí algunas páginas del libro sobre Charlotte que traje de mi apartamento, pero las palabras se mezclaban y me encontré leyendo la misma página durante una hora entera.

Fue esa frustración lo que me hizo deambular lentamente por la casa de Jude. ¿Era acoso discreto? Sí.

Pero vamos, iba a tener a su hijo, así que no me pareció muy extraño asomarme un poco cuando me dejó sola en su espacio privado.

Todas las habitaciones estaban impecables, y parecía tanto un reflejo de su personalidad como del hecho de que tenía un ama de llaves a tiempo completo. Quien, me aseguró, tenía el día libre y no pasaría por ahí al azar.

La casa se actualizó, pero aún conservaba el encanto de casi todos los edificios de Inglaterra. Estaba en la inclinación del techo en el dormitorio de invitados decorado en azules y blancos tranquilos, en el detalle de madera ondulada de la moldura de techo y las manchas onduladas del vidrio en las ventanas que daban a ese hermoso jardín. El jardín de Jude estaba separado de sus vecinos por altos muros de ladrillo cubiertos de hiedra, y le daba al espacio una sensación mágica del viejo mundo que me gustaba mucho.

Pasé la mayor parte del tiempo en su dormitorio, que estaba tan limpio como el resto de la casa, pero había una asombrosa falta de detalles

personales por todas partes. Me detuve frente a la cómoda grande y abrí los cajones, encontrando todo cuidadosamente doblado. En el cajón inferior había algunas fotos descoloridas debajo de una camisa gris sucia con el logo de una granja, probablemente de la casa de sus papás, según lo que me contó. Mis ojos se entrecerraron cuando vi algo suave, blanco y esponjoso asomándose por debajo de la camisa. Lo saqué, sonriendo cuando sostuve la pequeña ovejita en mi mano. Estaba hecho de algún tipo de lana suave, y la diminuta nariz rosada y los ojos circulares negros eran bastante lindos.

Me encontré apretándolo contra mi pecho como un talismán.

—¿Crees que la oveja es linda? —le susurré a la pequeña Frambuesa—. Tal vez hagamos ovejas en tu habitación.

Cuando salí de la habitación, no pude evitar que mi cerebro zumbara con especulaciones nerviosas sobre cómo iba a ser esta llamada telefónica.

Mi teléfono vibró.

Claire: *Estaré ahí en diez minutos. ¿Cómo quieres hacer esto?*

Respiré hondo y bajé a la cocina, donde había decidido hacer la llamada de FaceTime en mi computadora portátil, para poder ver sus rostros con mayor claridad. Inconscientemente, mi mano se deslizó hacia la protuberancia inexistente de mi vientre.

Mi pequeño bebé frambuesa todavía estaba escondido, invisible a simple vista, excepto quizás por la más mínima tirantez en la cintura de mis pantalones. Un pensamiento pasó por mi cabeza, completamente no deseado, en donde me pregunté si nuestra mamá, Brooke, había subido mucho, o si fue una de esas mujeres embarazadas que de repente parecían haberse metido una pelota de baloncesto debajo de su camisa.

Y era solo otra pregunta que no podía responder. Tal vez vi una foto de ella embarazada conmigo y Claire. Revisar esas partes de nuestro pasado no estaba precisamente en lo más alto de la lista de prioridades. Todo lo que recordaba de la foto era un bulto gigante cubierto por el encaje negro

de un vestido elegante que se puso para un evento de gala al que asistió con nuestro papá.

La palma de mi mano, todavía agarrando a la pequeña oveja, presionó el repentino aumento de presión en mi pecho, y me obligué a sacar esa imagen de mi cabeza. Claire. Necesitaba responderle a Claire. ¿Cómo *quería* hacer esto?

Yo: *Rápidamente y sin dolor.*

Claire: *lo sé, pero quise decir más bien, ¿quieres que los prepare mentalmente?*

Me senté a la mesa y abrí mi MacBook. Mi mano tembló un poco cuando abrí el FaceTime.

Yo: *Solo hazles saber que estoy bien, pero necesito hablar con ellos sobre algo y quiero que estés ahí para apoyarme.*

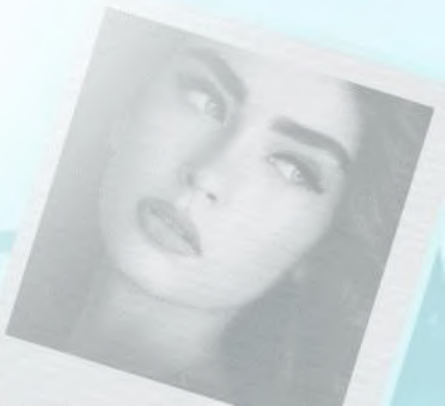
Claire: *Entendido.*

Claire: *Estará bien. Lo prometo.*

Claire: *Entrando. TE AMO, LEE.*

—Creo que voy a vomitar —susurré. Con una mirada rápida al reloj, me pregunté si podría comer otro bollo antes de que comenzara este circo. Cerrando los ojos con los dedos, me resistí porque por muy rico que fuera, el bollo no solucionaría nada, y esa también era la verdad con Jude. Tenerlo conmigo para hacer esto no haría que las palabras fueran más fáciles de pronunciar. Sin mencionar que, a pesar de lo que pudiera creer, no me preocupaba la decepción de mi familia, estaba preocupada por su preocupación.

Me querrían en casa inmediatamente.



Querrían envolverme en sus brazos y ayudarme a llevar la carga, y lo peor que podía pedirle a mi gran, caótica y testaruda familia era que se mantuviera alejada.

Cuando el puente de mi nariz comenzó a hormiguear, fue la primera señal de advertencia de que todo mi libro de jugadas para esta llamada se estaba yendo a la mierda. Apreté la mandíbula y respiré hondo.

—Estúpidas hormonas —dije con una voz que temblaba peligrosamente, y eran estúpidas. En mi mente, imaginé mis emociones como un mar enojado: con olas cubiertas de blanco que se mantuvieron en la distancia hasta este mismo momento. Volví a llevar la mano a mi vientre y me sentí más tranquila. Estaría bien. Estaríamos bien.

Claire: *Están preocupados, pero bien. Estoy llamando ahora.*

Antes de que pudiera adivinarlo, me puse de pie, corrí hacia el armario y agarré la bolsa de bollos, metiendo un trozo de uno en mi boca antes de volver a tomar asiento. Coloqué la oveja justo detrás de la computadora portátil, donde podía ver la boca negra sonriente. El timbre comenzó cuando me tragué mi bollo y pulsé el panel táctil para contestar la llamada. Al ver a Logan y Paige, acurrucados cerca de la mesa donde habíamos comido un millón de comidas, casi pierdo el control.

—¡HOLA! Te extrañamos. ¿Estás bien? —preguntó Paige. Logan pasó un brazo alrededor de su hombro y estudió la pantalla con tanta intensidad que casi me río.

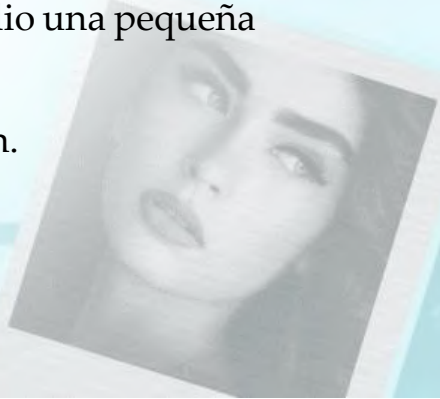
—Hola. —Exhalé—. Es bueno ver sus caras.

Intercambiaron una mirada rápida.

—¿Estás bien, chica? —preguntó Logan.

—Estoy comiendo un bollo en Inglaterra. ¿Cómo no voy a estar bien? —Levanté el producto horneado en cuestión, y Paige me dio una pequeña sonrisa, pero no se dejaron engañar por mi respuesta.

Claire asomó la cabeza por detrás del hombro de Logan.



—Estoy sentada aquí, pero puedo oírte bien.

—¿Por qué está aquí tu hermana por esto? —preguntó Logan.

Bien. Okey entonces.

—Logan —dijo Claire—, no la interrogues. Estoy aquí porque ella me lo pidió.

Su rostro se suavizó, lo que decía mucho porque mi hermano mayor nunca había sido descrito como gentil. Nunca. Era un matón, un entrenador con voluntad de hierro. La única pieza de su vida que recibía suavidad éramos nosotras.

—Te ves bien —intervino Paige—. Extraño ver tu cara.

—Siempre puedes ver a Claire y fingir que soy yo. —Ante mi broma, su labio inferior se tambaleó y sus grandes ojos azules se llenaron de lágrimas, y suspiré—. Oh, Paige, no llores, por favor.

Ella agitó sus manos frente a su rostro.

—Lo siento, no esperaba que fuera tan difícil que una de ustedes se mudara.

—No me *mudé* y Molly viaja por trabajo todo el tiempo.

—Soy una gran hipócrita, lo sé. —Con las emociones bajo control, Paige colocó mechones errantes de su cabello rojo detrás de las orejas y le dio a Logan otra mirada cargada—. Creo que solo estamos preocupados. Has llamado, pero cada vez que queremos verte, encuentras una razón por la que no puedes, así que cuando aparece tu hermana y estás en un lugar desconocido —hizo un gesto hacia el fondo—, creo que puedes entender por qué nos toma un poco desprevenidos.

Me senté en mi silla y me froté el rostro.

—Lo sé.

—¿Dónde estás? —me preguntó Logan.

Desde su punto de vista, todo lo que podían ver eran las puertas francesas que conducían desde la cocina de Jude a su hermoso jardín, muy lejos de mi pequeño apartamento de estudiante, del cual habían visto fotografías.

—Estoy en casa de un... amigo.

Paige se fortaleció visiblemente.

—Lia, tu hermano y yo te amamos, y no importa lo que sea, tienes que decírnoslo. Todavía te amaremos.

—Sé que lo harán. —Mi mano volvió a la pequeña frambuesa. ¿Podría sentir mis nervios? Dejé escapar un suspiro lento para calmar mi acelerado corazón.

Paige volvió a tomar las riendas.

—Y si tienes miedo de decírnoslo, como... encontraste a alguien que no esperábamos y tal vez piensas que nos decepcionaremos, no lo haremos. Me encantaría tener otra hija, y si ella es a la que amas, entonces seré la mejor mamá de las novias del mundo entero.

Mi cabeza se inclinó.

—¿Qué?

Escuché a Claire aclararse la garganta, pero no podía decir si se estaba riendo o redirigiendo.

Logan se pellizcó el puente de la nariz.

—Paige, déjala hablar.

Ella lo vio.

—Solo quiero que sepa que la amamos.

—Ella lo *sabe*. ¿Qué tal si dejas que ella nos cuente?

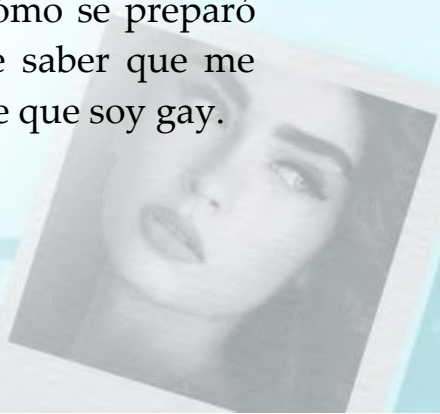
—¿De qué estás hablando? —pregunté.

Claire volvió a asomar la cabeza en la cámara.

—Paige cree que vas a salir del clóset, que estás tratando de decirles que tienes novia.

—Oh. —Mi corazón se calentó imposiblemente por cómo se preparó para todas y cada una de las noticias—. Estoy feliz de saber que me amarías a pesar de todo, pero no estoy tratando de decirte que soy gay.

Ella tragó, y sus ojos buscaron mi rostro.



—Okey. Sea lo que sea… somos tu familia.

Con los labios fruncidos, dejé escapar un suspiro y me quité la tirita.

—Estoy tratando de decirles que estoy embarazada.

Silencio.

Durante cuatro segundos completos, no hubo nada más que ojos muy abiertos y silencio.

—Mierda —susurró Paige.

—¿Estás qué? —preguntó Logan—. ¿Cómo?

Levanté mis cejas, y Claire se atragantó con una risa.

Sus mejillas enrojecieron.

—Olvida que dije eso.

Paige parpadeó rápidamente.

—Okey. Okey. Yo... ¿qué? ¿Quién? ¿Qué pasó? ¿Y cuándo?

El pecho de Logan se expandió con una respiración profunda, y prácticamente pude verlo cambiar de marcha, y ver la impotencia escrita en todo su rostro.

—¿Estás bien?

Asentí.

—Estoy bien, y Paige, estoy a punto de cumplir... nueve semanas.

Paige sacó su teléfono y comenzó a tocar en la pantalla.

—Así que eso fue... bastante cerca de cuando llegaste ahí.

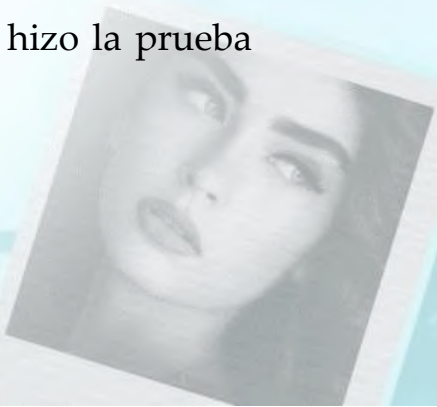
—S-sí.

Los ojos de Logan se dirigieron a mi hermana.

—¿Tú lo sabías?

—Sí, estaba hablando por teléfono con ella cuando se hizo la prueba hace unas semanas.

Él asintió lentamente.



—Es por eso que estabas actuando tan rara cuando te pregunté por ella.

Claire se rio.

—Sabes que soy la peor mentirosa.

Paige mantuvo los ojos en su teléfono, que fue cuando mi preocupación comenzó a crecer de nuevo. Cada segundo que no podía ver sus ojos empeoraba.

—Aparentemente, eres una buena guardiana de secretos —dijo Paige tranquilamente.

Logan suspiró.

—Yo le pedí que lo hiciera —le dije—. Quería decírselos yo misma.

—Genial —respondió Paige—. Ahora nos lo has dicho, y compraré un vuelo en este momento. ¿Qué tan pronto puedes empacar?

—No voy a reservar un vuelo a casa, Paige.

Sus manos se congelaron. Los ojos de Logan se cerraron, pero vi que su mano se enroscaba con fuerza alrededor de su hombro.

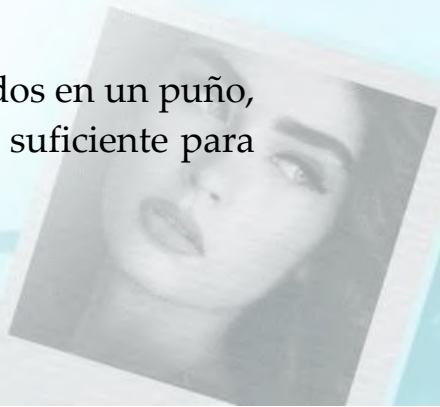
El rostro de Paige finalmente se levantó, y sus ojos brillaron con lágrimas.

—¿Te vas a quedar?

—No hay razón por la que no pueda terminar el semestre.

—Estás embarazada, Lia, y en un país extranjero y sola. Allá. Esas son tres razones para volver a casa. —Una lágrima se derramó por su mejilla—. No tienes a ninguno de nosotros ahí contigo. ¿Te has sentido mal? Yo me sentía tan mal con Emmett; fue horrible. ¿No te acuerdas? Y no puedo i-imaginarte en ese pequeño apartamento sola, sin nadie que te lleve galletas y te sostenga el cabello como solían hacer las niñas cuando estaba embarazada, y-y… —se detuvo, hipando alrededor de un sollozo—, odio la idea de que estás haciendo esto sola cuando no tienes que hacerlo.

Mis propios ojos se llenaron de lágrimas y cerré los dedos en un puño, los bordes afilados de mis uñas proporcionaban el dolor suficiente para mantener mis emociones a raya.



—Solo me sentí mal por un par de semanas, pero ahora estoy mejor. Me siento bien, Paige, te lo prometo. Solo cansada. Estoy tomando mis vitaminas, comiendo bien y bebiendo mucha agua.

Me incliné, luchando contra el impulso de envolverla en mis brazos porque era difícil ver a la mujer más dura que conocía de esta manera, preocupada por mí.

—Y no estoy sola.

La mandíbula de Logan se apretó.

—¿Cómo se llama? ¿Tiene trabajo? ¿Él… —Se aclaró la garganta—. ¿Te está tratando bien?

—Su nombre es Jude McAllister, tiene treinta y un años, y sí. Un muy buen trabajo, de hecho. Él es quien contactó al doctor, y estoy en su casa en este momento mientras él está en el trabajo. Estamos... conociéndonos.

La frente de Logan se arrugó.

—¿Cuál era el nombre de nuevo?

—J-Jude McAllister.

Sus ojos se entrecerraron.

Yyyy aquí vamos, pensé.

—¿Por qué ese nombre me suena familiar?

Paige vio a su esposo, frotándose las mejillas.

—¿Sí? —Antes de que pudiera detenerla, sus dedos comenzaron a volar de nuevo por la pantalla. En el momento en que ella lo vio, lo supe. Sus ojos se agrandaron y su mandíbula cayó en algún lugar cerca de su ombligo—. Santa *mierda,* Lia, ¿es él?

—¿*Ese* Jude McAllister? —gritó Logan—. ¿El futbolista Jude McAllister?

Asentí débilmente.

Ambos miraban atónitos la pantalla del teléfono y solo podía imaginar qué titulares e imágenes habían aparecido.

Quiero decir, Paige difícilmente podría discutir el *por qué.* Parecía (y jugaba) como si el ADN de David Beckham y el de Tom Brady se combinaran en un laboratorio en alguna parte, y Logan definitivamente no podía discutir sobre su capacidad para ayudar económicamente con el bebé. Los británicos eran generosos con sus futbolistas, eso seguro.

Logan dejó caer la cabeza entre sus manos. Le tomó un segundo, pero dejó escapar un gemido.

—Lo juro, ustedes chicas tienen un radar para los atletas, y va a ser mi muerte. ¿No podría una de ustedes terminar con un abogado o un maestro o un entrenador de perros o algo así?

La mano de Claire apareció en la cámara, dándole a nuestro hermano una palmada condescendiente en la espalda.

—Un poco hipócrita viniendo de ti, ¿no crees?

—¡No! —gritó, levantando la cabeza—. Porque sé exactamente lo que pasa en esta vida. La bebida y las drogas y las fiestas y las mujeres. ¿Sabes lo difícil que es ser un atleta de élite y no sucumbir a toda esa mierda?

Era el turno de Paige de estar en el papel de consoladora. Ella me dio una pequeña sonrisa, incluso mientras envolvía un brazo alrededor de Logan.

—Pero tú lo lograste y conocemos a muchos tipos que lo lograron. Tal vez Jude sea uno de ellos. —Cuando Logan se giró hacia ella, ella tomó un lado de su rostro entre sus manos—. E incluso si tuviera un pasado, no podemos reprochárselo mientras esté haciendo lo correcto con Lia.

—Gracias —dije en voz baja. Mi corazón todavía latía con fuerza, pero principalmente porque no había anticipado que esta parte sería el obstáculo más grande—. Logan, mírame. —Me tomó un segundo, y me di cuenta de que mi hermano mayor estaba luchando con esto tanto como su esposa, pero era mucho más reticente a mostrarlo—. Necesito que trates de no preocuparte, ¿okey?

—Imposible —respondió, su voz era un susurro áspero y torturado—. Me preocupo por ustedes cuatro todos los días, y no porque no confíe en ustedes. Es parte del trato cuando amas tanto a alguien que morirías por ellos. Lo peor que puedes imaginar es que estén sufriendo y no puedas

hacer nada al respecto. —Negó con la cabeza, y fue entonces cuando perdí la batalla.

El libro de jugadas salió por la ventana.

Olfateé cuando cayó la primera lágrima. Incluso con el rápido movimiento de mi mano para hacerla desaparecer, él la atrapó.

Los ojos de Logan sostuvieron los míos.

—No conozco a este tipo, y espero que esté haciendo lo que sea que necesites que haga, pero en el momento en que no lo haga, tendrá que responder ante mí, porque ese es mi *trabajo.* En el momento en que naciste, tú, Claire, Molly, Isabel y Emmett, se convirtieron en la responsabilidad más importante de mi vida asegurarme de que te cuiden y te amen como te mereces. No me disculparé por eso.

—No quiero que lo hagas —le dije. No había manera de disimular las lágrimas en mi voz, todas espesas y temblorosas—. Me tomó mucho tiempo decírselos porque sabía que los mataría estar tan lejos de mí.

—Te amamos, Lia —dijo Paige.

—Yo también los amo. —Exhalé pesadamente—. Estaré bien. Lo prometo.

—Pero vas a volver a casa al final del semestre, ¿verdad? —ella me preguntó.

Abrí la boca, pero no salió ningún sonido. No lo sabía. ¿Quería estar a un océano de distancia de Jude cuando naciera su hijo? ¿Eso era justo?

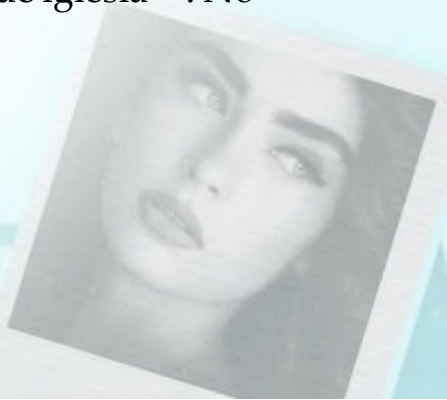
—Ese es el plan —logré decir, pero sus ojos se entrecerraron porque escuchó la pausa de todos modos.

—¿Y un trabajo? —preguntó Logan—. Todavía no obtendrás tu maestría, ¿verdad? Necesitarás un semestre de descanso si tienes que dar a luz en la primavera.

—No lo sé. —Mi voz sonaba tan grande como un ratón de iglesia—. No he pensado en eso.

Claire apareció detrás de Logan.

—Tenemos mucho tiempo para resolver eso.



Por eso quería a Claire ahí. Porque ella probablemente podía sentir mi pánico interno construyéndose.

Paige sonrió.

—¿Podemos hablar la próxima semana tal vez?

Asentí.

—Lo prometo.

—Pareces cansada, bebé —murmuró—. ¿Por qué no vas a tomar una siesta mientras tienes un poco de paz y tranquilidad, okey?

Estaba cansada. Estaba tan, tan jodidamente cansada.

Los nervios me habían impulsado durante todo el día, y en una llamada telefónica de quince minutos, sentí que cada onza de energía había sido absorbida por un agujero negro a mis pies.

—Okey.

—Te amamos —dijo ella.

—También los amo chicos.

Claire saludó con la mano y Logan me dio una pequeña sonrisa, pero me di cuenta de lo que le costó. Mi hermano mayor perdería mucho el sueño por esto.

Una vez que se desconectó la llamada, me hundí en la silla, soltando un gran suspiro de alivio.

El resto del bollo me hizo señas, al igual que la cama gigante que había visto arriba, la que estaba cubierta con almohadas de felpa.

Si Jude tuviera un problema conmigo probando todas las superficies para dormir en su casa, no me habría dejado aquí, una verdadera Ricitos de Oro, tratando de encontrar la que encajaba a la perfección.

Con la linda ovejita en la mano, subí las escaleras, terminé el bollo y sonreí cuando pasé por la habitación de invitados donde me acosté para leer antes. La puerta de su habitación, con su cama grande y masculina y su marco de madera resistente, se veía perfecta. Pondría el temporizador

en mi teléfono y estaría de vuelta abajo antes de que llegara a casa, me prometí, mientras me arrastraba sobre el colchón perfectamente firme.

Gemí de felicidad, presionando mi rostro contra una almohada que olía a él.

Mis ojos se cerraron, y con la llamada telefónica detrás de mí y el olor de Jude rodeándome, me quedé profundamente dormida.

14

Jude

Todos habían abandonado la cancha, dispersos para varias reuniones o tratamientos, así que antes de irme a casa, me encontré parado solo en medio del interminable tramo de césped.

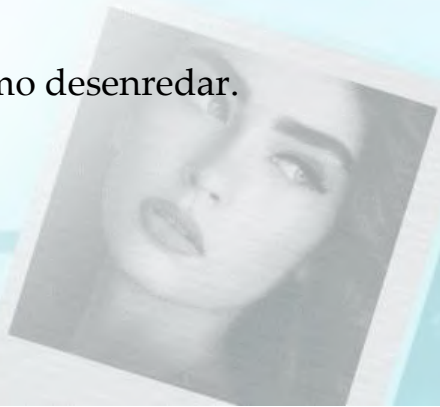
Era difícil recordar los momentos en que este trabajo no era complicado y no venía con una tonelada métrica de enredos. Durante todo el día, me enfrenté a varios aspectos de cómo exactamente me estaba deslizando de mi percha sostenida por mucho tiempo. La fisio que trabajaba en mis tendones de la corva comentó todo tipo de problemas que notó en mi juego el día anterior. Declan me acorraló en la sala de pesas y conversó conmigo sobre mi actitud, pero, sinceramente, ¿qué tipo de actitud esperaba cuando estábamos jugando como una mierda y todos los ojos se volvían hacia alguien nuevo para solucionar nuestros problemas?

Él también pelearía si alguien le pidiera que renunciara como capitán.

Mi entrenador se sentó frente a mí, la barrera de su escritorio increíblemente amplia mientras discutía exactamente por qué me veía viejo, lento y distraído, y estaba reduciendo lentamente todas mis posibilidades de estar en la posición de titular. Con nuestro próximo partido en Aston Villa, teníamos una oportunidad, y muy buena, de ganar tres puntos y avanzar más. Detrás de mí había jugadores más jóvenes, más rápidos y, en sus palabras, tenían el enfoque por el que yo *solía* ser famoso.

Complicaciones.

Un lío sin remedio que ni siquiera estaba seguro de cómo desenredar.



Lo único que se sentía claro era el césped debajo de mí, las líneas blancas que bordeaban el espacio y la pelota que estaba frente a mí. Clavando mi dedo del pie debajo de él, lo reboté en la parte superior de mi pie una, dos, tres veces, y cuando el cuarto rebote tocó el césped, tiré hacia atrás mi pierna izquierda y la taladré tan fuerte como pude hacia la meta.

Golpeó la parte de atrás de la red desprotegida, y el sonido de la pelota golpeando la tela tejida de la red me hizo sonreír. Aunque bastante inocuo para algunos, era uno de mis sonidos favoritos en todo el mundo. Enterrado en ese sonido estaba mi legado.

Y por mucho que no quisiera admitirlo, ese legado se estaba desvaneciendo para todos menos para mí.

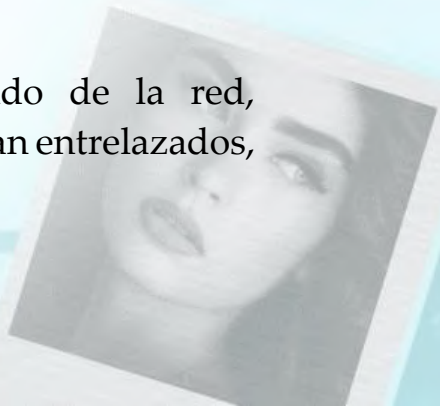
Salí de la cancha, asintiendo con la cabeza al guardia de seguridad apostado en el túnel, y me dirigí a mi auto. El viaje desde las instalaciones hasta mi casa fue de menos de veinte minutos y, a medida que me alejaba, los nudos que rodeaban mi día se aflojaron alrededor de mi pecho. Era la primera vez en mucho tiempo, tal vez nunca, que me dirigía a casa sabiendo que alguien me estaba esperando.

Alguien a quien quería ver, alguien con quien quería pasar tiempo, y no solo por el bebé.

Todavía estaba pensando en el futuro y cómo la adición de un niño inevitablemente lo alteraba. Lia no estaba solo en mi futuro, era un concepto que no podía comprender del todo. Ella era de carne y hueso, y justo frente a mí como si de alguna manera fuera la parte menos complicada de mi vida.

Su fácil aceptación de lo que tenía que hacer hoy y la forma en que fue capaz de enfrentar la realidad de mi vida sin inmutarse fueron opciones atractivas que se me presentaron. Sonreí mientras acercaba mi auto al suyo, pensando en lo feliz que la hizo ese bollo. Su habilidad para encontrar placer en esos pequeños momentos era algo que podía aprender de ella. Antes podía.

Como el sonido de una pelota golpeando el fondo de la red, normalmente ahogado por el rugido de la multitud. Estaban entrelazados,



sin duda, pero tal vez la lección que necesitaba aprender de este giro repentino que había tomado mi vida era apreciar los componentes básicos cuando me enfrentaba a ellos, en lugar de poner todo mi peso encima para llegar al siguiente.

La multitud no estaría ahí sin el balón en la red.

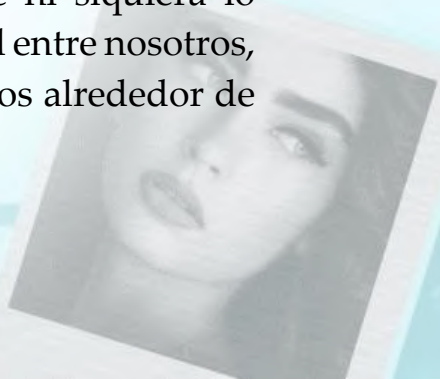
Yo tampoco estaría.

Abriendo la puerta de entrada, la llamé por su nombre, preguntándome si volver a casa con ella en este día era otro elemento básico. La casa estaba en silencio sin Lia a la vista en el piso principal. Golpeando mi pulgar contra mi muslo, pensé a dónde podría haber ido. Estaba un poco lejos de cualquier tienda o restaurante, pero podría ser factible. Mi teléfono no mostraba mensajes de texto de ella, y llegué a casa un poco más tarde de lo que anticipé.

Desde arriba, escuché un crujido y sonreí. Venía de mi cama. Conocía ese sonido. Era el sonido que hacía el armazón de mi cama cada vez que me movía. Subí las escaleras en silencio, evitando los lugares que hacían ruido. Al acercarme a mi habitación, decidí no preocuparme tanto sobre qué paso podría seguir, qué paso debería seguir. Simplemente disfrutaría cualquier lugar en el que nos encontráramos, cualquier lugar en el que Lia nos quisiera.

Las reglas se harían según nuestras especificaciones, y descubrí que eso me gustaba bastante. Nadie podía decirnos cómo deberíamos estar haciendo esto, fuera lo que fuera esto entre ella y yo. Esta era la única parte de mi vida que se sentía suave, se sentía instintiva de una manera completamente diferente a la que estaba acostumbrado.

Y acostada en medio de mi cama, acurrucada de lado debajo de la colcha que Rebecca insistió en poner en mi cama, pude entender por qué. Todo dentro de mí se sentía atraído por Lia, tirado hacia ella como si hubiera enterrado su puño dentro de mi pecho y se negara a soltarlo. Ninguna parte de mí podía definir por qué tenía tanto sentido para mí subirme tranquilamente a la cama junto a ella, así que ni siquiera lo intenté. Esa mañana, ella había estado abierta al afecto fácil entre nosotros, y por un momento, pensé que enroscaría sus hábiles dedos alrededor de



mis pantalones como lo hizo la primera noche y me acercaría más. Estaba en sus ojos hacer exactamente eso, pero se resistió.

Ella era la más fuerte de nosotros dos, eso estaba claro. Porque al verla acostada así en mi cama, nada dentro de mí quería actuar de la misma manera. La línea elegante de su espalda, la caída sedosa de su cabello y la curva perfectamente redonda de su trasero eran el regalo perfecto para volver a casa.

Se movió cuando la rodeé con cuidado, pasé mi brazo alrededor de su cintura y entrelacé mis dedos sobre los suyos. De todos los lugares en los que podría haber dormido la siesta, eligió mi cama, y mientras contuve la respiración para ver si ese movimiento significaba que se estaba despertando, supe que lo había hecho por una razón.

La mano que no estaba sobre la suya rozó algo suave, y levanté la cabeza, con los ojos muy abiertos cuando saqué la pequeña oveja, hecha por mi mamá, de debajo de la almohada.

—¿Qué demonios? ¿De dónde saliste? —murmuré. Su nariz rosada no era tan brillante como solía ser y la lana gris de su cuerpo se desvaneció con la edad. Ni siquiera sabía por qué todavía la tenía porque casi todos los restos de mi infancia estaban escondidos, fuera de la vista, fuera de la mente.

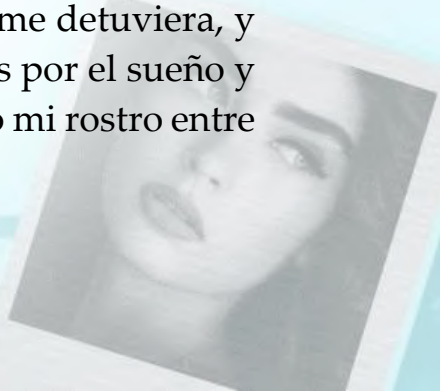
Los dedos de Lia se apretaron alrededor de los míos cuando hablé, y su respiración cambió de lenta y constante a superficial, rápida y excitada.

La oveja fue arrojada de la cama y la escuché reírse entre dientes.

—Pobre ovejita —susurró.

—Sobrevivirá. —Enterré mi nariz en su cabello e inhalé profundamente. Su espalda se curvó sinuosamente, y ese trasero se empujó contra mí.

Usé mi otra mano para apartar su cabello del camino, dejando caer besos en su cuello cuando la escuché susurrar mi nombre. Haciendo una pausa, me aseguré de que no fuera una súplica para que me detuviera, y fue entonces cuando ella se giró, con los ojos adormecidos por el sueño y las mejillas sonrojadas por el deseo. Inmediatamente tomó mi rostro entre sus manos, deslizando sus manos por mi cabello.



—Estaba soñando con esto —murmuró, y el tono ronco de su voz me hizo mover mis caderas inquietamente.

—¿Lo hacías?

—Mm-hmm. —Se humedeció los labios—. Me despertaste así. Diferente, pero así.

Le levanté la barbilla con el pulgar y agaché la cabeza para poder mordisquear la línea de su cuello. Sus uñas se clavaron en mi cuero cabelludo.

—¿Diferente cómo, amor? —hablé en su piel.

—C-con tus manos. —Ella arqueó la espalda de nuevo cuando el borde de mis dientes encontró su mandíbula—. Me quitaste los pants sin despertarme.

—Pantalones —corregí con una sonrisa. Sus dedos se apretaron en mi cabello, y siseé ante la punzada de dolor. Chupé su cuello, con fuerza, y ella dejó escapar un grito ahogado de sorpresa.

—Si me marcas, Jude… —me advirtió.

Levanté la cabeza y me encontré con su mirada.

—¿Qué?

Sus labios se curvaron en una sonrisa torcida.

—Te devuelvo el favor.

Dada la forma en que jaló mi cabello y la longitud de sus uñas, no lo dudé. Volví a agachar la cabeza, succionando el suave lóbulo de su oreja con mi boca, y gimió.

—¿Me marcarías la espalda? ¿El trasero? ¿Usarías esas preciosas uñas y reclamarías tu derecho?

—Sí —jadeó—. Te encantaría eso, ¿no?

Lamí un lado de su mejilla y sus muslos se abrieron alrededor de mis piernas, haciendo espacio al instante.

En respuesta, agarré su barbilla y tomé su boca en un beso feroz. Nuestras lenguas se enredaron instantáneamente, y mi cabeza se inclinó

para poder profundizar más. La familiaridad de besarla fue un marcado contraste con nuestra primera noche, donde la novedad de ella fue lo que lo hizo tan sangrientamente sexy, y en esa familiaridad, encontré un refugio que no había previsto, una distracción cuando menos lo esperaba. Mis manos se clavaron en la piel de su trasero debajo de sus leggins, y tuve que contenerme para no rasgar su ropa.

Disfruta de los pequeños momentos, me recordé, sin importar lo que venga después.

Nos besamos así, con las manos agarrando nuestra ropa de una manera que no había hecho en años. Me abrazó con tanta fuerza, con sus brazos alrededor de mi cuello y sus dedos en mi cabello. Lia chupó mi lengua en su boca, y luché contra el impulso de agarrar sus manos y anclarlas sobre su cabeza, y hundirme en ella como lo hice antes, solo para ver si había imaginado lo bueno que había sido.

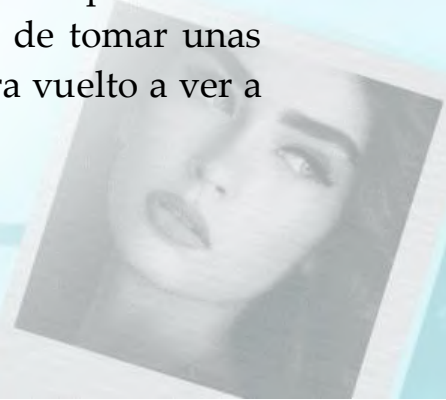
—¿Qué más pasó en este sueño tuyo, mi niña traviesa? —susurré, apartando mi boca de la suya, manteniéndome fuera de su alcance cuando intentó besarme de nuevo.

Su mano se deslizó por la parte de atrás de mi camisa, y las puntas de esas uñas se clavaron en mi piel, haciéndome sonreír. Sus ojos brillaron, y cuando el sueño se aclaró, vi surgir una pregunta incluso antes de que ella la expresara.

—¿Vamos a hacer una nueva regla? —susurró. La duda se vio atenuada por el hecho de que no podía evitar tocarme. Desde mi espalda, su mano avanzó poco a poco, y usó la punta de su dedo malvado para trazar los cuadrados de mi abdomen justo por encima del botón de mis pantalones—. Porque no me importaría saber lo que estamos haciendo aquí.

Sabía lo que estaba preguntando.

Pero, muy a mi pesar, me di cuenta de que no quería perder la facilidad de esta relación en la que habíamos tropezado por culpa de un preservativo débil y de su memoria irregular a la hora de tomar unas pastillas. Sin esas dos cosas, es posible que nunca hubiera vuelto a ver a



Lia, y en este momento, con su cuerpo esbelto dispuesto como una ofrenda, se sentía como una puta tragedia.

Así que elegí el camino más ancho, el más fácil de transitar.

Vi hacia abajo significativamente.

—*Estás* a unos tres centímetros de hacerme muy feliz, al parecer, y yo —mi mano se deslizó un poco por mi cuenta, subiendo por la línea de su suave estómago y hasta las copas cálidas y rebosantes de su sostén de encaje—, estoy a punto de realizar un experimento.

Sus labios se curvaron.

—¿Qué experimento es ese?

—Me temo que los controles de tallas ahora son obligatorios. —Levanté suavemente el dobladillo de su camisa y le di un beso sobre el ombligo. Siseó cuando tiré de las copas hacia abajo y continué mi delicioso viaje.

—C-cuidado —susurró—. Están sensibles

—Puedo ser gentil.

—¿Puedes? —Sus manos se movieron hacia abajo, abriendo mis pantalones y agarrándome con una fuerza inesperada, y mi espalda se arqueó en un placer inesperado—. Porque todavía estoy aprendiendo ese talento en particular.

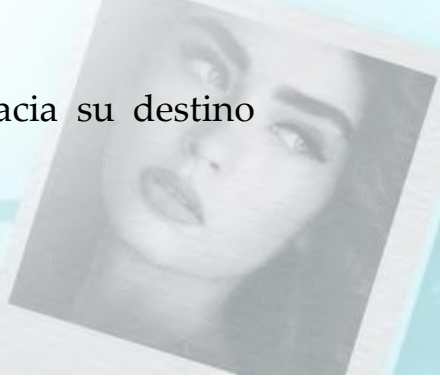
Me reí en su piel.

Lia susurró junto a mi oído, levantando los pelos de la parte posterior de mi cuello cuando se emparejó con lo que me estaba haciendo con esa inteligente, inteligente mano.

—Mi control de tallas se complace en informar que la talla está por encima de la media.

Con un gemido torturado, atrapé sus labios una vez más. Cada beso se añadía al anterior, cada vez que su lengua se enredaba alrededor de la mía, una energía frenética impulsaba nuestras manos, las mías buscaban la misma intención que parecía tener para mí.

—Sí. —Suspiró mientras mis dedos se deslizaban hacia su destino preferido—. Oh, oh, me gusta esta regla.



—Eso es, amor —le dije. Se me cortó la respiración. Tomé su boca de nuevo, más profundo esta vez, y ella inclinó la cabeza.

Arqueó sus caderas en mi palma mientras yo emitía fuertes bocanadas de aire contra sus suaves, suaves labios.

Encontró su liberación justo antes que yo, en la curva de su espalda y la forma en que cerró los ojos, y el absoluto alivio en el suspiro que me permitió saborear de su boca.

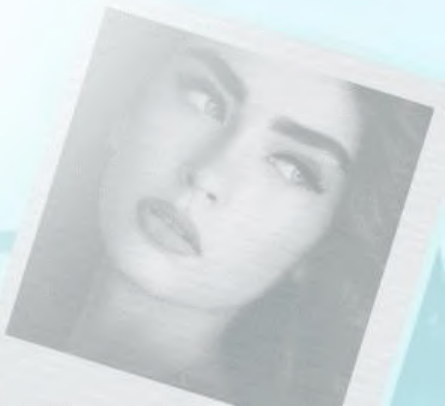
Alivio.

Para mí, Lia se sentía como un dulce alivio.

En el momento en que gemí en su cuello y caí como un gran peso sobre ella, me sentí como si estuviera en la preparatoria otra vez. Nuestra ropa apenas estaba desabrochada, pero la satisfacción que se extendía como caramelo caliente por mis venas era absolutamente brillante.

Durante tanto tiempo, el olvido de las mujeres sin nombre, la persecución de otro objetivo, otro punto de referencia que solo significaba algo para mí, no aliviaron la inquietud que me arañaba el interior de la caja torácica.

Pero ahora, aquí, había paz, y descubrí que no quería saltarme un momento de esto.



15

Lia

Dos semanas después

Molly: *¿Puedes decirle a tu pequeña fresa que soy la tía favorita? Siento que los mensajes subliminales son importantes en este momento, y no me gusta la ventaja que Claire recibirá por lo de ser gemelas.*

Yo: *En este momento es una fresa. Buena investigación.*

Yo: *¿Qué hay de Isabel?*

Molly: *Isabel no es una amenaza porque tengo una naturaleza MUCHO más maternal que ella. Ella será como... la tía genial y aterradora. No es la tía favorita. Es una categoría completamente diferente.*

Molly: *ADEMÁS, Isabel te visitará en unas semanas. Llegará a plantar sus propios mensajes subliminales antes de que yo tenga la oportunidad.*

Molly: *NECESITO TU AYUDA EN ESTO, ¿OKEY?*

Yo: *Me pondré en eso después de reunirme con Atwood. Estoy a punto de escucharla destripar mi primer borrador.*

Yo: *¿Estás en casa ahora? ¿No acabas de filmar algo en... Georgia? ¿Algún lugar al sur?*

Molly: *Tennessee. Hicimos una pieza sobre los Titanes. Si Noah fuera transferido ahí, no estaría triste de vivir en Nashville. NO LE DIGAS A LOGAN QUE DIJE ESO.*

Molly: *Probablemente estaría más desconsolado por perder a Noah en los Wolves que porque yo me mude.*

Lia: *Oh, por favor Él no lo haría.*

Molly: *Lo sé Pero él sabe que es una realidad que quizás tengamos que enfrentar algún día. Los contratos expiran. Los atletas cambian de equipo.*

Molly: *¡¡Buena suerte en tu reunión!!*

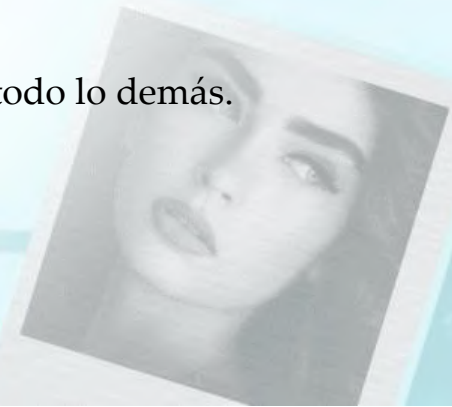
Me picaban los dedos por preguntarle a Molly sobre salir con un atleta. Sí, crecimos con Logan, y sí, conocía todos los entresijos de su vida, pero era mi hermano. Ahora me encontraba en una posición completamente diferente. La mayoría de las noches estaba en Oxford en mi lindo apartamento y mi linda camita, trabajando en mi investigación en varios lugares de la ciudad. Como había aprendido, los límites de la ciudad albergaban diez bibliotecas diferentes, y cada una tenía un estado de ánimo distinto, pero la antigua biblioteca de Oxford Union era mi favorita. Algo acerca de los techos curvos revestidos con vigas, las ventanas con forma de flor que permitían que la luz entrara a raudales y los murales prerrafaelitas que adornaban las paredes, siempre me sentí un poco más conectada con mi material. Menos distraída por... bueno, por toda mi existencia.

Incluso la pequeña fresa parecía más bien portada cuando yo estaba en ese edificio.

Cuando estaba acurrucada en la silla de cuero verde que reclamé como mía, de alguna manera me las arreglé para no pensar en la pequeña fruta en constante cambio con sus hitos y nuevas partes del cuerpo que lentamente tomaban forma.

Me las arreglé para no pensar en Jude y en cómo de alguna manera habíamos caído en una relación sin etiqueta, el subproducto de las reglas arbitrarias que decidimos que eran aceptables. La química tenía el control de esa decisión en particular, considerando que era difícil para nosotros quitarnos las manos de encima cuando estábamos solos. No nos habíamos vuelto a acostar, no desde la primera noche, pero todo lo demás que habíamos hecho parecía convertir eso en un maldito tecnicismo en este punto.

Pero aún no estaba segura de cómo equilibrarlo entre todo lo demás.



O si debería intentarlo. Era completamente posible que estuviera haciendo un problema en este momento para tratar de obligar a Jude a poner una definición de lo que estábamos haciendo, o lo que no éramos.

Cuando me acerqué a la oficina de Atwood, pensé en Charlotte Brontë, como solía hacer. *Lo convencional no es moralidad*, escribió en *Jane Eyre*, y me pareció una cita especialmente apropiada para mi situación con Jude.

¿Era convencional? Al infierno que no.

Muy poco al respecto se hizo "normalmente". Pero ¿qué era normal de todos modos? Mi cerebro comenzó a dar vueltas en torno a esa pregunta, y me encontré deteniéndome frente a la puerta de Atwood el tiempo suficiente para que ella finalmente asomara la cabeza.

—¿Vas a entrar? ¿O nos encontraremos en el pasillo ahora?

Parpadeé.

—Lo siento. Mi cerebro está todo... —Agité una mano alrededor de mi cabeza.

Ella sonrió.

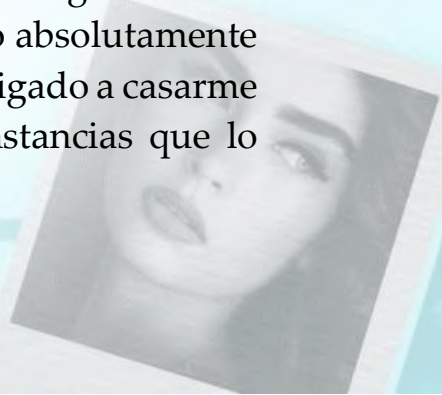
—Estaba un poco confundida en las primeras partes de mis dos embarazos, así que puedo relacionarme con eso... —Hizo algunos gestos con la mano por su cuenta—. Una noche, me encontré bastante sedienta, y cuando comencé a verter agua de nuestra jarra, me di cuenta demasiado tarde, eso sí, que la estaba vertiendo en un plato, en lugar de en un vaso.

Me reí.

—¿En qué estabas pensando? —me preguntó—. ¿Algo de lo que quieras hablar?

Hundiéndome en la silla frente a su escritorio, dejé que el hilo de ese pensamiento creciera por un momento antes de responder.

—Estaba pensando en lo que dijo Charlotte sobre la convencionalidad. Cómo cambia la definición de normal o correcto con cada generación. Mírame, por ejemplo. En su tiempo, me habría arruinado absolutamente si me hubiera encontrado en esta posición. Me habrían obligado a casarme con el hombre que me arruinó, sin importar las circunstancias que lo



llevaron a eso, y si no me hubiera casado con él, yo, y por extensión, mi familia, nos habríamos arruinado en la sociedad educada. No me habrían ofrecido opciones.

—Cierto. —Atwood suspiró, con una suave sonrisa en su rostro—. ¿Y qué te hizo pensar en eso?

Me encogí de hombros.

—Todo, supongo. Incluso ahora, la gente diría que la forma en que estamos haciendo las cosas, el papá y yo, no es convencional. Lo equipararían con *correcto* o *incorrecto.* Del mismo modo, ¿cuántas personas pensaron que las hermanas Brontë estaban equivocadas al escribir sus libros? Tuvieron que publicarlos bajo seudónimos masculinos para siquiera tener la oportunidad de ganar dinero con lo que hicieron. La sociedad las juzgaría, las definiría y las colocaría en una categoría establecida porque sus elecciones desafiaron las convencionales.

—¿Y te preocupa que la gente te defina por tus elecciones?

—No. —Me moví en la silla—. O no creo que sea eso lo que estoy haciendo. No usamos nuestras elecciones como una letra escarlata. La gente solo conoce mis elecciones si elijo compartirlas.

Tarareó. Frente a ella estaba la misma taza de té azul marino en la que siempre bebía, y se detuvo para tomar un sorbo.

—Eso es bastante cierto.

—No necesitamos hablar de eso. —Mis dedos, fuertemente entrelazados en mi regazo, cubrieron la pequeña protuberancia debajo de mi suéter negro, y vi sus ojos vagando ahí—. En realidad. Yo solo... hago eso a veces. Cada vez que no sé exactamente lo que estoy haciendo, o lo que debería estar haciendo, pienso en ellas. En las hermanas, y qué pocas opciones tenían, simplemente por el momento en que nacieron, ¿sabes?

Mientras hablaba, luché contra un sentimiento de estar a la defensiva cuando nadie había llamado a una discusión sobre mis opciones. La profesora Atwood se quitó los lentes y los colocó sobre la superficie de su escritorio.

—Lia, sé que tenemos que discutir tu primer borrador, y lo haremos, pero por un momento, ¿permitirías que una anciana te dé un consejo?

Le di una mirada. No tenía ni un día más de cuarenta y cinco. Vieja, mi trasero.

—No eres vieja, pero sí.

Ella sonrió.

—Es natural en este campo fijarse fuertemente en el pasado. Nos pagan para hacerlo, ¿no?

Lentamente, asentí, no del todo segura de a dónde iba con esto.

—Sé que todavía estás averiguando qué te gustaría hacer con tu título una vez que termines, pero no importa lo que decidas, te haría una advertencia. —Giró el borde de su taza de té y la alineó con el borde de su escritorio, y cuando el ángulo fue el correcto, me vio—. Ten cuidado de no anclar tus pensamientos tan firmemente en el pasado que te resulte difícil lidiar con tu futuro, especialmente si parte de ese futuro no está claro.

—Eso no es lo que estoy haciendo. —Pero mis dedos se apretaron sobre mi vientre, y mi pecho se sintió un poco apretado ante la gentil pronunciación de sus palabras—. ¿No es una buena señal que pienso en ellas a menudo? ¿Que estoy constantemente tratando de correlacionar nuestros dilemas sociales con lo que ellas pasaron?

—Por supuesto que es bueno.

—Entonces, ¿por qué siento que me estás regañando? —Oh, Dios, ¿mis ojos se estaban poniendo borrosos? ¿Estaba llorando en su oficina?

—Lia —dijo suavemente—, no te estoy regañando, pero veo en ti algo con lo que solía luchar conmigo misma, y no quiero que solo plantes tus pensamientos en el pasado cuando deberías poder mirar directamente a tu futuro.

Mi futuro. Mi futuro era un signo de interrogación nebuloso gigante.

Y había tiempo para alejar esas nubes.

Me puse de pie y vi el arrepentimiento en sus ojos.

—Me tengo que ir —le dije.

—Todavía tenemos que hablar sobre tu borrador. —Levantó la barbilla—. Me disculpo si me excedí.

—Yo, eh, puedo enviarte un correo electrónico sobre tus observaciones la próxima semana. —Deslicé las correas de mi mochila sobre mis hombros—. Además, tengo una cita médica en Londres.

En tres horas, pero no necesitaba saber eso.

Ella levantó las cejas.

—¿Vas a ir a Londres por eso? ¿No pudieron llevarte a un médico aquí?

Atwood todavía no tenía idea de quién era el papá, y explicarle que le pagó al maldito médico más elegante del universo para que me metiera una varita cubierta de gel en mi hoo-hah no sonaba como un momento divertido, dado lo que acababa de decirme.

—Sí, es una larga historia. —Metí el cabello detrás de la oreja—. Gracias por tu consejo.

Ella sonrió suavemente.

—Espero que tu cita vaya bien.

Ella sabía, probablemente tan bien como yo, que ambas estábamos siendo falsas con nuestras educadas despedidas. No me sentía tan agradecida por lo que dijo. Me sentí atacada. Me sentí... vulnerable.

El viaje en metro a Londres se sintió demasiado largo.

Y se sintió demasiado corto.

Jude se reuniría conmigo en el consultorio del médico para esta cita porque íbamos a tratar de escuchar los latidos del corazón y, por alguna razón, era la primera vez en mucho tiempo que no sabía si quería verlo.

Si me fijaba en el pasado para evitar mi propio futuro, ¿no estaría haciendo lo mismo con mi propio pasado? Tenía una larga lista de artículos para elegir, si ese fuera el caso.

-Papá muriendo cuando yo era joven: listo.

-Mamá huyendo cuando ya no era tan súper divertido ser mamá: listo.

-Mi hermano convirtiéndose en papá, lo que generó un árbol genealógico muy confuso cuando teníamos tareas escolares: listo.

Pero ninguna de esas eran ni remotamente cosas en las que quisiera obsesionarme. Porque estaban hechas. Terminadas. Nada sobre ellas podría ser cambiada.

Me bajé, sin preocuparme por el hueco y todo ese rollo, y dejé que el flujo y reflujo de la multitud que salía de la estación me guiara hasta la calle. Los árboles estaban desprovistos de hojas a estas alturas del otoño, y se sentía apropiadamente estéril.

No había un paisaje hermoso y exuberante que me distrajera de lo que dijo Atwood, e incluso la grandeza de los edificios no atrajo mi atención adecuadamente.

Siempre buscando una distracción.

El pensamiento me detuvo en seco, a solo una cuadra del doctor.

¿Jude y yo éramos culpables de lo que ella dijo?

Froté mi vientre, preguntándome si la pequeña fresa podría sentir mi inquietud.

—Lo siento, pequeña fruta —murmuré—. Trataré de frenar la angustia mental.

Doblando la esquina, vi la figura alta de Jude contra una de las columnas coloniales blancas que apuntalaban la ornamentada entrada al consultorio. Llevaba un gorro de punto negro y unos lentes de aviador que le cubrían la mitad del rostro. Todo lo que era visible era su barba oscura a lo largo de su mandíbula y la línea severa de su boca.

Tal vez lo que estábamos haciendo era una distracción y nada más, esta negativa a abordar lo que nos esperaba, pero cuando levantó la vista y me vio, no pude evitar la forma en que reaccioné a esa curva lenta y sensual de su boca.

Sabía de lo que era capaz esa boca.

—Hola —murmuró, deslizando una mano sobre mi cadera cuando me acerqué. Con toda naturalidad, mis manos se deslizaron por los planos

duros como el mármol de su pecho y levanté la barbilla, y él captó la indirecta, como el chico inteligente que era, me dio un suave beso pero no lo profundizó.

—¿Te fue bien en tu reunión con tu asesora?

Un zumbido se disparó en mi cabeza, como si un concursante de un programa de juegos hubiera presionado el botón equivocado.

No es el tema que quería tocar.

—Bien —le dije—. Llegaste temprano.

Él sonrió.

—Quería examinar el edificio y ver si estabas exagerando sobre lo elegante que era.

Levantando una ceja, pellizqué su pezón, sonriendo con satisfacción cuando gritó.

—Y no lo hiciste —terminó.

Lo que pensé en decir a continuación no fue lo que salió de mi boca. Lo que pensé en decir fue, Por supuesto, no estaba exagerando, pero lo que salió de mi boca fue:

—¿Ya les contaste a tus papás sobre el bebé?

Jude se congeló. Demonios, yo también.

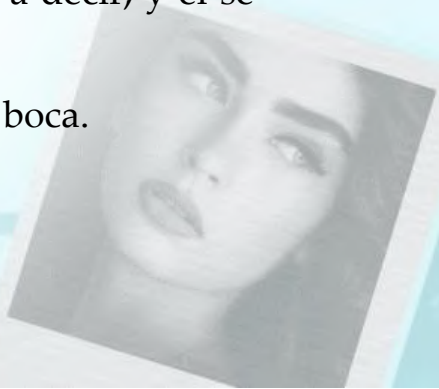
Tal vez el consejo de Atwood me hizo sentir tan incómoda porque tenía razón. Era un pensamiento en el que no quería detenerme demasiado.

Jude cambió suavemente nuestras posiciones, de modo que mi espalda estaba contra la columna, su brazo me encerraba, como una barrera efectiva de cualquier mirada indiscreta en la calle tranquila y arbolada.

—Todavía no —admitió. Su mano se deslizó debajo de la parte de atrás de mi camisa y trazó las curvas en mi columna—. Pronto.

Abrí la boca, esta vez ni siquiera segura de lo que iba a decir, y él se inclinó, chupando mi labio inferior en su boca.

—¿C-cómo estuvo el trabajo? —pregunté, apartando la boca.



Besó mi cuello.

—Casi no quiero hablar de trabajo cuando podría estar haciendo esto.

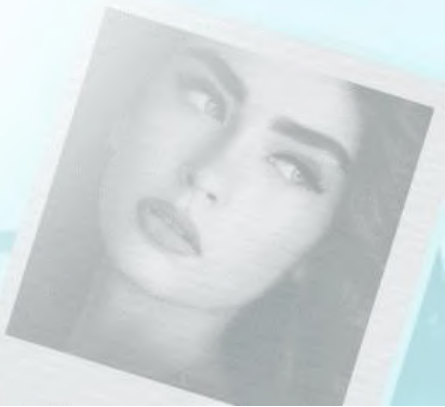
Mis dedos se cerraron en la tela de su camisa, e incluso cuando reconocí lo que estaba haciendo, sirviendo una deliciosa distracción, no pude encontrar la fuerza para resistirlo.

No convencional.

Tal vez ni siquiera sea prudente.

Pero incliné la cabeza y lo jalé más cerca, ganándome un gruñido de satisfacción cuando mi lengua se deslizó húmedamente contra la suya. Una de sus palmas se abrió ampliamente sobre mi estómago y sentí un cálido resplandor en algún lugar cercano a mi corazón.

Prudente, convencional, cualquiera que sea la palabra que alguien más pueda sugerir... decidí que todas estaban sobrevaloradas, y me perdí en su beso.



16

Jude

Para cuando regresamos a mi casa y Lia se había acurrucado en su rincón favorito de mi sofá, de alguna manera había dejado de escuchar ese pequeño sonido *de whomp-whomp-whomp* en mi cabeza.

Más o menos.

Recorrí la pantalla de mi teléfono.

—¿Sabías que el latido promedio del corazón es de hasta ciento sesenta latidos por minuto?

Lia me vio, con una sonrisa desconcertada en su rostro.

—No lo sabía.

—El de él era rápido.

Whop, whop, whop. Como un caballo que galopa sobre tierra dura.

Ahora la sonrisa se extendió por su rostro.

—¿Él? Pensé que era mi trabajo tener una idea del sexo.

—Eso es terriblemente sexista de tu parte. —Levanté la pantalla de mi teléfono y traté de fingir que no estaba un poco avergonzado de haber sido el primero en admitir de qué género pensaba que era el bebé—. Sir Google dice que el promedio de los latidos del corazón de los niños es un poco más alto, así que puedes cerrar el pico.

Ella se rio.

—Hay tantas chicas en mi familia, es raro imaginar tener un chico.

Raro no era el adjetivo que hubiera usado.

Tenía todo dispuesto en mi cabeza como un mapa de carreteras, todas las formas en que sería capaz de hacer lo correcto por él cuando mis papás no lo habían hecho bien por mí, y tal vez todos hacían eso hasta cierto punto cuando se enfrentaron a la paternidad inminente. Los errores de nuestras propias familias se sentían como faros parpadeantes, brillantes y desagradables, y no solo obvios, sino fáciles de evitar.

Mis papás, de estirpe sencilla y trabajadora, no podían imaginar otra cosa que la vida en la que ambos se habían criado. Mi papá era agricultor porque su papá había sido agricultor. Clavó sus manos en la tierra, día tras día, porque era lo que hacían los hombres de McAllister.

Hasta mí.

Y Lewis.

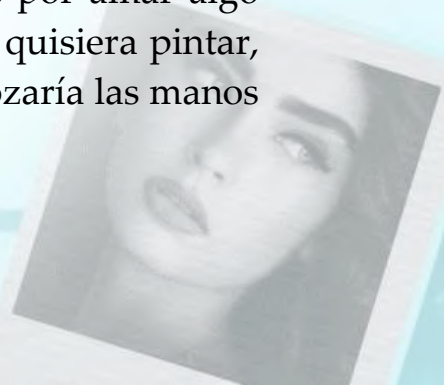
Aunque aceptaron la vida que él llevaba porque mi hermano todavía trabajaba hasta los huesos en su pub. Limpiaba los mostradores sucios y limpiaba las mesas, si era necesario. Servía bebidas y se quedaba hasta la mitad de la noche si era necesario. Para ellos, no era cultivar la tierra para nuestra comida, sino que era honorable porque era servicio, pero para ellos, yo no era más que un poni de exhibición que podía patear una pelota hacia un objetivo muy grande y muy fácil de encontrar. Mi éxito, en su mente, estaba enraizado en la vanidad y el exceso, una falla de su parte que yo no estuviera más feliz con la vida que me habían criado.

Para ellos, no servía a nadie excepto a mí mismo. No importa que todo el mundo entendiera los efectos unificadores del deporte, y la pasión, la alegría y la camaradería de animar al mismo equipo. El mundo entero excepto mi maldita familia, al parecer.

Para ellos era frívolo esto que amaba y a lo que había dedicado mi vida.

Mi hijo, o hija, nunca se sentiría así.

Cualquiera que sea la pasión con la que naciera, cualquier cosa que lo encienda por dentro, movería el cielo y el infierno para ayudarlo a convertir eso en una vida. Nunca lo haría sentir menos por amar algo diferente a lo que yo amaba, lo contrario en realidad. Si quisiera pintar, dibujar, escribir, hacer piruetas o diseñar ropa, me destrozaría las manos



hasta dejarme sangre y huesos si pudiera crear un lugar en el mundo para que hiciera lo que amaba.

Y podía sentir que se acumulaba dentro de mí con el fuego de un fanático mientras veía a Lia cambiar de canal en la televisión de mi casa.

Todo lo demás podría estar saliendo mal en mi vida, desviándose en direcciones que parecían torcidas y peligrosamente endebles, excepto ella.

—Una chica también está bien para mí —murmuré, deslizando una mano por su pierna, donde cubría mi regazo.

Lia puso los ojos en blanco.

—Eso espero.

—Aunque era rápido, ¿no? —pregunté—. El latido del corazón.

Era gracioso, si ponía mi mano sobre mi pecho, tenía la extraña sensación de que lo sentiría latiendo al mismo ritmo. *Whop, whop, whop.*

Ella tarareó, moviendo su propia mano sobre su estómago. Cuando el médico hizo rodar la varita sobre él mientras Lia yacía sobre la mesa, apenas era detectable.

—Fue increíble. —La elegante longitud de sus dedos se extendió ampliamente sobre su estómago, y ella sonrió suavemente—. Ojalá pudiera sentirlo.

No había duda en mi mente de que sería una mamá maravillosa. Si me presionan, es posible que ni siquiera sea capaz de articular por qué, o no bien, al menos.

Habíamos hablado tan poco ella y yo, y las cosas de las que parecía querer hablar eran los temas que yo quería evitar como una patada en las pelotas. Era instinto, supuse. De la misma manera que podría pararme frente a un portero para un tiro penal y saber en mi interior que iría a la izquierda, así que debería patear a la derecha. Sabía que sería el mejor tipo de mamá. Feroz, intrépida e inteligente.

En el regazo de Lia estaba su cuaderno y una copia desgastada de *Jane Eyre* que siempre estaba en su bolso.

—¿Cómo estuvo tu reunión?

Ella suspiró, moviendo el cuaderno y la novela a un lado para poder esconderse más en el sofá.

—Yo medio... discutí con ella, o ella discutió conmigo. Ni siquiera lo sé.

Incliné la cabeza.

—¿Qué pasa?

Los ojos de Lia, de ese profundo azul medianoche, me golpearon como un puñetazo en el pecho cuando me vio. Me había mirado de muchas maneras, con lujuria, miedo y enojo, pero esto era algo diferente. Había una vacilación que no pude distinguir.

Mi mano apretó su pierna.

—¿Qué pasa?

—Ella dijo algo, y eso me hizo sentir un poco a la defensiva, supongo.

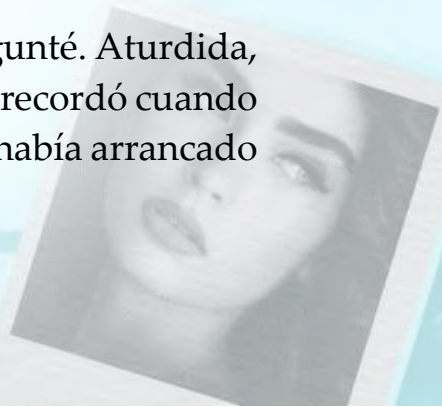
Suavemente, toqué su pierna, por lo que la estiró. Tomando su pie en la mano, clavé mis pulgares en el arco y escuché su gemido, un sonido indecente que no debería haber sido tan sexy, considerando que estaba frotando sus pies, pero lo era.

—¿Fue por tu trabajo? ¿Pensé que estabas feliz con tu primer borrador? —Durante diez días, se sumergió en su computadora, trabajando en... algo importante. El mundo académico no era mi zona de confort, pero todavía estaba tratando de entender qué era lo que hacía, lo que ella quería hacer.

—No, no fue mi trabajo. Todavía lo está revisando, creo. —Su espalda se arqueó cuando cavé en un lugar en su pie—. Oh, mierda, eso se siente increíble.

A la edad de Lia, acababa de tomar por asalto la primera división, un año después de mi transferencia del equipo alemán donde comencé, pero tal vez para ella, ese trabajo era el mismo tipo de emoción que levantar una copa sobre mi cabeza fue para mí.

—¿Qué vas a hacer con ese título tan elegante? —le pregunté. Aturdida, levantó la cabeza y ahogué una risa ante su expresión. Me recordó cuando mi cabeza estaba apretada entre sus muslos y ella casi me había arrancado



el cabello de la cabeza cuando llegó a un grito de liberación un par de días antes—. Cuando termines, quiero decir. ¿Tomar el mundo Brontë por asalto, por así decirlo?

—Si quieres que responda—siseó en un suspiro cuando me moví hacia el otro pie—, tienes que dejar de hacer eso. —Levanté mis manos y ella exhaló con fuerza—. No lo sé, de hecho.

Mis cejas se levantaron.

—¿Eso significa...?

—Es decir —dijo arrastrando las palabras—, todavía no sé qué quiero hacer con mi título.

—¿No estás cerca de graduarte?

—Sí.

—De tu maestría.

Se golpeó la nariz con un dedo.

—Lo tienes.

La mirada que le di fue de incredulidad.

—¿Cómo es que *no* lo sabes?

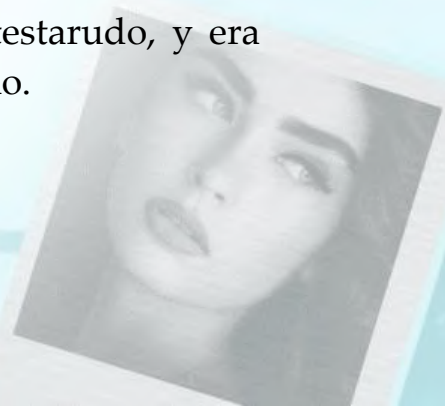
—Okey, juez, muchas personas en este mundo continúan y obtienen su doctorado mientras deciden si quieren escribir, investigar o enseñar. No es tan raro. —Se incorporó y cruzó los brazos sobre ese maravilloso pecho suyo—. No creo que haya nada de malo en no saber.

Tal vez no esté mal, pero traté de borrar la mirada de total y completa falta de comprensión de mi rostro. ¿Cómo uno no sabía? Ella había dedicado años de su vida en la universidad a estudiar este tema.

Elegí mis palabras con cuidado: por lo de mujer embarazada y todo.

—Ciertamente parece que tienes muchas opciones.

—Sí. —Su barbilla estaba apuntando en un ángulo testarudo, y era sorprendentemente sexy, al igual que el desafío en su tono.



—Y una vez que decidas cuál, serás increíble. Probar que tenías razón al querer lo que quieres.

Las cejas de Lia bajaron sobre esos ojos suyos con clara confusión.

—¿Probar a quién?

Me encogí de hombros.

—A todos.

Ella tarareó.

—¿Qué?

—Nada —me respondió a la ligera.

—Tonterías. Eso no es un tono de nada, no trates de leer nada en eso. —Toda mi carrera se basó en probar un punto. Todos los días que me presenté para trabajar duro, fue para probar un punto. Cada vez que anoté, cada vez que dejaba un pedazo de mí en el campo, era la prueba de un punto—. ¿Vendrás a mi partido el sábado? —le pregunté.

Ella sonrió.

—Por supuesto. ¿Viene tu familia a este? Me encantaría conocerlos.

Hacer coincidir su sonrisa con la mía era difícil, pero lo intenté.

—Llamaré y preguntaré. Es difícil para ellos dejar la granja.

Lia se incorporó y pasó la pierna por encima de mi regazo hasta que se colocó bien encima de mí. Mis manos se deslizaron por su espalda mientras sus dedos jugaban con las puntas de mi cabello.

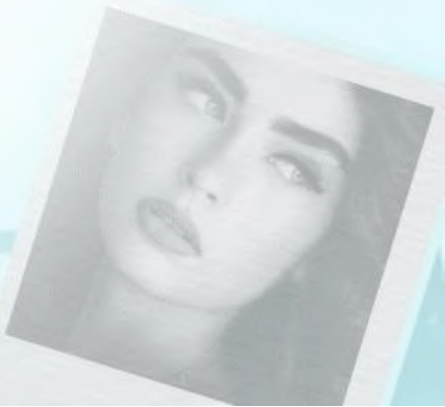
—Pero es un juego importante, ¿verdad?

—Mucho. —Agregar tres puntos ahora, con la forma en que el resto de la mesa estaba temblando, sería un maldito alivio.

—Aunque el Chelsea es bueno, ¿verdad? —Ella me vio debajo de sus pestañas.

Sonreí.

—Alguien ha estado haciendo su tarea.



—Un poco, pero con su mejor delantero lesionado, ¿no tienes más posibilidades de vencerlos?

Con un gemido, la acerqué más.

—Sigue hablando, podría excitarme escuchándote así.

Lía se rio.

—Solo quiero decir, ¿a tus papás no les gustaría estar en un gran juego?

Y eso lo mató.

Mantuve mi rostro parejo.

—Depende de lo que se necesite hacer en esta época del año en la granja. Noviembre generalmente significa rotar los cultivos para pastoreo, desparasitación, ese tipo de cosas.

Ella tarareó.

—¿Y tuviste que hacer eso mientras crecías?

—Desafortunadamente.

—Me gusta la idea del granjero Jude.

A mí no, lo odiaba, por eso me fui, pero aun así, me encontré sonriendo ante la expresión de su rostro.

—¿Ah, sí?

Ella asintió, agachando la cabeza para besar cada lado de mis labios. ¿Cómo sonaban los latidos de mi corazón cuando ella hacía eso? ¿Estaba corriendo y silbando y llenando la habitación con el tamborileo indistinto?

Giré la cabeza para chupar sus labios, pero ella se apartó.

—¿Vamos a jugar ahora, amor?

—Tal vez —murmuró—. Sigo pensando en ti arrojándome sobre un fardo de heno y haciendo lo que quieres conmigo.

—Oh, por favor, podemos hacerlo mejor que eso. —Levanté la mano y agarré su barbilla para que no pudiera evadirme. Con el borde de mi pulgar, presioné el centro de su deliciosa boca, siseando cuando ella lo succionó entre sus labios—. Ese tipo de humor, ¿eh?

Ella sonrió -malvadamente, de hecho-, y mi pulgar cayó. Debajo de ella, mi cuerpo estaba adolorido y tenso, pesado por desearla.

—Creo que es mi turno en el asiento del conductor. —Se quitó la camisa por la cabeza, y sus manos se hundieron hasta el botón de mis pantalones cuando cayó al suelo.

Me levanté y tomé su boca en un profundo beso, mis manos agarraron la curva de sus caderas mientras ella se retorcía encima de mí, persiguiendo el borde afilado del alivio de esa manera.

—Eso, chica —dije contra sus labios cuando sus movimientos se aceleraron, y su rostro se sonrojó bastante—. Muéstrame lo que te hace sentir bien.

Deslizando mi mano entre nosotros, apenas tuve que hacer mucho, y Lia gritó, con el pecho agitado, y su cuerpo estremeciéndose de una manera que me hizo desearla peligrosamente. Nunca había deseado a una mujer por tanto tiempo como para estar dispuesto a seguir el camino de cómo podíamos hacernos sentir el uno al otro durante un largo período. Las posibles complicaciones nunca habían valido la pena.

Pero cuando tomé la parte de atrás de su cabeza y la incliné en el ángulo perfecto para un beso ardiente y escrutador, algo que de nuevo hizo que mi corazón latiera peligrosamente, supe que sería ella quien me haría querer arriesgarme. Arriesgar cualquier cosa.

Lia se apartó, con las pupilas dilatadas y los labios rojos por nuestros besos.

—Tu turno.

—¿Lo es?

Se deslizó hacia abajo hasta que estuvo de rodillas frente a mí. Mis dedos se deslizaron entre la seda de su cabello. Esta mujer, inteligente y sexy, no me necesitaba para demostrarle mi valía, ella simplemente quería.

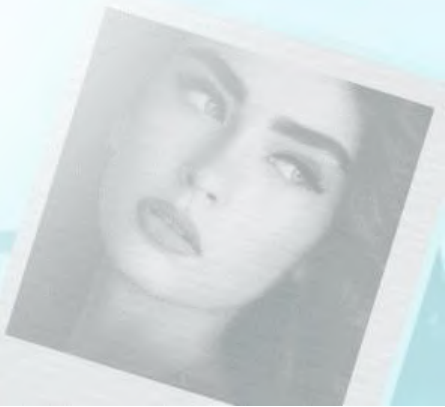
Nada de esto era vacío o transaccional. Por primera vez en mi vida, se sintió significativo. Casi la levanto del suelo porque quería estar con ella

en esto, pero ese pensamiento fue fugaz, borrado por la sensación de su boca y la fría fuerza de sus dedos.

Recosté mi cabeza en el sofá y cerré los ojos, apretando mi agarre en su cabello mientras me ayudaba a perseguir la misma sensación que acababa de tener.

Indefenso y abierto fue como me sentí cuando finalmente grité su nombre en el silencio de la habitación, y mis manos temblaron cuando la jalé de vuelta a mi regazo.

De repente, demostrar mi valía a cualquiera menos a Lia se sintió como una tontería.



17

Lia

Para mi segundo partido, estaba mucho más preparada. Esta vez, tenía una sudadera de los Shepperton Shorthorns sobre mis leggins térmicos, la camiseta de Jude debajo como segunda capa, un poncho en mi bolso pequeño en caso de que lloviera, un gorro de invierno a rayas azules y blancas adornado con Shepperton FC a lo largo del borde doblado con un puf azul gigante que sobresalía de la parte superior, y en mi mejilla estaba un pequeño y adorable tatuaje temporal que encontré en una tienda en la calle del estadio, con el logo con cuernos en azul brillante y blanco.

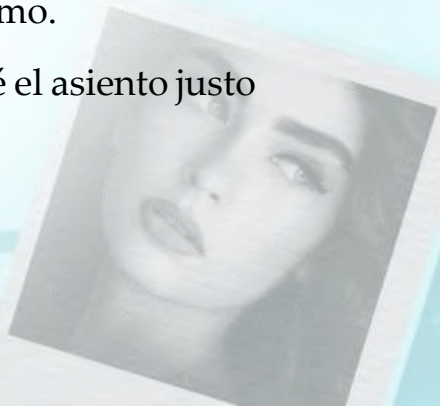
Caminé hacia mi asiento, la energía en el edificio era como la mejor inyección de electricidad pura y sin restricciones. Nada era como la emoción de un evento deportivo en vivo. Lo prefería sobre cualquier concierto, cualquier obra de teatro, cualquier espectáculo en todo el mundo.

Un pequeño bloque de asientos vacíos estaba ubicado alrededor del que sabía que era el mío, pero en el momento en que vi al hombre alto con una camisa azul sólida, supe de inmediato que era Lewis. Tenía el mismo cabello oscuro, la misma nariz recta, los mismos hombros anchos, pero mientras la complexión de Jude era musculosa, Lewis era fornido, el tipo de persona que parecía dar los mejores abrazos.

Me deslicé por el pasillo, sonriendo a los cuatro ancianos que se pusieron de pie para dejarme pasar.

Lewis vio en mi dirección y se movió para hacer lo mismo.

—No te preocupes —le dije—, estoy justo aquí. —Señalé el asiento justo a su derecha.



Su rostro se levantó en estado de shock.

—Oh, correcto, entonces.

Extendí mi mano.

—Lia. Asumo que Jude no te dijo que me uniría a tu familia hoy.

Con una sonrisa arrepentida, le dio a mi mano una sacudida enérgica y fuerte.

—No, pero no me sorprende. Mi hermano apenas es comunicativo sobre los detalles de su vida personal.

Debido a que lo dijo con un tono cálido y un amor evidente en sus ojos, no sentí una oleada defensiva por el hombre que no estaba aquí para defenderse.

—¿Vienen tus papás?

La sonrisa de Lewis se desvaneció ligeramente en los bordes.

—Espero que no.

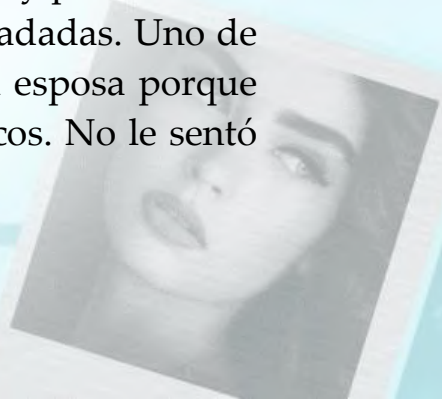
La canción estalló a nuestro alrededor, y saqué mi teléfono para tomar un video, Lewis me observó con una curiosidad manifiesta. Una vez que dejé de grabar, le envié un mensaje de texto a Molly, sabiendo que le encantaría.

Cada jugador estrella tenía una pequeña canción, y los fanáticos, en masa, sabían cuándo comenzar a cantarlas. Jude también tenía una, pero no pude recordar las palabras una vez que terminó el partido.

—Nuestros fanáticos en Estados Unidos no hacen cosas así —grité sobre el estruendo, enganchando mi pulgar sobre mi hombro—. ¡Creo que es genial!

Él asintió.

—Es diferente aquí. El fútbol trasciende el deporte, si eso tiene sentido. —Lewis se inclinó porque apenas podía oírlo—. Para bien y para mal, de hecho. Algunas de las canciones son sangrientas y despiadadas. Uno de los jugadores de otro equipo tiene una canción sobre su esposa porque ella comenzó un drama contando historias a los periódicos. No le sentó bien a los fans.



—¡No puede ser! —Me reí—. Eso es salvaje.

Traté de imaginar que eso le hubiera pasado a Logan porque Paige era famosa por derecho propio como modelo cuando se casaron. Él habría perdido la cabeza si los fanáticos hubieran creado una canción sobre ella.

—Jude me habló un poco de ti justo después de conocerte —admitió Lewis, una vez que la estridente canción llegó a su fin—. Pero no sabía que todavía estaban... viéndose.

Dada la atmósfera jovial, y la felicidad eléctrica que me dio el estado de ánimo del estadio, traté muy, muy duro de no dejar que eso me molestara. Estaba embarazada de doce semanas de su hijo y su hermano no sabía nada de mí. Obligada a hacer una pausa en nuestra conversación debido a que una familia de fanáticos de Shepperton pasó frente a nosotros, me tomé un momento para exhalar mi decepción en unas cuantas bocanadas de aire.

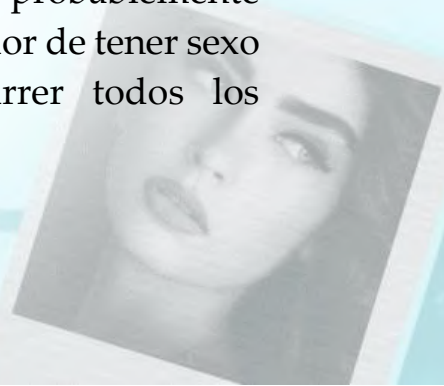
Estaba bien.

Había mantenido a Jude más que un poco ocupado las últimas semanas, y si era completamente honesta conmigo misma, cada vez que su familia aparecía, cambiaba de tema. Él me distraía, y la última vez que los mencioné, fui yo quien se subió a su regazo y lo montó como un jinete monta un caballo de carreras.

Una mueca cruzó mi rostro antes de que pudiera detenerla.

Pensé en lo que me dijo Atwood, en mi tendencia a centrarme en el pasado para evitar un futuro desconocido. Pensé en cómo reaccionó Jude ante mi falta de claridad sobre lo que quería hacer con mi título una vez que terminara, y pensé en la facilidad con la que él y yo caímos en la química palpable entre nosotros para evitar la realidad de nuestras situaciones separadas.

Demonios, mi reacción a mi reunión con Atwood me dejó sintiéndome tan inquieta que puse mi trasero embarazado de rodillas frente a él. De hecho, si él hubiera empujado la puerta para abrirla, probablemente habría cruzado esa barrera invisible que teníamos alrededor de tener sexo de nuevo. De buena gana le habría permitido barrer todos los



sentimientos incómodos que ella había plantado con esa semilla de pensamiento.

Lewis vio la mirada en mi rostro y traté de borrarla con una sonrisa, pero levantó las manos.

—Lo siento, eso fue grosero, ¿no?

—No, está bien, de verdad. He estado mucho con Jude y nunca lo he visto hablar contigo, así que debería haberlo adivinado.

Volvió a sonreír, pero esta vez, con un borde de incomodidad. Genial. Excelente primera impresión.

Puse una mano en su brazo.

—A veces olvido que no todos son como mi familia. Tengo cuatro hermanas y hablamos constantemente, no te preocupes por eso.

Lewis me estudió de nuevo y me sentí un poco como un animal en una exhibición de zoológico, y *a su izquierda, damas y caballeros, tenemos a la exótica hembra americana.* Los equipos salieron del túnel, los jugadores tomados de la mano con niños de varias edades, cada uno con camisetas a juego con los equipos.

—Okey —le dije a Lewis—. ¿Qué pasa con los niños pequeños?

Él sonrió.

—Lo hacen por algunas razones, pero principalmente, se usa para recaudar dinero. Los papás pueden pagar para que sus hijos salgan al campo con uno de los jugadores, pero también ayuda a fomentar un sentido de... deportividad, supongo. Nadie puede decirle maldiciones o tirarle vasos a los jugadores contrarios cuando salen juntos con inocentes niños británicos, ¿no?

—Oh. Mira, en casa, nunca nos quitaríamos la capacidad de ser despiadados con el equipo visitante, creo que nuestras cabezas implosionarían.

—Muy estadounidense de tu parte —bromeó.

—Estoy bastante segura de que tu hermano me dijo lo mismo la noche que nos conocimos.

Tomó un sorbo lento de su vaso, solo mirándome una vez antes de que pareciera tomar una decisión.

—No eres como nadie con quien he visto pasar el tiempo a Jude.

Tantas preguntas aparecieron en mi cabeza.

Sobre el tipo de mujeres con las que estuvo en el pasado, sobre la cantidad de mujeres y si alguien había cruzado el foso impenetrable que parecía rodear a su familia, y como la mujer segura y confiada que era, no hice ni una sola de esas preguntas.

Simplemente sonreí.

—¿Ah, sí?

Lewis asintió, inclinándose más cerca para que pudiera escucharlo mientras los capitanes de los equipos se daban la mano en el medio del campo.

—No me malinterpretes, mi hermano no ha salido con nadie importante en años, e incluso cuando lo hizo, cuando estaba por primera vez en la liga, era exactamente el tipo de mujer con la que no debería haber estado. Lo adulaban, y simplemente... no ayudó a que mantuviera los pies en el suelo, y a Jude le cuesta hacer cualquier otra cosa en la vida más allá del fútbol, así que la gente así lo empeora.

Groupies. Todos los deportes las tenían. Cada celebridad las enfrentaba en algún momento. Estoy segura de que mi hermano también lo hizo, pero según él y Paige, nunca quiso tener nada que ver con ese estilo de vida. Era una casa de cristal construida al borde de un precipicio inestable.

—Los atletas son personas normales que hacen trabajos anormales. —Le sonreí a Lewis—. Es una de las cosas que mi hermano nos inculcó en la cabeza mientras crecíamos, y cuantas más personas elevan a ese atleta a un estado divino, más lo creen.

—Así es. —Me dio un codazo con el hombro—. Me alegro de que te tenga, Lia Ward.

No pude responder porque la pelota se puso en movimiento, y durante los siguientes noventa minutos (más el tiempo de compensación, que... todavía estaba tratando de entender), gritamos y chillamos y aplaudimos

y nos quedamos de pie mientras Jude y Shepperton FC absolutamente se entregaron al campo. A medida que el reloj avanzaba y Lewis explicaba que el silbato podía sonar en cualquier momento una vez que se detenía, me encontré sin aliento con el ritmo del juego.

No fue aburrido.

Fue hermoso.

La resistencia de los jugadores, la forma en que pasaban con precisión y exactitud despiadada, y la fuerza que podían perfeccionar en sus movimientos, casi lloré cuando Jude le quitó el balón a un jugador del Chelsea y salió disparado hacia el extremo opuesto del campo. Lo pateó frente a él mientras corría, pasó a uno de sus compañeros de equipo a la izquierda, quien manejó el balón con los pies con tanta destreza que casi lo pierdo de vista.

Lo disparó hacia Jude mientras cargaba contra el portero que esperaba, cuyos brazos estaban extendidos en anticipación de lo que podría suceder a continuación.

El pie derecho de Jude retrocedió y atrapó la pelota justo cuando volaba frente a él. Se arqueó, perfecta, hermosa e imposiblemente en la esquina superior de la red, y la multitud estalló.

Lewis me levantó en un abrazo de oso gigante mientras gritábamos, y la viejecita a mi lado envolvió su brazo alrededor de mi cintura mientras hacía lo mismo.

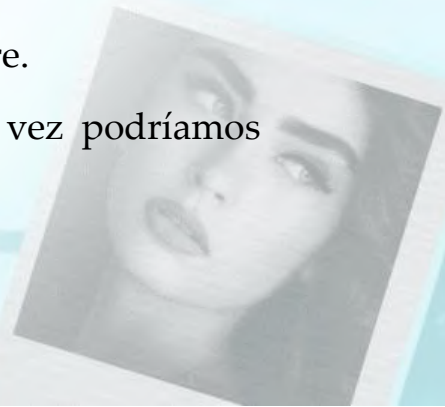
Sonó el silbato, y la emoción de la victoria se sintió como si hubiera consumido drogas o algo así.

Todos mis sentidos se intensificaron, mi piel zumbaba y mi corazón latía con fuerza.

Y por primera vez en todo el partido, vi a Jude mirar en dirección a nuestros asientos. Su cabello era un desastre y su camiseta estaba sucia, pero su sonrisa era cegadora.

Lo saludé frenéticamente y él levantó un puño en el aire.

—¿Quieres ir conmigo a verlo cuando termie? ¿Tal vez podríamos comer algo en tu bar?



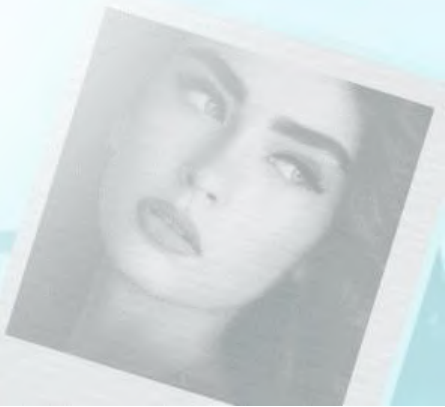
Lewis sonrió, el rostro enrojecido por las celebraciones.

—Si ustedes dos quieren pasar más tarde, me encantaría verlos, pero yo tengo que volver. Felicítalo de mi parte, ¿quieres?

Me dio un breve abrazo y siguió a la multitud afuera del estadio.

Cuando volví a ver a los jugadores en el campo, Jude nos estaba viendo a nosotros, pero su sonrisa no era tan amplia como antes.

Tal vez él y yo nos estábamos engañando a nosotros mismos en nuestra constante búsqueda de distracciones, pero deslicé mi mano sobre mi estómago y prometí que haría lo que pudiera para seguir adelante. No más centrarme en el pasado.



18

Jude

Fue el momento en que le gritó a la tele que tuve mi primer momento de verdadera pausa en lo que respecta Lia Ward.

—Oh, maldito imbécil —bramó, con la mano ensartada en su cabello mientras paseaba por mi sala de estar—. Por supuesto, iban a bombardear. ¡Bloquea! ¡Vamos, tómalo, tómalo, tómalo!

Con una mueca, vi que el mariscal de campo de los Washington Wolves era brutalmente capturado. Lia gimió, hundiéndose en el sofá con una respiración profunda.

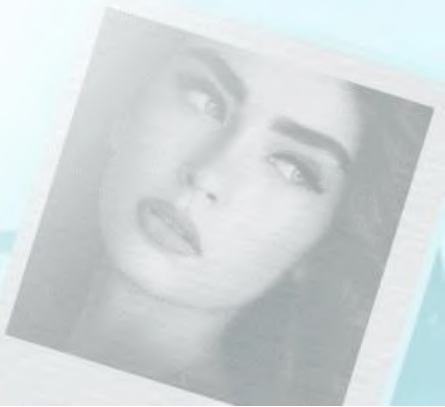
—¿Todo bien? —pregunté con cautela. Normalmente, podría haber deslizado una mano por su espalda para frotarla en círculos relajantes, algo que sabía que le gustaba. Cualquier afecto físico hacía que Lia ronroneara como un maldito gato, de hecho, pero como esta era mi primera experiencia al verla viendo fútbol americano, me sentí un poco asustado. Principalmente porque apartó mi mano de un manotazo la última vez que traté de calmarla.

—No, no estoy bien. —Agitó las manos en el aire en la siguiente jugada—. ¿Qué está *haciendo*? ¿Por qué harías otra jugada de pase? Nos están matando en la línea. —Sacó su teléfono, tecleando frenéticamente un mensaje de texto—. Estúpido. Qué idiota.

—¿Enviándole al entrenador tus sugerencias por mensaje de texto? —bromeé.

—Sí.

Mis cejas se levantaron.



—Estaba bromeando, amor.

Ella me vio.

—Yo también. Es mi hermana Isabel.

—Ah. ¿Ella está de acuerdo con tu análisis del juego?

—Sí, el entrenador en jefe es un idiota. Debería haber sido despedido el año pasado, no sé por qué Allie no ha intervenido.

Mi cabeza se inclinó.

—¿Quién es Allie?

—Paige, la esposa de Logan, es su mejor amiga. Allie es dueña de los Wolves.

—Dios —murmuré—, no tenía idea de que había embarazado a la realeza deportiva.

Lia me golpeó en el estómago y sonreí.

—E Isabel es la que estará de visita en un par de semanas.

Antes de responder, observó con el ceño fruncido cómo la ofensiva de los Wolves no lograba un primer intento.

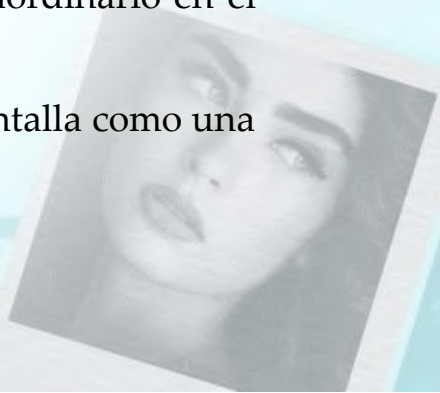
—Sí. Amarás a Isabel, principalmente porque no te sentirás intimidado por ella.

—¿La mayoría de la gente lo está?

—Oh, sí. —Lia se rio—. Ella administra un estudio de boxeo en Seattle, y lo juro, la miras y simplemente sabes... esta chica podría patearme el trasero sin sudar. Es dura, inteligente y divertida. Es la mejor hermana mayor porque siempre sabía que nadie se metería con nosotras cuando Isabel estuviera cerca.

Su familia era tan diferente a la mía. Al escucharla hablar sobre ellos, me sentí un poco como si fuera un voyeur tratando de entender cómo era la dinámica familiar normal a través del grupo tan extraordinario en el que ella había nacido.

—¿Y ella también está viendo en casa, gritando a la pantalla como una maníaca?



—Sí —me respondió de inmediato—. Paige y Claire están en el juego, pero probablemente también estén gritando como maníacas. Es un rasgo familiar.

—Suena así.

—Pero —levantó un dedo—, en realidad le envié un mensaje a Logan durante el juego con ideas.

—No lo hiciste.

—Él me ignora. —Ella entrecerró los ojos mientras pensaba—. Generalmente. Hubo una vez que dijo que vio mi mensaje durante una pausa comercial y ejecutó el esquema defensivo que le sugerí.

—Estás *bromeando.*

Sus ojos se agrandaron.

—Nunca *bromearía* sobre eso. El corredor les estaba pateando el trasero, y Logan necesitaba al apoyador interno para cerrar la brecha.

Eché la cabeza hacia atrás con una buena carcajada. No pude evitarlo.

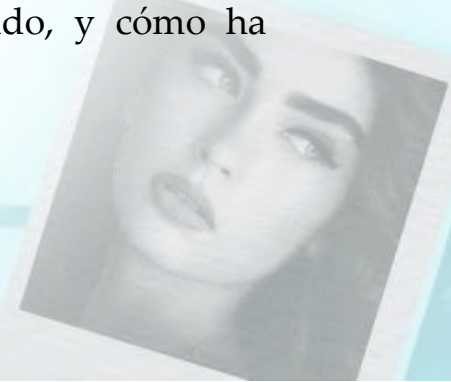
Fue suficiente para que los hombros tensos de Lia se relajaran por primera vez desde que comenzó el juego. Shepperton tenía el día libre, habíamos jugado a mitad de semana, y ella rogó por el control de la televisión el domingo por la noche para que pudiéramos ver a sus amados Wolves, el equipo en el que jugó su hermano y ahora entrenaba. La cámara lo enfocó mientras la defensa salía al campo para una nueva serie.

—El coordinador defensivo Logan Ward ha tenido un gran impacto en la defensa de este equipo desde que se hizo cargo del portapapeles —dijo el locutor.

Su contraparte tarareó.

—En efecto. Se han clasificado constantemente entre los tres primeros en capturas y robos de balón, y en lo que va de la temporada, son la defensa con mayor puntuación en la liga. Eso se debe en gran parte a la incorporación de Noah Griffin a la lista el año pasado, y cómo ha mejorado bajo el entrenamiento de Ward.

Lía sonrió.



—Ese es el novio de tu hermana Molly, ¿verdad? —le pregunté.

Ella asintió.

—Solía ser nuestro vecino de al lado cuando éramos más jóvenes. Molly estaba enamoradísima de él, así que fue totalmente extraño que terminaran trabajando juntos en Washington.

Era interesante estar sentado con ella mientras observaba a sus seres queridos practicar el deporte que amaban. Mis papás nunca habían ido a ninguno de mis partidos desde que me convertí en jugador profesional. Mi hermano iba un par de veces al año, pero nunca lo veía después. Nadie me había esperado para decirme lo emocionados que estaban por nuestra victoria o consolarme después de una derrota. Nunca nadie me dijo que habían gritado como un maníaco en las gradas. No hasta Lia.

—¿Cómo es? —me encontré preguntando.

Cuando se volvió hacia mí con una pregunta en sus hermosos ojos, quise retractarme de las palabras de inmediato.

—¿Qué?

Sentí como si me hubiera dado la vuelta, dejándole al descubierto un vientre blando que nunca había inspeccionado. Mi garganta se sentía seca, y no pude conjurar una respuesta frívola con ella mirándome como lo estaba haciendo.

—Ver a tu familia hacer lo que aman de esta manera. —Hice un gesto débil hacia la pantalla—. Al otro lado del océano, todavía tienen suficiente peso en el mundo para que puedas sentarte aquí en mi sofá y verlos hacer este trabajo increíble.

De repente, me encontré conteniendo la respiración porque ella no ignoraría mi pregunta. Esperaba que lo pensara bien porque quería saber, bastante desesperadamente, lo que la mayoría de las familias deben haber sentido.

—Es… —Hizo una pausa, claramente buscando las palabras correctas—. A veces es raro. Principalmente porque es muy normal para mí tener a mi hermano frente a la cámara. Admito que no pienso demasiado existencialmente al respecto, pero otras veces, como en este

momento... estoy sentada contigo mientras hablan de mi hermano y mi futuro cuñado, y honestamente, Podría llorar de lo orgullosa que estoy de llamarlos mi familia. —Ella sonrió—. Tenía como doce años cuando Logan ganó el Super Bowl, y oh, hombre, fue tan desagradable cuando volví a la escuela. No aprecié la magnitud de eso entonces como lo hago ahora, pero saber que las personas que amo han tenido tal efecto en un juego a esta escala es jodidamente genial.

Si yo hubiera sido cualquier otra persona, menos atrofiada emocionalmente, menos... británica, probablemente habría llorado con sus palabras. Traté de no pensar en cuándo Lia necesitabra regresar a Seattle cuando terminara su semestre, pero momentos como este hacían que fuera difícil de ignorar que la extrañaría. Echaría de menos tenerla cerca y odiaba la idea, casi tanto como odiaba la idea de lo completamente inepto que era intentando tener cualquier tipo de relación sana. Tal vez si solo hubiera dicho eso, podría haber vuelto al juego y maravillarme de lo bonito que debe ser tener una familia así. Pero entonces volvió a hablar.

Y cuando lo hizo, selló su destino.

Ella me sonrió, completamente inconsciente de lo que estaba pasando detrás de mi caja torácica, las emociones vulnerables que se atrevían a escapar de entre la piel y los huesos.

—Supongo que será así conmigo y la pequeña nectarina, ¿eh? Llevaremos nuestros kits de Shepperton y gritaremos como locos por ti la próxima temporada. Seremos la sección de gritos más ruidosa que jamás hayas escuchado.

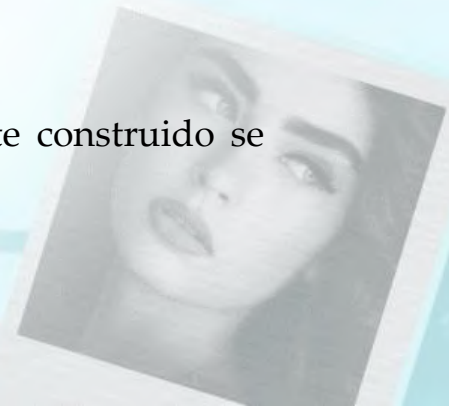
—¿Lo harás? —dije bruscamente.

Sus cejas se inclinaron sobre sus ojos.

—Por supuesto. —Gentilmente, tomó mi mano y la puso encima de la pequeña protuberancia debajo de su camiseta negra y roja de los Wolves—. Esto... esto nos convierte en una familia, Jude. Siempre te apoyaremos.

¿Qué me estaba haciendo?

¿Por qué la estructura de mi mundo cuidadosamente construido se sentía como si hubiera sido rasgada en dos?



El hermoso rostro de Lia se suavizó ante lo que vio en el mío, y en lugar de comentarlo, se giró, silenciando el juego. Me tomó el rostro con la mano y lentamente se inclinó hacia adelante, depositando un beso suave y desgarrador en mis labios.

—Sin reglas —susurró ella—. Solo... lo que queramos que sea.

Mi cuerpo se dio cuenta antes que mi cerebro. Mis manos se deslizaron por sus brazos y en su cabello sedoso, donde pude inclinar su cabeza y llevar nuestro beso a una profundidad diferente. A algún lugar más oscuro, a algún lugar delicioso.

Suspiró en mi boca y la empujé hacia atrás sobre el sofá, merodeando sobre ella y sujetando su cabeza con mis brazos mientras nos besábamos.

Me eché hacia atrás y ella parpadeó lentamente.

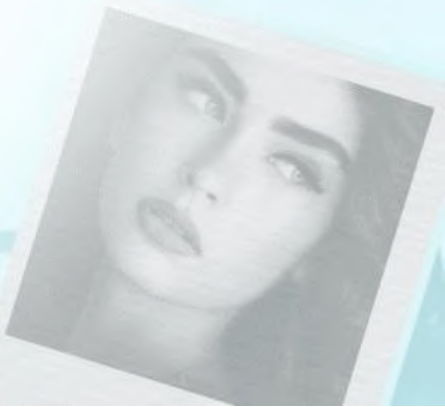
—*Mi* cama —dije—. Sin sofá, sin maldita cama individual, sin preocuparme por nada excepto por lo que estoy a punto de hacerte sentir.

Lía sonrió.

—Una excelente idea.

Me levanté del sofá y le tendí la mano.

—¿Vamos?



19

Lia

Cuando la fuerza de sus dedos se enroscó alrededor de los míos cuando tomé su mano, casi me detengo.

No porque no estuviera segura de cruzar esta barrera en particular, mis hormonas me gritaban que le diera con todo, sino porque tenía miedo de que subir esa escalera mataría el estado de ánimo eléctrico.

Hace unas semanas, había dejado de intentar averiguar qué cambió las cosas entre nosotros. A veces era una mirada que duraba solo una fracción de segundo más de lo que era cortés. A veces, deslizaba su mano por mi espalda, y yo quería empujar mi mano por la parte delantera de sus pantalones. A veces respiraba, y yo quería empujar su mano por delante de la mía.

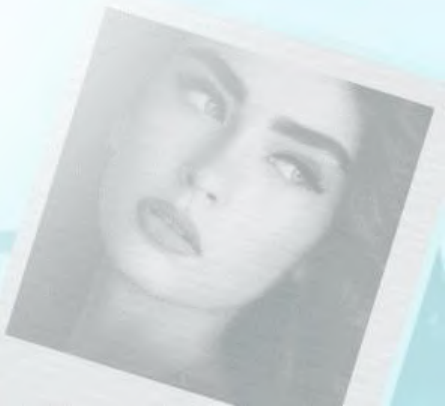
Era fácil, eso era lo que estaba tratando de decir, y cuando ocurrieron esos momentos, actuamos en consecuencia. Rara vez nos tomamos la molestia de trasladarnos.

Pero estaba tan, tan equivocada. Porque en lugar de seguirlo como un cachorrito cachondo con una correa, Jude jaló mi mano para que subiera los escalones hasta su dormitorio.

—¿Sabías —me preguntó a la ligera, con sus manos enroscándose alrededor de mis caderas cuando di el primer paso—, que tu trasero es absolutamente perfecto?

Casi me tropiezo en el segundo escalón.

—¿Lo es?



Exhaló una carcajada y me encontré sonriendo. Sí, sabía que tenía un buen trasero. La genética era fuerte en la familia Ward, y podríamos haber tenido una buena parte de disfunción familiar, pero también teníamos pómulos altos, grandes ojos azules, piernas largas y un gran trasero.

Después de mi pregunta entrecortada, se amontonó detrás de mí, enterró su nariz en mi cabello e inhaló con avidez.

—Podría jodidamente inhalarte —murmuró.

—Suena doloroso. —¿Me temblaba la voz? Creo que sí, mis manos lo hacían, mi corazón también. Cada centímetro de mí tenía una ligera vibración que hablaba de su potencia. Mis piernas apenas podían sostenerme cuando lo sentí detrás de mí, grande, tan, tan grande y tan listo.

Sí, nos habíamos tocado y sí, habíamos perfeccionado el arte del sexo sin sexo en los últimos meses, pero también estaba tan, tan lista para sentirlo de nuevo.

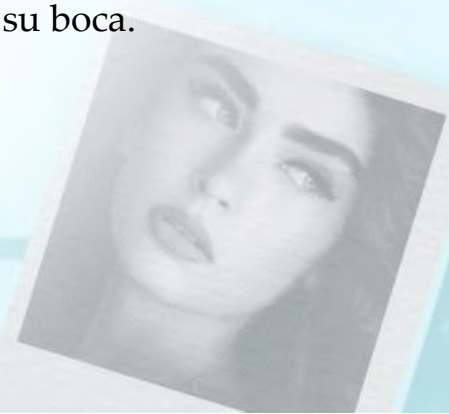
Jude deslizó sus manos hacia arriba, agarrando el dobladillo de mi camisa y tirando, e hice una pausa porque no estaba tratando de caerme de ninguna escalera justo antes del gran espectáculo. Arrojó la camisa detrás de nosotros y sujetó su boca en la base de mi cuello y chupó.

—Mierda —gemí, y mi mano apretó la barandilla cuando hábilmente me desabrochó el sostén mientras me acercaba al descanso en el segundo piso. Su lengua, húmeda y caliente, se deslizó por la línea de mi cuello, y sus hábiles manos ahuecaron mis pechos debajo de las copas sueltas. Eran tan sensibles que siseé lentamente, cada suave movimiento de su pulgar estaba atado directamente al vértice entre mis piernas que se iluminaba como un maldito letrero neón.

—¿Estás preparada? ¿Así de fácil?

Oh, por favor, si pensaba que no podía tener un orgasmo solo con su voz, se estaba engañando a sí mismo. Superé el escalón superior y giré, enrollando mis brazos alrededor de su cuello y atacando su boca.

El beso era algo extraño, si lo pensabas.



Algunos eran dulces, breves y secos, el movimiento establecido de los labios como un punto de conexión entre dos personas que se conocían bien, y algunos estaban en una categoría completamente diferente. Trascendieron el encendido de la pasión. Ellos trascendieron el combustible de la lujuria.

Este beso, cuando me empujó contra la pared y se apretó contra mí, era uno de esos besos trascendentes.

Este beso era Jude follándome.

Este beso era Jude haciéndome el amor.

Las líneas se desdibujaron por completo entre los dos.

Sentí su corazón en ese beso al igual que sentí el mío. Estaba en el deslizamiento resbaladizo de nuestras lenguas, el movimiento serpenteante que él había establecido, moviendo sus caderas mientras mi pierna se enganchaba a lo largo de su piel, y estaba en la extraña anticipación que sentí al caer de espaldas en su cama, en su casa, con sus brazos envueltos alrededor de mí.

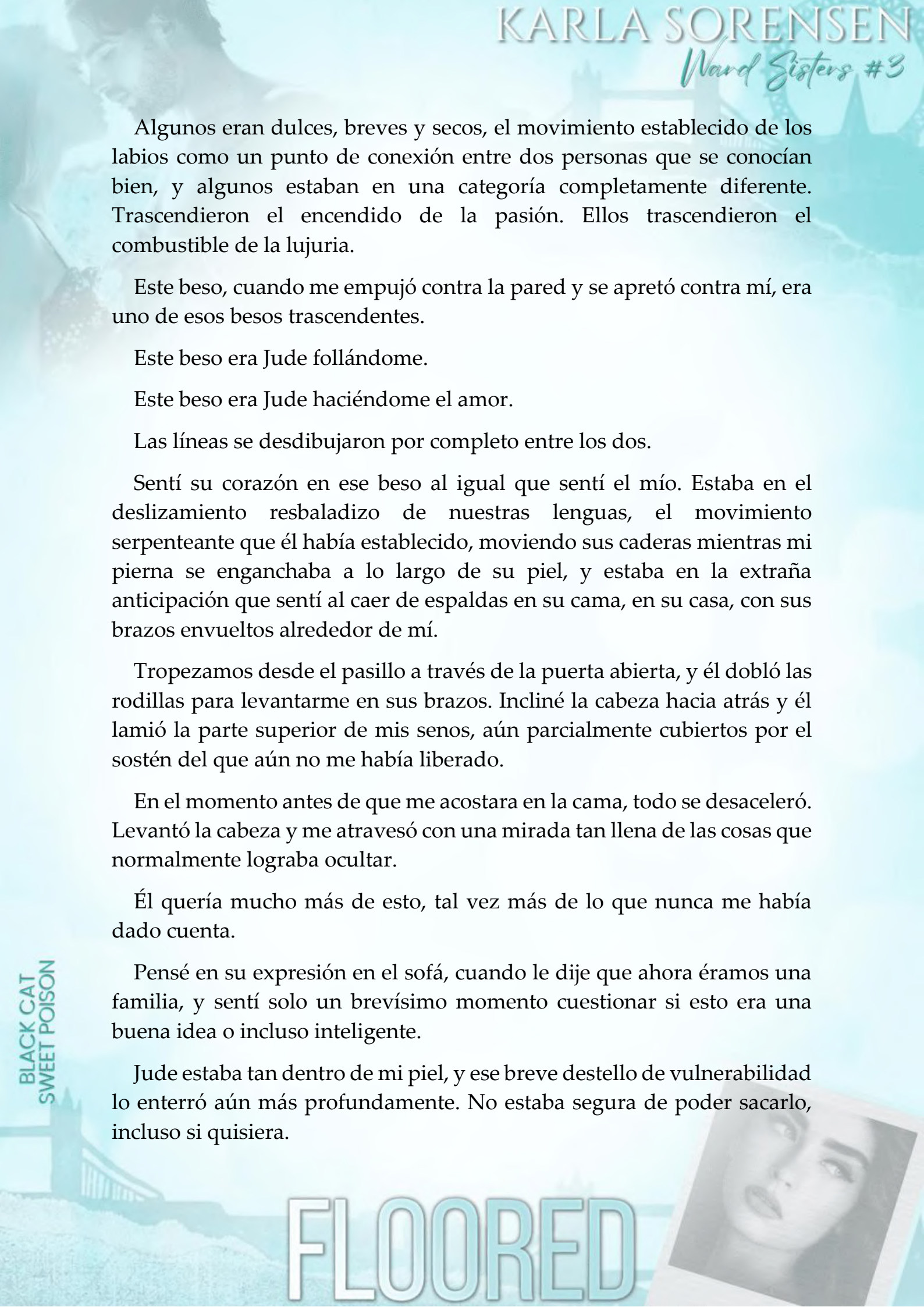
Tropezamos desde el pasillo a través de la puerta abierta, y él dobló las rodillas para levantarme en sus brazos. Incliné la cabeza hacia atrás y él lamió la parte superior de mis senos, aún parcialmente cubiertos por el sostén del que aún no me había liberado.

En el momento antes de que me acostara en la cama, todo se desaceleró. Levantó la cabeza y me atravesó con una mirada tan llena de las cosas que normalmente lograba ocultar.

Él quería mucho más de esto, tal vez más de lo que nunca me había dado cuenta.

Pensé en su expresión en el sofá, cuando le dije que ahora éramos una familia, y sentí solo un brevísimo momento cuestionar si esto era una buena idea o incluso inteligente.

Jude estaba tan dentro de mi piel, y ese breve destello de vulnerabilidad lo enterró aún más profundamente. No estaba segura de poder sacarlo, incluso si quisiera.



Su rodilla se apoyó en la cama, y con sumo cuidado, nos bajó hasta que mi espalda golpeó el colchón, que lo hubiera manejado con tanta delicadeza era testimonio de su increíble fuerza. De nuevo, me besó, y mi espalda se arqueó porque extrañaba ese deslizamiento de su piel contra la mía. Rápidamente, rompió el beso para quitarse la camisa, y cuando su pecho y su estómago quedaron al descubierto, no pude evitar un suspiro de felicidad.

Jude sonrió, y si hubiera estado de pie, esa sonrisa me habría debilitado las rodillas.

Mientras él trabajaba en sus pantalones, yo bajé los míos, dejando solo mi ropa interior de encaje negro cuando levantó una ceja imperiosa.

—Déjame, amor.

Levanté mis manos.

—Mandón.

Ante mí, estaba completamente desnudo, ¿y por qué no lo haría? Parecía un dios griego, tallado a la perfección. Con un dedo doblado detrás del lazo central de mi sostén, lo bajó lentamente, observando la piel descubierta pulgada a pulgada lenta y tortuosa hasta que me quedé ahí en solo un pequeño trozo de encaje negro. Eso salió a continuación, de nuevo, con solo dos dedos callosos tirando de él por mis piernas.

—Hermosa —susurró. Jude plantó los puños en la cama y se acercó a mí como un gran gato, deteniéndose solo para dejar un suave beso en la curva de mi vientre.

Inexplicablemente, las lágrimas ardían en mis ojos por ese beso.

No, fuera lo que fuera este momento entre nosotros, no era estúpido, y no era una mala idea.

Me iría a la tumba recordándolo así. Ese fue el pensamiento en mi cabeza cuando tomó mi boca en otro beso abrasador.

Ese fue el pensamiento en mi corazón cuando me subió a la cima por primera vez con su mano, luego me susurró al oído que mi placer era perfecto, que yo era la cosa más hermosa que había visto en su vida y que

no veía la hora de volver a sentirme, y cómo había soñado con eso noche tras noche.

Una parte de mí quería invertir nuestras posiciones, para poder sentarme sobre él y ver cómo obtenía su placer. Donde pude, con los ojos bien abiertos, vi el momento en su rostro cuando dejó ir todo el control.

Pero cuando agarró mi muslo con fuerza con una mano fuerte y se empujó dentro, perdí el aliento. Perdí cualquier idea de que no era esto.

Jude se movió tan lentamente al principio que casi le grité, casi le clavé las uñas en la espalda, casi exploté de nuevo por la frustración no consumida.

Me susurró cosas en la piel que no eran claras, cosas que no pude entender detrás de la prisa y el rugido en mis oídos. Me arqueé, con mis manos estiradas sobre mi cabeza hasta que apoyé mis palmas contra la cabecera, él levantó la cabeza y me vio al rostro durante un instante sin aliento.

Jude parecía estupefacto. Parecía confundido. Parecía como si alguien lo hubiera derribado con un golpe.

Pero en lugar de hacer una confesión cargada de placer, vi el momento en que estaba listo para dejar de prolongar la cuerda floja en la que estaba caminando. Su mandíbula se apretó, un músculo saltó detrás de la oscura barba de su rostro, y oh, oh, comenzó a moverse.

En el momento en que fui lanzada más allá del segundo orgasmo, estaba prácticamente sollozando, su espalda estaba resbaladiza por el sudor y sus ojos se clavaban en los míos con una intensidad que podría haberme asustado si no me sintiera tan increíble.

Me arqueé en un chasquido particularmente brutal de sus caderas, y él gritó mi nombre.

Él era, sin duda, la cosa más hermosa que jamás había visto.

Jude se desplomó sobre mí después de unos cuantos movimientos más lentos, y lo rodeé con mis brazos, apreté mis muslos alrededor de sus caderas y besé su hombro.

—Whoa —susurré, mi corazón latía con un latido tembloroso y tintineante detrás de mis costillas.

Él levantó la cabeza y sonrió de nuevo, y era una sonrisa tan tonta que me eché a reír.

Jude también se rio, frotando su mano arriba y abajo de mi espalda.

Después de limpiarnos, me acurruqué debajo de las sábanas a su lado, y el suspiro de alivio que salió de lo más profundo de su pecho me hizo sonreír de nuevo.

No era de extrañar que el sexo se convirtiera en una adicción para algunos. La sensación de poder, la euforia relajada que sentí acostada a su lado no tenía paralelo. El máximo subidón que ni siquiera sabía que existía.

—¿Te quedarás a pasar la noche? —preguntó.

Me giré un poco y apoyé la cabeza en su hombro.

—No sé, mi pequeña cama en mi pequeño apartamento suena tan atractiva en este momento.

Me hizo cosquillas en el costado y me reí en su piel.

Jude estuvo en silencio durante los siguientes minutos, sin hacer nada más que pasar sus dedos por las puntas de mi cabello enredado. Cuando habló, pude sentir el retumbar de su voz debajo de mi oído.

—¿Te importaría tomarte unas pequeñas vacaciones esta semana?

Sonreí felizmente.

—Sí. ¿Puedes escaparte?

—Puedo, sí. Tenemos descanso internacional el próximo fin de semana. No hay partidos.

Apoyé la barbilla en su pecho y froté con las yemas de los dedos la piel de su mandíbula.

—¿A dónde deberíamos ir? Hay muchas cosas que aún no he visto.

—Tuviste que regresar antes de Haworth, ¿no?

—Sí. El hijo por nacer de *alguien* me hizo vomitar, luego vi a esa misma persona en la portada de un periódico y acorté mi viaje para volver a casa y hacerme una prueba de embarazo.

Exhaló.

—Desearía haber manejado todo eso mejor.

Besé su pecho.

—Lo sé, pero creo que ahora estamos en un buen lugar, ¿no?

Jude tomó un lado de mi rostro y me atrajo para un suave beso.

—Sí, lo estamos.

Cuando me aparté, le sonreí.

—Entonces, ¿me vas a llevar de regreso a la tierra de las Brontë?

—Si quieres. Puedes hacerme inteligente, dime todas las cosas que necesito saber sobre estas damas famosas.

—Okey. —¿Era posible querer montarlo de nuevo ya? Porque el hombre apenas había tenido tiempo de recuperación, pero cuando comenzó a planear viajes para mí para volver a la ciudad natal de mis ídolas literarias porque recordó que tuve que acortar mi tiempo, me hizo sentir todo tipo de cosas. Cosas sexys.

—¿Qué es esa mirada en tus ojos?

Mordí mi labio inferior y observé su mirada seguir el movimiento.

—Adivina.

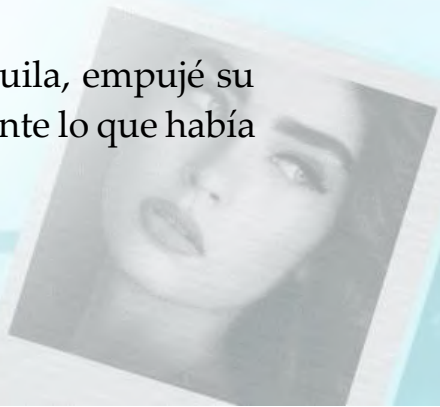
Sus manos se movieron por mi espalda, con una palma cubriendo lentamente mi trasero desnudo.

—Debes tener mucha fe en mis habilidades. Soy viejo, amor.

Mi propia mano comenzó a explorar.

—Te sientes bastante *ágil* en este momento.

Cuando se rio con una exhalación de risa sexy y tranquila, empujé su pecho, balanceé mi pierna sobre su regazo e hice exactamente lo que había imaginado antes.



20

Jude

En las últimas horas en Haworth, me había vuelto adicto a cierta mirada en los ojos de Lia, descubrí que ciertas cosas la desencadenaban.

-Bollos (buenos bollos, al menos. Se comió uno poco fiable en nuestra primera parada de café y lo escupió en su servilleta)

-Antiguos edificios escolares donde sus famosos íconos literarios enseñaban a los jóvenes del pueblo.

-Orgasmos.

Estos no se enumeraron en orden de prioridad, por supuesto, porque durante las dos noches que pasamos juntos explorando Haworth Village, vi esa mirada en numerosas ocasiones. Entramos en el edificio de la iglesia y me agarró la mano, apretándola con tanta fuerza que pensé que se me iban a caer los dedos. Cuando caminábamos por el Museo Parsonage, la casa en la que vivieron las Brontë, la escuché sollozar en voz baja. Alarmado, la jalé para asegurarme de que estaba bien, pero tenía una sonrisa tan cegadora en su rostro que me encontré sonriendo a mi vez.

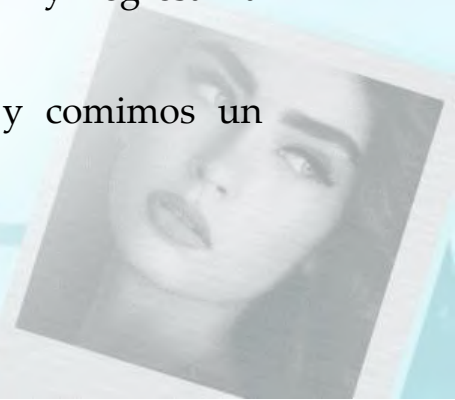
—Lágrimas de felicidad —susurró—. Gracias por traerme de vuelta.

La besé ahí, suave y rápido, y recuerdo sentir que era algo normal.

Un beso rápido en medio de un día normal.

La forma en que caminó cerca de mí mientras caminábamos por el parque de regreso a nuestra habitación para empacar y regresar a Londres.

Nuestros dedos se rozaron cuando nos sentamos y comimos un almuerzo tranquilo en un pequeño café.



Durante esos tres días y dos noches, con ella acurrucada contra mí en nuestra cabaña alquilada en el pueblo, todo se sintió notablemente normal. No nos apresurábamos en lo que veíamos ni en los lugares donde comíamos ni al salir de la cama por las mañanas.

Cuando ella trabajaba en su computadora portátil, con las notas esparcidas sobre la sólida mesa de madera sobre el piso de piedra, yo hacía ejercicio en el pequeño jardín en la parte de atrás. No había grandes distracciones para ninguno de nosotros.

Tal vez esto era lo que el resto del mundo experimentaba en el día a día, pero para mí, era malditamente extraño. Agradable, pero aún extraño, y a la inversa, era exactamente el tipo de cosas que mis papás siempre me decían que estaba sacrificando para hacer lo que hacía.

¿No quieres una vida normal con una familia? ¿Una mujer que te ame e hijos que criar? ¿Qué tipo de vida crees que tendrás persiguiendo una pelota por millones de libras cada año?

Era algo que mi mamá me había preguntado cuando recibí mis primeras ofertas en la Premier League. Mi papá se dio por vencido en ese punto. Sabía que mi éxito en la Bundesliga alemana había cimentado mi camino. Era solo cuestión de tiempo antes de que volviera a casa y dominara uno de los niveles de juego más fuertes del mundo.

Mientras hacíamos las maletas y cerrábamos, observé a Lia con una incipiente sensación de logro. La mirada en sus ojos, con la excepción de los bollos, eran todas de cosas que yo había podido darle.

Logré algo que mi familia nunca pensó que sería capaz de lograr.

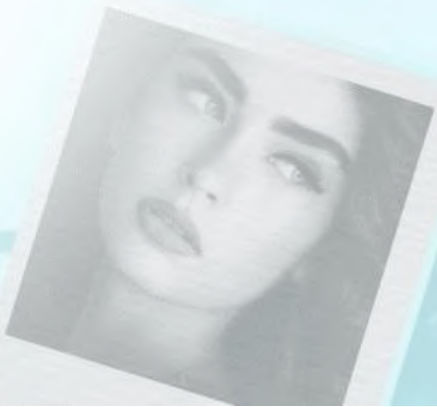
Una buena mujer, inteligente, sexy y divertida, y un niño que criar, y aún así, yo era un jugador de primer nivel.

Lia luchó con su cabello oscuro en un moño en la parte superior de su cabeza y me vio mientras mi mente corría.

—¿Qué está pasando allá arriba?

Parpadeé.

—¿Qué?



Se golpeó la sien.

—Te ves muy sumido en tus pensamientos. —Se acercó, deslizando sus manos por mi pecho. Naturalmente, la mía se acomodó en sus caderas. Cuando la acerqué más, sus ojos se suavizaron—. Es sexy.

Tarareé, dejando caer un beso en la curva de su cuello recién expuesto.

—Nada interesante.

Lia suspiró, derritiéndose completamente en mi abrazo. Por unos momentos, nos quedamos así, y traté de recordar cuánto tiempo había pasado, antes de ella, que alguien simplemente me había abrazado por el placer de hacerlo.

Tal vez por eso era tan adicto a tocarla cada vez que estaba a mi alcance. Porque podía y porque se sentía jodidamente genial. No estaba leyendo entre líneas de esos toques, y ella tampoco. Había encontrado a alguien, algo, bastante notable, incluso si fue por accidente.

Fue en ese abrazo silencioso, y reconociendo su poder, que tuve una idea.

—¿Qué dices de un pequeño desvío en el camino de regreso?

Su rostro se abrió en una sonrisa emocionada.

—Yo digo que sí.

Mi chica siempre estaba lista para una aventura. Emocionada de asistir a un partido perdido, simplemente porque la atmósfera era electrizante, sin miedo de pararse durante horas bajo la lluvia para experimentarlo. Mientras Veía esa mirada en sus ojos nuevamente ante la idea de experimentar algo nuevo, desesperadamente quería hacerlo bien. Quería ser el papá que nunca tuve, quería que mi hijo conociera el amor y el apoyo de esta hermosa mujer para enseñarle sobre la emoción, la aventura y la lealtad, y espero que yo le enseñe sobre el trabajo duro y la determinación y la belleza de lograr tus metas haciendo algo que amabas.

En breve, estábamos de regreso en mi auto y manejando por las carreteras en el oeste de Yorkshire bajo un cielo nublado de noviembre. Mientras nos acercábamos a Stocksbridge, la planta siderúrgica se vislumbraba en la distancia, no podía creer que no me hubiera hecho una

sola pregunta sobre a dónde íbamos. Lia se relajó en su asiento, observando las vistas con una suave sonrisa en su rostro.

—Siempre me pregunto si la gente se emociona tanto cuando conducen por mi estado, ¿sabes?

—¿Qué quieres decir? —Hice un giro lejos de la ciudad y hacia la granja donde había crecido, con los caminos cada vez más pequeños, las casas cada vez más separadas en el campo verde.

—Todo esto es normal para ti, ¿sabes? Pero cada casa de piedra que veo, cada pequeño seto verde perfecto o colina ondulada, no se parece en nada a lo que veo en casa, y solo quiero absorberlo todo. Me pregunto si la gente conduce por Seattle y se siente así.

La vi con diversión.

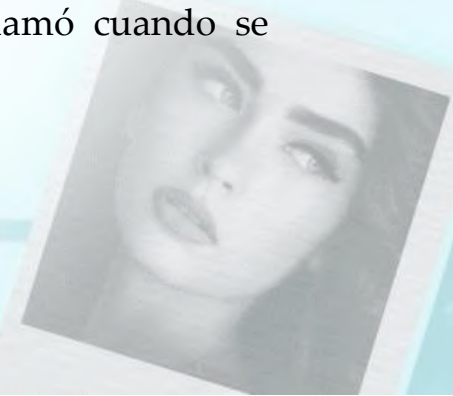
—Creo que sí. Tienes montañas en Washington, ¿verdad?

—Oh, sí.

—Entonces supongo que todos miran boquiabiertos por las ventanas como tú, amor.

Me golpeó en el estómago y me reí. Fue una buena distracción momentánea porque cuando tomé la curva final, la casa de mis papás se levantó justo sobre la siguiente colina. Se veía exactamente igual y mentalmente tuve que hacer algunos cálculos para recordar exactamente cuándo había vuelto por última vez. Por lo general, nos reuníamos en la casa o en el pub de Lewis, por lo que ambos estábamos en terreno neutral.

La casa era toda roca erosionada y ventanas con marcos oscuros, probablemente las mismas que necesitaban ser reemplazadas la última vez que estuve aquí. Cinco años fue lo que calculé. Las cercas de madera se extendían a lo largo de las parcelas de hierba color esmeralda, y unas cuantas ovejas gordas pastaban cerca de la casa. El granero había sido pintado, una nueva capa de blanco cubría los tablones de madera. Podía escuchar a las cabras, una nueva incorporación desde la última vez que vine, y traté de esbozar una sonrisa cuando Lia exclamó cuando se amontonaron en la cerca tan pronto como salió del auto.



—Oh, ¿no son todas lindas ustedes? —dijo, riéndose cuando una particularmente descarada saltó sobre el grupo para tratar de encontrar comida en su mano—. Cielos. Desearía haber venido preparada. —Levantó una mano para protegerse los ojos y vio hacia la extensa tierra que rodeaba la casa—. ¿Dónde estamos?

Una voz tranquila me interrumpió antes de que pudiera responder.

—¿Jude?

Mi mamá estaba de pie en la puerta que conducía a la cocina, con una toalla de color rojo brillante en sus manos mientras me miraba como si hubiera visto un maldito fantasma. Su cabello aún era oscuro, con abundantes mechones grises a lo largo de sus sienes, algo que nunca había sentido la necesidad de ocultar.

Me acerqué a Lia y le puse la mano en la espalda, quien me vio con un millón y medio de preguntas en los ojos. Le sonreí, luego vi hacia la casa.

—Hola, mamá.

—Ohhhhh —susurró Lia y me cortó una mirada—. Podrías haberme advertido —me susurró en voz baja.

—Sorpresa —le susurré de vuelta.

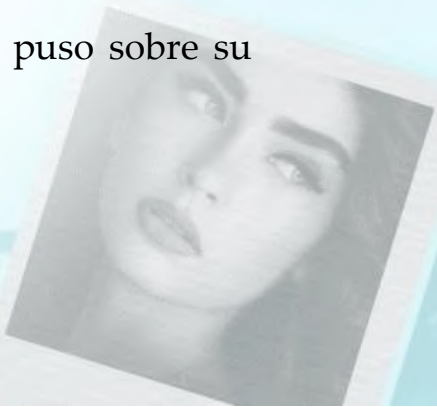
Lia levantó la barbilla y se pasó una mano por el cabello. Dado que no habíamos hecho más planes que conducir de regreso a casa, se vistió para estar cómoda con una enorme sudadera sobre jeans y botas marrones altas. Mirándola, no había absolutamente ninguna indicación de que estuviera embarazada. Parecía joven y bonita.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó mamá, sus ojos viajaron de mí a Lia y viceversa.

Pasé una mano por los hombros de Lia.

—Acabamos de tomarnos unas vacaciones en Haworth por unos días. Pensé en pasar a saludar en nuestro camino de regreso a casa.

Levantó la mano y noté el temblor en ella cuando la puso sobre su pecho.



—Bien, tu papá está en el campo de atrás. No regresará hasta dentro de unos treinta minutos todavía.

Asentí, justo cuando Lia se aclaraba la garganta bruscamente.

Cierto.

—Ella es Lia Ward, mamá.

Lia sonrió, acercándose para extender su mano.

—Es un placer conocerla, señora McAllister.

—Eres americana.

La sonrisa en el rostro de Lia se profundizó, y un hoyuelo apareció en su mejilla.

—Su hijo dijo eso casi en el mismo tono la noche que nos conocimos.

Mi mamá no le devolvió la sonrisa. Probablemente porque no estaba muy feliz de vernos.

No iban bien las sorpresas. Cualquier cambio en su rutina, en su horario, estaba absolutamente fuera de discusión.

La sonrisa de Lia se desvaneció lentamente.

—Mmm, ¿qué tipo de agricultura hacen? Jude no me contó demasiado.

Ella tarareó.

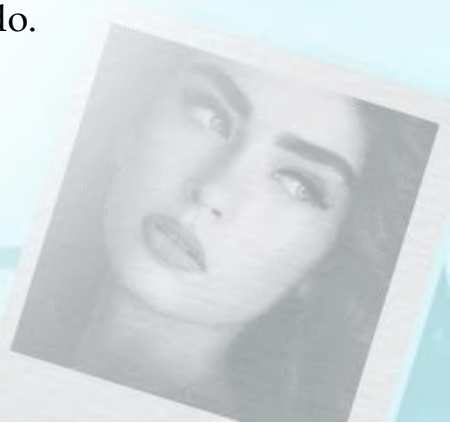
—Por supuesto, no lo ha hecho. Tenemos ovejas y cabras. Vendemos la leche y el queso, la lana de las ovejas y la carne, por supuesto, pero también hemos empezado a hacer tours. Ahí es donde está mi marido, tiene un grupo escolar aquí para un tour.

Mi cabeza se echó hacia atrás.

—¿En serio? Papá odia que la gente pisotee su granja.

—Hay buen dinero en agroturismo, Jude. —Vio a Lia brevemente—. No todos podemos ganar millones de libras al año jugando.

La boca de Lia se abrió antes de cerrarla de golpe.



Puede que yo no haya reaccionado en el exterior, pero la flecha se hundió profundamente, incluso si ella no había querido que fuera así. Eso era lo que pasaba con mis papás. En su incomodidad por lo que yo hacía, el éxito que había encontrado, lograron un nivel de desdén muy agudo del que ni siquiera estaba seguro de que fueran conscientes.

—Muy cierto, mamá. —Levanté la barbilla—. Pero podrías cobrar los cheques que te he enviado, si él odia tanto hacer tours.

—Somos perfectamente capaces de mantenernos a nosotros mismos, Jude. —Ella también levantó un poco la barbilla—. Colgar de tus faldas es mejor reservarlo para los demás.

Lia, como esperaba, no dejó pasar esa púa. Ella sonrió de nuevo, pero pude ver cuánto le costó.

—Ciertamente espero que eso no haya sido dirigido a mí, considerando que la acabo de conocer y no sabe nada de mí.

Las mejillas de mi mamá se sonrojaron.

—No, tú no. Me disculpo si sonó así. Las experiencias pasadas nos han enseñado que casi todos los que lo conocen quieren algo de él, eso es todo.

—Bueno —dije lentamente—, supongo que te complacerá saber que Lia no tenía ni idea de quién era yo cuando nos conocimos. Llamó al fútbol… ¿Cómo era eso, amor? ¿Aburrido?

Lía parpadeó.

—Mmm, sí. Algo por el estilo. Yo solo… no entendía el juego como lo hago ahora.

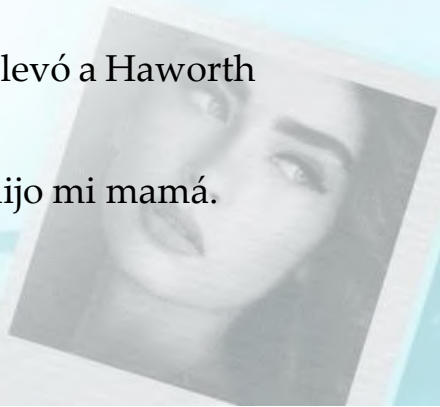
—Ella está aquí estudiando en Oxford para Michaelmas —le dije a mi mamá, quien miraba a Lia con curiosidad en sus ojos—. Está haciendo su maestría en Literatura Inglesa.

Eso la suavizó un poco. A mi mamá siempre le encantó leer.

Lia vio entre mi mamá y yo.

—Me especializo en las Brontë. Es por eso que Jude me llevó a Haworth —dijo, mirándome con una sonrisa forzada.

—Siempre me gustó el museo de la casa parroquial —dijo mi mamá.



La vi.

—¿Has estado ahí?

—Yo viajo a algunos lugares, Jude —respondió secamente.

Era esa respuesta tensa, el chasquido defensivo en su voz lo que me empujó ligeramente sobre el límite de la decencia.

—Bien, pero no a ningún lugar donde puedas verme hacer mi trabajo, ¿verdad? Y ciertamente no si te lo pido.

Lia apretó sus dedos alrededor de los míos, con sus ojos fijos en el suelo.

Mi mamá levantó la barbilla.

—No nos avisaste, Jude. Como siempre, esperas que el mundo deje de girar simplemente porque tú lo has pedido, pero la gente tiene vidas y trabajos que no se doblan a tu antojo.

—No te estaba pidiendo que te plegaras a mis caprichos, mamá.

—¿Ah, no? —Ella negó con la cabeza con tristeza—. Le enviaste un mensaje a tu papá a la medianoche la noche antes de tu partido sin siquiera un *por favor, significaría algo para mí si vinieras.*

Con mi mano libre, le hice un gesto a Lia.

—Quería que *la* conocieras a *ella,* mamá. Por eso quería que vinieras al partido. ¿Lewis no te lo dijo?

—No he hablado con tu hermano en un par de semanas. Hemos estado ocupados, y él también. Haciendo nuestro trabajo.

Lia levantó la cabeza, dándome una mirada insondable.

Tragué, preguntándome por qué esperaba que esto fuera diferente.

—¿Y quién soy yo para entender el trabajo real, es así?

—Yo no dije eso.

—No tenías que hacerlo —le dije de vuelta.

Mi mamá exhaló, luciendo cansada y mayor de lo que recordaba.

—¿Por qué viniste así, Jude? ¿Qué pensaste que pasaría?

Estaba en la punta de mi lengua decirle que Lia estaba embarazada, que su primer nieto estaba en camino, y que nunca, nunca haría que se sintiera como ellos me hicieron sentir, pero incluso cinco minutos con ella, y todo se fue a la mierda. Podría saber exactamente cómo presionar el botón de autodestrucción en mi relación con mi familia, pero ni siquiera yo era tan estúpido.

—A la mierda si lo sé, mamá. Pensé que podrías conocer a alguien importante para mí y que no explotara a nuestros pies, pero supongo que eso fue esperar demasiado, ¿no?

Su barbilla se tambaleó, pero ni siquiera parpadeó.

—Dile a papá que le dejé saludos.

Lia se mantuvo firme cuando traté de girar hacia el auto y le di una mirada inquisitiva, pero sus ojos estaban fijos en mi mamá.

—Fue un placer conocerla, señora McAllister —dijo. Lia se negó a moverse hasta que la mirada sorprendida de mi mamá volvió a su rostro—. Y espero que podamos encontrarnos de nuevo pronto en mejores circunstancias. Me encantaría saber más sobre lo que hacen aquí.

Mi mamá dejó escapar un suspiro tembloroso y asintió.

—Encantada de conocerte también, querida.

Luego, en lugar de esperar a que yo tomara la delantera, Lia giró, casi arrastrándome de regreso al auto, donde soltó mi mano para volver a subir.

No dijo una palabra hasta que condujimos por el camino de tierra que se alejaba de la granja, y cuando lo hizo, me encontré preparándome para una diatriba verbal.

—Bueno —dijo suavemente—, eso explica muchas cosas, ¿no?

Exhalé una carcajada.

—Sí. Supongo.

—Al menos cuando llegue Isabel al aeropuerto la próxima semana, puedo decirle que conocí a tu mamá.

Presionando mi pie en el acelerador traté de ignorar el tono tenso de Lia, y la arruga de preocupación en su frente. Traté de ignorar el hecho de que ella no sostuvo mi mano en el camino de regreso, o que cuando la dejé en Oxford, el beso que me dio fue apagado.

—Gracias por la encantadora escapada —susurró, pasando sus manos por el cuello de mi camisa.

—¿Estás enojada conmigo? —pregunté, incapaz de soportar la sensación de que acababa de abrir un abismo entre nosotros.

—No enojada, no —me dijo—. Estoy... triste por ti, creo. No sé exactamente lo que siento.

Eso ayudó un poco, pero no del todo.

La única cosa que parecía hacer bien de repente se sintió precaria. La besé de nuevo, ignorando la forma en que un par de imbéciles silbaron al pasar.

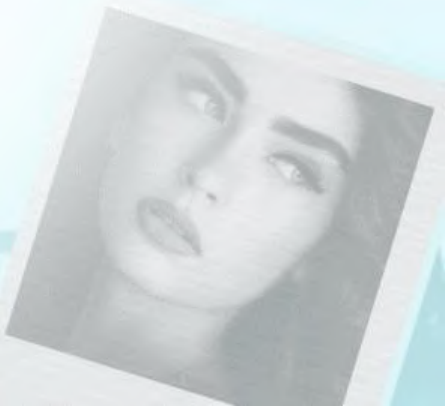
Ella se apartó con una risa sin aliento.

—Hablamos pronto, ¿okey? —le pregunté.

Lía asintió.

—Sí.

Pero mientras me alejaba, no podía quitarme la sensación de que acababa de sentar las bases para mi propia desaparición.



21

Lia

Isabel y yo pasamos tres días de feliz convivencia entre hermanas después de su llegada.

En Heathrow, hubo gritos, llantos, abrazos y una profunda felicidad de que alguien de mi gente finalmente estuviera aquí conmigo.

Hicimos las cosas turísticas requeridas y la recuperación del desfase horario los primeros días. Comimos salchichas con puré e hicimos recorridos en autobús, y ella bebió cerveza (yo solo tomé un sorbo porque realmente extrañaba la cerveza ocasional).

—¿Podemos entrar ahí? Creo que necesito una camiseta Union Jack.

—Sabes que pasaremos cerca de cien tiendas diferentes exactamente como esta.

Ella sonrió.

—Consiente a la turista, por favor. Si esto es lo que me mantendrá despierta hasta esta noche, entonces me ayudarás a encontrar una camiseta.

Levanté mis manos.

—Me parece bien.

Ella fue más rápida que yo, en parte porque sus piernas eran más largas, pero también... las personas no embarazadas eran más rápidas que las embarazadas.

—Tu panza es adorable —comentó, dándome una rápida mirada mientras deslizaba los ganchos por el perchero.

Pasé mi mano por encima.

—Me siento bien. Mi energía se recuperó alrededor de las once semanas, pero lo juro, si sigo comiendo tantos bollos, voy a ganar mil libras.

Isabel sonrió mientras levantaba una camiseta para mirarla, y me di cuenta en su rostro que no estaba segura de qué decir a continuación.

—¿Qué pasa?

Con cuidado colgó la camiseta de nuevo.

—Nada.

Sostuve una camiseta blanca cubierta con una representación en blanco y negro de la reina Isabel con un rayo rojo y azul que corría por su rostro al estilo de David Bowie.

Isabel sonrió y le hizo señas.

—Perfecta.

Deambulamos un poco después de que compró la camiseta. Como Isabel no era estudiante, no podía llevarla al interior de la Rad Cam (la Radcliffe Camera, también conocida como uno de los edificios más famosos de Oxford), pero podía mostrarle mi lugar favorito para sentarme y trabajar. Nos abrimos paso por Oxford de esa manera durante los primeros días, encontrando pequeños rincones para sentarnos donde ella pudiera tomar cafeína, yo pudiera comer y obtener pequeños fragmentos de lo que me estaba perdiendo en casa.

—¿Qué pasa con Emmett? —pregunté—. ¿Cómo está? Nunca está cuando hablo con alguien.

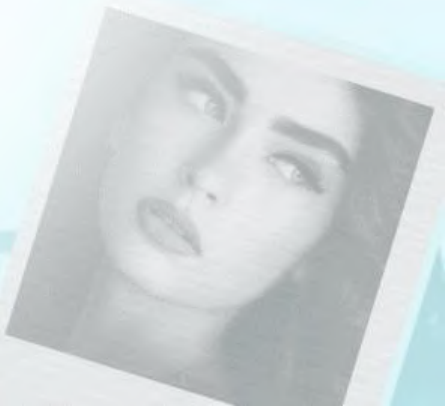
Isabel sonrió.

—El principito está bien, ya le dije que va a ser destronado como el favorito cuando des a luz.

—No lo hiciste.

—Diablos, sí, lo hice. El chico necesita estar preparado.

Rodé los ojos.



—Tienes el tacto de un camión, Isabel. Tiene nueve, nadie reemplazará a nadie.

Me vio por encima del borde de su capuchino.

—Pero vivirás ahí, ¿verdad? ¿Cuándo vuelves a casa?

Mis dedos cortaron el bollo, y me tomé mi tiempo para untarlo con crema y mermelada. No era la primera pregunta de sondeo que recibía de mi hermana mayor, pero era la más obvia.

—Supongo —dije—. Realmente no había pensado en eso.

Isabel tarareó y el tema cayó. Por otro día al menos.

El cuarto día de su viaje, nos dirigimos a Londres, donde ella había reservado otro hotel para pasar algunas noches y, ante su insistencia, empaqué una maleta para quedarme con ella, trabajando en mi investigación mientras ella dormía hasta tarde en la mañana. Estábamos a la vuelta de la esquina de Hyde Park, una hermosa calle arbolada en un vecindario tranquilo, y cuando se detuvo para tomar algunas fotos de un carrito de flores desbordado en una esquina, me presionó de nuevo.

—¿Has pensado en algún nombre?

Mi mano fue directamente a mi vientre. Me encontré haciendo eso más en las últimas semanas, era un tipo interesante de consuelo. Sí, el bulto todavía estaba ahí, como si no pudiera decirlo por el dolor de espalda, el apetito voraz y las tetas enormes.

—No realmente —respondí.

Nos despedimos de la mujer que vendía las flores y nos subimos las capuchas para doblar la esquina hacia Hyde Park.

—Isabel siempre es una opción clásica para una chica —dijo una cuadra más tarde.

La empujé con mi hombro, riendo por lo bajo.

—Si es una niña, no hay escasez de nombres que pueda usar.

—Cierto. —Por un momento, pensé que ella también iba a dejar ese tema. Cruzamos la calle y entramos al parque a través de las puertas negras de hierro forjado—. Pensé que habría nieve —comentó mientras se

agachaba para tomar una foto de una de las primeras fuentes que pasamos.

—Es un poco como Seattle. —Metí las manos en mi abrigo y me estremecí—. Puede hacer tanto frío como para nevar, pero no es común. Mucha lluvia, muchas nubes, pero honestamente, no me importa.

Se puso de pie y contempló el parque. Ahora que su desfase horario se había disipado, los círculos oscuros debajo de sus ojos desaparecieron. No sabía por qué la estudié como si esperara que cambiara en los meses transcurridos desde la última vez que la había visto. Tal vez porque *yo* había cambiado tan drásticamente, pero ella era la misma Isabel, alta y llamativa. Su cabello, más oscuro que el resto de los nuestros, estaba trenzado sobre su espalda, y tenía la cabeza cubierta con un gorro negro. Incluso vestida de manera informal, algo en ella intimidaba y llamaba la atención cuando pasaba.

—Te ves bien —le dije cuando empezamos a caminar de nuevo.

—Tú también.

—Parezco embarazada, Isabel. Tienes que decir eso.

—No *tengo* que decir una mierda, Lia. Si me preocupara cómo te ves, te preguntaría si estás comiendo sano o haciendo suficiente ejercicio. —Ella suavizó su respuesta con una sonrisa burlona—. Tu apariencia no es una de las cosas que me preocupan.

Dejé de caminar.

—¿Qué se supone que significa eso?

Iz murmuró algo entre dientes que no pude oír.

—No te escuché.

—Se suponía que no me escucharías. —Señaló un restaurante en una curva del camino—. ¿Necesitas cualquier cosa?

Negué con la cabeza.

—No, estoy bien por ahora, pero si tú necesitas usar el baño, entremos y tomemos un poco de té o algo.

—¿Dónde es nuestra próxima parada? Puedo esperar.

—Palacio de Kensington —le dije—. Está al otro lado del parque.

—Genial. Tal vez pueda echarle un vistazo a William, y puedo contarle sobre el cartel que Molly solía tener en su pared.

Resoplé.

—Me olvide de eso. Le dije a Jude que si hubiera venido un par de años antes y hubiera conocido a Harry cuando era soltero, él no habría tenido suerte.

Ella sonrió, pero no dijo nada. Me había hecho algunas preguntas sobre Jude, sobre su trabajo y sobre el fútbol en el extranjero en general, pero tuve la sensación de que mi hermana andaba con mucho, mucho cuidado. Lo cual era diferente a ella.

Mientras recorríamos los caminos serpenteantes, deteniéndonos en los puentes para tomar fotos, me quedé boquiabierta sobre lo mucho que quería presionar a Isabel con su comentario. Cuando venías de una familia numerosa, tus relaciones con cada hermano eran únicas. Claire y yo éramos gemelas, así que... ese era como un poder para leer la mente y sentir lo mismo y hacer un extraño contacto visual prolongado cuando sabía exactamente lo que quería decirme sin que ella dijera una palabra. Molly era la hermana cálida y amistosa. Como animadora, ella era la que querías en tu esquina. Ella era la hermana con la que podía contar para escucharme llorar sin juzgarme, la que me envolvía en un abrazo y me decía que todo iba a estar bien.

Isabel... en realidad se parecía mucho a nuestro hermano, Logan.

Si rompiera a llorar en este momento, probablemente pondría una mirada de pánico en su rostro y yo recibiría una palmadita incómoda en la espalda, pero, por otro lado, ella repartía consejos pragmáticos y sin tonterías cada vez que los necesitábamos, y si alguien, y me refiero *a alguien*, amenazaba a las personas que amaba, era una salvaje absoluta.

Y supe, mientras caminábamos y mirábamos edificios, fuentes y puentes y charlábamos, que esa era la razón por la que no le había contado lo que pasó en la granja de los papás de Jude.

Ella lo odiaría por ponerme en esa posición, posiblemente una de las más incómodas en las que he estado, y no quería que Isabel lo odiara.

Quería que a ella le gustara porque si lo hacía, allanaría el camino para que el resto de mi familia también lo quisiera.

Sí, mi tiempo en Londres estaba llegando a su fin, y Jude sabía que regresaría a Seattle para el nacimiento, pero ¿y después? ¿Y cuando terminara la escuela?

Nos acercamos al Palacio de Kensington desde el frente, e Isabel sonrió todo el tiempo que tomó fotografías.

—Es tan jodidamente hermoso que podría vomitar.

Negué con la cabeza.

—Qué habilidad con las palabras, pero maldices como un británico, así que encajarás perfectamente en el partido de mañana.

—Sí, sobre eso... —Giró su cámara y nos tomó una selfie rápida con el palacio de fondo—. Cuéntame más sobre él.

—¿Qué quieres saber?

Nos pusimos en fila para entrar al palacio y nos acurrucamos cuando se levantó el viento.

—Quiero decir, ¿cuál es su trato? Tienes esa mirada de ojos saltones en tu cara cuando hablas de él, y sé que dormiste ahí la última vez que llamé, así que ni siquiera finjas que no lo hiciste.

Metí el rostro en el cuello de mi abrigo para calentarme las mejillas, y para evitar averiguar cómo responder a la pregunta.

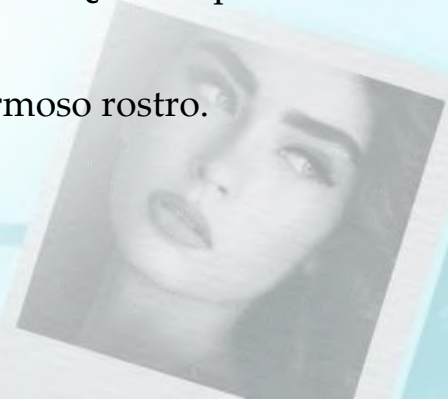
—Somos... no lo sé exactamente.

Isabel puso los ojos en blanco, pero los suavizó con una sonrisa burlona.

—¿Cuántos tenemos, dieciséis? Vas a tener un bebé con él, Lia.

—Lo sé. —Exhalé—. Hay algo ahí, y esperamos para dormir juntos de nuevo. No es como si le dijera sobre el bebé, y volvimos a la cama, pero nos llevamos bien. Nos estamos conociendo, y nos gustamos. ¿Tiene que haber alguna etiqueta grande?

Ella me estudió con una expresión cuidadosa en su hermoso rostro.



—No necesariamente, pero también te vas a casa pronto. Terminaste con tu trabajo, ¿verdad?

Asentí.

—Solo estoy haciendo algunos toques finales al final, pero... las notas de Atwood en mi borrador fueron más ligeras de lo que esperaba, así que creo que terminaré pronto.

—Solo ten cuidado. —Metió su brazo alrededor del mío mientras la fila se movía—. Simplemente no quiero verte lastimada, ¿okey? Ser mamá soltera ya es bastante difícil sin añadir dramatismo con el atractivo papá futbolista.

Quería reírme, pero no lo hice. Por primera vez en mucho tiempo, pensé en nuestra mamá. Brevemente, al comienzo de mi embarazo, seguía dándole vueltas a la idea de que yo podría ser mala mamá simplemente porque nací de alguien que no era buena mamá, pero la distracción de Jude y nuestra relación había mantenido a raya esas preguntas.

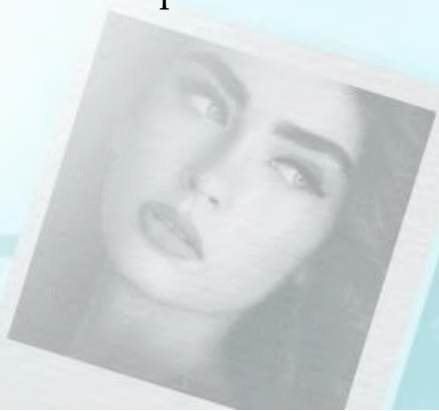
—No crees que ser un mal papá está en el acervo genético, ¿verdad? —le pregunté. Traté de decirlo sarcásticamente, pero en vez de eso, mi voz sonó delgada como un junco y tenue, fácilmente arrastrada por el viento frío, y no como si Isabel pudiera saberlo, pero también pensé en los papás de Jude y lo dura que fue su mamá con él. Quiero decir, sí, pasar por ahí no fue su mejor idea, pero ella difícilmente pudo ocultar su desdén.

Mi mano fue a mi vientre. El pequeño durazno podía hacer expresiones faciales ahora, según leí. Qué raro, ¿verdad? Nada que ver, voces apagadas y movimientos confusos, y mientras Isabel y yo estábamos ahí, podría estar sonriendo.

—Ehh, no. —Ella me dio una mirada rara—. ¿Hablas en serio? Lia…

Levanté la mano.

—Estaba bromeando. Me refería a acostarme con él cuando ni siquiera hemos hablado de la custodia o nada de eso.



En realidad, no estaba bromeando, pero me negué a arruinar este día explorando Londres con mi hermana. Impulsivamente, me incliné y le di un apretón fuerte y doloroso.

—Me alegro de que hayas venido a visitarme.

Ella se apartó y se alejó antes de que pudiera ver su rostro. Se aclaró un poco la garganta y sus ojos estaban rojos cuando volvió a mirarme.

—Claro que sí. Voy a ser la tía favorita.

Me reí.

—Eso es lo que dijo Molly.

Iz puso los ojos en blanco.

—Por favor. Tengo a este en la bolsa.

Nos acercamos a la entrada.

—¿Lista para tu primer partido de fútbol mañana?

—Oh, mi señor —ella bromeó—, incluso te tiene llamándolo fútbol, no soccer. Debe tener un pene mágico.

La empujé.

—Ugh, ¿quién te invitó aquí?

Isabel se rio.

—Sí, estoy muy lista para mi primer partido. Probablemente no debería decirle que apoyé al Liverpool la semana pasada cuando jugaron, ¿eh?

—Probablemente no. —La vi—. ¿Por qué?

—Amy es una gran fan. Ella siempre tiene los televisores en el gimnasio encendidos cuando juega el Liverpool.

Sonreí, pensando en la jefa de Isabel.

—¿Todavía va a vender el gimnasio?

Los hombros de Isabel se hundieron.

—Sí. Estoy muy triste. Ella es como mi Yoda, ¿sabes? Y quién sabe a quién se lo venderá. Podrían ser un hijo de puta o un misógino o un

terrible dueño de un gimnasio. Podrían despedirme porque tal vez no quieren una gerente, y luego me sentiré desamparada y enojada porque amo mi trabajo y no quiero trabajar en ningún otro lado.

Sonreí, pasando un brazo por encima de sus hombros mientras nos dirigíamos a la gran entrada del Palacio de Kensington para que revisaran nuestros bolsos.

—Tal vez ninguna de esas cosas suceda, y ella se lo venda a un hombre atractivo y misterioso que te dejará boquiabierta.

Isabel puso los ojos en blanco.

—Renunciaría antes de que eso sucediera.

—Anímate, Iz. No tienes que preocuparte por nada de eso en este momento. —Coloqué mi bolso sobre mi hombro cuando el guardia de seguridad me lo devolvió con una sonrisa—. Hoy vemos palacios y mañana veremos a los Shorthorns vencer al Tottenham.

El guardia de seguridad resopló.

—¿Qué?

Levantó las manos.

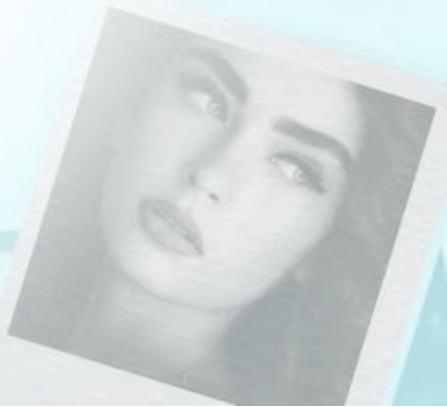
—Estás soñando, querida. Shepperton va a quedar destrozado mañana.

—Jesús —murmuró Isabel—. Pensé que se suponía que los británicos eran amables.

Él nos guiñó un ojo, quitándose el sombrero.

—Gracias.

Entramos al palacio sonriendo, y crucé los dedos para que el estado de ánimo nos durara hasta el día siguiente.



22

Jude

¿Qué dice el dicho acerca de la retrospectiva? Bueno, el mío tenía veinte años, porque debería haber sabido que todo se iría a la mierda cuando el Tottenham nos pateó de cabo a rabo. Sí, marcamos dos goles, pero eso no sirvió de mucho cuando ellos anotaron cinco.

Su maldito capitán, con quien no tenía ningún problema cuando no estaba llevando a mi equipo al suelo, se puso en mi cara más de una vez, llamándome viejo y lento. Podría haber estado bromeando porque el hijo de puta sonrió como un payaso cuando lo dijo, pero todo lo que pude hacer durante noventa minutos más el tiempo extra fue imaginarme dándole un puñetazo en la boca ensangrentada.

Perder siempre era difícil en nuestra liga. Especialmente cuando tu equipo rondaba solo unos pocos lugares por encima del descenso. Cada derrota, cada vez que fallabas en sumar puntos añadía un sentido de urgencia al tiempo pasado en el campo.

Estábamos bien. Por ahora.

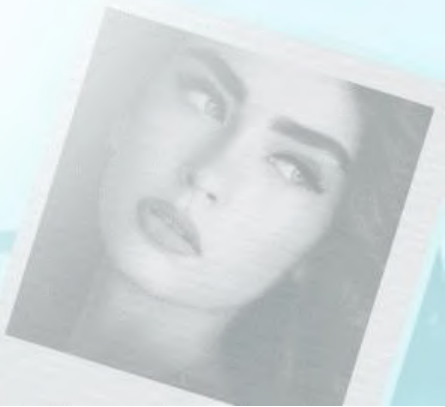
Pero en unas pocas semanas u otro mes o dos, podría ser una historia completamente diferente.

Sin embargo, perder fue aún más difícil cuando tu entrenador te lleva a su oficina y te dice:

—Probablemente te voy a enviar a la banca la próxima semana, Jude, y quiero que lo sepas ahora antes que nadie.

Tomó todo en mí para no explotar.

—Puedo jugar mejor —le prometí.



—Me has estado diciendo eso durante semanas, McAllister. Tengo chicos más jóvenes, más rápidos y más hambrientos, y eso los convierte en mejores opciones para mí cuando trato de ganar más juegos.

Apreté la mandíbula, prácticamente escuché el crujido de mis muelas por el esfuerzo que me costó evitar que salieran las palabras que se agolpaban en mi garganta. Me dolía respirar a través de ellas, respirar a través del moretón en mi orgullo, si era honesto.

No había nada peor para un futbolista que sentirse inútil o un estorbo para su equipo, y después de una derrota húmeda y descuidada en un campo lleno de barro y empapado por la lluvia, inútil era una palabra adecuada para describir cómo me sentía.

Ineficaz.

Y si era honesto, no pude detener la palabra sin valor cuando susurró a través de mi subconsciente. Si no era esto... si no podía hacer esto, ¿qué era yo? ¿De qué servía yo para alguien sin esta parte de mi identidad?

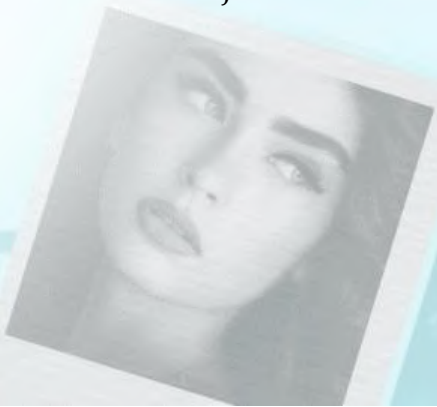
Todas las cosas que solían definirme venían directamente del juego que jugaba. Mi impulso. Mi pasión. Mi ética de trabajo. Ninguna de esas cosas estaba en duda, lo que lo empeoraba aún más. Esas cosas estaban bajo mi control, pero la razón por la que el entrenador quería enviarme a la banca, no era algo a lo que pudiera aferrarme.

Asentí rígidamente y salí de su oficina sin decir una palabra más.

Me bañé. Cambié. Empaqué mi bolso. Nadie me dijo nada en el vestidor, y me alegré por eso.

Se suponía que tenía que pensar lo suficientemente bien como para encontrarme con Lia y su hermana de visita desde Estados Unidos. Lia y yo ni siquiera nos habíamos visto desde que la dejé frente a su apartamento después del desastre en la granja y todo por una buena razón.

Ella estaba terminando su ensayo y no quería parar mientras el trabajo estuviera bien.



Yo estaba entrenando mucho para prepararme para un tramo brutal de Liverpool y luego Tottenham, ambos juegos nos sirvieron para pérdidas brutales.

Putos red birds y putos roasters.

Todo eso para establecer el hecho de que cuando salí del vestidor, estaba de mal humor cuando mi hermano me envió un mensaje de texto.

Lewis: *Lo siento por el partido. ¿Puedes pasar una vez que hayas terminado? Asumo que Lia está contigo. Tengo algo para los dos.*

Yo: *Le preguntaré. Su hermana está de visita desde Estados Unidos y no sé si tienen planes para nosotros después de esto.*

Lewis: *Significaría mucho.*

Eché la cabeza hacia atrás y dejé escapar un suspiro lento. Ese momento justo ahí fue cuando debería haber cancelado todo.

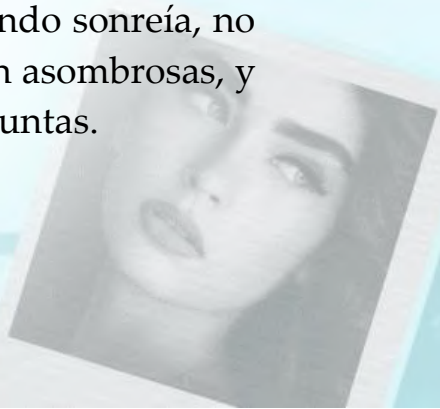
Debería haber llamado a Lia para reprogramar la reunión con su hermana hasta el día siguiente.

Debería haberle dicho a Lewis que se fuera a la mierda porque estaba de un humor horrible.

Pero ese sentimiento inútil solo se habría intensificado, y lo sabía. Lo único que había hecho que valía la pena en los últimos meses era Lia. Solo esa cosa.

Respiré hondo, me pasé una mano por la cara cansada, vieja y lenta, y doblé la esquina donde sabía que las dos mujeres me estarían esperando.

Estaban apoyadas contra la pared tomándose selfies con el logo del Tottenham en el fondo, y me tomé un momento para estudiarlas. La hermana de Lia era más alta que ella, con pómulos más marcados y una mandíbula más afilada. Su cabello era más oscuro, y cuando sonreía, no se extendía tanto como la de Lia, pero las similitudes eran asombrosas, y solo podía imaginar cómo se verían las cuatro hermanas juntas.



Isabel me vio primero, y la mirada que me dio me recordó a un perro guardián del rebaño que solían tener mis papás. En una fracción de segundo, me evaluó con despreocupada cautela. *¿Eres un amigo o un enemigo?* Eso fue lo que vi en sus ojos, con su brazo alrededor de su hermana menor.

Lia me vio y la brillante sonrisa en su rostro borró un poco de mi horrible día.

—Hola —me dijo—. Juego rudo. Lo siento.

Si Isabel no hubiera estado ahí, la habría envuelto en mis brazos para tomar cualquier consuelo que me pudiera haber dado, pero no podía quitarme la sensación de que, como el perro guardián en la granja de mis papás, me destrozaría el brazo si hacía el movimiento equivocado.

Intenté una sonrisa.

—No se pueden ganar todos, ¿verdad? —Lia me vio con curiosidad, luego deslizó su brazo alrededor de mi cintura. Suspiré, besando la parte superior de su cabeza. Extrañaba su olor, extrañaba su sensación a mi lado durante las últimas dos semanas. Mi mano encontró su vientre.

—Cómo has crecido.

Me pellizcó el costado.

—Gracias por señalarlo. —Se giró, señalando detrás de ella—. Esta es mi hermana, Isabel. Isabel, este es Jude McAllister.

Le tendí la mano, que ella estrechó con firmeza.

—Bienvenida a Inglaterra, Isabel. Siento no haber podido darte un mejor partido hoy.

Su sonrisa era pequeña, pero sus ojos habían perdido esa cautela inicial.

—No se pueden ganar todos, como dijiste. Además, fue un buen partido para los fanáticos de los Spurs, ¿verdad?

Froté la mancha en mi pecho sobre mi corazón.

—Espero que no te estés describiendo a ti misma. No puedo soportarlo.

Ella se rio.

—No. Soy aficionada a los deportes, la verdad. Cada vez que puedo ver a alguien competir haciendo algo que ama, eso es de lo que soy fan.

—Un testimonio de tu educación, sin duda. No me sorprende que eleves al atleta sobre el equipo.

Isabel tarareó, compartiendo una mirada con su hermana.

—Los atletas son personas normales...

—Que hacen trabajos anormales— finalizó Lia.

Levanté una ceja.

Lía sonrió.

—Algo taladrado en nuestras cabezas mientras crecíamos para que no colocáramos a los atletas en un pedestal. Porque cuando se equivocan, y lo harán, sabes que tienen días malos como el resto del mundo.

—Muy inteligente —dije—. Sé que dije que podías planear la cena donde quisieras después de esto, pero ¿te importaría mucho si pasamos por el pub de Lewis después de que salgamos? Me preguntó si lo haríamos, dijo que tenía algo para nosotros.

—Por supuesto, no nos importa. —Lia tomó mi mano cuando comenzamos a caminar, explicándole quién era Lewis a su hermana.

—Todos vamos a ser una gran familia feliz ahora, ¿verdad? —preguntó Isabel—. Bien podría conocerlo ahora.

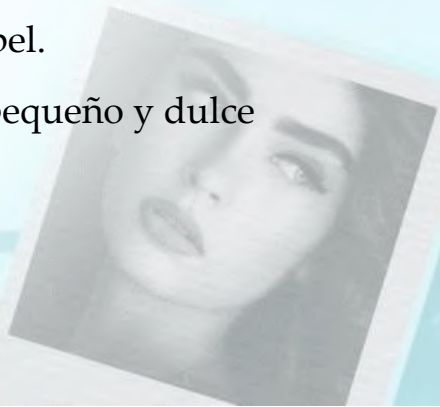
Mi cabeza se giró en su dirección porque no podía decir si estaba hablando en serio o si me estaba molestando, pero por la expresión de su rostro, lo decía en serio, lo que significaba que Lia probablemente no le contó sobre nuestra parada en la granja de mis papás.

—¿No necesitas viajar con el equipo de regreso al hotel? —preguntó Lia.

Negué con la cabeza.

—Lo aclaré con mi entrenador debido a la visita de Isabel.

Ella sonrió ampliamente, y después de mi día, fue un pequeño y dulce alivio que todavía pudiera hacer eso.



—¿Tomaron el metro hasta aquí? —les pregunté, manteniendo la puerta abierta para ellas mientras nos dirigíamos a tomar un taxi negro.

Lia asintió.

—No estuvo tan mal.

—Me encanta todo el asunto de *prestar atención a la brecha* —dijo Isabel, deslizándose en el asiento trasero—. Lo juro, en Estados Unidos, sería como, no te caigas sobre tu maldita cara, y si lo haces, nadie te ayudará a levantarte.

Me reí por lo que sentí como la primera vez en todo el día.

—Eso no puede ser cierto.

Ella se encogió de hombros.

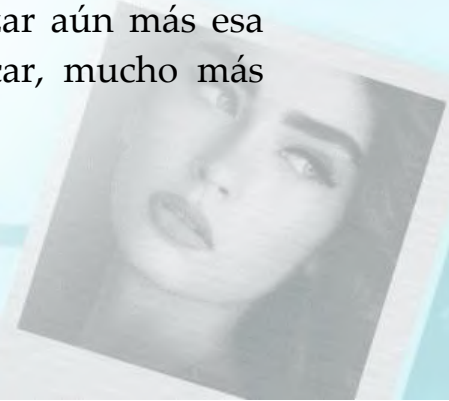
—Tal vez sea una ligera exageración, pero creo que los británicos son más amigables que nosotros en casa. Al menos con los turistas. Incluso cuando hablan mal de los Shorthorns, son tan agradables.

Vi de reojo y su rostro tenía una sonrisa de par en par. Lia me empujó con el codo.

—Ignórala. Te está poniendo a prueba porque es horrible.

Sus burlas eran tan naturales, y durante todo el trayecto hasta el pub de mi hermano, fue extraño dar testimonio de lo fáciles que eran sus interacciones. Tenían bromas internas. Se reían la una de la otra y de sí mismas tan fácilmente. Hablaron de su familia, de vacaciones, de ver partidos juntas. Cómo Isabel volteó una mesa una vez cuando perdió un partido de Monopoly de siete horas de duración con su sobrino de nueve años. Fue un vistazo a cómo se criaría a nuestro hijo, y se clavó como una rebaba debajo de mi piel.

Cuando solo éramos Lia y yo dentro de la pequeña burbuja que habíamos creado, era fácil ignorar la dinámica que ella podría tener con su familia, e incluso cuando reconocí que mi hijo se criaría en torno a una familia amorosa y solidaria, solo sirvió para profundizar aún más esa sensación de inutilidad. Una astilla que no podía sacar, mucho más dolorosa de lo que debería haber sido.



Debido al tráfico que salía de White Hart Lane y solo de Londres en general, nos tomó un tiempo regresar al sur hacia el pub. Para cuando nos detuvimos en The Red Lion, todos estábamos tranquilos: Lia porque tenía hambre y estaba cansada, Isabel porque todavía estaba luchando contra el cambio de horario, y yo... bueno... porque aquel día fue una auténtica mierda de principio a fin. La lluvia había amainado y, mientras le pagaba al conductor, Lia e Isabel se acurrucaron bajo el toldo del pub para protegerse del frío.

Incluso eso, mantenerla caliente, no era mi trabajo mientras su hermana estaba cerca, y era difícil no sentirme reemplazado.

Era un síntoma de mi día, sin duda, y otro recordatorio flagrante de que debería haber cancelado. Todo esto. Observé el brazo de Isabel alrededor de los hombros de Lia, la vi tocar el vientre de Lia debajo del abrigo y se rieron de algo que no pude escuchar.

Sostuve la puerta abierta con una sonrisa y saludé cuando alguien que vestía una camiseta del Tottenham gritó desde la ventanilla de su auto:

—Gracias por la victoria, McAllister.

Las cejas de Isabel se levantaron un poco.

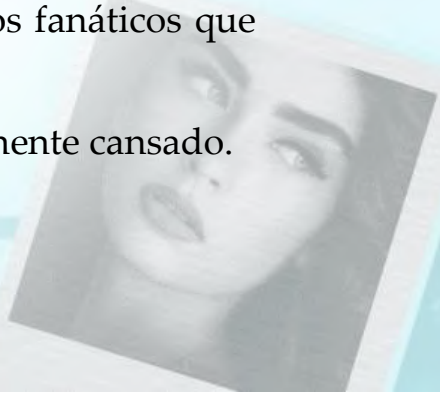
—Te acostumbras —le dije en voz baja.

—¿Lo hiciste?

Pensé en esa pregunta mientras me precedían en el pub. Estaba más ocupado que la noche en que conocí a Lia, y saqué un gorro negro de donde lo guardaba en un bolsillo interior de mi abrigo y me cubrí la cabeza. No, nunca me acostumbré.

Los fanáticos le gritaban todo tipo de cosas a los jugadores. Algunos eran divertidos, algunos eran comprensiblemente agravantes, algunos eran horribles: insultos con carga racial que los prohibieron de por vida de los partidos de su equipo favorito, y hasta cierto punto, no, nunca me había acostumbrado a eso. En los días buenos, era más fácil bloquear el ruido, silenciar las voces negativas y concentrarme en los fanáticos que llevaban el juego en la sangre.

Pero en días como este, simplemente me sentía jodidamente cansado.



Por eso decidí responderle honestamente a Isabel.

—No, realmente no.

Ella hizo una pausa.

—¿Pero vale la pena?

—Vale la pena todo —respondí de inmediato.

Eso la hizo sonreír con lo que probablemente era la expresión facial más cálida que había visto en ella.

—Todos los grandes dicen eso.

—Ya no sé lo grande que soy. —Me encogí de hombros, haciendo un gesto hacia la parte trasera del pub donde Lewis solía guardar una mesa más privada cuando sabía que iba a venir.

—No sé si Lia te dijo lo que yo hago —dijo Isabel mientras bordeábamos una mesa larga.

—Eres una especie de entrenadora personal, ¿verdad? ¿En un gimnasio de boxeo?

Ella asintió.

—Tenemos muchos atletas que vienen a nuestro lugar, algunos por mi conexión con los Wolves y otros por mi jefa, Amy, y lo primero que aprendí al observarlos es que su grandeza nunca se desvanece. Entrené a alguien de unos sesenta años el verano pasado que solía ser jugador de béisbol. Se lastimó el hombro y tuvo que retirarse antes de lo que quería, pero ese hombre, a pesar de que tiene más del doble de mi edad, tenía un fuego en él que me voló la cabeza. —Isabel se encogió de hombros, mirándome por encima del hombro—. Creo que lo que hace *grande a los grandes* es algo dentro de ellos. Incluso cuando su cuerpo los traiciona, todavía está ahí.

Un estallido de risa detrás de nosotros hizo que no pudiera responderle, pero cuando nos acercamos a la parte de atrás, no podía dejar de pensar en lo que había dicho, tratando de descifrar si me parecía cierto.

Delante de nosotros, vi a Lewis salir de detrás de la barra y saludar a Lia con un abrazo y una sonrisa amistosa. No era de extrañar que ella se

lo hubiera ganado cuando vieron un partido juntos, pero también vi la sorpresa en su rostro cuando ella lo abrazó, y la forma en que trató de no mirar su estómago visible detrás de la sudadera de Shepperton ajustada al cuerpo que llevaba.

—Maldita sea, mierda —susurré por lo bajo.

La mirada de Isabel se centró en mí.

—¿Qué?

—Yo, eh, mi hermano aún no sabe que Lia está embarazada, y creo que lo acaba de descubrir.

—Ahh. —Ella levantó la barbilla—. Oh, wow, ¿entonces conoceremos a toda la familia?

Se me revolvió el estómago cuando mis papás se levantaron de la mesa del fondo y nos miraron con cautela mientras nos acercábamos.

Vi a Lewis, quien levantó las manos.

—Jude, mamá me contó lo que pasó cuando pasaste por ahí. Ya es hora de que ustedes tres tengan una conversación decente.

—¿Y pensaste que esta noche era el mejor momento para hacerlo? —siseé. Señalé con la mano a Lia e Isabel, que estaban de pie junto a la barra, esperando para acercarse a mis papás hasta que estuve con ellas—. No estoy de humor, Lewis.

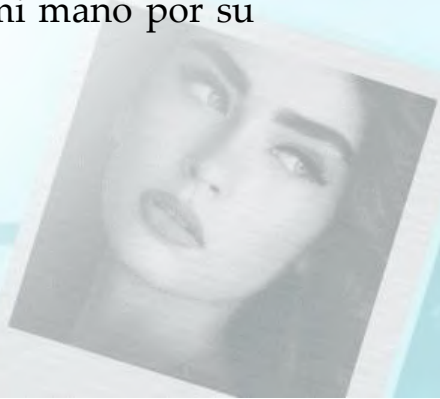
Levantó las cejas lentamente.

—¿Alguna vez lo estás? Pensé que con ella aquí, tal vez te las arreglarías para ser cortés, y si esperaban verte, podrían intentar lo mismo. —Negó con la cabeza—. Todos ustedes son tan malditamente tercos que me enferman.

Deslizando mi lengua sobre mis dientes, traté de respirar a través de lo que su presencia inesperada hizo en mi estado de ánimo.

Lia me dio una sonrisa comprensiva cuando deslicé mi mano por su espalda.

—Lo siento por esto —le dije.



—No me pidas disculpas. No me importaría conocer mejor a tu familia, pero... —Su voz se apagó cuando les dio a mis papás una rápida mirada debajo de sus pestañas—. No sé si esta es la mejor manera de hacerlo.

Isabel vio entre nosotros.

—¿De qué me estoy perdiendo?

—Estás a punto de averiguarlo —exhalé—. Vamos, también podríamos terminar con esto.

Lewis le murmuró algo a mis papás, y mi papá asintió con fuerza.

Mi papá parecía mayor, al igual que mi mamá, y me dio la misma inclinación de cabeza que le acababa de dar a mi hermano.

—Jude. Me alegro de verte.

Mi mamá miraba con los ojos muy abiertos el estómago de Lia. No había ninguna parte de ella que intentara ocultarlo.

—Papá, mamá. —Hice un gesto hacia Isabel con mi mano libre, la otra estaba ocupada sosteniendo la de Lia como si fuera un maldito salvavidas—. Isabel está aquí desde Estados Unidos, es la hermana de Lia. Mamá, te acuerdas de Lia.

Ella asintió, dándole a Lia una pequeña sonrisa.

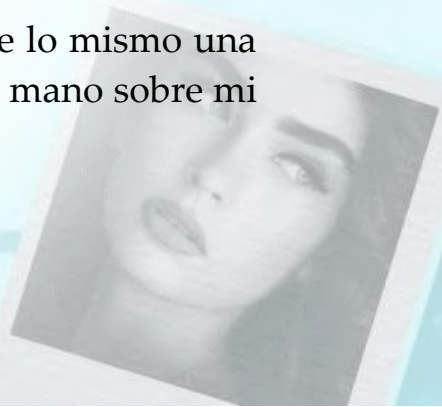
—Hola de nuevo. Es... es bueno verte.

Lia le devolvió la sonrisa, levantando la mano para frotarse el estómago. La había visto hacerlo tantas veces, pero nunca había sido tan consciente de ello. Para ella, probablemente era un consuelo poder inclinarse y sentir esa cálida curva de carne como yo lo había hecho todas las veces que habíamos estado juntos en la cama.

La frente de mi papá se arrugó cuando la vio.

—Estaba trabajando cuando ustedes dos fueron el otro día. Lewis pensó que deberíamos hacer un viaje y tratar de... hablar.

Isabel y Lia sacaron pesadas sillas de madera y yo hice lo mismo una vez que Lia se sentó a mi derecha. Al sentarse, deslizó su mano sobre mi muslo y lo apretó. Isabel vio a Lewis.



—Una cerveza sería genial.

—Por supuesto. ¿Te importaría ver nuestra lista de grifos?

—No. Solo... cualquier tipo será perfecto.

Aparté la mirada con un sentimiento de vergüenza cubriendo cada parte de mi piel. En el camino hasta aquí, ellas fueron todo calidez y comodidad.

Y luego estaba mi familia. Disfunción y malestar.

Mi papá le susurró algo a mi mamá antes de encontrar mi mirada.

—¿Cómo estuvo tu partido esta noche? ¿Ganaste?

Lia resopló lentamente cuando Isabel agarró apresuradamente la cerveza que Lewis le trajo. Inhalé lentamente, luego exhalé aún más lentamente, pero no ayudó.

—No. Nos patearon el trasero.

Mamá frunció el ceño y papá apartó la mirada. La mano de Lia volvió a apretar mi pierna y la vi.

—*Inténtalo* —articuló ella—. *Por favor*.

Por primera vez desde que conocí a Lia, estaba furioso con ella. Me estaba pidiendo algo sin tener la menor idea de cuánto podría costarme, pero ese era el punto, ¿no? Ella no tenía idea porque nunca se lo dije.

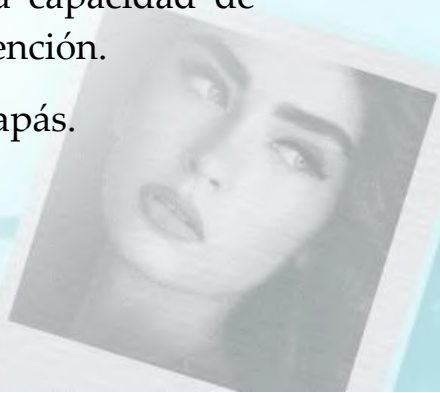
Desinfló la mayor parte de la ardiente rectitud que alimentaba mi ira. Pero la frustración, la sensación subyacente de inutilidad, no se disiparon. Quizá porque no era fuego. No era ardiente, algo que pudiera avivarse y cuidarse.

Lo que había estado sintiendo todo el día era más como una niebla. Turbia. Oscura. En todos lados.

Nada que pudieras tocar, pero inundaba absolutamente los sentidos.

El fuego se podía extinguir, pero la niebla... tenía la capacidad de destruir todo a su paso si no observabas con suficiente atención.

Tragué saliva, puse mi mano sobre la suya y vi a mis papás.



—Esto puede sorprenderte —dije a la ligera—, pero el fútbol es en realidad lo último de lo que me gustaría hablar en este momento.

Mis papás intercambiaron una mirada cargada.

—Está bien —dijo mi papá. Sus manos, grandes, ásperas y endurecidas por la granja, se cerraron alrededor de su vaso de agua—. Está bien. ¿De qué te gustaría hablar, Jude? Somos… —Su voz tropezó levemente—. Estamos aquí para escuchar.

Lewis terminó de poner agua frente a Lia, Isabel y yo y se sentó en la última silla libre en la mesa, mirándonos cuidadosamente.

—Tal vez Lewis debería decirnos por qué programó este evento familiar —dije.

Mi hermano le dio a Lia e Isabel una sonrisa tímida.

—¿Puedo culpar a estar borracho en ese momento?

Rodé los ojos.

—Si bebieras más de una cerveza a la semana, lo creería.

—Tal vez era una cerveza muy fuerte.

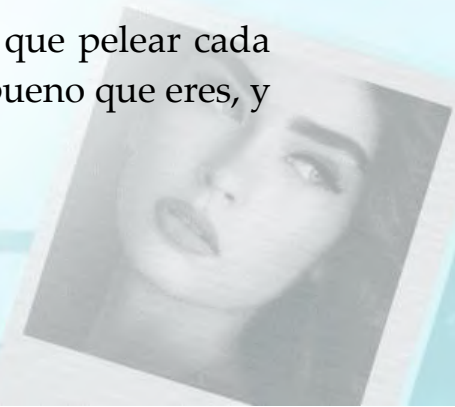
— Lewis. —Mamá suspiró—. No es momento para bromas. Tu papá y yo manejamos un largo camino para venir aquí, nos tomamos un tiempo fuera de la granja. Dijiste que era importante.

—Lo es. —Extendió sus manos ampliamente—. Esta es nuestra familia, y estamos haciendo un trabajo de mierda actuando como tal. Ustedes odian que él juegue fútbol, lo entendemos, pero ha estado jugando durante más de una década. Maldita sea, supérenlo.

Mi frente se arrugó ante su vehemente defensa. Nunca había escuchado a Lewis, el feliz, el hombre en medio de nuestro pequeño pleito, hablar por mí de esa manera.

Se volteó hacia mí.

—Y tú, deja de caminar como si tuvieras una guerra que pelear cada vez que los ves. No entienden el juego, no entienden lo bueno que eres, y no los necesitas para hacer tu trabajo. Déjalo ir.



Apreté la mandíbula con fuerza y vi hacia la mesa.

—Entendemos lo bueno que es —dijo mi mamá en el cargado silencio que siguió. El pub no estaba en silencio, pero nuestra mesa era como un cementerio por lo mortalmente silencioso que estaba—. Pero tienes razón, Lewis, no entendemos su vida, no entendemos cómo puedes sacrificar todas las cosas que realmente importan por un juego que no estará ahí para él. Una vez que haya terminado, una vez que la multitud deje de vitorear su nombre, ¿qué le quedará? Ha alejado a cualquiera que lo ama por el elogio vacío de los extraños.

Mis ojos se elevaron lentamente hacia los suyos, y sentí que la niebla nublaba mi visión por un momento.

Por el rabillo de mi visión, vi a Lia e Isabel intercambiar una mirada. La cerveza de Isabel ya se había acabado, pero nunca aparté los ojos de mi mamá.

—¿Eso es lo que piensas de mí? —le pregunté en voz baja.

—Es lo que sabemos, hijo —respondió papá—. Cambiaste, y no para mejor. Puede que seas un dios para ellos, pero para nosotros, eres solo el hijo que ya ni siquiera reconocemos.

—Papá —dijo Lewis bruscamente.

Lia se inclinó hacia adelante mientras yo luchaba por recuperar el aliento.

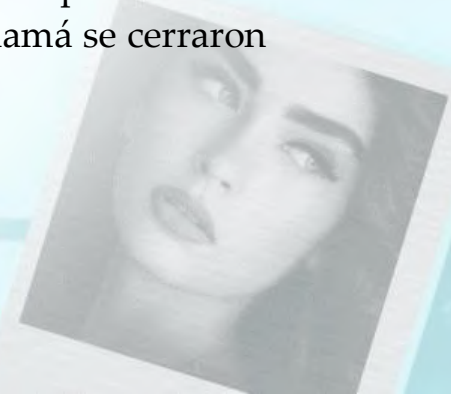
—¿Cómo se atreve a hablarle así? —dijo ella en un tono frígido. Los trozos de hielo colgaban de sus palabras—. Qué vergüenza.

Mis papás la miraron atónitos. Demonios, yo también.

—Sé que tiene una relación con él —dijo mi papá con rigidez—, pero usted no tiene nada que ver con esto, señorita.

—Ella va a tener a mi hijo —le dije.

Una bomba podría haber estallado sobre la mesa con un impacto menos dramático que el que acababa de decir. Los ojos de mi mamá se cerraron y los de mi papá se abrieron. Lewis se frotó la frente.



—Ella es una maldita parte de esto porque va a tener a tu primer nieto. Felicidades a los dos —dije suavemente—. Y te diré por qué lo que acabas de decir no puede tocarme, papá. Porque ese niño tendrá todo lo que nunca me diste, le daré apoyo, le daré ánimos. Le daré todo lo que necesite o quiera porque he aprendido de ti lo que no se debe hacer.

Enrosqué mi brazo alrededor de Lia, cuyos hombros estaban rígidos como una tabla.

—Si mi hijo quiere jugar fútbol, estaré en todos los malditos partidos. Si quiere ser pintor, compraré todos los grabados. Si quiere bailar o cantar o... ser un granjero, estaré ahí en cada paso del camino. Porque eso es lo que hace un buen papá, y tú me enseñaste cómo ser brillante. —Me encogí de hombros, sintiendo la niebla rodar insidiosamente de mi cuerpo con cada palabra que les lanzaba—. Todo lo que tengo que hacer es no ser como tú, y seré el mejor puto papá del mundo.

Mi mamá se secó una lágrima del rostro mientras se levantaba de la mesa.

—No me sentaré a escuchar esto.

Mi papá la siguió, como siempre lo hacía, dándome una mirada atónita de derrota.

Lewis se sentó con la cabeza entre las manos. Isabel tenía una mano tapándose la boca con los ojos cerrados, y Lia, estaba congelada a mi lado.

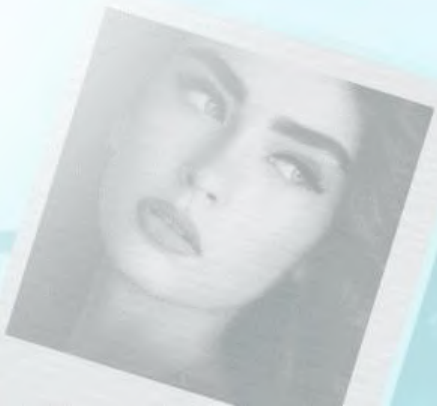
—Siento que hayas tenido que soportarlos así —le dije, frotando una mano en su espalda.

Apenas había tenido tiempo de parpadear, y ella se puso de pie tan rápido que su silla cayó hacia atrás.

—¿Lia?

—Me tengo que ir. —Vio a su hermana, y lo que sea que estaba en su rostro, Isabel asintió. Lia se volvió a poner el abrigo y noté que le temblaban las manos.

—Espera —me puse de pie—. ¿Es por ellos?



Ella no me vio mientras colgaba su bolso sobre su hombro. Lewis aún no se había movido.

—Lia —dije con más firmeza—. Háblame. —Cuando ella me vio, la mirada en sus ojos estaba angustiada. Ni siquiera estaba seguro de qué palabra usar para describirlo, pero me hizo dar un paso atrás, sacudiendo la cabeza—. Espera, háblame. ¿Qué está sucediendo?

Se dio la vuelta para irse, y cuando me moví para seguirla, Isabel me tendió la mano, justo por debajo de mi pecho, y levanté mis manos.

—Vas a dejar que se vaya en este momento. —Sus ojos, del mismo azul que los de Lia, eran feroces y brillantes.

Respiré por la nariz, con fuerza.

—Solo quiero saber qué está mal. No puedo *arreglarlo* si no sé lo que está mal.

—Hombres —murmuró, pellizcándose el puente de la nariz, antes de volver a mirarme—. Yo no juzgo a nadie por tener problemas familiares, pero te prometo que en este momento, no querrás presionarme en esto porque perderás.

—¿De qué diablos estás hablando? —siseé—. No se trata de presionar o perder. Solo quiero hablar con ella. No *quiero* que ella se altere.

Isabel sostuvo mi mirada.

—Me importa una mierda lo que quieras, Jude. Le darás a mi hermana un minuto para respirar, ¿okey?

Mi mandíbula estaba tan tensa que podía sentirlo hasta el fondo de mi cuello, pero asentí.

—Nos hospedaremos en el Hotel Leonard de Hyde Park. Ella hablará contigo mañana.

Me costó mucho no volver a gritar su nombre, pero las dejé salir del pub.

¿Por qué mi interior se sentía todo retorcido y anudado con fuerza? Algo estaba mal, algo tiró en una dirección que no debería haber sido cuando me dio la espalda. Algo que reconoció, incluso antes que yo, que

se suponía que ella y yo estábamos viendo en la misma dirección, pero ahí estaba yo, inmóvil mientras ella se alejaba.

Si pensaba que me había sentido inútil antes, no era nada comparado con cómo me sentía en ese momento. Me hundí en la silla vacía de la mesa y me di cuenta de que había cosas peores que estar en la banca o perder juegos. Había cosas peores que tener papás terribles.

Fue cagarla con la primera mujer que se encontró en mi miserable excusa de corazón.

23

Lia

Isabel me acompañó fuera del pub e inmediatamente tomó un taxi negro que pasaba. No dijo ni una palabra después de que nos acomodamos en el sillón, y por eso, estaba agradecida. Todo lo que quería hacer era volver al hotel y esconderme debajo de las mantas. Una vez que hice eso, una vez que estuve a salvo ahí, pude empujar para abrir la válvula de escape de toda la tensión que se acumulaba, se acumulaba y se acumulaba.

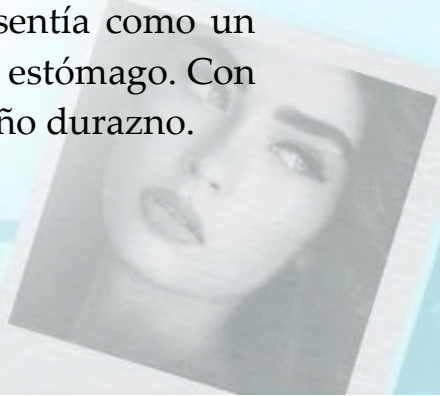
A través del techo corredizo panorámico de la cabina, vi aturdida las hermosas luces de Londres mientras avanzábamos lentamente hacia Hyde Park. Mis dedos fueron la primera parte de mi cuerpo en temblar, e Isabel entrelazó los suyos con los míos y los apretó como si pudiera darme su fuerza por ósmosis.

¿Cómo había logrado pasar tanto tiempo sin estar con nadie de mi familia?

La voz que solía susurrar preguntas que no sabía cómo responder estaba justo ahí. *Bloqueaste todo lo desagradable, todo lo difícil. Ignoraste las cosas en las que dolía pensar, y pudiste hacer eso porque Jude no te conoce lo suficientemente bien como para presionarte.*

Y tú tampoco lo conoces, fue el siguiente pensamiento horrible. *Yo no lo conocía en absoluto.*

Mis piernas comenzaron a rebotar a continuación, y respiré lentamente mientras nos acurrucábamos por las calles oscuras. Se sentía como un útero dentro de ese auto, y con mi mano libre, me froté el estómago. Con suerte, no estaba transfiriendo mi estrés o mi ira al pequeño durazno.



Y, oh, estaba enojada.

Conmigo misma, y con Jude. Definitivamente con sus papás idiotas.

La ira era lo que había en la vibración de mi cuerpo que crecía lentamente. Me recordó cuando Logan se casó con Paige. Me sentaba en la isla de la cocina mientras ella hacía pasta casera. Fue un desastre. Fideos colgando por todas partes mientras se secaban, pero mi parte favorita, además de comer, fue ver cómo el agua comenzaba a hervir.

No importaba cuál era la temperatura del agua cuando la ponía sobre las llamas, siempre comenzaba de la misma manera. Pequeños puntos diminutos, apenas visibles, mientras se movían en líneas danzantes hacia la superficie. Los puntos crecían, pero solo si mirabas con mucha atención, y ese era mi trabajo, estar atenta a las grandes burbujas que finalmente hacían que el agua se agitara con furia.

En este momento, yo era la olla de agua hirviendo, y en el momento en que alguien levantara la tapa, probablemente iba a explotar en un desastre de lágrimas, hormonas y tensión en los párpados apretados.

Isabel apretó su agarre en mi mano. Tan diferentes como éramos las cuatro chicas, una cosa que teníamos en común era que éramos muy tranquilas y serenas. Hasta que no éramos tan tranquilas y serenas. Entonces necesitábamos alejarnos de todos porque todos los sentimientos estaban a punto de explotar en un estallido desordenado. Hasta Logan, habíamos aprendido a mantener esos sentimientos bajo control porque nuestra mamá simplemente... no podía ser molestada.

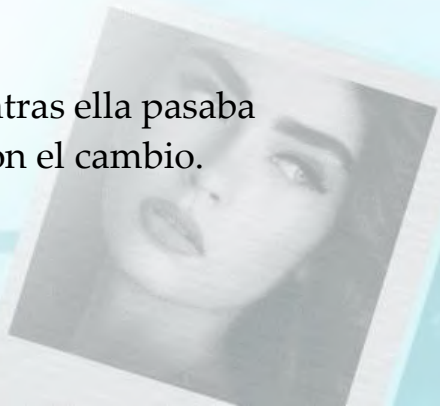
—Casi llegamos —murmuró.

Asentí, pero sentí el hormigueo en el puente de la nariz, y la presión ardiente en la parte posterior de los ojos.

Traté de concentrarme en las luces, la arquitectura, los arcos en las puertas y las hermosas columnas en filas, cualquier cosa para mantener la voz de Jude fuera de mi cabeza mientras hablaba con sus papás.

Mis ojos se cerraron con fuerza.

—Estamos aquí, Lee —susurró Isabel. Salí del taxi mientras ella pasaba un fajo de libras arrugado por la ventanilla—. Quédese con el cambio.



Él silbó.

—Gracias.

Con su brazo envuelto alrededor de mis hombros, subimos los escalones del hotel y atravesamos el tranquilo vestíbulo hasta el pequeño ascensor. Todo, manos, brazos, mentón, temblaba cuando Isabel abrió la puerta. La primera lágrima estaba caliente en mis mejillas. La segunda bajó más fácilmente. Me castañeteaban los dientes cuando nos tuvo adentro.

—Mierda —jadeé, con las lágrimas deslizándose inmediatamente por mi rostro—. Oh, mierda, ¿los escuchaste? ¿Cómo se hablaban? Yo no sabía *nada* de esto, Isabel.

—Escuché —dijo lentamente—. Eso fue... eso fue brutal, Lia. —Se quitó el abrigo y lo dejó sobre la silla junto al escritorio mientras negaba con la cabeza—. Y yo que pensé que nosotros teníamos algunas dinámicas familiares incómodas.

Me reí, pero el sonido que salió fue patético y acuoso. Presioné ambas manos contra mi pecho y traté de calmar mi creciente pánico.

—N-no puedo hacer esto —tartamudeé—. No estoy lista para hacer esto.

Isabel se paró frente a mí, deslizando sus manos arriba y abajo de mis brazos.

—Mírame, tomemos un par de respiraciones profundas, ¿okey? Por la nariz.

Hice lo que me pidió, pero mis inhalaciones eran inestables y mis exhalaciones rápidas.

—¿Crees que el egoísmo es genético? —pregunté con un sollozo ahogado—. Como, el pequeño durazno está totalmente, realmente jodido porque yo vengo de Brooke, Jude y sus papás… —se me quebró la voz.

—No —interrumpió ella—. No, ¿ni siquiera lo pienses, okey?

—Pero ¿cómo estás tan segura? No es como si la gente *tratara* de fastidiar a sus hijos. Él y yo no hemos hablado de nada importante.

Simplemente... lo ignoramos todo, y no sé cómo estás tan segura de que podremos hacer esto.

Los ojos de Isabel se pusieron sospechosamente brillantes, pero parpadeó un par de veces y desapareció.

—La razón por la que estoy tan segura es porque las personas egoístas no se preguntan si son egoístas. Hacen lo que les da la gana y no piensan en las consecuencias de sus actos. Brooke nos dejó porque pensó que sería más feliz. Ella pensó que la vida sería más fácil sin nosotras, y al diablo con eso, probablemente tenía razón. A veces éramos pequeñas salvajes, pero te garantizo que nunca se preocupó por el daño que dejó atrás, porque era, es, egoísta hasta la médula. —Isabel presionó su frente contra la mía, envolviéndome en un fuerte abrazo—. No eres como ella porque en este momento, después de algo duro, estás preocupada por lo que esto significa. ¿Serás una mamá increíble, okey?

—Okey. —Le devolví el apretón, dejando que el abrazo fortaleciera cualquier parte de mí que se sintiera mal preparada para... bueno... nada de eso, en realidad. Inhalé—. ¿Y Jude?

Ella exhaló una carcajada.

—Bueno… creo que Jude necesita dos cosas.

—¿Qué?

—Un excelente terapeuta y una patada en las pelotas. Debería haberte advertido.

Se sentía bien reír, aunque fuera a través de mis lágrimas. Me hundí en la cama, limpiándome las mejillas.

—Creo que los papás necesitan unas patadas aún más que su hijo.

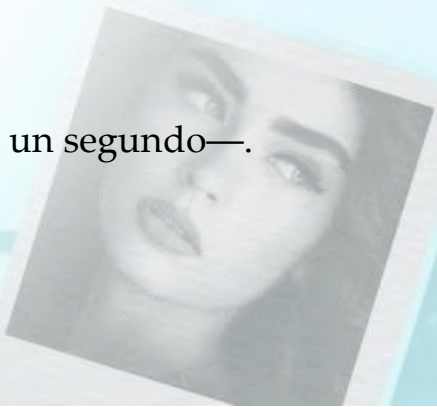
Ella asintió.

—No puedo imaginarme diciéndole ese tipo de cosas a tu hijo.

Enterré mi cara en mis manos y respiré hondo.

—No debería haberme ido así.

—No, probablemente no. —Isabel se quedó callada por un segundo—. ¿Por qué lo hiciste?



Mis mejillas se hincharon con una fuerte exhalación.

—Lo juro, mi cuerpo se movió antes de que mi cerebro supiera lo que estaba haciendo. Solo quería… salir. No quería enfrentar lo poco que sabía sobre él, y ellos, y el tipo de familia en la que nacerá este bebé.

Ella tarareó, pasando una mano por mi espalda mientras se sentaba a mi lado.

—Las cosas que son buenas entre nosotros, Isabel, son tan buenas. Las partes que somos solo él y yo. Me estaba enamorando de él incluso antes de que supiera que estaba sucediendo. —Se sentó a mi lado y bajé la cabeza hasta su hombro—. Creo que eso es lo que hizo que fuera tan fácil ignorar todas las cosas que estaban... no sé, separadas de nosotros. Suena tan inmaduro cuando lo digo así. Un chico atractivo hizo que mi cabeza diera vueltas, así que olvidé hablar sobre lo que sucedería cuando naciera nuestro hijo.

—No lo olvidaste, Lia. Apenas estás en tu segundo trimestre. —Me dio un codazo con el hombro—. No seas tan dura contigo misma. Estás en otro país, lejos de tu familia, y él te hizo feliz. ¿Verdad que sí?

Asentí.

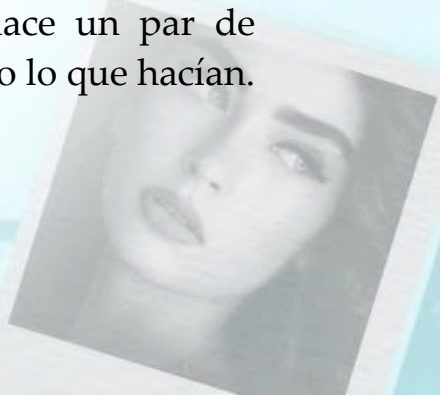
—¿Mencionó alguna vez el futuro? —me preguntó.

—No precisamente. Quiero decir, mencionó el hecho de que terminaría la temporada y podría viajar a Seattle para el nacimiento, así que ambos sabíamos que estaría en casa, pero creo que contaba con mi comprensión de las exigencias de su carrera, ¿sabes? No es como si simplemente pudiera... presionar pausa en la temporada y venir a pasar el rato en Estados Unidos y ver cómo se me hinchan los tobillos.

—No —dijo con cautela—, no puede. Pero debe haberlo pensado.

—Creo que lo hizo. —Me puse de pie, agarrando mi botella de agua de la mesita de noche para tomar un largo sorbo. Los arrebatos emocionales me picaban la garganta—. Recuerdo que me preguntó algo extraño cuando estábamos viendo el partido de los Wolves hace un par de semanas. Me preguntó cómo era ver a mi familia haciendo lo que hacían.

Isabel tarareó.



—¿Eso fue todo?

—Es como... es como si nunca hubiera tenido un verdadero apoyo, así que no entiende a la familia como una unidad, ¿sabes? ¿Y no somos nuestro pequeño equipo? ¿Los Ward?

Ella resopló.

—Los Ward son como su propia *pandilla.* Nos defenderemos unos a otros hasta la muerte, y una vez que estés dentro —dijo siniestramente—, nunca podrás salir.

Los extrañaba. A nuestro equipo. Con el agotamiento del día instalándose como una capa de hierro sobre mis hombros, todo lo que deseaba era poder parpadear y encontrarme de vuelta en casa. Encontrarme rodeada de todas las personas que mejor me conocían. Normalmente, vivía la vida con ganas de ver, hacer e ir, pero todo esto, la novedad y lo nuevo, me hizo desear volver a casa.

Por primera vez en mi vida ansiaba la rutina que tenía ahí y la uniformidad que había dejado.

Aunque cuando volviera a casa, ya fuera con Isabel o un par de semanas después, no regresaría a la misma vida.

Todo, toda mi vida, sería diferente, y no podía ignorar las partes que eran difíciles, las partes que me asustaban más.

—¿Qué es esa mirada en tu cara? —preguntó Isabel en voz baja.

—Creo que es lo que Claire llamaría autorrealización, o como sea que diga el consejero. —Suspiré pesadamente—. Tengo que hablar con Jude.

Me frotó la espalda.

—¿Qué vas a decir?

Me encogí de hombros.

—Supongo que, no sé, aparecerá mágicamente en mi cabeza cuando lo vea.

Alcanzando mi bolso, saqué mi teléfono, y ahí estaba su nombre, en una serie de mensajes de texto.

Jude: *Lo siento por mis papás. Son unos hijos de puta molestos.*

Jude: *Tu hermana me pidió que te diera esta noche, y lo respetaré.*

Jude: *Pero no quería estar al otro lado de Londres en el hotel con el equipo, así que reservé una habitación en el mismo hotel en el que te estás hospedando. Si quieres, puedo ir a tu habitación por la mañana, o estoy en la 327 cuando quieras hablar.*

Negué con la cabeza.

—Futbolista agresivo, acostumbrado a salirse con la suya.

—¿Qué? —Isabel vio por encima de mi hombro—. Oh, Dios, no lo hizo.

Poniéndome de pie, me miré en el espejo y me encogí de hombros.

—No está tan mal —dijo Isabel.

Señalé mi rostro.

Ella hizo una mueca.

—Okey, te pones un poco manchada cuando lloras. ¿Pero si planeas hablar con él ahora? Una ventaja por el impacto, te diré.

Poniendo los ojos en blanco, le envié un mensaje de texto a Jude diciéndole que estaba de camino a su habitación.

—¿Segura que quieres ir ahí? —preguntó Iz.

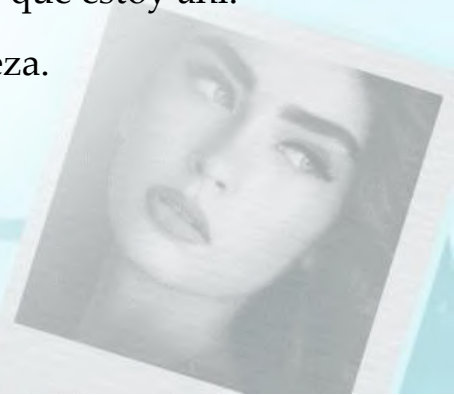
Asentí.

—Me da control de cuándo quiero irme. No quiero tener que pedirle que se vaya… si sale mal.

—¿Quieres que te acompañe? —Era una invitación simbólica; Podía verlo en su rostro. Yo sabía y ella sabía que necesitaba hacer esto yo sola—. Puedo esperar en el pasillo, si solo... quieres saber que estoy ahí.

Sonreí, dejando un beso en la parte superior de su cabeza.

—No, pero gracias. Volveré pronto.



Cuando la puerta del hotel se cerró detrás de mí, me tomé un momento para respirar hondo antes de bajar el tramo de escaleras que separaba su habitación de la nuestra. No hubo un momento mágico en el que supe lo que debía decirle, el primer momento de ajuste de cuentas entre Jude y yo.

En realidad, me di cuenta, eso no era exactamente cierto. Habíamos tenido uno antes. Cuando le dije que estaba embarazada, y en esa fracción de segundo antes de que pudiera filtrar su reacción, las palabras que salieron fueron egoístas. Desconsideradas.

Y las palabras que salieron de mí eran de enojo.

Sí, pude entender su reacción, dada la naturaleza de su trabajo, y yo podía entender la mía porque nadie quería que lo llamaran mentiroso, pero mientras caminaba por el pasillo, supe la verdad ineludible. Nuestros instintos en esto, los deseos que gobernaban nuestras reacciones, que gobernaban nuestras interacciones y química tangible, necesitaban trabajo. Al menos si alguna vez íbamos a ser papás compartidos de una manera saludable.

Co-padres. No más dormir juntos. No más besarse en su sofá. No más vacaciones en la campiña inglesa.

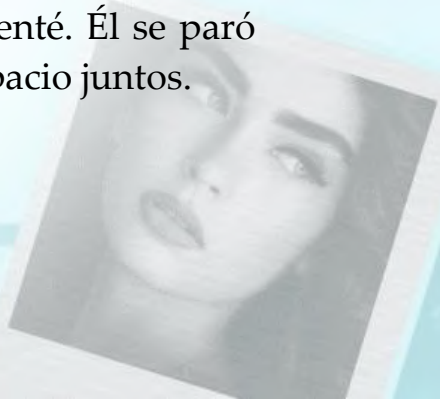
Algunas lágrimas sueltas se escaparon del rabillo del ojo cuando pensé en todas esas cosas, y en cómo había permitido que nublaran mi juicio durante meses, simplemente porque teníamos talento para hacernos sentir bien el uno al otro. Haciéndonos olvidar el uno al otro.

Cuando llegué a su puerta, dejé escapar un lento suspiro. Antes de que pudiera siquiera levantar el puño para llamar, la abrió. Jude, en el poco tiempo desde que lo vi en el pub, parecía destrozado.

Su cabello era un desastre, como si hubiera estado pasando sus manos por él.

—Lia —exhaló—, lo siento mucho.

Sin una palabra, entré en su habitación, pero no me senté. Él se paró frente a mí después de que la puerta nos encerró en el espacio juntos.



—Yo también lo siento —le dije—. No debería haber corrido así. —Incliné mi cabeza hacia él—. ¿De qué lo sientes?

Parpadeó.

—P-por mis papás. Eso fue... bueno, fue horrible.

Asintiendo, le di un estudio cuidadoso. Las palabras, al parecer, estaban ahí, justo cuando las necesitaba.

—Lo fue. No deberían hablarte de esa manera, y solo puedo imaginar cuánto te ha dolido eso a lo largo de los años.

Él desvió la mirada.

—Ya no me duele. Perdieron ese poder hace años.

La negación y la vergüenza a menudo iban de la mano. Una de las cosas aleatorias que recordé sobre ayudar a Claire a estudiar para algunas de sus clases de psicología. Estaba familiarizada con ambos porque había muchas cosas que tampoco le había dicho, todas las partes feas de mi propio pasado. Los temores que le confié a Isabel todavía estaban fuera del alcance de este hombre del que me había enamorado, y no podía ignorarlo más.

—Jude, necesito saber algo importante.

—Cualquier cosa —respondió con fervor.

Ese fervor me hizo llorar de nuevo. No quería que hiciera esto más difícil siendo dócil. No quería hacerle estas preguntas, pero ese era el punto. Ya no se trataba de mí. Deslicé mi mano sobre mi vientre, y sus ojos siguieron el movimiento, casi sin poder hacer nada, como si no pudiera apartar la mirada.

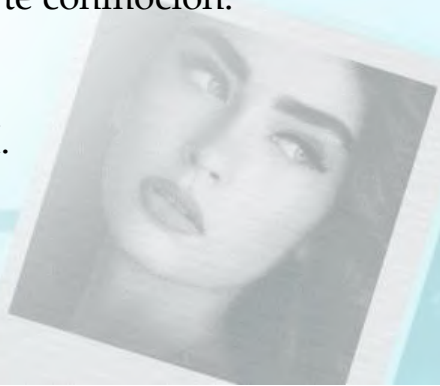
Y cuando vio, se veía miserable. Me tomó un segundo expresar la pregunta en mi cabeza.

—¿Ves dónde nos equivocamos?

Su rostro se quedó en blanco en parte confusión, en parte conmoción.

—¿Nosotros?

Mis manos temblaban ligeramente, y las tejí frente a mí.



—No tenía idea de con qué tipo de cosas estabas lidiando con tus papás.

—No es exactamente mi tema favorito —respondió tranquilamente.

—Y lo entiendo. —Me lamí los labios—. Pero... en su granja, cuando nos detuvimos, y luego esta noche, me arrojaron de cabeza al fuego, ¿sabes?

—Créeme, si hubiera sabido que estaban en el pub, nunca hubiera ido.

Sentí que mi ceño se arrugaba mientras lo estudiaba: la forma de su mandíbula, la línea de su boca, la tensión en sus hombros.

—Sí, eso fue... incómodo.

—Nuevamente, me disculpo por cómo actuaron mis papás, si es por eso que estás molesta.

Él estaba perdido, eso era obvio. Jude no estaba del todo seguro de lo que debería estar diciendo, y tal vez yo tampoco lo sabía, pero lo que sí sabía era que habíamos hecho un trabajo estelar al sumergirnos el uno en el otro mientras ignorábamos todas las cosas que se arremolinaban fuera de esa burbuja.

Me pasé una mano por el vientre.

—Ni siquiera sé si molesta es la palabra correcta, Jude.

—Parecías bastante molesta cuando te alejaste de mí sin decir una palabra más. —Levantó las cejas, y mi rostro se sonrojó de vergüenza por cómo había actuado—. Y cuando lo hiciste, vi ese lado de Isabel del que me advertiste. Parecía que quería darme de comer mis pelotas de una licuadora, solo por ir tras de ti.

Era el tipo de cosas por las que quería sonreír, pero incluso eso me resultaba demasiado difícil.

—Ella nunca dejará de proteger a su familia, incluso si no está de acuerdo con que me vaya como lo hice.

Él tragó.

—Ese es un buen rasgo para tener en un miembro de la familia.

Asentí.

—No sé muy bien cómo es eso —dijo en voz baja.

—Las cosas que tus papás te dijeron —hice una pausa, sacudiendo la cabeza—, y las cosas que dijiste de vuelta... fue horrible. Desearía que pudieran ver lo egoístas que están siendo.

—Yo también.

Elegí mis palabras con cuidado.

—Pero creo que todo se sintió como una señal gigante parpadeante de lo poco que realmente sabemos el uno del otro.

Su mandíbula se apretó.

—Mi tiempo aquí, Jude, es como... es como estar de vacaciones, ¿sabes? Es divertido y emocionante, y estoy haciendo algo que amo hacer, pero aún no es la vida real.

—A mí me pareció bastante real —dijo con voz áspera.

La mirada en sus ojos estaba llena de cosas no dichas, y tal vez mi mirada era la misma. Algo grande e importante cambió cuando dormimos juntos, y él también lo sintió.

—Lo sé. Mucho de eso lo fue, pero todo este tiempo que he estado aquí, todo el tiempo que hemos estado inventando las pequeñas reglas que nos daban permiso para hacer lo que se sentía bien y correcto, estábamos evitando todo lo difícil y aterrador.

Exhaló una risa seca.

—No sé tú, amor, pero yo me he enfrentado cara a cara con muchas dificultades en los últimos meses. ¿Crees que es fácil que manden tu trasero a la banca?

Mi boca se abrió.

—¿Hoy lo hicieron?

Jude se pasó la lengua por los dientes antes de responder, pero finalmente asintió de mala gana.

—Oh, Jude —susurré—, lo siento mucho.

Mientras apoyaba las manos en las caderas y miraba al suelo, mi estómago se revolvió incómodamente porque tuve que aceptar el hecho de que Jude no me había confiado nada importante. Ni una cosa.

No sobre su trabajo.

No sobre su familia.

En un nivel elemental, la parte de nosotros que era instintiva e inmediata, lo conocía.

Cómo se veía cuando se despertaba por la mañana.

Cómo sonreía cuando un fan se le acercaba.

Cómo me besaba.

Cómo me hacía sentir, lo atento que era, lo fácil que hizo que me enamorara de él.

Pero todas las cosas fundamentales que lo hicieron así... eran un completo misterio.

—Sé que no a todos les gusta hablar sobre lo que los estresa —dije con cuidado—, o cómo se sienten al respecto, pero Jude, ni siquiera le dijiste a tu hermano que estaba embarazada, y él te agrada. Me gustaría que vieras que no todo el mundo es como tus papás. Hay personas que quieren saber por lo que estás pasando, para que podamos apoyarte, para que podamos conocerte.

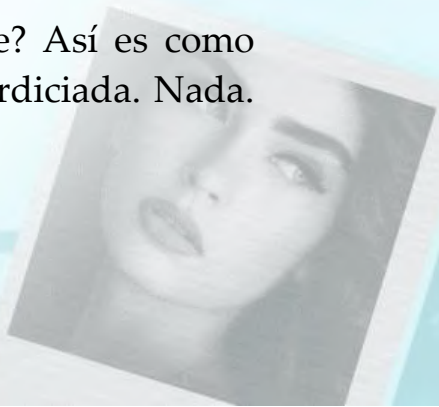
Jude me vio fijamente; ocultando sus pensamientos.

—¿Crees que me has descubierto entonces?

—Quiero hacerlo, Jude. —Extendí los brazos—. Pero no hemos hablado de nada. Hemos ignorado todas las cosas importantes, y nosotros... nosotros solo...

Mis habilidades para hacer discursos fallaron, mientras se formaban nubes de tormenta en su hermoso rostro.

—Nosotros solo, ¿qué? ¿Nos conocimos naturalmente? Así es como categorizas todas las noches que pasamos juntos. Desperdiciada. Nada. Sin importancia.



—No —dije apresuradamente—, no, solo quiero decir... no hablamos de nada. Tu trabajo, tu familia, mi familia, el *futuro.* ¿Qué vamos a hacer cuando me vaya a casa?

—Bueno, lo tienes todo aclarado, supongo. ¿Por qué no me explicas cómo funciona todo este asunto *de compartir*? Seguiré los puntos lo mejor que pueda. —Levantó una mano—. Solo asegúrate de que las palabras sean pequeñas. No todos vamos a Oxford.

Era como un león sentado con una pata ensangrentada, golpeando todo lo que se le acercaba. Tal vez no fui yo quien lo lastimó, pero en su mente, yo estaba cavando directamente en la herida de todos modos. Todo lo que pude hacer fue negar con la cabeza. La ira no ayudaría en este momento, incluso si quisiera decirle que estaba actuando como un maldito niño.

—Dime lo que quieres escuchar, amor, y lo diré.

—No me llames así —espeté—. Así no.

Se apartó del escritorio, donde había apoyado su peso. Sus ojos tenían una extraña monotonía. Estaban fríos, detrás del color normalmente cálido.

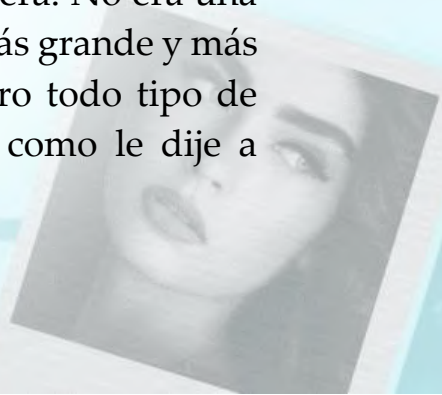
—Tal vez sea mejor que te vayas pronto entonces.

Tomé aire.

—¿Por qué estás actuando así? Jude, tenemos que ser capaces de hablar entre nosotros sobre las cosas difíciles, y yo lo evité porque es lo que *hago.* Huyo cuando debo quedarme y no presiono para tener conversaciones incómodas. No soy perfecta.

—Te sentiste bastante perfecta para mí —dijo sedosamente. Como si estuviera usando una máscara, sus labios se curvaron en una leve sonrisa, pero quería quitársela del rostro—. No te preocupes, amor, todas las distracciones fueron mi culpa. Apuesto a que no es la mejor idea, teniendo en cuenta que solo estropea las cosas ahora que tenemos que ser adultos.

La decepción fue... ni siquiera estaba segura de lo que era. No era una piedra en mis entrañas porque se sentía mucho, mucho más grande y más doloroso que eso. Yo no era una pensadora poética, pero todo tipo de proclamas dramáticas pasaban por mi cabeza porque, como le dije a



Isabel, había empezado a enamorarme de él antes de darme cuenta de que había sucedido.

Y tal vez esto, esta versión de Jude que era suave y hábil y estudiada, era una armadura, pero yo no quería que el hombre al que le había dado mi corazón, el hombre con el que había hecho un hijo, usara esa armadura conmigo.

Me froté la frente.

—Jude, tal vez entré aquí mal, pero yo solo... no quiero que nuestros problemas se mezclen en esta nueva vida. Tú tienes los tuyos, y yo tengo los míos.

—Oh, apuesto a que los míos ganan, amor.

—No es una competencia —dije, con un borde de escarcha en mis palabras—, y no sabes *nada* de lo que ha pasado mi familia.

La máscara cayó, solo por una fracción de segundo, y fue el arrepentimiento en sus ojos lo que moderó mi inmediato estallido de ira.

Levantó las manos.

—Tienes razón. No. Porque *tú tampoco* me has contado mucho.

La vergüenza e incomodidad lucharon poderosamente en mi pecho, porque no tuve más remedio que reconocer su punto. Yo tuve tanta culpa como él, tal vez incluso más, ya que solo uno de nosotros salió corriendo del pub.

Ya no quería que fuera así, y solo había una manera de cambiarlo.

—Mi mamá se fue unos años después de la muerte de mi papá. —Mientras decía las palabras, la frente de Jude se arrugó, y sus ojos adquirieron una luz curiosa. Me encogí de hombros—. Es por eso que Logan nos crio a las cuatro. Por eso es que mi familia es tan importante para mí, y *odio* hablar de eso, así que lo entiendo, Jude. Lo entiendo más de lo que te puedes imaginar. Yo simplemente... no quiero empeorar las cosas haciendo las mismas cosas una y otra vez simplemente porque son más fáciles.

—Tienes razón. —Parecía exhausto, y no tuve ningún placer en escuchar las palabras.

A raíz de su concesión, me desinflé. Todo en mi cuerpo se sentía como si hubiera caído una pulgada, simplemente porque ya no podía soportar el peso.

—¿Ahora qué?

La mirada de Jude recorrió mi rostro, que probablemente todavía estaba llena de manchas, roja y horrible.

—Creo, amor, que debes ir a casa y estar con tu familia. Voy a terminar mi temporada. Hablaremos todas las semanas, ¿sí? Resolveremos todas esas preguntas sin respuesta.

Me limpié una lágrima que se escapó. Qué lágrima tan grosera, no me había dado permiso para llorar en esta conversación.

No era como si quisiera que él supiera que me había enamorado de él, o que estaba cerrando una puerta al terminar las cosas así.

Observó la lágrima, que se me escapó, y un músculo se tensó en su mandíbula.

Ruidosamente, olfateé.

—Okey.

Los puños de Jude se apretaron, pero su rostro se suavizó.

—¿Nos... damos la mano? ¿Un abrazo?

Traté de no pensar en si era inteligente, pero di un paso adelante. Inmediatamente, él abrió los brazos. Se doblaron alrededor de mi espalda, y mientras me sostenía, con la barbilla apoyada en la parte superior de mi cabeza, permití una lágrima más.

—Tú cambiaste mi vida, Jude McAllister —susurré. Su pecho, cálido, ancho y fuerte, se expandió lentamente—. Me alegro de haberte conocido.

No respondió de inmediato, pero sentí el susurro de su boca contra mi cabello.

—Me alegro de haberte conocido también, Lia Ward.

Si lo mirara, con el tono áspero y cargado de su deliciosa voz, probablemente querría besarlo. Qué estúpida era cuando se trataba de este hombre. Entonces, me solté de sus brazos y salí de la habitación.

Unas puertas más abajo, Isabel estaba de pie en el pasillo, viendo su teléfono.

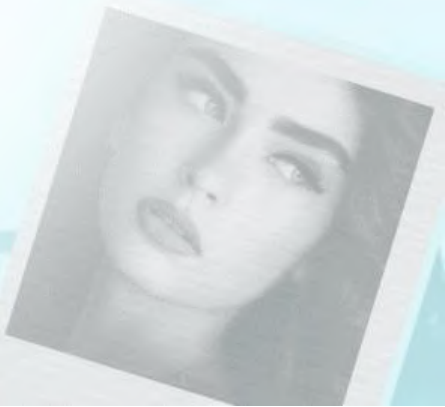
Levantó la vista cuando salí.

—¿Estás bien?

Negué con la cabeza.

Isabel me tendió la mano y yo la tomé. Caminamos de regreso a nuestra habitación así, y cuando me acurruqué en la cama, ella había reservado nuestros boletos a casa en tres días.

No lloré hasta dormirme, pero puse una mano alrededor de mi estómago y le prometí a mi pequeño durazno que estaríamos bien. Todos nosotros.



24

Lia

Me fue bien empacando mis cosas. No derramé ninguna lágrima mientras empacaba la maleta nueva que había comprado para acomodar los nuevos artículos que había comprado en los últimos meses. Incluso mi sudadera con capucha de Shepperton y mi gorro de invierno entraron a la maleta con los ojos secos, por lo que estaba bastante entusiasmada. Isabel ayudó un poco, pero también la obligué a hacer algunas de las excursiones turísticas de un día que había reservado.

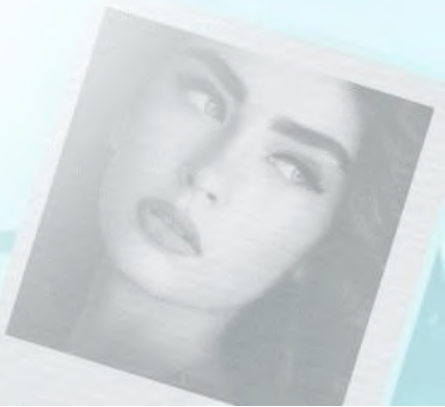
Mi trabajo, una vez pulido, impreso y encuadernado en una carpeta de tapa dura, había sido entregado en la oficina de Atwood a principios de semana, así como por correo electrónico. Lo hermoso de la forma en que habíamos estructurado mi cohorte semestral con ella era la flexibilidad de mi horario. Mi apartamento estaba vacío y limpio, Isabel se había marchado temprano de su B&B de Oxford para pasar un día en Bournemouth. Originalmente, había planeado ir con ella, pero Atwood tenía disponibilidad en su agenda y me envió un correo electrónico con un mensaje crípticamente corto que hizo que mi estómago se revolviera con los nervios de que ella odiaba mi trabajo y que terminaría todo este semestre sin crédito.

Cuando llamé a la puerta de su oficina, sentí los primeros estremecimientos de la emoción de que no volvería a hacerlo.

—Adelante —ella llamó.

Viendo por la esquina, le di una sonrisa tentativa.

—¿Lista para mí?



La profesora Atwood me vio por encima del borde de sus lentes y sentí su peso como una capa de lana, algo que en la situación adecuada podría ser cálido y maravilloso, o caliente y opresivo.

Tomé mi asiento habitual y vi mi trabajo encuadernado en su escritorio, al lado de su siempre presente taza de té.

—Bueno, no lo quemaste. Esa es una buena señal.

Ella sonrió suavemente.

—No, definitivamente no.

Asintiendo, un suspiro escapó de mis labios aliviada.

Atwood hizo girar un bolígrafo de aspecto costoso en sus manos, golpeándolo brevemente contra su escritorio antes de hablar de nuevo.

—Tu producto final fue bastante encantador, Lia. Estoy orgullosa de ti.

—Gracias. —Exhalé—. Me preocupaba que odiaras el cambio que tomé con el final.

Ella sacudió su cabeza.

—Por el contrario, pensé que era un maravilloso cambio de perspectiva y muestra el cambio comprensible que has experimentado en tu tiempo aquí.

—Se sintió bien, supongo.

Atwood recogió la carpeta, volteándola hacia atrás.

—Esta es la parte que resalté. *El descontento es un motivador poderoso para el cambio y un combustible para el ingenio, pero solo cuando se combina con un sentido inquebrantable de uno mismo. Cuando se aplica a través de una lente del pasado, el espíritu indomable de la mujer independiente es maravillosamente subversivo, un concepto que solo prosperó en secreto, impreso en palabras reivindicadas por apodos masculinos, pero cuando ese concepto se ve a la luz del presente, con una mirada clara al futuro, encontramos que las palabras de Brontë son igualmente aplicables. No solo eso, sino que su inteligencia, su propio descontento, brinda al lector un punto de referencia atemporal sobre cómo aplicar el cambio en su propia vida, incluso cuando las opciones parecen pocas.*

Mi cara se sintió cálida por su sonrisa cuando volvió a dejar el periódico.

—Estoy bastante orgullosa de ti, ¿sabes? —dijo ella.

—Gracias. —Me reí—. Lo juro, diré algo más en algún momento.

—Será increíblemente fácil enviarle un correo electrónico a tu asesor de la Universidad de Washington con una reseña favorable y aprobar de todo corazón tu crédito para este semestre.

Mis ojos se llenaron de lágrimas.

—Estoy tan agradecida por todo lo que aprendí de ti.

Atwood descartó eso.

—Esa es la belleza de enseñar a estudiantes de nivel superior. No necesitas tanta enseñanza; necesitas orientación para ver la información que ya conoces a un nivel más profundo. Desarrollar las capas de lo que ya está ahí arriba —dijo mientras se golpeaba la sien—. No sé si has pensado mucho en lo que harás cuando termines, pero creo que serías una maestra maravillosa, Lia.

—¿De verdad?

—De verdad. —Tomó un sorbo de té, con cuidado volvió a dejar la taza—. Tienes la energía a la que responderían los estudiantes. Piénsalo un poco mientras haces tus últimas clases. Siempre que vuelvas con ellos. —Vio deliberadamente a mi estómago.

—Debería poder terminar las últimas dos clases durante el semestre de primavera —le dije—. No me toca hasta principios de junio.

—Estoy feliz de escuchar eso. —Ella se puso de pie—. ¿Es inapropiado pedir un abrazo antes de irte?

Negué con la cabeza, levantándome y caminando fácilmente hacia su abrazo. Me dio unas palmaditas en la espalda, enérgicas y firmes. Cuando se apartó, sus ojos brillaban, pero su sonrisa era inestable.

—Vete. Si me pongo a llorar por cada estudiante que pasó por esta oficina, creo que revocarían mi titularidad.

—Gracias por todo. —Extendí mis manos, luego las dejé caer a mis costados—. Toda esta experiencia... nunca la olvidaré. Nunca podría pagarte la oportunidad que me diste.

—Catherine es un nombre encantador para una niña —dijo con una ceja levantada.

Me reí.

—Lo tendré en mente.

Con un pequeño saludo cuando salí de su oficina, caminé de regreso a mi departamento desde su oficina por última vez.

Nunca tuve una idea clara de si estaba embarazada de un niño o de una niña, y mientras me tomaba mi tiempo para estudiar los edificios que me había acostumbrado a ver, comencé a pensar en nombres.

Catorce semanas después, me encontré sonriendo al pensar en una niña pequeña que lleva el nombre de un profesor de inglés, a pesar de lo difícil que era reconocer que estaría haciendo cosas así sin Jude una vez que estuviera en casa.

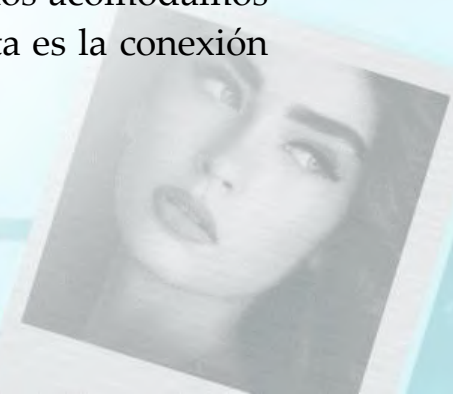
Mi teléfono había estado en silencio desde que salí de su habitación de hotel en Londres, lo que esperaba, especialmente sabiendo que estaba jugando partidos regulares, además de partidos adicionales entre semana para varias copas europeas que todavía no entendía.

La distancia entre nosotros era algo a lo que tendría que acostumbrarme. Dijo que hablaríamos una vez a la semana, y eso fue inteligente, pero podría llevarme un tiempo dejar de pensar en él con tanta frecuencia en todos esos días tranquilos en el medio.

Me encontré, mientras hacía la última limpieza de mi apartamento y le dejé la llave al administrador del edificio, haciendo las paces con el hecho de que simplemente habría sido una historia demasiado fácil si hubiéramos cabalgado hacia la puesta del sol.

—Piénsalo —le dije a Isabel al día siguiente cuando nos acomodamos en nuestros asientos en la primera etapa del viaje—. Esta es la conexión que necesitaba hacer.

Estiró los brazos sobre su cabeza y gimió.



—Estoy pensando...

—Evité todas estas cosas, ¿verdad? Evité las discusiones, las preguntas y las preocupaciones porque se sentía más fácil y no quería enfrentar todas las cosas que me asustaban muchísimo acerca de convertirme en mamá, pero lo que necesitaba era el descontento, ¿no? Es como lo puse en mi artículo, y es lo que Atwood estaba tratando de hacerme entender, acerca de fijarme en el pasado como una forma de evitar enfrentar el futuro. Necesitaba el combustible para cambiar. Quedar embarazada no fue una elección que hice, pero era lo que necesitaba cambiar.

Isabel sonrió.

—Mírate, haciendo realizaciones de niña grande.

—Tú también lo haces. Lo de establecerte.

Su boca se abrió.

—Yo no.

—Oh, por favor. —Enganché mi almohada para el cuello sobre mis hombros y cerré los ojos mientras la gente pasaba junto a nosotros para tomar sus asientos para el vuelo de nueve horas a la costa este—. Absolutamente lo haces, pero ese no es el punto.

Cuando se quejó algo en voz baja, la ignoré.

—¿Recuerdas cuando Claire y yo estábamos en quinto grado y tuvimos que llevar algo a la escuela del trabajo de nuestros papás?

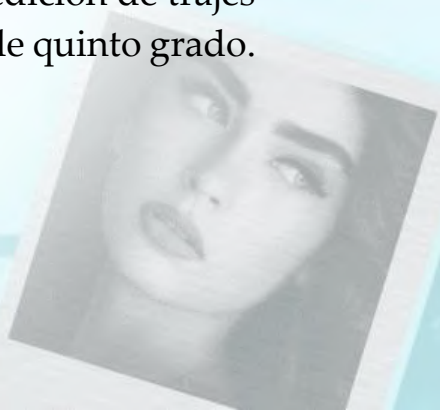
Isabel se echó a reír.

—Como si pudiera olvidar. Casi te suspenden.

Mirándola a través de las pequeñas rendijas de mis ojos, traté de no sonreír.

—Casi no, me suspendieron.

—Llevaste una foto tamaño póster de la portada de la edición de trajes de baño de *Sports Illustrated* de Paige a un salón de clases de quinto grado. Estaba en topless, Claire.



—¿Y recuerdas lo que le dijo Logan al director cuando vino a recogerme ese día?

Isabel suspiró.

—¿Tiene esto un punto?

—Sí. Logan dijo, *espero que no estés avergonzando a mi esposa por lo que hace para ganarse la vida o a Lia por estar orgullosa de ella porque le está enseñando a toda una generación de chicas que puedes ser hermosa, inteligente, sexy y respetada, y ninguna de esas cosas* cancelan *la otra.*

Iz sonrió.

—Por supuesto que lo hizo.

—¡La celebración radical y subversiva del indomable espíritu femenino independiente! —grité.

Abrió mucho los ojos cuando la gente se volvió para mirar boquiabierta mi arrebato.

—¿De qué *diablos* estás hablando? —susurró ella.

Empecé a reírme de su expresión y no pude parar cuando las azafatas hicieron sus anuncios y el avión despegó. Como cuando estás en la iglesia y sabes lo que sea, en realidad no es tan gracioso, simplemente sabes que no deberías reírte. Todo el tiempo, Isabel me miraba con cautela, como si tal vez debería haberse sentado en otro lugar.

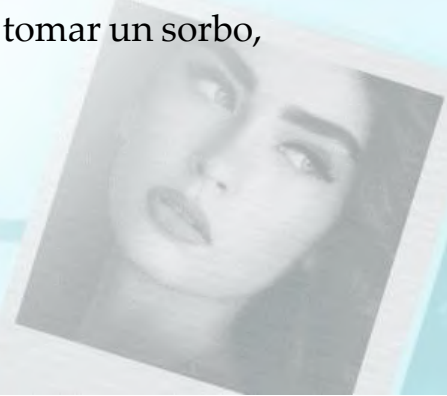
Cuando finalmente pude controlar mis risitas, estaba limpiando las lágrimas de las esquinas de mis ojos.

—Sí —dijo Isabel arrastrando las palabras—. Ojalá Claire estuviera aquí en este momento porque te has vuelto loca, Lee.

Tomé una respiración profunda y purificadora y vi el techo del avión.

—Creo que tal vez yo también, Isabel.

Me entregó una botella de agua del costado de mi mochila, metida de manera segura debajo del asiento frente a mí. Después de tomar un sorbo, se lo devolví.



Me tomó un par de minutos más para que mis pensamientos se formaran por completo, pero cuando lo hicieron, no tenía muchas ganas de reír.

—Cuando lleguemos a Seattle en cien horas —dije en voz baja—, seremos recibidas por un verdadero ejército.

—Cierto.

—Pero no creo, hasta esta semana, realmente pensé que sería una mamá soltera. La independencia es un concepto bonito, un tema para discursos, publicaciones y citas florales, pero la verdad de hacer algo realmente por tu cuenta no siempre es tan bonita. Significa largos días y noches, de enfrentar muchas batallas solo. Sí, tendré mucha ayuda, pero en medio de la noche, cuando no haya dormido bien en semanas, no puedo darme la vuelta y decirle a Jude que tome esa comida o acune al bebé para que se duerma porque estoy exhausta. —Exhalé lentamente—. Puedo hacerlo, y lo haré, pero no es una verdad divertida de enfrentar, y eso no siempre es algo en lo que soy muy buena.

Isabel tarareó.

—Sin embargo, ¿alguna de nosotras es buena en eso? Creo que necesitas darte un poco de gracia, Lee. Lo que estás pasando es jodidamente duro, y es comprensible que esta parte, el cierre de esta puerta, esté trayendo mucho.

El cierre de la puerta. Con Jude.

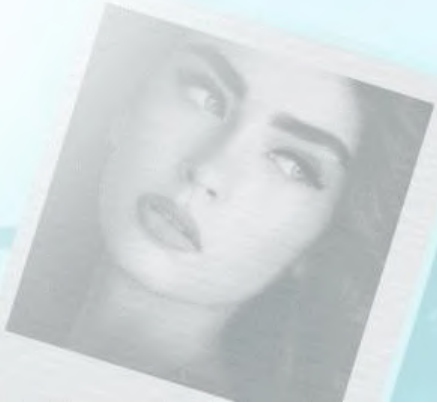
—Todavía lo extraño —dije en voz baja—. Y estoy un poco molesta conmigo misma por eso.

—Sé amable con mi hermana —insistió Isabel—. Se ha follado a un futbolista caliente con acento, lo que resultó en un niño que probablemente será tan bendecido genéticamente que todos los que lo miren se convertirán en un emoji de suspiro feliz caminando.

Me reí incluso mientras luchaba por no ponerme a llorar de nuevo. Las hormonas del embarazo eran tan extrañas.

—Tienes razón.

Isabel inclinó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos.



—Siempre estoy en lo correcto. Es mi mejor cualidad.

Apoyé la cabeza en su hombro con una sonrisa y traté de no pensar en el creciente océano de espacio entre Jude y yo.

Traté de no pensar en cómo sería la próxima vez que hablara con él.

Traté de no pensar en cuándo lo vería la próxima vez, probablemente caminando como un desastre gigante con los tobillos hinchados.

Y mientras veíamos película tras película, dormíamos más siestas de las que creía capaces en un largo día de viaje, traté de no pensar en cuánto tiempo me llevaría no extrañarlo.

Cuando el avión aterrizó en Sea-Tac y volví a encender mi teléfono, sentí que mi corazón dio un vuelco al ver su nombre.

Jude: *Avísame cuando hayas llegado a casa sana y salva. Preciosa carga y todo.*

—Qué idiota —susurré mientras mis ojos se llenaban de lágrimas. No iba a poner nada fácil, y ni siquiera podía evitarlo. Era dulce, considerado, estúpido y algo dañado, y quería abrazarlo mientras esperaba para levantarme de mi asiento. Me gustaba más cuando intentaba no pensar en ello. Cuando estaba pensando en el ejército de personas a punto de saludarnos con gritos y lágrimas, y oh, mi palabra, iban a ser tan desagradables, y no podía esperar.

Pero ahí estaba yo, viendo su texto, sintiendo mi octogésima cuarta emoción del día, y había sido un largo día.

Isabel me ayudó a ponerme de pie y mantuvo un fuerte agarre en mi mano mientras salíamos del avión y nos dirigíamos hacia donde estarían esperando.

Primero vi los globos. Isabel me lanzó una sonrisa.

—Va a ser tan malo —dijo con total y evidente regocijo.

Todo lo que me preocupaba, todo lo que me entristecía, todo lo que había estado tratando de contener salió de mis estúpidos globos oculares embarazados cuando vi el cartel de *Bienvenidos a casa, Lia y bebé.* Los gritos

y chillidos comenzaron tan pronto como Claire y yo hicimos contacto visual, y en ese momento, estaba llorando abiertamente.

Se separó del grupo y me alcanzó con unas cuantas zancadas largas, casi derribándome cuando me abrazó.

—Estás en casa. Oh, estás en *casa* —gritó en mi hombro. Mi corazón se sentía completo como si no lo hubiera estado desde el día que me fui—. ¡Vamos a tener un *bebé!*

Ni siquiera podía hablar. No tenía sentido. Las palabras que trataron de salir de mi boca durante los siguientes minutos fueron balbuceos incoherentes y mocos.

Pero me pasaron de todos modos. Primero Molly, quien tomó mi rostro entre sus manos y me dijo que era hermosa. Emmett se aferró a mi cintura y me informó que había crecido dos pulgadas desde que me fui.

Paige fue la siguiente, con lágrimas corriendo por su rostro (que no *se* mancharon cuando lloró).

—Espero que estés bien conmigo abrazándote mil veces durante los próximos dos días.

—S-Sí, por favor —hipé, abrazándola tan fuerte que me dolían los brazos—. Los extrañé mucho, chicos.

—Oh, cariño —susurró ella—. Nosotros también te extrañamos.

Paige se apartó y deslizó una mano maternal sobre mi cabello.

—Creo que tu hermano ha sido lo suficientemente paciente, ¿eh?

Asentí, limpiándome el rostro con el dorso de la mano y vi a Logan detrás de nosotros, con las manos apretadas en los bolsillos de sus vaqueros oscuros y los ojos sospechosamente brillantes.

Cuando Paige me soltó, vio mi estómago y apretó la mandíbula, luego mantuvo los brazos abiertos.

—Ven aquí, chica —dijo con una voz áspera e irregular.

Me tomó en sus brazos y dejé alrededor de un galón de *todo* en ese abrazo. Todo el miedo, la desilusión y la angustia recayó sobre los

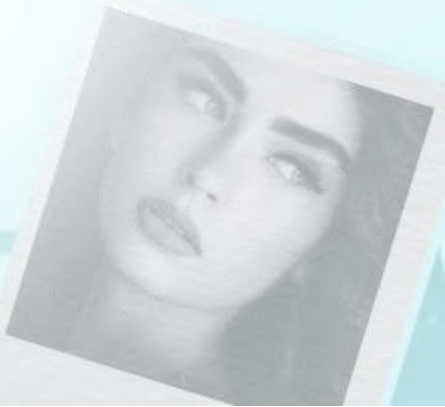
hombros de mi hermano. Alguien me frotó la espalda, pero no estaba segura de quién, no importaba

—Todo saldrá bien —susurró en mi oído, apretando su agarre sobre mí. Mi hermano mayor podría sostener el mundo entero con esos brazos, y si alguna vez lo dudé, no lo dudé ahora—. Vas a ser la mejor mamá, Lia, y ese niño ya es tan querido.

Escuché sollozos detrás de mí.

O tal vez solo fui yo.

Estaba en casa, y eso era todo lo que importaba.



25

Lia

—Pero no tiene sentido —dijo Emmett, viendo la canasta de frutas.

Le sonreí a Paige, luego terminé mi bocado de avena.

—¿Qué es lo que no tiene sentido?

—Todo el asunto de la fruta. —Levantó una manzana y un plátano—. ¿Cómo se puede comparar al bebé con estas dos frutas increíblemente diferentes y aún así tener sentido? Una es una esfera y la otra es oblonga.

Mis cejas se levantaron.

—Palabra gigante para un niño de nueve años.

—Tenemos que aprender formas 3D, Lia. Tengo casi diez.

Paige resopló, extendiendo su mochila una vez que terminó su almuerzo.

—¿Eso significa que vas a empezar a pagar el alquiler pronto?

—Estás cambiando de tema. —Señaló mi estómago—. Me estás diciendo que en este momento es una...

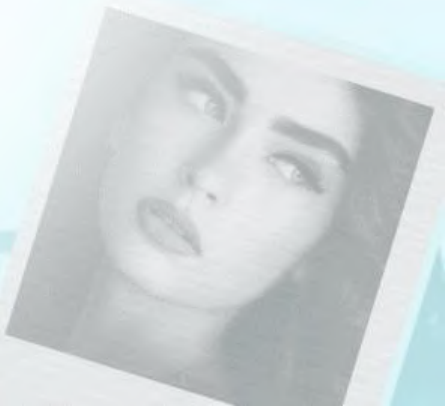
—Patata —supliqué amablemente—. Ayer también sentí hipo.

Paige jadeó.

—¿Lo hiciste? ¿Cuándo?

—Anoche. —Froté mi barriga—. Súper raro.

Emmett ignoró los ooh y aah de Paige.



—Y en unas pocas semanas, será una zanahoria, Lia. —Extendió las manos—. Una maldita *zanahoria.*

—Tienes razón. —suspiré—. No tiene sentido.

—Gracias. —Tomó la mochila de Paige y la abrazó por la cintura—. ¿Necesito mi abrigo hoy?

Señaló las ventanas que daban al patio trasero.

—¿Ves la nieve afuera? Es enero, hermano.

—¿Es un sí?

Me reí en mi último bocado de avena. Paige caminó hacia el vestíbulo y empujó su abrigo de invierno sobre su cara risueña.

—Eso es un sí. No necesito que tu escuela envíe tu trasero de vuelta a casa porque soy una madre idiota. —Ella tiró de un gorro de invierno sobre su cabeza una vez que su abrigo estuvo sobre sus brazos—. Especialmente porque estoy a la vuelta de la esquina de ser una abuela que no es abuela —lloró.

Negué con la cabeza mientras Emmett se disolvía en risas por su llanto fingido. Paige estaba teniendo una crisis de identidad sobre cuál iba a ser su "nombre de abuela" ya que unilateralmente había descartado la etiqueta real de abuela.

—Lenguaje —dije.

Ella parpadeó.

—¿Qué dije?

—Idiota —respondió Emmett, empujando el gorro de invierno sobre su frente.

—Eso apenas cuenta —dijo Paige.

El conductor del autobús escolar tocó la bocina desde el frente de la casa, y Emmett nos gritó adiós y luego desapareció.

—Amo jodidamente a ese niño —dijo, asomándose por las ventanas junto a la puerta principal mientras el autobús se alejaba.

—Yo también. —Recogí la manzana que había tirado y comencé a cortarla. Mi nueva regla era una pieza de fruta por cada dulce o carbohidrato que quisiera ponerme en el rostro.

—¿Qué hay en el calendario hoy? —preguntó Paige.

—Tengo algo de lectura que hacer. He holgazaneado esta semana desde que finalmente comencé a organizar todas esas cosas de Navidad.

—Todas esas cosas de Navidad —reflexionó felizmente—. Tu cara no tenía precio.

La manzana estaba crujiente, dulce y crujiente, y terminé de tragar antes de responder.

—Voy a tener que mudarme simplemente porque no hay suficiente espacio en la casa para mí, pequeña patata, y toda la mierda que estás comprando por ella.

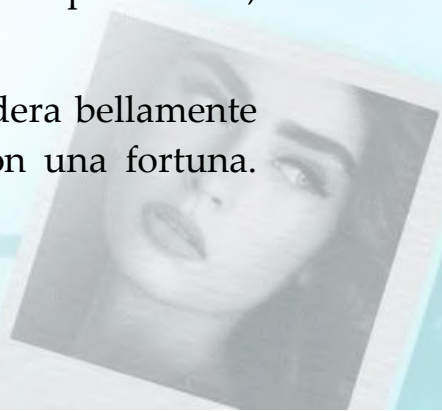
Su rostro se cerró, y tuve una punzada momentánea de arrepentimiento por mencionarlo de nuevo, pero me hice una promesa a mí misma la primera semana en casa desde Inglaterra. No más evitar lo difícil. No estaba permitido.

No es que me importara vivir en casa durante el último mes.

La primera semana había sido un montón de siestas, un montón de Feelings Baths (donde lloré en la bañera de hidromasaje hundida de Logan y Paige en su baño, rodeado de montañas de burbujas), y un montón de bollos no británicos mediocres porque lo juro, horneaban diferente en los Estados Unidos.

La segunda semana fue mejor. La Navidad nos mantuvo ocupados con mucha comida, risas, compras y acurrucarnos debajo de las mantas en el sofá mientras veíamos todas las películas que amábamos. Solo lloré una vez durante *It's a Wonderful Life.* Bien, dos veces. Claire tomó mi mano debajo de las sábanas, y mi familia mimó al pequeño (en ese momento) Avocado con más regalos de los que deberían haber sido permitidos, considerando que el niño aún no había nacido.

Mantas, balones de fútbol, libros y un moisés de madera bellamente tallada en el que sospeché que Logan y Paige gastaron una fortuna.



Encajaría perfectamente en mi antiguo dormitorio, pero lo que me hizo perder el control, sentado en el suelo junto a nuestro árbol de Navidad de diez pies, fue la pequeña caja que tenía marcas de haber sido enviado desde el Reino Unido. Jude no me había advertido que estaba enviando nada, pero cuando corté la cinta de embalaje y doblé hacia atrás el papel de seda blanco, vi la increíblemente pequeña camiseta de Shepperton con su número, y debajo, un pequeño libro de cartón sobre fútbol. Lloré en silencio mientras Emmett apoyaba su cabeza en mi hombro y frotaba mi espalda.

Ese fue el primer mensaje de texto entre nosotros desde que regresé a casa que me dio la primera chispa de esperanza de que podríamos superar esto en un buen lugar.

Yo: *Gracias por el regalo. Es perfecto (un poco grande este año, pero eso está bien)*

Jude: *Siempre que encaje, no puedo esperar a ver. ¿Cómo estuvo hoy tu día?*

Yo: *Bien. Más caótico de lo habitual este año. Molly está en casa con Noah y Washington no juega este día de Navidad, por lo que podrían estar en casa. Claire y Bauer también estaban aquí. Sin embargo, mañana estarán con su familia. ¿Qué pasa contigo?*

Jude: *No del todo caótico, pero Rebecca me obligó a cenar en su casa. Su esposo es fanático del Man City, por lo que fue un comienzo difícil.*

Yo: *LOL. Bueno, no todos podemos ser perfectos.*

Yo: *Es tarde para ti. ¿No juegas mañana?*

Jude: *Si vuelvo a jugar como basura, entonces sabrás por qué. Mejor trato de dormir. Feliz Navidad, Lia.*

Yo: *Feliz Navidad, Jude.*

Soñé con él esa noche por primera vez desde que estaba en Estados Unidos. Despertarme sola, en medio de mi vieja cama, en mi viejo cuarto, era desconcertante, y los recuerdos borrosos de cómo me había besado,

sucio y profundo, debajo del árbol de Navidad persistieron durante días, un dolor extraño que se mezcló con encontrar una nueva normalidad con mi familia.

Pero a medida que la semana dos pasó a la semana tres, una pausa tranquila entre las vacaciones que pasaba jugando y viendo a los Wolves vencer a Green Bay, viendo a Shepperton empatar contra Leeds United 2-2, el nuevo año llegó y se fue con muy poca fanfarria, considerando que me encontré profundamente dormida a las diez en la víspera de Año Nuevo, acurrucada debajo del edredón de color púrpura brillante que había usado en la preparatoria.

Esa fue la primera vez que mencioné dónde podría vivir después de que naciera el bebé.

—¿Por qué no redecorar toda la habitación? —preguntó Paige—. Y sabes que puedes convertir la antigua habitación de Molly en una guardería una vez que el bebé esté fuera de la cuna.

Logan vio cuidadosamente mi rostro cuando no respondí ya que habíamos cenado esa noche.

No sé si puedo hacer esto. El pensamiento vino y se fue rápido y silencioso, pero esa era la cosa. Ya no dejaría escapar esos pensamientos. Esa fue mi promesa a mí misma. Los agarraría por la cola y los tiraría hacia atrás, para poder tomarme el tiempo de averiguarlo.

Esa noche, le respondí diplomáticamente ya que aún no tenía una respuesta.

—No sé si eso tiene sentido ya que no estoy segura de cuáles son mis planes a largo plazo, pero lo pensaré.

Y tal como lo había hecho esa noche, cuando lo mencioné nuevamente ahora, completamente atrincherada en la semana cuatro con todos nosotros de regreso en el trabajo y la escuela ahora que las vacaciones habían quedado atrás, las manos de Paige se congelaron en medio de lo que estaba haciendo. Le tomó un largo momento hacer contacto visual conmigo.

—¿Quieres mudarte? —me preguntó.

Le di otro mordisco a la manzana y agarré un taburete junto a la isla, pensando detenidamente mientras ella volvía a llenar su café. Como casi todas las mañanas, éramos solo Paige y yo en la casa. Logan se había ido a las instalaciones de práctica de los Wolves, y una vez que Emmett fue a la escuela, éramos solo nosotros dos.

—No sé.

Ella asintió y se sentó frente a mí.

—Creo... creo que asumí que querrías estar aquí para recibir ayuda con el bebé, y quiero decir, no es que no tengamos el espacio.

Lo hacían, con creces. Era la casa que compró Logan cuando Brooke nos dejó a todos en su puerta por primera vez, metafóricamente. Encontró la casa de cinco habitaciones en los suburbios y la compró el mismo día, un lugar en el que podríamos crecer y hacer nuestro, y llevaba la fuerte huella de nuestra familia en la forma en que la habíamos moldeado para adaptarse a cualquier fase de la vida en la que estuviéramos. Era mucho más que cuatro paredes y un techo; representaba una segunda oportunidad para todos nosotros de diferentes maneras.

—Lo sé —le dije. Mi pulgar golpeó el granito y luché contra el impulso de cambiar de tema y ver si quería ir de compras, dar un paseo o hacer ejercicio—. Pero tengo casi veintitrés años, Paige. Estoy en mi último semestre de la escuela. Y… y creo que debo considerar el hecho de que si puedo *vivir* aquí después del nacimiento del bebé no significa que deba hacerlo.

Ella suspiró.

—Odio cuando ustedes tienen sentido sobre cosas como esta.

—Sé que lo haces —respondí con una sonrisa—. Nos tendrías a todos aquí para siempre si pudieras.

—Demonios, sí, lo haría. ¿Qué dice de mí que cuanto más loca es esta casa, más en paz me siento?

Paige y yo éramos tan similares, y era el tipo de rasgo compartido que hizo que mi corazón creciera dos tamaños porque, aunque no había ni una pizca de ADN compartido entre nosotras, y yo estaba prácticamente

entrando en mi adolescencia cuando ella se casó con Logan, ella tenía un pedazo de mi alma. Al igual que yo sostuve un pedazo de ella.

—Creo que dice que tenemos que encontrar algo que hacer hoy —le dije—. Aún no me he decidido.

—Trato hecho. —Su rostro se iluminó—. ¿Podemos empezar a trabajar en su registro?

—¿No se supone que mi baby shower es un mes antes de dar a luz?

—¿Cuál es tu punto?

Me reí.

—Regresemos a eso el próximo mes, ¿okey?

Esa conversación ayudó a cerrar una brecha previamente intacta en mi relación con Jude en nuestra llamada telefónica semanal.

Paige se había ido a hacer mandados, así que me senté en la sala familiar debajo de una manta con mi teléfono en mi regazo y Jude en el altavoz.

—¿Es estúpido mudarme si tengo un lugar libre para vivir? —le pregunté.

Él tarareó.

—No estúpido, no.

Hubo una ligera vacilación en sus palabras que me hizo sonreír.

—Pero...

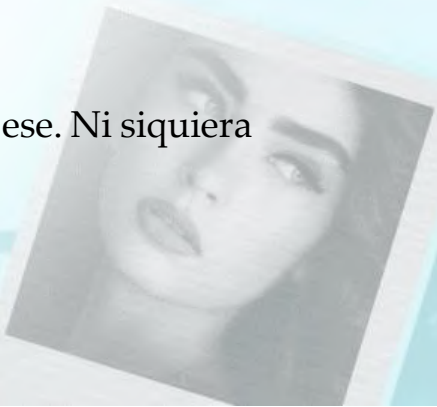
—Pero —dijo—, creo que me gustaría tener mi propio espacio. Si fuera yo. Pero he estado solo desde que tenía diecisiete años, así que podría no ser una buena persona para ayudarte a tomar esa decisión.

—¿Diecisiete?

—Mm-hmm. Me mudé a Alemania para jugar en la Bundesliga, que es su liga nacional. Ahí es donde comencé.

Negué con la cabeza.

—Eso es muy joven para ser arrojado a un mundo como ese. Ni siquiera puedo imaginarlo.



—Aprendí mucho —dijo con tristeza—. Dentro y fuera de la cancha, y para un niño que venía de una maldita granja de ovejas, no era nada para lo que podría haberme preparado.

Mis dedos torcieron el borde de la manta.

—¿Fue entonces cuando tus papás... comenzaron a desaprobarlo?

Jude dejó escapar un suspiro lento y me encontré sosteniendo el mío antes de que respondiera.

—Empezaron unos años antes que eso, cuando tomé un trabajo fuera de la granja para ganar suficiente dinero para mantenerme en los clubes juveniles. —Jude se quedó callado y contuve la respiración, esperando cualquier otra cosa que pudiera darme—. Mi papá, especialmente. Yo era el hijo mayor. Y era mi trabajo hacerme cargo de la granja, tal como él lo había hecho con su propio papá, pero creo... creo que vieron lo serio que era, trabajando hasta los huesos para jugar un juego que no entendían.

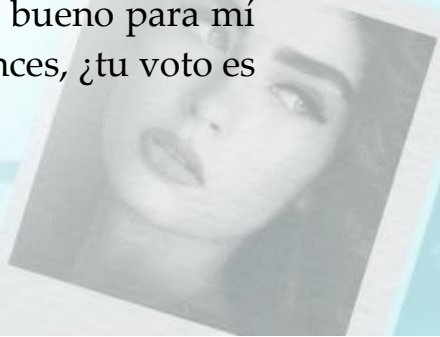
El alivio fue dulce y sin prisas cuando lo escuché hablar sobre su tiempo en Alemania. Lo que amaba de la independencia que encontró y lo que no. Me preguntó, en un ligero cambio de tema, sobre vivir con Claire en la universidad y cómo había sido eso. Me preguntó por Finn, a quien solo había logrado ver un par de veces desde que me mudé de regreso, tan ocupado como estaba.

—¿Qué dicen todos? —preguntó Jude cuando nos quedamos callados. La mayoría de nuestras llamadas semanales duraban entre treinta y cuarenta minutos, pero yo había estado al teléfono con él durante más de una hora—. ¿Piensan que deberías mudarte?

—Logan y Paige quieren que me quede. Probablemente porque se preocuparán menos. Claire no está diciendo ni de una forma ni de otra, pero... sé lo que está pensando.

—Cosa de gemelas —bromeó.

—A veces. No me gusta leer sus pensamientos, pero es como escuchar a tus vecinos hablar a través de paredes delgadas. Obtienes impresiones, ¿sabes? Y tengo la sensación de que ella piensa que sería bueno para mí vivir sola. —Extendí mis manos sobre mi vientre—. Entonces, ¿tu voto es mudarnos?



—Sí vale de algo —murmuró—, sí, ese es mi voto, pero apoyaré lo que elijas.

Los días sombríos de enero, solo unos pocos de ellos lo suficientemente fríos como para que la nieve se pegara al suelo, dieron paso a días ligeramente más cálidos, al igual que los días sombríos de febrero. Lia y yo cumplimos veintitrés años y compartimos un plato gigante de pastelitos rosados y blancos después de una cena familiar. Mi clase, considerando que era una de las últimas antes de terminar mi programa, sentía que era el menor de mis estreses. Leí y escribí y tuve discusiones con grupos pequeños. Mi familia, todos ocupados con sus propias vidas, encontraron tiempo para ganar dinero conmigo cuando fue posible.

Molly viajó alrededor de la mitad del mes, y cuando regresaba, siempre me invitaba a pasar un rato solo nosotras dos, considerando que su misión era encontrarme el mejor bollo en el área metropolitana de Seattle.

Me había dado por enviar mensajes de texto actualizados a Jude en medio de nuestra búsqueda.

Yo: *Este estuvo bastante bueno. Aunque no tan bueno como el de Rebecca.*

Jude: *Parece seco como cartón.*

Yo: *Tal vez no CARTÓN, pero necesitaba mucha crema. ¿Puedes comer uno de los suyos por mí? ¿O simplemente envíame una foto de uno? ¿O un video para que pueda fingir que lo estoy olfateando?*

Jude: *Dios, suenas como una adicta.*

Jude: *Aquí. Tiene pasas en él.*

Me reí cuando vi la foto que adjuntó, metiéndose la mitad del bollo en la boca. Verlo no fue un golpe al corazón ni nada, un efecto secundario de poder verlo en la televisión todas las semanas cuando tenía la oportunidad de ver uno de sus partidos, pero este era un Jude diferente al que vi en el campo. A pesar de la imagen tonta, parecía cansado. Estaba en los círculos oscuros debajo de sus ojos, las líneas en su rostro que no habían sido tan prominentes cuando lo había visto por última vez.

Molly tomó un sorbo de café en la mesa del café y me vio.

—¿Va todo bien con él?

Me encogí de hombros.

—Tan bien como puede, supongo.

—¿Lo extrañas?

Mi hermana mayor fue la única que se atrevió a preguntarme por él. Tal vez porque ella era la más romántica para su pequeño y tierno corazón. Ella había domesticado a su gran bestia de atleta en Noah, y yo sabía que tenía la esperanza de que yo todavía sería capaz de superar... todo... cuando se trataba de Jude.

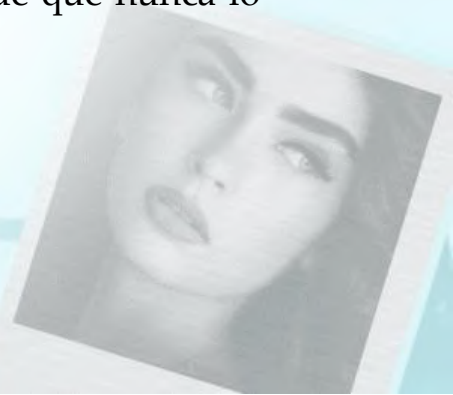
Viendo la imagen, la barba a lo largo de su mandíbula y el desorden de su cabello oscuro, froté mi pulgar sobre la imagen y luego la limpié para no obsesionarme.

—Sí. —No tenía sentido mentirle a Molly, y tampoco le habría mentido a nadie más si me lo hubieran preguntado, pero además de darme cuenta de que tenía mucha habilidad para moverme por la vida sin descanso, estaba el hecho de que mi familia estaba acostumbrada a eso. Probablemente pensaron que los quitaría de encima con un *Está totalmente bien, muchachos, miren qué tan bien está todo*—. Pero no creo que extrañarlo sea el problema. Es averiguar cómo somos fuera de extrañarnos el uno al otro. Finalmente me está hablando de cosas, pero no es como si pudiera regresar a Inglaterra porque pensar en él me entristece.

—Tiene sentido —me dijo—. Nadie es perfecto, pero eso ya lo sabes, y no creo que eso sea lo que quieres de él.

Negué con la cabeza.

—No. No necesito la perfección. Creo que mi problema era que me sentía tan bien cuando no nos preocupábamos por nada más, y ahora que todo lo demás ha salido a la luz, no puedo pensar en lo bien que fue entre nosotros hasta que esas cosas mejoren, al menos, y puede que nunca lo sean.



Molly observó con una suave sonrisa cuando me pasé la mano por el estómago. Un suave golpe me saludó y le hice señas para que le diera la mano. Ella deslizó su silla más cerca, con los ojos muy abiertos.

—¿Puedes sentirlo moverse?

—Sí. —Tomé su mano y la puse a lo largo de la parte superior de mi barriga, y esperamos. Traté de empujar en el costado, y luego lo sentí de nuevo.

Molly jadeó.

—Ohhhh, hola pequeña Banana, soy tu tía Molly favorita.

Me reí cuando ella metió la cabeza debajo de la mesa y siguió hablando con mi estómago. Una pareja nos pasó, sin siquiera tratar de ocultar sus caras WTF. Saludé.

—Y vamos a hacer tantas cosas divertidas —continuó, frotando la parte superior de mi estómago que se movía suavemente con la palma de su mano—. Y te amo tanto, tanto. —Cuando se recostó, sus ojos brillaban—. Dios, eso es asombroso.

—Deberías tener uno —dije astutamente.

Sus mejillas se sonrojaron casi de inmediato.

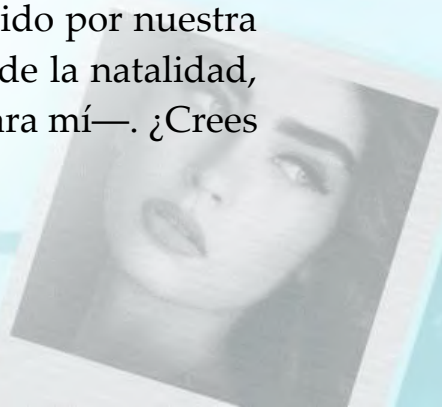
—Noah dijo eso el otro día.

—¿En serio? —chillé—. Oh, por favor, por favor, embárcate para que podamos hacer que los bebés crezcan juntos.

Ella se rio.

—Lo atrapé viendo cosas de bebés el otro día, y creo que es culpa de Jude por enviar esa camiseta en Navidad. Lo hizo pensar en, no sé, todo. Estamos tan felices y tan ocupados, pero si esperas que la vida sea el momento perfecto para hacer cosas como casarte, tener bebés o viajar, nunca lo harás.

—Muy cierto. —Pensé en Jude, y cómo si no hubiera sido por nuestra noche en el bar, y mi memoria de mierda con el control de la natalidad, todavía estaría sola. Yo era joven, así que fue diferente para mí—. ¿Crees que Noah te propondrá matrimonio pronto?



Sus ojos brillaban de felicidad.

—Sí. Lo escuché preguntarle a Paige algo sobre su anillo, y no se dio cuenta de que estaba en la habitación de al lado.

—¡Molly!

Fue su turno de chillar.

—¡Lo sé!

—Prométeme algo —dije, agarrando sus manos con las mías.

Sus ojos se agrandaron ante mi tono grave.

—¿Qué?

—Por favor, trata de no casarte en la semana de mi fecha de parto. Porque entonces mis opciones son ser tan grande como una ballena en las fotos de tu boda o perderlo porque estoy de parto y no me gusta ninguna de las dos opciones.

Ella se rio.

—¿Qué tal si esperamos hasta que me proponga matrimonio primero, entonces puedo preocuparme por fijar una fecha? —Molly me empujó debajo de la mesa con la rodilla—. Mírate, Lee, planeando con anticipación y todo. ¿Intercambiaste personalidades con Claire?

—Lo sé, lo sé.

—¿Lista para ir? —preguntó Molly.

—Sí. Le dije a Paige que la ayudaría a hacer la masa esta noche para la cena familiar.

—Oooh. ¿Pizza?

Asentí.

—El pequeño Banana quiere un poco.

—Otra razón por la que ese chico y yo nos llevaremos bien.

Seguí a Molly fuera del café y me encontré viendo la pantalla de mi teléfono. Querer ese vistazo se parecía un poco a su broma sobre ser adicta a los bollos. Dos meses lejos de Jude, y todavía ansiaba las piezas que

pudiera conseguir. A pesar de que la imagen estaba en miniatura, vi su rostro, deseando que cualquier planificación que hiciera pudiera incluir una imagen más clara del papel que tendría en mi vida, en la vida de Pequeño Banana.

Pero cuando febrero llegó a su fin, y marzo amaneció un poco más cálido, un poco menos sombrío, nos quedamos exactamente en el mismo lugar, conociéndonos, y supe que tendría que estar bien con eso.

26

Jude

Había aprendido mucho cuando el invierno se convirtió en una primavera temprana en Inglaterra. No todas las cosas que quería aprender, pero las había aprendido de todos modos.

En primer lugar, era totalmente posible quedarse fuera de un juego y aún sentir la cantidad de presión que sentías cuando estabas comenzando, y las pérdidas duelen igual de mal desde ese punto de vista también.

Lo segundo que aprendí fue que grité. Mucho.

Los jugadores iniciales comenzaron a llamarme Jefe, y no necesariamente como un término cariñoso. Mi manager normalmente solo me miraba con las cejas levantadas mientras nos observaba tranquilamente navegar a través de la mitad de la temporada en completa y absoluta jodida mediocridad.

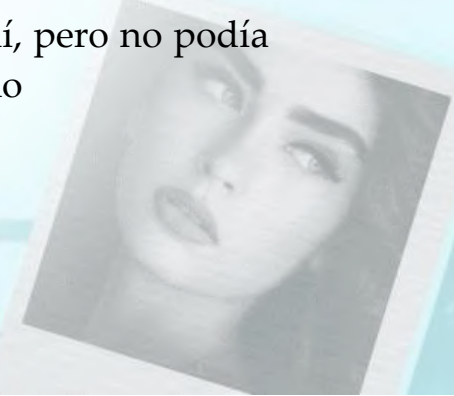
—Saca tu cabeza de su trasero, Williams —grité—. Aprende a despejar la pelota.

—¿Quieres quedarte aquí? —preguntó Conworth secamente con una rápida mirada por encima del hombro.

—No, pero si no haces tu maldito trabajo, lo haré yo —murmuré. El joven jugador a mi lado debe haberme escuchado porque resopló.

Le di una mirada y sus mejillas se sonrojaron.

En tercer lugar, me enteré con total y absolutamente jodida claridad de que Lia podría haber estado a miles de kilómetros de mí, pero no podía sacármela de la cabeza ni por un segundo. Era un infierno



Y la razón por la que era un infierno era porque no podía hacer nada al respecto, excepto tratar de forjar una tregua amistosa hasta que terminara la temporada.

En el vestidor después del partido, un empate 1-1 contra Aston Villa, me senté en el banco frente a mi cubículo y vi mi teléfono.

Ella había comenzado a enviarme "fotos de panza" como ella las llamaba. Siempre justo en medio de nuestras llamadas telefónicas semanales.

Las odiaba.

Las amaba.

Ella estaba cambiando, de alguna manera se volvía más y más hermosa con cada centímetro que crecía, y yo sentía que seguía igual.

—¿Qué es lo que te toca las pelotas? —preguntó Declan, arrojando su equipo sucio al suelo y ajustando la toalla alrededor de su cintura—. Gritaste aún más de lo normal hoy, lo cual es impresionante, considerando cuánto gritaste la semana anterior. Conworth se quedará sin trabajo no porque no pueda ganar, sino porque se lo vas a quitar.

Lo ignoré porque no quería entrenar. Quería jugar. No quería estar sentado en el banquillo en ninguna faceta de mi vida, y parecía condenado a esa posición.

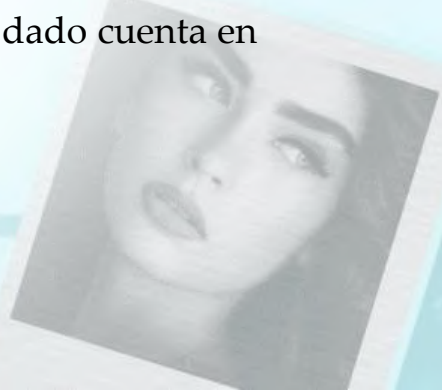
Esperando una oportunidad para jugar.

Esperando llamadas.

Esperando fotos.

Esperando a que sucediera algo para poder empujar la puerta y ver qué había al otro lado.

Me desplacé hacia atrás hasta las últimas fotos que había enviado, todas frente al mismo espejo largo en un dormitorio grande con una jodidamente terrible cubierta púrpura. Me detuve, dándome cuenta de que se había perdido una semana y ni siquiera me había dado cuenta en ese momento.



—¿Sabías que un bebé a las veinticuatro semanas de gestación tiene la misma longitud que una mazorca de maíz? —pregunté.

Se congeló, mirándome con los ojos muy abiertos.

—Eh, no. No estaba al tanto.

—Bueno, jodidamente lo es, ¿de acuerdo? Una mazorca de maíz. No conseguí una foto esa semana. Me perdí el maíz.

Declan se subió unos pantalones y tiró la toalla.

—¿Y en qué semana estamos actualmente?

—Veintiséis.

Él asintió.

—Bien.

Cuando no hablé, Declan bajó con cuidado su gran cuerpo sobre el banco.

—¿Y esta es la americana?

—Sí. —Lancé mi teléfono de vuelta a mi bolsa de lona—. Ella está de vuelta en casa ahora.

—Felicidades —dijo secamente—. Los problemas de relación son difíciles, compañero. Si necesitas el nombre de mi terapeuta, es un maldito hacedor de milagros.

Gruñí.

—Justo lo que necesito. Alguien que me haga recostarme en un sofá y purgar mis sentimientos. Ya tengo una persona que me dice que tengo el coeficiente intelectual emocional de una patata. No estoy seguro de que deba agregar un segundo.

—Te sorprendería lo mucho que ayuda.

Lo miré fijamente.

Declan sonrió, completamente despreocupado.

—¿Cómo crees que puedo manejarlos sin golpear a la gente en el rostro todo el tiempo?

—Nunca lo pensé mucho, de hecho.

Declan me dio un codazo.

—Me alegra saber que es eso, si soy honesto.

—¿Por qué?

—Pensé que estabas de un humor de mierda porque ya no has estado jugando lo suficientemente bien como para comenzar.

Le di una mirada seca.

—Bueno, no lo has hecho. Si estuvieras haciendo el trabajo correctamente, estarías ahí fuera, no sentado a un lado. —Me dio una palmada en la espalda mientras se ponía de pie—. Nadie quiere enviar a la banca a la mejor persona para el trabajo, McAllister, y si ese eres tú, entonces demuéstralo.

Me pasé una mano por el rostro, deseando poder ignorar la verdad de sus palabras.

—¿Y si no lo soy?

Se encogió de hombros en una camisa, su expresión pensativa.

—Entonces hazte a un lado por quien sea y enséñales lo que sabes.

Esas palabras, esas malditas palabras de ese maldito gran cascarrabias de capitán se me quedaron grabadas durante semanas.

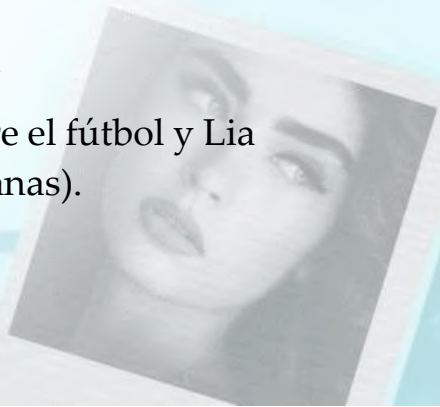
Cada vez que tenía unos minutos para jugar, los escuchaba en mi cabeza. Marqué en el descuento contra el Wolverhampton y gané más tiempo de juego en el siguiente partido, y en ese juego, los jugué en un bucle cuando todo lo que logré fue una tarjeta amarilla y una épica pelea de gritos con el juez de línea.

Los escuchaba en mi cabeza todo el tiempo, parecían como una pieza de rompecabezas que no podía encajar en su lugar.

Cuando practicaba.

Cuando traté de dormir, pero pensé en ella en su lugar.

Cuando hacía ejercicio, mis pensamientos vagaban entre el fútbol y Lia y el bebé (ahora una maldita coliflor a las veintisiete semanas).



Cuando ella y yo hablábamos por teléfono, sobre sus citas, clases, búsqueda de apartamento y familia.

Cuando recibía una foto o un mensaje de texto entre llamadas telefónicas y tenía que pensar exactamente cómo responder para que no se diera cuenta de lo mucho que la extrañaba en mi vida.

A veces me fue mejor que otras, igualando su tono fácilmente cuando nos enviábamos mensajes de texto sobre cosas sin sentido. Comidas que nos gustaban y cosas que habíamos hecho ese día, y otras, no me fue tan bien.

Lia: *¿Sigues despierto?*

Por supuesto, todavía estoy despierto. Todavía es lo suficientemente temprano como para estar acostado en la cama, viendo el techo, contemplando cómo había conseguido que mi vida se desviara tanto de *mi curso de la noche,* casi respondí.

Jude: *Sí. ¿Qué pasa?*

Casi me caigo de la cama cuando comenzó un FaceTime. Buscando a tientas la lámpara de la mesita de noche, respondí la llamada una vez que la encendí.

Su rostro llenó la pantalla, y casi lloré al ver su amplia sonrisa.

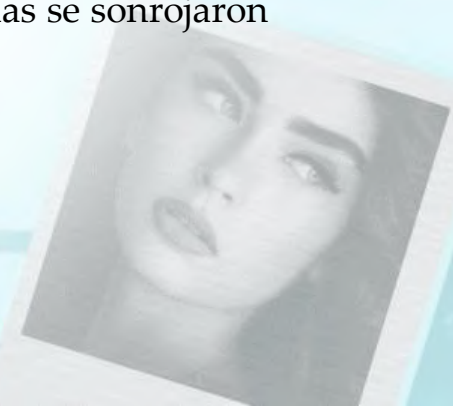
—¡Hola!

Me aclaré la garganta.

—Hola.

Sus ojos se dirigieron a mi pecho desnudo y sus mejillas se sonrojaron de inmediato.

—Lo siento, sé que es tarde y no te avisé.



—Nunca te disculpes por llamar, amo… Lia. —Me detuve justo a tiempo, y ella no pareció notar mi casi desliz—. ¿Qué pasa?

Sus ojos brillaron.

—Tienes que ver esto.

Lia apartó el teléfono de su cuerpo para que pudiera verla desde un lado. Ella también estaba acostada en su cama.

Mis costillas se tensaron al verlo.

—Se ve tan diferente que en las fotos que envías.

Se subió la camisa y mi corazón comenzó a latir con fuerza al ver su estómago desnudo. Entonces algo se movió.

—¿Viste eso?

—Maldita sea —susurré. Prácticamente pegué mi nariz contra la pantalla para verla mejor, riéndome incrédulo cuando algo empujó su piel tensa—. ¿Qué *es* eso?

Ella se rio.

—No sé, ¿se siente como un codo tal vez? —La mano de Lia se deslizó sobre ese lugar y sus dedos empujaron. Cuando se echó hacia atrás, el bebé se movió de nuevo y me encontré riéndome.

—¿Él te acaba de empujar hacia atrás?

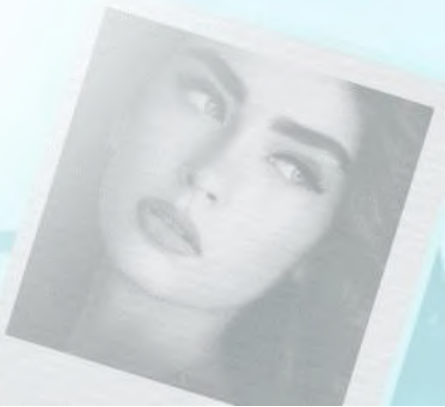
—Sí. —Ella suspiró—. Esta es la cosa más rara del mundo. —Después de un pequeño giro más debajo de la superficie de su piel, Lia se bajó la camisa y movió el ángulo de su teléfono para que pudiera ver su rostro—. Dijiste él.

Tracé cada parte de su rostro, documentando los cambios desde la última vez que la había visto.

—¿Lo hice?

Lia asintió.

—Estoy tratando de no adivinar.



—¿Por qué no? —Me acomodé contra mi almohada, sin prisa por terminar esta conversación. Hablaría con ella toda la maldita noche si me dejara.

Se colocó un mechón de cabello suelto detrás de la oreja.

—No sé. Se siente como... con qué frecuencia recibimos una sorpresa tan grande, ¿verdad? No hay nada más en la vida, no hay momento más grande en el que puedas enterarte de noticias de esta magnitud. Me gusta no saber, no esperar, y cuando vengan… —Su voz se apagó, y ella puso una expresión soñadora en su rostro que casi me hizo llorar—. Entonces conseguiré ese momento, ¿sabes?

—¿Qué momento? —pregunté, completamente fascinado por ella.

—Cuando conoces a la persona más importante de tu vida, y tu alma puede decir, Oh, sí, eres el que he estado esperando.

Este.

Este era el peligro de que habláramos cara a cara.

Quería soltar palabras, poéticas y emotivas e imposibles de retractar, y creo que ella lo sabía porque me miraba detenidamente en el silencio que siguió a lo que había dicho.

Me aclaré la garganta.

—Me gusta el sonido de ese momento.

Ella sonrió.

—Pero está bien si quieres adivinar qué es.

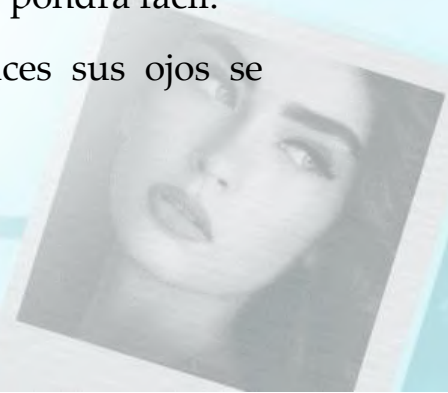
—A decir verdad, no me importa si es niño o niña. —Negué con la cabeza—. Aunque probablemente seré un mal papá.

Lia se rio.

—¿Por qué dices eso?

—Porque querré que conquiste un mundo que no se lo pondrá fácil.

—Oh. —Suspiró, todo su cuerpo se suavizó. Entonces sus ojos se llenaron de lágrimas.



—Mierda, lo siento, por favor no llores.

Lia agitó una mano.

—No te preocupes por mí. Solo estoy... hormonal, ¿sabes? Ayer lloré cuando Emmett me hizo una galleta con chispas de chocolate fresca porque me escuchó decir que sonaba bien.

—Lloraría si alguien me hiciera una también.

Ella sonrió ampliamente.

Decidí arriesgarme a una pequeña confesión.

—Extraño verte comer las cosas que amas.

—¿Sí?

Asentí, sosteniendo su mirada fijamente.

—Esa es una de las cosas que extraño.

Sus ojos se entristecieron y su boca se abrió y luego se cerró.

En ese momento, por millonésima vez, pensé en lo que había dicho Declan. *Nadie quiere enviar a la banca a la mejor persona para el trabajo, McAllister, y si eres tú, entonces demuéstralo.*

Esta era la primera vez que hacíamos un FaceTime, y en nuestras llamadas telefónicas semanales, lo hicimos muy bien, compartimos muchas de las cosas que debían haber sido importantes para ella, y si esta era mi oportunidad, entonces la tomaría.

—Tal vez no debería haber dicho eso —comencé—, pero te extraño, Lia. Mucho.

Dejó caer la cabeza hacia atrás con un suspiro, contra una cabecera tapizada de color gris oscuro, y sus ojos nunca se apartaron de los míos.

—Yo... no sé qué debería decir a eso, Jude.

—¿Por qué no empezamos con lo que *quieres* decir?

Sus ojos se cerraron brevemente, y vi la lucha en el pellizco de su frente y las líneas que aparecían en su frente cuando estaba sumida en sus pensamientos.

—Ojalá pudiera —susurró—. Ojalá pudiera decirte esas cosas sin preocuparme por las consecuencias que podría traer.

Froté una mano sobre mi frente y otra vez, maldije la distancia entre nosotros.

—Casi ni siquiera te llamo —admitió.

—¿Por qué no?

—Al ver tu cara... —Hizo una pausa, tomando una respiración lenta y luego soltándola a través de los labios fruncidos—. Es difícil, Jude. Porque me hace desear que podamos volver como antes, y estoy feliz de estar de vuelta en casa. Estoy feliz de estar con mi familia. Tenía miedo de que me hicieras desear no estarlo, y aunque sé que es lo correcto estar en casa en este momento, tenía miedo de que me hicieras desear estar todavía ahí contigo —admitió en voz baja.

La frustración fluía y refluía dentro de mí, no en grandes olas gigantes, sino en un fuego lento que estaba fuera de mis manos tanto como estaba fuera de las de ella. Era la verdad de nuestra situación que ella no podía quedarse en Inglaterra para siempre, y yo estaba en medio de una temporada, incapaz de siquiera contemplar los cambios que podría traer la próxima temporada.

Pero aun así, había una chispa irracional de esperanza en su confesión en voz baja. ¿Podría probar que yo era el mejor hombre para ella? Quería. Eso estaba claro.

—¿Y te he hecho desear eso, amor? —pregunté. En el momento en que salió de mi boca, supe lo egoísta que era la pregunta, y vi en su rostro que no había sido lo correcto por mi parte decirlo.

Ella suspiró.

—Oh, Jude.

—Lo siento. —Negué con la cabeza—. Eso fue estúpido.

—No, también estoy enturbiando las cosas. —Se cubrió el rostro con una mano. Quería arrancar esa mano. Quería besar sus dedos y la palma. Quería volver a saborear su boca y cubrir mi cuerpo con el de ella, ver cómo había cambiado y cómo se sentía ahora, pero aún más que eso, me

encontré queriendo quitarle cualquier breve destello de dolor que acababa de causarle con mi estúpido orgullo.

¿No fue ese siempre mi problema?

Mi incesante necesidad de demostrar que era valioso, de demostrar que era digno, me había costado mucho más de lo que me había ganado. Especialmente en los últimos años.

—Mírame —le dije gentilmente.

Ella bajó la mano.

—No volveré a hacer eso —prometí—. Creo que me debilitó momentáneamente la imagen mental de ti comiendo una galleta recién horneada. Sé qué sonidos haces cuando eso sucede, y solo soy humano, amor.

Lia sonrió tan brillantemente, maldita sea, dolía mirarla. Haría cualquier cosa por verla sonreír así, me di cuenta. Aunque me costara.

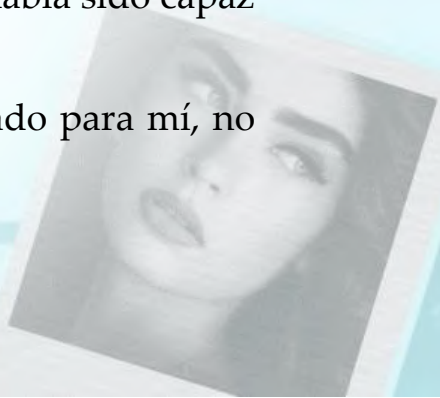
Me dio las buenas noches en silencio y cortamos la llamada. Durante mucho tiempo después, vi al techo.

Tal vez eso era lo que había estado tratando de mostrarme cuando se alejó hace tantos meses. Le costó alejarse de mí, pero aun así lo había hecho. Había fuerza en poner a alguien más primero, como había hecho con nuestro hijo. Ahora lo sabía. Estaba tan alejado de la maldita cena que mis propias palabras egoístas resonaron como una campana rota en mi mente, discordante y áspera. Sí, mis papás dijeron algunas cosas malditamente terribles, pero en mis elecciones esa noche, en mi completa incapacidad para ser honesto con la gente acerca de las cosas con las que estaba luchando, hice sufrir a Lia como resultado.

La fuerza de Lia me había mostrado cómo se veía el amor cuando le pedías a alguien que se hiciera responsable de sus acciones.

Si a ella le hubiera importado menos, no le habría importado ni la mitad de cómo estaba actuando. Su partida probó algo que no había sido capaz de ver en ese momento.

Y ni una sola vez en mi vida había tenido eso modelado para mí, no hasta ella.



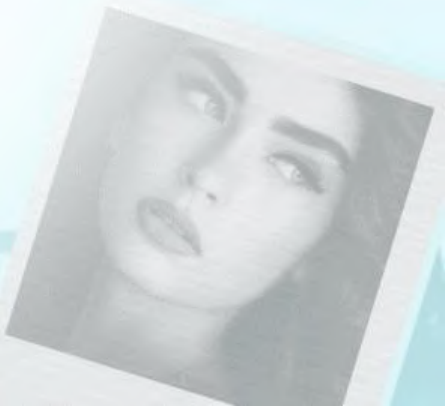
Era la pieza de borde que me faltaba, donde las palabras de Declan proporcionaron la imagen completa que había estado desconcertando.

A veces, demostrabas tu valía al mostrar lo que estabas dispuesto a renunciar.

Lo que Lia me pedía era un amor desinteresado, no un desfile de pruebas o una letanía de logros por los que me había ganado su inestimable favor. Ni siquiera por ella, sino por nuestro hijo.

Ambos fueron invaluables, un legado que nunca podría haber construido por mí mismo y que nunca podría haber ganado, pero si pudiera sacarme la cabeza del trasero, quizás todavía pueda hacerlo.

Saqué mi teléfono y envié dos mensajes. El primero pidiendo un número de teléfono. El segundo pidiendo algo de tiempo.



27

Lia

Con un movimiento de brazo muy dramático, corrí la cortina del vestidor.

Me volví hacia un lado, luego hacia el otro.

—¿Está bien?

Claire hizo una mueca.

—Oh, vamos —gemí—. ¿Así de mal?

—Te ves un poco como... como si el viejo papel de la cocina de Nana hubiera vomitado sobre ti.

Vi hacia abajo al vestido. Las flores moradas y azules sobre un fondo crema le habían parecido tan lindas en la percha, y luego tuvo que ir y decir algo así.

—Mierda.

Ella hizo una mueca.

—Lo siento.

—Estoy tan cansada de probarme vestidos, Claire —me quejé. La cómoda silla en la esquina del vestidor soportó mi peso cuando me hundí de nuevo en ella, sacando mis piernas para descansar en la otomana puf frente a ella. Los vestidores de maternidad eran la mierda.

—Oye, podemos parar. Tendrás que aparecer desnuda en tu baby shower.

Rodé los ojos.

Empezó a marcar opciones con sus pequeños y juiciosos dedos no embarazados.

—La opción azul era linda. Era cómodo, el color te quedaba muy bien, *y* lo más importante, era lavable a máquina.

—Solo tú mencionarías eso como la característica más importante.

—¿Qué tan feliz vas a estar cuando lo manches y tengas que llevar tu trasero embarazado a la tintorería?

—Bueno, ya que probablemente solo usaré este vestido una vez...

—¿Qué pasa con la próxima vez que estés embarazada?

Mi mirada se dirigió la suya.

—Mierda, ni siquiera pensé en eso. Podría tener otro *hijo* algún día.

—La gente lo hace todo el tiempo —contestó con gravedad.

—Y mis hijos pueden tener como diez años de diferencia, por lo que sé.

—Puede ser.

Mis ojos se abrieron.

—Y tengo que guardar cosas durante esos diez años, ¿no?

Claire extendió las manos en un gesto magnánimo.

—De nada.

—Pensé que también me estaba yendo muy bien pensando en el futuro.

Entró en el vestidor y levantó mis pies para poder sentarse en la otomana, luego bajó mis pies en su regazo.

—Pues sí. Miraste ese apartamento por segunda vez la semana pasada. Eso es realmente bueno, Lee.

—Me gustó —le dije—. Tenía mucha luz, y los dormitorios eran grandes. A solo diez minutos de Logan y Paige también.

Claire sonrió.

—Entonces, ¿por qué la vacilación? Dijiste que pequeño repollito se movía como loco mientras estabas ahí.

—¿Es tan extraño que todo lo que puedo imaginar ahora es una muñeca repollo?

Ella empujó mis pies.

—Necesitas un vestido. Tu baby shower es la semana que viene.

—Lo sé. —Dejé que mi cabeza cayera hacia atrás contra la silla. —No sé por qué estoy dudando.

—¿No lo sabes?

—¿Qué es ese tono? —pregunté sin levantar la cabeza—. Me estás haciendo Shrinking[4]. Ya sabes cómo me siento al respecto.

—No sé cuántas veces tendré que decirte que no soy psiquiatra, pero un poco sí.

Claire, con su paciencia infinita y su habilidad para ver a través de mí como si estuviera hecho de Saran Wrap, esperó en silencio. En verdad, era su superpoder.

—La temporada terminó hoy —dije—. Jude.

Ella tarareó.

—Hemos estado enviando mensajes de texto un poco más durante la semana. Todas las cosas amistosas, nada demasiado profundo, ya sabes. Después de ese FaceTime el mes pasado, fue... —Me detuve, sacudiendo la cabeza. Había un montón de cosas que podría haber dicho.

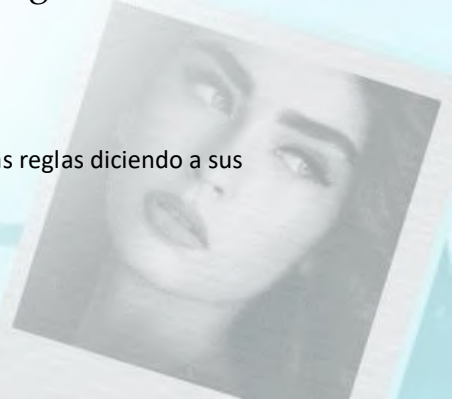
Fue difícil porque ver su rostro me dio la vuelta al corazón.

Era imposible porque incluso si había cambiado algo, todavía teníamos los mismos problemas.

Me rompía el corazón por lo mucho que me tentaba cuando me miraba como si yo fuera todo su mundo.

—Fue difícil dejarlo —fue lo que decidí—. Fue la primera vez que pasamos de puntillas nuestra amistosa tregua desde que regresé.

[4] Shrinking es una serie que trata sobre un terapeuta especializado en el duelo rompe las reglas diciendo a sus clientes exactamente lo que piensa.



—Eso tiene sentido —dijo Claire, pasando una mano por la parte superior de mi pie. —¿Cómo se relaciona eso con el apartamento?

Tragué. Esta parte fue difícil para mí admitir en voz alta. La gran pregunta sin respuesta que solo sería respondida cuando él y yo estuviéramos cara a cara de nuevo.

—¿Qué pasa si… qué pasa si él viene aquí, y estoy dando todos estos pasos para avanzar, y él también ha seguido adelante, pero… pero todavía estoy enamorada de él?

—¿Sería eso algo malo?

Mis ojos ardían con lágrimas no derramadas.

—No si él me ama, no, Pero ¿y si no lo hace? ¿Sabes? ¿Y si toda esta distancia que pedí, en la que insistí, es lo único que termina por alejarlo? Y al final de esto, él está como... Bien, feliz y saludable, y yo solo estoy —resoplé, tratando de no ahogarme con las palabras que subían por mi garganta—, sola.

Cuando finalmente pude encontrar la mirada de Claire, sus ojos también brillaban con lágrimas.

—Nunca estarás sola, Lee, pero también sé que ese no es el tipo de soledad del que estás hablando.

—No. —Me limpié el rostro—. Yo me fui y no reconozco nada de mi mundo ahora. Mucho de eso es bueno, ¿sabes? Molly está prácticamente comprometida, y tú y Bauer son estúpidamente felices, Finn trabaja noventa horas a la semana en su residencia y todavía se las arregla para encontrar a una chica perfecta, y creo, creo que todavía pensaba que Jude y yo vendríamos al final de esto, y funcionaría. Que esta distancia nos ayudaría a acercarnos.

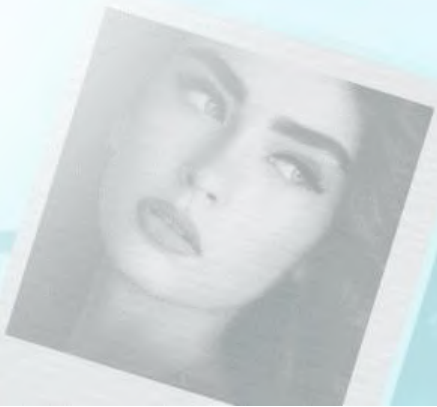
—Todavía podría —dijo suavemente.

—¿Pero y si no terminamos juntos?

Se inclinó hacia delante y me agarró la mano.

—Entonces él no es para ti.

—Estoy nerviosa por verlo.



—Eso también está bien. —Ella sonrió—. ¿Cuándo llegará aquí?

—Dijo que intentaría conseguir un vuelo la próxima semana para poder llegar al baby shower. Logan lo está conectando con uno de los apartamentos que alquilan para los jugadores cuando necesitan un lugar para quedarse, dijo que pueden hacer que dirija algún tipo de clínica para los jugadores o algo así para que pueda aclararlo.

Se levantó de la otomana.

—Bueno, si va a estar aquí para el baby shower, entonces el vestido azul no será suficiente.

—Gracias.

—Pero tampoco queremos un vestido de papel tapiz.

Puse los ojos en blanco cuando ella comenzó a cavar en la pila que había traído a la habitación.

—Oh, sí —dijo ella, luego sostuvo la percha en su dedo índice—. Este.

—¿Sí?

Claire asintió.

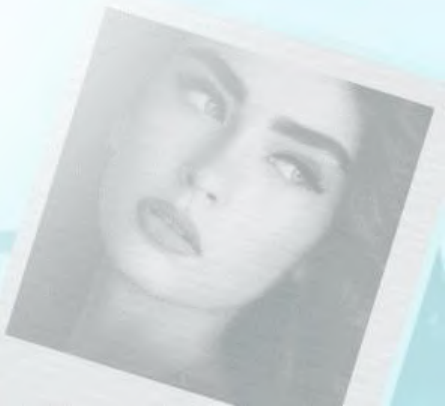
—Definitivamente.

Toqué el dobladillo del vestido con una pequeña sonrisa. Cuando lo hice, pequeño repollito dio un salto mortal enorme que me dejó sin aliento.

—Whoa —jadeé, frotándome un codo o una rodilla o algo así. Claire presionó su mano en el lugar con una sonrisa.

—¿Ves? Repollito está de acuerdo conmigo. —Ella se inclinó—. No lo olvides, soy tu tía favorita, ¿de acuerdo?

Jude



—Malditas tonterías, esto es estúpido.

La voz tranquilizadora llegó a través del sistema Bluetooth de mi auto.

—Está bien estar nervioso por esto, es un gran problema.

—No me mimes en este momento, ¿de acuerdo? Necesito que me digas que no voy a caer en una trampa.

Mi terapeuta, cuyo número me dio Declan, no me hizo acostarme en un sofá, pero me hizo hablar sobre mis sentimientos y, a menudo, en las últimas cuatro semanas, lo odié por eso.

—Por lo que me has dicho, no creo que estés caminando hacia una trampa. —Podía escuchar la sonrisa en su voz, el idiota, y quería golpearlo por convencerme de que era una buena idea.

Detuve mi auto a un lado de la carretera rural, viendo por el parabrisas hacia las ondulantes colinas y setos verdes.

—No estoy listo.

—Háblame de lo que cambió entonces, Jude. —Siempre fue tan malditamente paciente—. Ayer cuando nos vimos, habías tenido una buena charla con tu hermano y una buena llamada telefónica con tus papás. Basado en lo que hablaste con ambos, me dijiste que estabas listo para ir a la granja.

Agarré el volante hasta que podría haber jurado que mis nudillos iban a salirse de mi piel.

—Sí, era fácil decir que estaba listo mientras estaba sentado en tu maldita oficina beige con tu música relajante y tus malditos aceites en el aire que me relajaban.

—¿Qué te está asustando en este momento?

Cerré los ojos con fuerza. Odiaba esa pregunta. Durante las últimas cuatro semanas, dos veces por semana, me había hecho todas esas malditas preguntas que odiaba responder. A veces más que otras.

—¿En este momento? Cuántas ganas tengo de golpear algo.

Él se rio.

—Me parece bien, pero no estás golpeando nada, lo cual es excelente. ¿Qué otra cosa?

Exhalando con fuerza, finalmente abrí los ojos.

—Tengo miedo de ir a la granja, y sea como la última vez que los vi en el pub. Mi papá dirá algo horrible como lo hizo, y yo atacaré como lo hice, y estaremos justo donde empezamos. —Golpeé mi palma contra el volante. Mi corazón latía contra mi pecho como si acabara de correr durante una maldita hora—. Y si eso sucede, entonces todo esto fue un desperdicio, y Lia tenía razón en que no sé cómo hablar de una mierda, y nunca cambiaré, y la mujer que amo y mi hijo estarán en la mitad del mundo, felices sin mí, y estaré vacío y solo sin nadie con quien hablar de nada porque he demostrado una y otra vez que no lo necesito cuando realmente lo necesito.

El auto estaba mortalmente silencioso ante mi admisión. Apenas podía creer que había admitido algo tan grande.

En silencio, pensativamente, tarareó.

—Bravo, Jude. Excelente.

Me pasé una mano por el rostro.

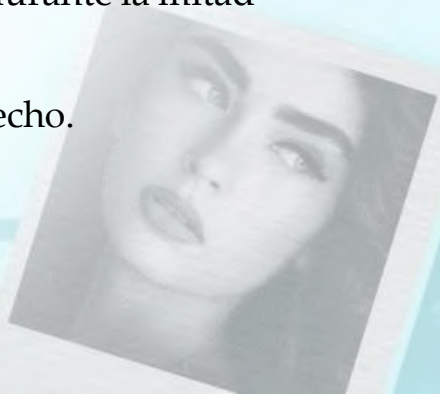
—Maldita sea —murmuré—. Siento que acabas de sacarme las tripas.

Él se rio.

—No hice nada más que hacer algunas preguntas. La verdad es que ya has cambiado. Estás buscando ayuda para ver el daño que tus papás te han infligido, que tú también te has infligido. Has reconocido que la ausencia de Lia, su capacidad para alejarse por la salud y el bienestar de tu hijo y tu capacidad para criar a ese niño de una manera saludable es un límite que ella necesitaba erigir para que tú busques ese cambio.

Mi cabeza cayó hacia atrás en el asiento del conductor, algo se abrió en mi pecho. Se alivió una presión de la que ni siquiera me había dado cuenta, aunque probablemente la había estado cargando durante la mitad de mi vida.

—Lo sé, pero todavía no es una elección que hubiera hecho.



—No, pero piensa en lo que puedes elegir dentro de esta situación.

Me froté la frente.

—Jude —continuó—, no puedes obligar a tus papás a cambiar más de lo que Lia puede obligarte a cambiar. Puedes elegir trabajar en estas cosas. Ellos también pueden. Todo está conectado, pero si tus papás están dispuestos a intentarlo, entonces hay esperanza. Tal vez esa es la razón por la que Lia y este niño están en tu vida.

Sus palabras, aunque fueron liberadoras, desataron un efecto dominó dentro de mí. La extrañaba muchísimo y verla estaba fuera de mi alcance. Mi vuelo a Seattle salía a la mañana siguiente y esta parada era algo que tenía que hacer antes de intentar cualquier otra cosa con Lia.

El terror y la esperanza estaban tan inextricablemente entrelazados, y nunca había sido tan plenamente consciente de ello hasta que estuve en la cúspide de todo lo que quería.

Una vida con Lia, si ella todavía me aceptaba, me dio mucha esperanza, pero realmente no podía lograrlo hasta que me enfrentara a este monstruo, uno que era parcialmente de mi propia creación.

—Puedo hacer esto —dije en voz baja.

—Estás haciendo esto —afirmó.

—Gracias, Kendrick. —Sonreí, aunque él no podía verme—. No eres tan malo.

—Un gran elogio de hecho. Envíame un correo electrónico si necesitas programar una sesión mientras estás en Seattle. Podríamos hacer una cita virtual.

—Lo haré.

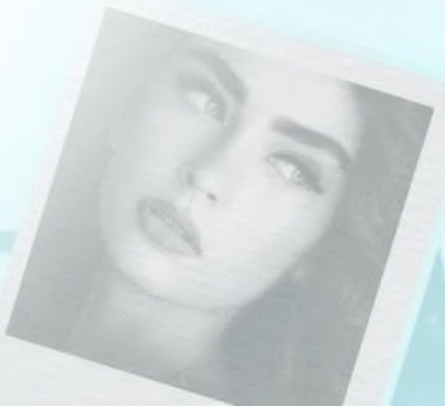
Desconectamos la llamada, y aunque necesitaba poner el auto en marcha y terminar el resto del viaje de cinco minutos hasta la granja, donde me esperaban mis papás, decidí tomarme un momento más en la quietud y la calma.

Viendo hacia el asiento del pasajero, recogí la pequeña oveja, sucia por la edad, pero aun así, era suave en mi mano, y pasé el pulgar por el rostro,

imaginándolo en las manos pequeñas y descoordinadas de un niño con los ojos de Lia y tal vez mi sonrisa.

La oveja se colocó cuidadosamente en el tablero de mi automóvil, un símbolo que me guiaba hacia un lugar donde, con suerte, encontraría un poco de paz en mi pasado y establecería un punto de apoyo para el futuro que deseaba.

Con una respiración profunda, puse el auto en marcha y avancé.



28

Jude

Con los ojos irritados y la espalda dolorida por un largo día de viaje de Londres a Chicago, donde pasé la noche en vela esperando el primer vuelo a Seattle, no me sentía en mi mejor momento cuando me acerqué a la zona de llegadas del aeropuerto Sea-Tac. Allí sólo me esperaba una persona, y estaba en el aire si me recibiría con una educada reserva, una cálida bienvenida o una patada en las pelotas.

Si yo estuviera en su posición, probablemente sería lo último.

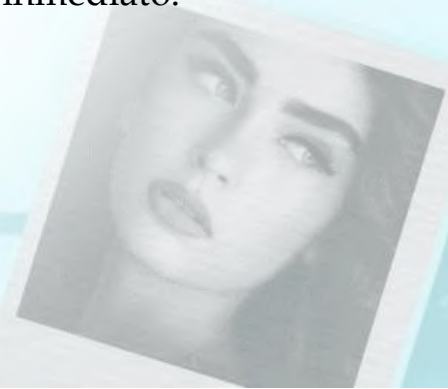
No tenía mucho equipaje, ya que Rebecca estaba enviando tres cajas grandes con mis pertenencias, quien me hizo jurar con sangre que haría un FaceTime con ella cuando naciera el bebé, y sentí que eso era algo bueno cuando doblé la esquina y vi a Logan Ward por primera vez.

Era alto, más alto que yo, y de músculos sólidos, con los brazos cruzados sobre su enorme pecho. Tenía los ojos ensombrecidos y un sombrero Washington calado sobre la frente. Me encontré tragando pesadamente mientras me acercaba. Fuimos interrumpidos brevemente, un botón de pausa en nuestro pequeño enfrentamiento, cuando un niño pequeño se le acercó.

Logan se suavizó de inmediato, el cambio en él fue tan profundo que parpadeé. Se agachó con una sonrisa y estrechó la mano del niño después de que intercambiaron una conversación breve y tranquila, luego permitió una foto cuando la mamá del niño se la pidió. Todo duró solo un minuto, solo un poco más, pero estableció un parentesco inmediato.

Su sonrisa era irónica mientras se levantaba.

—Nunca se sabe cuándo sucederá eso, ¿verdad?



—No. —Extendí mi mano, e inmediatamente, él la tomó. Su agarre fue firme, pero no autoritario, y respiré un poco más tranquilo porque había decidido no darme una patada en las pelotas—. Te agradezco que estuvieras dispuesto a recogerme.

—No iba a hacerlo al principio.

Comenzamos a caminar, yo siguiendo el ejemplo de Logan mientras nos conducía a través de la multitud que se arremolinaba hacia el estacionamiento.

—¿Qué te hizo cambiar de opinión?

—La hermana de Lia —admitió, con un pequeño movimiento de cabeza.

—Isabel no, supongo.

Logan me cortó una mirada.

—Claire.

—Ah.

—¿Por qué dices que no fue Isabel?

—La última vez que vi a Isabel, ella amenazó con quitarme la hombría, creo.

Logan se rio de buena gana.

—Sí, eso suena como ella.

Señalé un Starbucks.

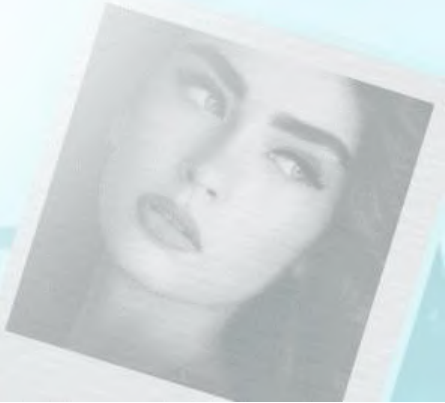
—¿Te importa si me detengo a tomar un café?

—Adelante.

Mientras conseguía el americano más grande que vendían, Logan esperó, tecleando en su teléfono. El olor llegó a mi torrente sanguíneo antes de que tomara mi primer sorbo abrasador en la boca. Me vio cuidadosamente mientras me acercaba.

—¿No hay té?

Respondí con una sonrisa irónica.



—A veces, incluso los británicos necesitan más cafeína de la que nos da el té, y este es uno de esos momentos.

Salimos del aeropuerto y entramos en el estacionamiento en silencio, y agradecí que me permitiera unos momentos para dejar que el café golpeara mi sistema.

La camioneta de Logan era grande y negra y tenía una calcomanía de los Washington Wolves en la ventana trasera. Abrió la parte trasera de la camioneta para mí y dudé antes de deslizar mi maleta dentro.

—¿Qué ocurre? ¿Tengo que, levantarla por ti?

Le di una mirada.

—No, solo quiero asegurarme de que es seguro guardarla aquí. Tengo... un regalo para Lia, y odiaría que le pasara algo.

Sus ojos eran inescrutables, sus rasgos faciales casi tallados en roca mientras me miraba fijamente a la antigua. Era difícil no moverse bajo su peso, pero me encontré con su mirada directamente.

—Estoy enamorado de ella —le dije—. Y haré todo lo posible para demostrarlo, incluso si tengo que esperar.

Logan inhaló lentamente, luego exhaló con fuerza.

—Puedes ponerlo detrás de tu asiento. Hay sitio.

—Gracias.

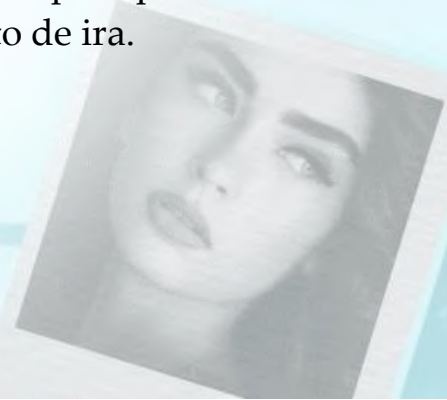
Una vez en la camioneta, se detuvo antes de salir del estacionamiento.

—Claire me dijo que tenía que darte una oportunidad, sin importar lo destrozada que estuviera Lia cuando llegó a casa en diciembre.

Apreté la mandíbula, pero mantuve la boca cerrada. No había visto las consecuencias, por supuesto que él sabía.

—Y ella me recordó que debido a que todos amamos tanto a Lia, y a este bebé, que si tú eres lo mejor para ambos, entonces sería peor para mí hacer o decir algo de lo que me arrepienta en un momento de ira.

Debería haber traído un regalo para Claire también.



—Y siento que es importante que lo sepas antes de que diga lo que voy a decir. Esto no viene de un lugar de ira o desconsideración. No sé exactamente qué pasó entre ustedes dos, —continuó—. Yo no pedí los detalles. No son importantes, pero te advierto, McAllister, que esta familia, mi familia, lo es todo para mí. Si no tienes la fortaleza para aguantar esto con ella, con el bebé, entonces dímelo ahora y compraré tu boleto de regreso a casa antes de que ella se dé cuenta.

Lentamente, giré la cabeza y me encontré con su mirada pétrea. Malditamente lo dijo en serio.

—No me iré a ninguna parte —le dije.

Logan buscó mi mirada antes de asentir con decisión.

—Bien.

Puso la camioneta en parking, y exhalé lentamente.

—Señor, son intimidantes, ¿verdad?

Logan sonrió.

—No pretendemos serlo, pero hemos aprendido a cerrar filas cuando es necesario.

—¿Por qué?

—¿Lia alguna vez te contó cómo llegaron a vivir conmigo?

Sintiéndome terriblemente avergonzado por no saberlo, negué con la cabeza.

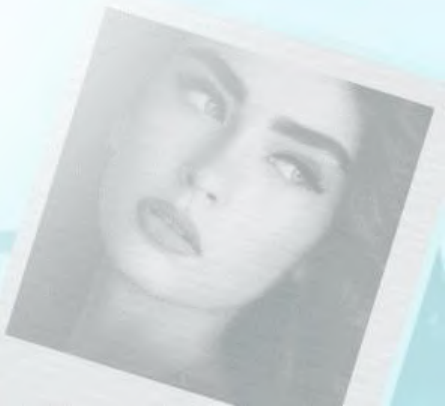
—Solo el mínimo indispensable.

Me vio antes de volver su mirada hacia el camino frente a nosotros.

—Compartimos el mismo papá, las niñas y yo, pero mi papá se volvió a casar con una mujer mucho más joven que él cuando yo estaba empezando la universidad.

—La mamá de Lia —dije.

Logan asintió.



—Brooke. Era, a falta de un término mejor, una esposa trofeo para mi papá. Hermosa, burbujeante, el alma de la fiesta. Encantaba a todos siempre y cuando solo estuvieras cerca de ella por pequeñas dosis. Nuestro papá murió de un ataque al corazón cuando las gemelas eran pequeñas, y Brooke —frunció el ceño, apretando visiblemente el volante—, no le gustaba mucho la idea de ser mamá soltera cuando no había tanto dinero como pensaba en un principio.

—Maldita sea —murmuré. Me froté la frente, cada bit de información ofrecía más claridad—. Ella las dejó contigo.

—En mi puerta. —Finalmente, sonrió—. Probablemente envejecí diez años los primeros seis meses que vivieron conmigo, pero son el regalo más grande que alguien me ha dado. Un par de años más tarde, mi esposa y luego mi hijo se sumaron al caos, y ahora... aparentemente... seguimos agregando a sus hombres también.

Parecía tan infeliz por eso que me encontré sonriendo a pesar de la terrible historia que había conducido a su familia.

—Lia tenía... diez, ¿verdad?

Logan asintió.

—Un momento difícil para que tu mamá huya. Cualquier edad lo es, supongo. Siempre me pregunté si la escucharon ese día que se fue.

Cuando se quedó en silencio, lo vi.

—Brooke siempre quiso la diversión, la emoción, la aventura, pero siempre supimos eso de ella. No era nada nuevo, pero dejarlas... nunca lo vi venir. Justo antes de que se fuera le pregunté por qué estaba haciendo esto. —Se movió en su asiento—. Me vio y se encogió de hombros, luego dijo: Tengo una vida, Logan, y ya ha sido bastante difícil. ¿Por qué pasaría el resto del tiempo sintiéndome miserable?

—Mierda —murmuré. Incluso si Lia no hubiera escuchado a su mamá, todo tenía mucho sentido, mirándola a través de esa lente—. Gracias por decírmelo.

—Es algo que tienes que entender. Cualquiera que vaya a amar a una de esas chicas necesita hacerlo. No experimentas que alguien te deje así

sin cicatrices, y Lia podría ocultar bien esas cicatrices, pero están ahí. Nunca dejaría que nadie hiciera sentir a su hijo como Brooke los hizo sentir.

Reflexioné sobre eso, cada cosa que me decía solo servía para que la amara aún más.

—Será una excelente mamá, ¿no?

—No tengo ninguna duda al respecto —dijo Logan.

Observé los picos de las montañas, todavía coronados de blanco a pesar del cálido aire de mayo. Pensé en lo que Lia había dicho mientras conducía por la campiña inglesa, sobre prestar atención a tu entorno cuando no te resultaba familiar, y sonreí. Cada milla más cerca, no era tanto el paisaje lo que me abrumaba, sino la idea de que estaba tan cerca de ella después de tantos meses.

—¿Y estás seguro de que estás listo para todo este cambio? —preguntó Logan. Encendió su indicador para tomar la siguiente salida, y mi corazón se aceleró con anticipación. Estábamos cerca.

—Lo estoy.

Él asintió, pero no dijo una palabra más mientras recorría algunas calles, alejándonos del ruido y el ajetreo de la carretera. En una pequeña curva en el camino, vi un hermoso edificio ubicado en un claro. Largos balcones se extendían frente a una docena de puertas corredizas de vidrio en cada uno de los tres pisos con estacionamiento debajo del edificio. El paisaje era exuberante y verde contra el estuco blanco.

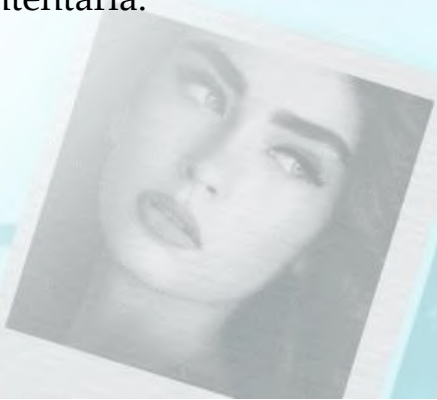
—2B —dijo en voz baja—. Ella piensa que voy a recogerla para el baby shower en un rato. Le dije que tocaría el timbre tres veces para que supiera que era yo.

Logan estacionó su camioneta y le tendió la mano.

Lo tomé por lo que era: una rama de olivo y una bendición. No estaba del todo seguro de que me lo mereciera todavía, pero lo intentaría.

—Gracias —le dije de nuevo—. Por todo.

Me dio una palmada en la espalda.



—Si la cagas, te arrancaré las pelotas, Brit.

—Bastante justo —respondí secamente.

Saqué mi maleta de la camioneta y le di una pequeña sonrisa antes de caminar hacia la entrada principal. El edificio tenía una pequeña entrada detrás de puertas de vidrio, y me alegró ver cámaras de seguridad colocadas por todas partes. Rápidamente encontré 2B en el panel, le di al botón tres ráfagas rápidas y contuve la respiración.

Lia

Vi el reloj en la pared sobre el sofá, presionando el botón para que Logan se levantara.

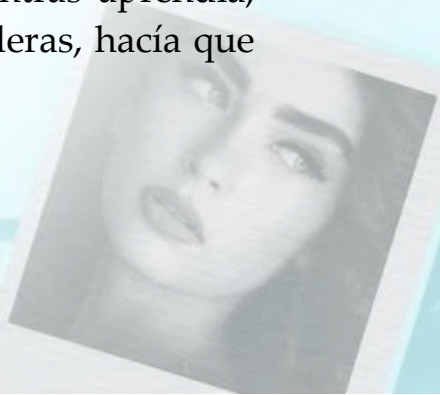
—Sube. Estoy casi lista.

Desde la ventana de mi sala de estar, había visto la parte trasera de su camioneta estacionada frente al edificio, así que supe que no era un asesino en serie ni nada por el estilo.

Había una pila de cajas junto a la puerta, y moví la de arriba para que no la golpeara cuando entrara. El apartamento estaba escasamente amueblado y solo a medio desempacar, pero ya se sentía como en casa. El sol de mayo entraba a raudales a través de las correderas que conducían a mi balcón, y yo tarareaba junto con la música que sonaba en mi habitación.

Bajé la mano, pero no pude alcanzar la hebilla de mi tobillo.

—Mierda —susurré. Es un poco incómodo pedirle a tu hermano mayor que lo haga, pero bueno, las personas embarazadas tenían que hacer lo que las personas embarazadas tenían que hacer, y mientras aprendía, bebé piña, con su bajo centro de gravedad sobre mis caderas, hacía que casi todo fuera más difícil la mayoría de los días.



Incluyendo vestirme. Afortunadamente, pude ponerme una de mis sandalias desnudas con punta abierta, mostrando la pedicura de color rojo brillante que Paige me había obsequiado en honor a mi baby shower, pero la otra hebilla se soltó cuando traté de meter mi pequeño pie hinchado en el zapato izquierdo.

Oí que se abría la puerta del apartamento y grité por encima del hombro.

—En mi cuarto. ¿Puedes ayudarme con mi zapato, por favor?

Sus pesados pasos se hicieron más lentos en la sala de estar, y me senté en la cama, ajustando el escote de mi vestido. Claire tenía razón, el escote en V profundo, ligeramente fuera del hombro y el color rosa pálido eran perfectos. El vestido abrazaba mi estómago y caderas, terminando justo por encima de mis rodillas.

Era tan sexy como me había sentido durante todo el embarazo, con el cabello rizado, el rostro llena de maquillaje y un cuerpo con curvas que nunca había tenido. Honestamente, mis senos eran increíbles.

Mientras los vuelos de Jude no se retrasaran, prometió que estaría ahí antes de que terminara el baby shower.

Tal vez no sea ideal verlo por primera vez después de tanto tiempo frente a mi familia y amigos, pero estaba emocionada de verlo.

Logan se acercó y saqué el pie.

—No puedo...

Mi voz se quebró al verlo, grande y alto, llenando la puerta de mi dormitorio.

Los ojos de Jude me absorbieron con avidez y, aturdida, me puse de pie lentamente.

—Jude —susurré.

La fuerte columna de su garganta se movió en un trago visible cuando sus ojos se posaron en mi estómago, sus labios se curvaron ligeramente.

—Hola —dijo, en voz baja y segura y oh, su acento diciendo esa pequeña palabra.

No me atreví a moverme cuando cerró la distancia que quedaba entre nosotros porque no podía creer que estuviera en mi habitación. Su mano se elevó con cuidado, y cuando supe lo que estaba haciendo, la tomé suavemente, colocándola sobre la parte superior de mi considerable estómago. Un suave balanceo onduló la superficie de mi estómago, y él resopló con asombro.

—Santo infierno sangrando —susurró—. Mira lo hermoso que es.

Me reí, mis ojos pinchando con lágrimas de felicidad.

—Desearía que pudieras sentirlo desde mi lado. Es muy loco.

La otra mano de Jude se deslizó por mi espalda y se inclinó para presionar un suave beso en la parte superior de mi cabeza.

—Te ves increíble, Lia.

Mis dedos se cerraron en su antebrazo mientras nos parábamos así, su mano en mi vientre, la otra en mi espalda entre mis omoplatos. La habitación estaba llena hasta los topes de una tensión palpable, del tipo que ralentizaba tus movimientos y te obligaba a respirar profundamente, como el aire eléctrico y crepitante antes de una tormenta o un primer beso.

Me giré hacia él, envolviendo mis brazos firmemente alrededor de él, y él hizo lo mismo, exhalando pesadamente cuando estaba completamente doblada entre esos fuertes brazos.

Levantando la cabeza, estudié su rostro. Se veía bien. Cansado, pero sus ojos brillaban como nunca, jamás había visto.

—Estás aquí.

Jude sonrió.

—Puede que haya mentido sobre mi hora de llegada.

—Entonces... ¿Logan te recogió? Vi su camioneta por ahí.

Él asintió, alejándose con cuidado, pero dejando sus manos para alisar mis brazos para poder mirarme de nuevo.

—Me las arreglé para obtener su número de teléfono a través de mi agente, y luego su agente.

Me tapé el rostro con la mano y gemí.

—¿Él fue como… hizo lo del hermano mayor aterrador?

Jude se rio.

—Terriblemente bien, sí.

Y aún así nos quedamos ahí, mis manos descansando en su cintura, él en mis brazos, y de repente, sentí una ráfaga de timidez. Con cuidado, me liberé, jugueteando con mi cabello mientras miraba mi cama tamaño queen y la cabecera tapizada, luego sonreí al moisés en la esquina al lado del planeador color marfil que Molly y Noah me compraron como regalo de inauguración de la casa.

—Mi apartamento no está realmente... listo todavía.

—¿Me das el tour?

Sonreí.

—Sí. —Mis brazos se extendieron—. Mi habitación, obviamente.

—Ventanas grandes.

—Es lo que amé de este lugar. Cuando tuviéramos sol, quería tanto como sea posible, y está a solo diez minutos de la casa de Logan y Paige.

Echó un vistazo a la habitación que sería el cuarto de los niños, ahora solo ocupada por la cuna blanca y la cómoda, una lámpara de mimbre en la esquina y una alfombra peluda de color canela y blanco esparcida por el suelo. Las cajas de pañales estaban apiladas en la esquina, y los marcos vacíos estaban apoyados dentro del armario en el que colgaba una larga fila de pequeñas perchas blancas.

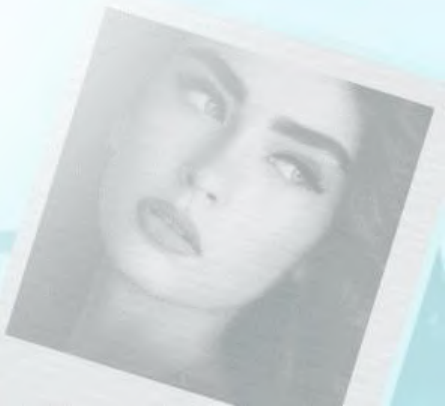
—Es un trabajo en progreso —le dije—. Conseguiré muchas cosas en el baby shower hoy.

Se quedó viendo la cuna durante unos segundos, luego parpadeó y su atención volvió a mí.

—Me encanta.

—Gracias. —Mi rostro se calentó bajo su alabanza.

—Yo, eh, tengo algo que agregarle, de hecho.



Mi cabeza se inclinó, una sonrisa se extendió por mi rostro.

—¿De verdad?

—Está en mi maleta. —Suavemente, tomó mi mano, e incluso si no fue inteligente, entrelacé mis dedos con los suyos y dejé que me guiara a la sala de estar. Encontré un lugar en el sofá y lo vi con curiosidad cuando inmediatamente se agachó frente a mí. Entonces sus dedos rozaron mi tobillo y contuve el aliento. Luego, con tanto cuidado, cerró la hebilla de mis zapatos con sus grandes dedos, permitiendo que su palma descansara brevemente sobre mi tobillo cuando terminó.

—Gracias —susurré. ¿Dónde, exactamente, se había ido mi voz? Al parecer, salió volando por la ventana con mi reserva al ver su rostro. Su cara desaliñada, exhausta y hermosa, que quería agarrar con ambas manos para poder besarlo hasta la mierda. Había algo viniendo de él que me hizo sentir un poco menos loca por sentirme así.

Algo en la forma en que me miraba.

Algo en la forma en que me tocaba, con tanto cuidado y tanta reverencia.

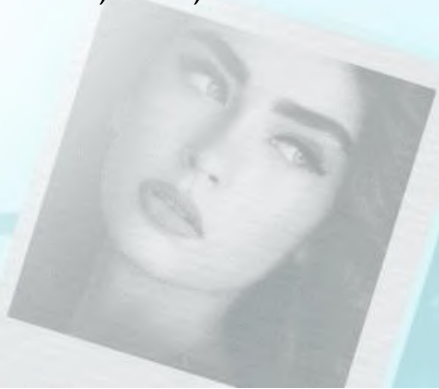
Jude, por primera vez desde que lo conocí, me miraba como si pudiera romperle el corazón en el pecho si decía algo incorrecto, y esa era la diferencia, me di cuenta, cuando me dio una sonrisa secreta antes de abrir la cremallera de su elegante maleta negra. Apartando a un lado la ropa perfectamente enrollada, sacó una caja, perfectamente envuelta en papel de regalo dorado, y luego otra más pequeña.

Tomando asiento a mi lado, respiró hondo antes de entregarme el más pequeño de los dos. En la etiqueta, garabateado con su letra masculina, estaba mi nombre.

—Esto también es de Rebecca —admitió.

Mi boca se abrió.

—¿Dios, no lo hizo...? —Acerqué la caja a mi nariz y olí—. Oh, Dios, no lo hiciste.



Como una niña en un maldito día de Navidad, rompí el regalo con alegría, lo que provocó que Jude se riera con ganas cuando le lancé el papel y abrí la tapa de la caja.

Hermosos bollos sentados dentro de la caja, encerrados en una bolsa de plástico.

—Tan frescos como pude —me dijo—. Los terminó un par de horas antes de que yo tuviera que irme al aeropuerto.

Saqué uno de la bolsa y lo sostuve hasta mi nariz.

—Oh, la amo —gemí. Le di un mordisco tan delicado como pude porque ya tenía mi lápiz labial puesto. Con los ojos cerrados, me hundí en el sofá y saboreé cada miga perfectamente no fresca—. Mi alma está tan feliz en este momento.

—Eso parece —dijo, con la voz llena de diversión.

Después de un bocado más, me senté, dándole una sonrisa tímida.

—Gracias.

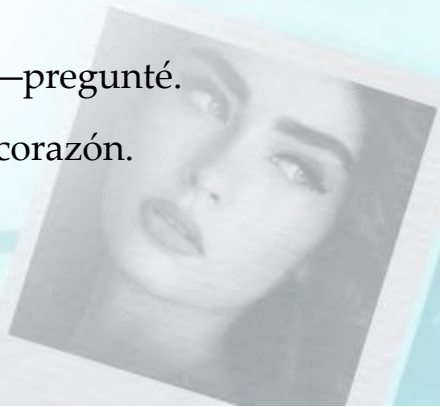
—Siento, no haber podido colocar un poco de crema ahí. —Con una sonrisa, me vio tomar otro pequeño bocado y luego apartar esa caja. Cuando mi regazo estuvo libre de nuevo, me deslizó la segunda caja. En esa etiqueta, decía bebé piña. Mis ojos se encontraron con los suyos, y él sonrió.

Con dedos cuidadosos, abrí el papel de regalo. Se sentía más importante ir despacio con este, y casi nunca fue mi instinto ir despacio en algo, pero cuando doblé los bordes hacia atrás, supe lo que estaba tratando de hacer. Estaba tratando de crear algo especial. Algo significativo. Fue por eso que vino antes de lo que me dijo y por qué se acercó a mi hermano.

Cuando saqué la parte superior de la tapa, había tres objetos envueltos en papel de seda blanco, uno grande y cuadrado, uno mediano y de aspecto blando, y uno plano y pequeño.

—¿Algún orden en particular en el que deba abrirlos? —pregunté.

Sus ojos sonreían mientras me miraba, y lo sentí en mi corazón.



—De izquierda a derecha está bien. —Sacó su teléfono—. Tengo un video que va con el segundo.

—Dios —murmuré, recogiendo el primero. Se sentía como libros, lo que me hizo sonreír. Cuando quité el pañuelo, me reí encantada. Era una pila de libros de cartón, todas versiones infantiles de literatura clásica. En la parte superior estaba *Jane Eyre* con una brillante portada ilustrada—. Jude, estos son increíbles.

Debajo de *Jane Eyre* estaban *Orgullo y prejuicio, El mago de Oz, Alicia en el país de las maravillas, Sherlock Holmes, El libro de la selva* y *Romeo y Julieta.*

—Para que puedas enseñarle a nuestro hijo todas las cosas maravillosas que sabes tan bien —dijo.

Apreté *Jane Eyre* contra mi pecho como si pudiera contener toda la felicidad que sentía.

—Gracias —dije, completamente abrumada.

—Siguiente —instó.

Dejé los libros a un lado y recogí el siguiente paquete. Era suave pero firme. Antes de que pudiera quitarme el pañuelo, me entregó su teléfono. La pantalla estaba oscura, con una flecha de reproducción en el medio.

—¿Primero el video? —pregunté.

Él asintió.

Presioné el botón. No reconocí la mesa oscura o la cocina donde Jude había puesto el teléfono. Su rostro llenó la pantalla, e inmediatamente pude leer los nervios en su expresión.

—Hola, el regalo que estás a punto de abrir no es solo mío. Recibí algo de ayuda para llevarte esto a ti y al bebé. —Jude giró la pantalla y vi a su mamá saludar nerviosamente. Jadeé, una mano subió para cubrir mi boca. Solo le di a Jude una mirada rápida a través de mis pestañas, pero él me miraba con una leve sonrisa.

—Lia —su mamá comenzó con voz temblorosa—, el papá de Jude y yo deseamos mucho poder estar ahí para darte esto en persona, y me gustaría empezar disculpándome por lo que pasó en el pub la última noche que te

vimos. No tenemos excusa para nuestro comportamiento, y… —miró a Jude—, es algo en lo que estamos trabajando como familia, para superarlo. Espero que nos puedas perdonar porque nos encantaría conocer a nuestro nieto pronto, y si hay algún error en el regalo, es porque Jude no acepta muy bien las instrucciones, pero lo intenté. —En el video, Jude le sonrió a su mamá y ella se la devolvió. Fue incómodo, y ambos parecían inseguros, pero sentí una lágrima rodar por mi mejilla de todos modos—. Cuida de ese pequeño por nosotros.

El video se cortó. Ni siquiera pude arriesgarme a mirarlo antes de abrir el siguiente paquete.

Eran dos pequeñas criaturas hechas de la misma lana suave de la oveja que había encontrado en su habitación. Uno era una oveja de forma similar con una cabeza torcida y una pata. A través de mis lágrimas, tracé al otro, un lobo negro y gris.

—Para que nuestras familias también puedan enseñarle a nuestro hijo todas las cosas que saben —dijo con voz áspera.

Sus ojos estaban llenos de lágrimas, y tomé un lado de su cara, pasando un pulgar debajo de sus ojos.

—¿Hablaste con tu familia?

—Estamos en gran medida un trabajo en progreso —dijo, tomando mi mano y tirando de ella hacia abajo para poder dar un beso en el centro de mi palma—. No diré que hemos llegado hasta ahí, pero con la ayuda de un terapeuta —dijo con una sonrisa irónica—, y algunas llamadas telefónicas tensas antes de mi visita, sí, estoy hablando con mi familia.

Me limpié el rostro.

—Voy a tener que rehacer todo mi maquillaje, y ni siquiera puedo enojarme por eso.

Él sonrió.

—Uno más, amor.

—Oh, cielos. —Dejé los pequeños juguetes a un lado con solo un toque suave más al lobo. Con una sonrisa, supe que esto ganaría a Paige en un santiamén. Ella lo amaría.

Me encontré conteniendo la respiración mientras desdoblaba el último trozo de tejido. Mi frente se arrugó con confusión cuando vi una camiseta pequeña. Era de un azul diferente, con logotipos diferentes, pero mi corazón dio un vuelco peligroso cuando el reconocimiento sonó como una campana ruidosa en mi cabeza.

—¿Seattle? —susurré—. Tú...

Colocó sus manos sobre las mías, que estaban agarrando la camiseta de los Seattle Sounders con dedos temblorosos.

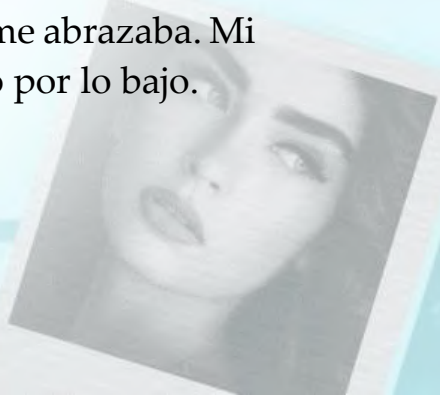
—Contrato de un año —dijo, sosteniendo mi mirada fijamente—. Mi agente cree que me he vuelto loco por hacer esto, pero no podía soportar la idea de estar al otro lado del océano de ustedes dos.

Negué con la cabeza.

—Jude, ni siquiera sé si puedo decir esto con delicadeza porque mis emociones están como... desaparecidas en este momento —mi voz tembló—, ¿pero no es esto un gran paso hacia abajo para ti?

—Sí. —Su agarre se hizo más fuerte—. Y mientras no estabas, me di cuenta de que hay cosas peores que no jugar en Inglaterra. Hay cosas peores que no ser el jugador que solía ser. Hay cosas peores a que mi familia no me entienda. —Jude tomó mi cara como yo había tomado la suya, y me incliné hacia ese toque—. Seré feliz jugando aquí porque lo peor que puedo imaginar es estar lejos de mi corazón. Ese eres tú, amor. Ambos. —Se deslizó más cerca, apoyando su frente contra la mía, e inhaló profundamente—. No sé qué hice para merecer encontrarte esa noche porque fuiste el catalizador, Lia. Cualquier esperanza que haya encontrado para el resto de mi vida comenzó contigo. Sé lo cerrado que fui, lo egoísta que he sido, y las reparaciones comienzan ahora. Si te lleva un mes, un año, dos años confiar en lo que tenemos, esperaré.

Un sollozo escapó de mi boca, y apenas pude verlo a través de mis lágrimas. La calidez de su mano en mi rostro atrapó muchas de mis lágrimas, y supe que lo decía en serio, y mi corazón estaba tan lleno de la verdad que no pude encontrar una sola palabra mientras me abrazaba. Mi mano agarró su camisa cuando trató de apartarse, y se rio por lo bajo.



—Mi amor —dijo, secándome las lágrimas con movimientos seguros de sus manos sobre mi piel—, no me iré a ningún lado.

—No lo harás —respondí.

—No mientras me tengas. —Él sonrió—. Tenías mucha razón sobre nosotros, Lia, y por mucho que te extrañé, este tiempo separados fue bueno para mí. Lo necesitábamos para hacer esto bien. Porque ahora, sé que nuestro futuro está construido sobre algo inquebrantable, ¿sí?

—Sí. —No podía dejar de tocarlo—. ¿Realmente esperarías tanto tiempo?

Su pulgar tocó el centro de mi labio inferior.

—Si eso es lo que necesitas.

Cuando respiré temblorosamente, mis lágrimas finalmente se despejaron de mis ojos, y deslicé mis manos detrás de su cuello y en su cabello.

—Sabes que la paciencia no es mi fuerte, ¿verdad? —susurré, acercándolo más.

—¿De verdad?

Asentí.

—Especialmente cuando sé lo que quiero.

Mientras su boca descendía dolorosamente cerca de la mía, se rio.

—Estoy tan jodidamente enamorado de ti.

Dejé que sus palabras me bañaran en un cálido y feliz barrido. Nuestros labios se tocaron una, dos veces, y luego inclinó la cabeza con un gemido, colocando su boca firmemente en la mía.

Enrollando mis brazos alrededor de él, deslicé mi lengua contra la suya, el alivio iluminando cada terminación nerviosa de mi cuerpo. Subí mi vestido tan alto como pude e hice todo lo posible para sentarme a horcajadas sobre el regazo del hermoso hombre.

Se rio en mi boca cuando no pude levantarlo más alto.

—Mírate —murmuró. Tiró del vestido hasta mis caderas con un fuerte tirón, agarrando mi trasero y deslizándome más cerca mientras se sentaba en el sofá. Sus manos acariciaron mis muslos, mi estómago, y mientras intercambiábamos besos, sus dedos se enredaron en mi cabello.

Me eché hacia atrás y lo vi fijamente, con una mano sobre su boca cuando trató de besarme de nuevo.

—¿Es esto real? No estoy teniendo uno de esos sueños sexuales de embarazo realmente vívidos, ¿verdad?

Me mordió los dedos.

—Me encantaría saber de eso, pero no, esto es bastante real.

Suspiré, pasando mis manos por su pecho.

—Yo también te amo —susurré, su corazón latía fuerte, constante y seguro bajo mi palma.

Sus labios, esos maravillosos, talentosos y diabólicos labios, se curvaron en una sonrisa.

—¿Te arreglamos ahora? ¿O vamos a llegar tarde a tu fiesta?

Pasé mi nariz a lo largo de la suya, sonriendo cuando lamió mi labio inferior.

—Pueden esperar unos minutos más.

—Maldita sea, ellos pueden —dijo contra mi boca, su mano ahuecando mi pecho. Mis caderas comenzaron a rodar junto con el inteligente movimiento circular de su pulgar, y la otra mano de Jude me agarró con fuerza, sus dedos se clavaron en mi trasero, dirigiéndome con un movimiento firme—. Eso es.

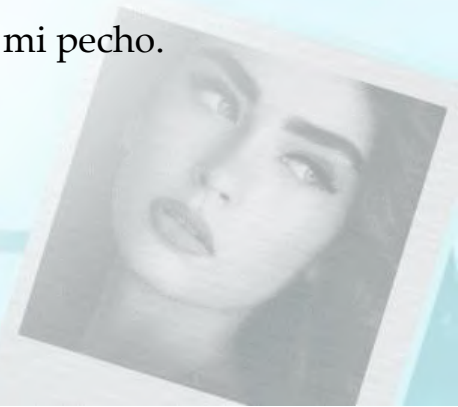
Eso... fue cuando mi celular empezó a sonar.

—Noooo —gemí. El sonido estridente, proveniente de algún lugar de mi dormitorio, era el tono de llamada de Claire.

Parecía aturdido, su mano separándose lentamente de mi pecho.

—Bien. Bien. No, deberíamos parar.

Le di una mirada incrédula.



—¿Deberíamos?

—Vamos, amor, sube. —Con un suspiro torturado, me ayudó a ponerme de pie, viendo intensamente la ropa interior de encaje negro que llevaba puesta mientras me bajaba el vestido con cuidado.

—¿Qué? ¿Por qué? ¿Por qué nos detenemos?

Jude se rio, besando mi frente después de levantarse del sofá.

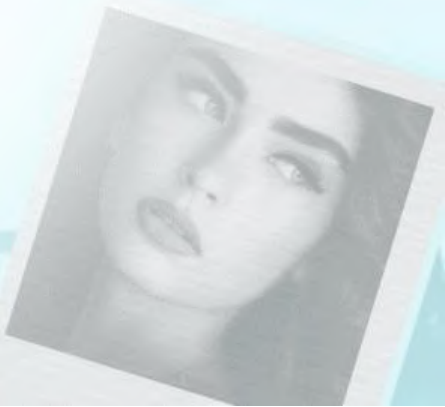
—Porque lo último que necesitamos es perdernos tu baby shower y que yo conozca a tu familia.

Ugh. Hice un puchero, lo que lo hizo reír. Me envolvió en un abrazo.

—Sé que tienes razón —dije, mi cabeza descansando en el centro de su pecho.

Pasó una mano por mi espalda e inclinó la cabeza hacia abajo.

—Podemos esperar un poco más, amor. Tenemos para siempre.



29

Jude

Siete semanas después

—Esto no va a funcionar —dijo Lia entre ataques de risa indefensos.

—¿Dudas de mí?

Intentó darse la vuelta, lo cual fue toda una hazaña en su condición actual: una semana después de su fecha de parto.

—¡Sí!

—Qué terrible error de tu parte —le susurré al oído una vez que estuvo cómodamente de lado.

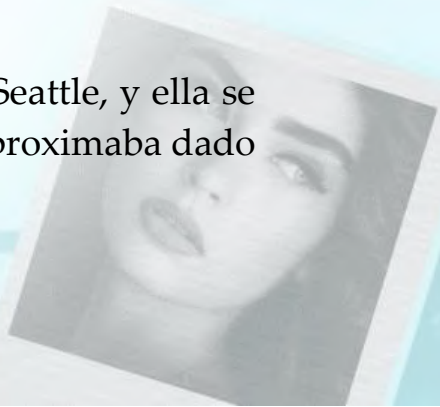
De rodillas sobre ella, me maravilló la extensión de piel desnuda frente a mí. Mis manos se deslizaron sobre su estómago y sonreí cuando sentí la fuerte presión de un codo o una rodilla. Cuando me agaché para besar ese mismo lugar, vi que su boca se curvaba en una sonrisa.

Desde el día que llegué, había sido así entre nosotros.

Paz, felicidad sublime y dulce que rodaba día a día, todo envuelto en una cantidad alucinante de tiempo en la cama.

Me mantuvo despierto más tarde de lo que estaba acostumbrado, charlando alegremente sobre sus días, escuchando sobre los míos, y la mayoría de las noches terminaban con nosotros en el sofá, su cabeza en mi regazo, donde podía pasar mis dedos por las suaves líneas de su rostro, y cuerpo en la suave longitud de su cabello.

Salimos a comer, recorrimos los lugares de interés de Seattle, y ella se echó a reír cuando casi nos choqué con el tráfico que se aproximaba dado



que los estadounidenses conducían por el lado equivocado de la sangrienta carretera. Hablamos de su crianza y la mía.

Juntos, armamos nuestra casa en el apartamento luminoso y planeamos una futura después de que terminara su contrato de arrendamiento inicial de un año. Ante la insistencia de Lia, no pagué más de la mitad del alquiler, pero le dije que tenía que hacer el depósito de nuestra próxima casa.

Y ahora, una semana más allá de donde se suponía que nuestra sandía haría su aparición, estábamos bastante preocupados por acelerar su entrada al mundo.

La comida picante no había funcionado.

Ni las largas caminatas.

Y hasta ahora, la mera maniobrabilidad del sexo se estaba convirtiendo en un problema, si se suponía que eso ayudaría.

Besé el costado de su pecho y Lia se estiró por completo con un suave suspiro.

—¿Aún dudas de mí?

—Totalmente. —Ella exhaló—. Soy enorme.

—Eres perfecta —murmuré en la pendiente de su hombro, justo cuando me acomodé detrás de ella—. Levanta tu pierna sobre la mía, amor.

—Mierda.

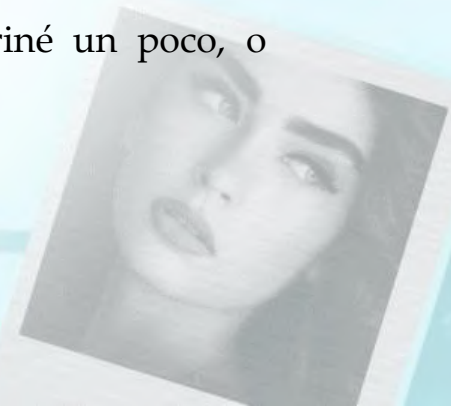
Me paralicé.

—¿Sin pierna? ¿Intentamos pararnos en el baño como anoche? —Mis pulgares se deslizaron suavemente sobre su pecho porque sabía lo sensible que era, pero ella apartó mis manos de un golpe. Mis cejas se levantaron—. O no, está bien.

Lia me vio por encima del hombro, con los ojos muy abiertos.

—O perdí toda la función de la vejiga y solo... oriné un poco, o simplemente rompí fuente.

Parpadeando, vi hacia abajo.



—Tú...

Lia se incorporó.

—Creo que tal vez debería ponerme algo de ropa. —Entonces una brillante sonrisa apareció en su rostro—. Y tal vez tú también deberías, campeón. Buen trabajo. —Extendió una mano para chocar los cinco.

Salté de la cama, completamente desnudo, y agarré su bolsa de hospital de donde estaba justo al lado de la puerta.

—¿Qué ropa necesitas?

Lia se deslizó hasta el borde de la cama, con una pequeña sonrisa en su rostro.

—Esa camisa azul en la cómoda está bien, y los suaves pantalones cortos negros en mi cajón superior, por favor.

Se los arrojé y apenas eché un vistazo a lo que puse sobre mi propio cuerpo.

Lia se detuvo una vez, con una extraña expresión en su rostro.

—Oh, hola.

Me congelé mientras empujaba un cargador de teléfono en el costado de su bolso.

—¿Qué?

Ella hizo una mueca.

—Contracción. Extraño.

Fue esa mueca lo que hizo que mi corazón se acelerara a una velocidad que antes no sabía que existía.

A través de cualquier cita con el médico a la que asistí con ella, la clase de preparación para el parto, que fue aterradora, y todos los libros que leyó, nunca me di cuenta de lo malditamente terrible que sería no soportar ni un poco de este dolor por ella.

Y con la comprensión vino el terror absoluto ante la realidad de esta nueva vida que estábamos trayendo al mundo.

Lia tomó un lado de mi cara y sonrió.

—Todo irá bien.

La apreté en mi abrazo, presionando un ferviente beso en sus labios.

—Te amo.

—Yo también te amo. —Su rostro se enderezó—. Pero necesito que no seas un marica en este momento, ¿De acuerdo? Todo irá bien, y si tienes esa mirada de niño perdido en tu cara, me voy a preocupar por ti, y si vas a hacer esa cosa de hombres donde te desmayas al ver la aguja epidural o mi placenta o algo.

—No voy a ser un marica —dije con una voz completamente ofendida—. Además, no planeo mirar tu placenta.

—Genial. —Ella aplaudió—. Ahora vámonos.

El viaje al hospital fue borroso y, de vez en cuando, dejaba escapar un suspiro lento y uniforme cuando otra contracción le apretaba el vientre. Con cada uno, aunque todavía estaban bastante separados, mis manos se apretaron involuntariamente en el volante.

Lia envió un mensaje de texto a su familia e hizo una llamada telefónica a Claire, quien planeaba estar en la sala de partos con nosotros.

Muy pronto, seríamos invadidos por los Ward, y al acercarnos al hospital, descubrí que estaba de acuerdo con eso.

Fue una sorpresa que este grupo masivo y caótico me permitiera deslizarme sin problemas en sus impresionantes filas.

—Claire está en camino —dijo, deslizando su mano sobre mi muslo—. Ella debería estar aquí en aproximadamente una hora.

Le sonreí.

—Bien.

—¿Estás listo? —me preguntó en voz baja.

Tomando una respiración profunda, jalé su mano hasta mi boca y presioné un beso en sus nudillos.

—Tan listo como uno puede estar, me imagino.

Y por eso, me sentí completamente desprevenido. Me sentí inadecuado. Humillado. Entusiasmado.

—Estoy cagada de miedo —admitió.

Riendo, besé su mano de nuevo.

—Siéntete libre de gritarme si te ayuda a distraerte. Insúltame. Rompe mi mano con tu agarre. Lo que sea que necesites.

Tal como me indicaron, detuve el auto hasta la entrada de la sala de emergencias y ella suspiró.

—Te amo, Jude. No voy a insultarte.

Lia

Cinco horas después

—Oh, pedazo de mierda egoísta —gemí—. Si comes un pedazo más de comida frente a mí. —Mi voz se quebró cuando otra contracción me quitó el aire de los pulmones.

Claire puso una toallita sobre mi frente, hablándole a Jude en una voz suave y calmada.

—Tal vez deberías dejar la manzana, Jude, o comerla en el pasillo.

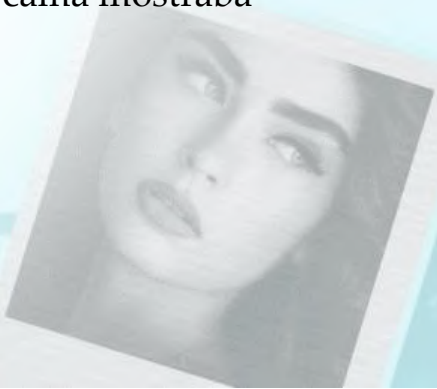
—O atragantarte con eso —dije con los dientes apretados.

Jude arrojó la manzana a la basura y se acercó al otro lado de la cama. Besó la coronilla de mi cabeza.

—La manzana se ha ido, y sé que no quieres que me ahogue, amor.

La tensión se alivió de mi cuerpo, el monitor junto a mi cama mostraba la contracción a medida que se aliviaba.

—Lo sé. Realmente no lo hago.



Tomando asiento en el taburete, sonrió, pero vi las líneas tensas alrededor de sus ojos y boca.

—Para ser justos, nunca debí haber hecho esa pregunta, así que no puedo culparte por sentirte... —Hizo una pausa, buscando la palabra correcta.

—¿Asesina? —supliqué amablemente.

Claire rodó los labios para sofocar su sonrisa.

Jude, a quien amaba hasta un nivel aterrador, en quien confiaba con todo mi corazón, con quien quería pasar el resto de mi vida, estuvo a punto de ser castrado cuando le preguntó a la novia embarazada en la cama, mientras ella estaba con un dolor inmenso., cómo se sentía una contracción.

Amigos, casi no sobrevivió.

Otra contracción rodó sobre mí, y sentí que mis piernas se tensaban sin poder hacer nada.

En ese momento era imposible hablar a través de ellos, así que ni siquiera lo intenté. Jude movió la toallita y dijo algo suave y dulce en la línea del cabello húmedo de mi frente.

Eventualmente, disminuyó, y pude aspirar otra respiración profunda.

Claire tomó mi mano con fuerza de un lado, Jude del otro, y el médico entró en la habitación con una sonrisa.

—¿Cómo vamos?

—Si no consiguen esa aguja gigante aquí y en mi espalda, voy a ir a buscarla yo misma —siseé.

Jude sonrió.

—Maldita sea, eres maravillosa.

Mientras el doctor se reía, tiré de Jude hacia abajo para darle un suave beso.

—No me siento maravillosa —admití—. Pero gracias.

—Tienes a todo el grupo en la sala de espera —dijo el doctor mientras colocaba su pequeño taburete justo entre mis piernas abiertas.

Cuando la gente dijo que perdías la modestia en el trabajo de parto, no estaban jodiendo, porque habría flasheado a todo el hospital si hubiera ayudado a sacar a mi hijo de mi cuerpo antes.

—¿Están siendo odiosos? —pregunté, haciendo una mueca cuando me midió.

Claire suspiró.

—La última vez que salí, Paige estaba en su cosa de *no* puedo ser llamada abuela. Está muy alterada por eso.

Me reí.

La frente de Jude se arrugó.

—Pensé que se habían decidido por Gigi y Papá.

Claire y yo compartimos una mirada.

—¿Qué? —preguntó.

Claire se puso de pie para refrescar la toallita.

—Esto es lo que ella hace. Cuando Paige está nerviosa o emocionada, se pone un poco... nerviosa. Odia sentirse impotente cuando uno de nosotros está sufriendo, por lo que se fija en algo que puede controlar.

Jude me dio una sonrisa suave, su pulgar trazó mis nudillos.

—Eso sí que lo entiendo.

Mi corazón, ya totalmente eufórico por las emociones generales del día, se hinchó un poco más.

—Beso por favor.

Me acomodó felizmente y habló contra mis labios después de alejarse.

—Me gusta más cuando no me estás amenazando de muerte.

—A mí también —susurré.

El clic de una foto me hizo parpadear. Claire nos sonrió, su teléfono apuntando en nuestra dirección.

—Lo siento, chicos. No pude resistir.

—Odio interrumpir —dijo el doctor—. Pero desafortunadamente, estamos demasiado lejos para una epidural.

Parpadeé.

Jude se inclinó hacia él.

—¿Qué?

El doctor tiró sus guantes.

—Te has dilatado muy rápido desde nuestro último control. Ya estás en un ocho, Lia.

Claire cerró la boca de golpe y me dio una sonrisa trémula.

—Estoy segura de que estará bien. Será rápido, Lee.

Me eché a llorar justo cuando me golpeó la siguiente contracción.

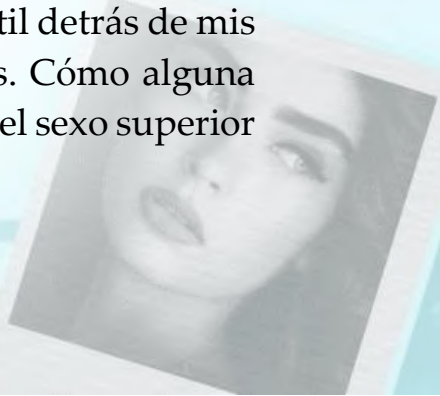
Jude

Dos horas después

Si hubiera podido dar cada centavo que gané, intercambiar cada elogio, cada premio, cada trofeo en el mundo entero para intercambiar lugares con Lia, lo habría hecho en un abrir y cerrar de ojos.

Mis manos estaban casi aplastadas por su magullado agarre mientras mi otra mano sostenía la parte posterior de su muslo.

Y mi corazón, era un montón destrozado, horrible e inútil detrás de mis costillas por lo que la había visto pasar las últimas horas. Cómo alguna mujer hacía esto más de una vez demostraba por qué eran el sexo superior en cada categoría definible.



No seas marica, me había hecho prometer, y hasta ahora, no había roto esa promesa.

—Vamos, Lia —dijo el doctor, con expresión de concentración—. Dame otro empujón.

—No puedo —ella sollozó. Su cabello estaba empapado, su rostro exhausto.

Claire hizo pequeños ruidos tranquilizadores, moviendo otra toallita sobre la frente sudorosa de su hermana.

—Vamos, amor —le dije—. Estás tan cerca.

—Escuché eso durante las últimas dos horas —gimió.

—Aquí vamos —dijo el médico. Las dos enfermeras se ocuparon de... algo, pero como prometí no mirar nada que me hiciera desmayar, no pude decir qué era.

Lia apretó los dientes y emitió otro sonido de dolor, agonía y agotamiento que me estremeció el alma, y no me jodas, podía sentir los huesos en mi mano cuando se convirtieron en polvo.

—Uno más, Lia, lo estás haciendo increíble —dijo una de las enfermeras, colocándose justo al lado del médico—. Puedo ver una cabeza de cabello oscuro.

Lia sollozó.

—¿Tiene cabello?

Presioné mi frente contra la suya.

—Uno más, mi amor. Uno más.

Y con un esfuerzo que me hizo contener la respiración, y Claire emitiendo un audible jadeo cuando vio hacia abajo, Lia dio un glorioso empujón más, y la habitación se llenó con el sonido más increíble que jamás había escuchado en mi vida.

Un bebé llorando.

—Lo hiciste —le dije, con los ojos, el corazón y el alma rebosantes. Lia sollozó abiertamente y besé su frente, sus mejillas, su boca.

—Es un niño —dijo la enfermera con una amplia sonrisa—. Felicidades, mamá y papá.

Al momento siguiente, todos estábamos llorando porque lo colocaron sobre el pecho de Lia mientras ella lloraba.

Con manos temblorosas, la enfermera me dijo cómo cortar el cordón umbilical.

Todo a mi alrededor se sentía como si se moviera más lento de alguna manera, como si mi corazón ahora existiera en estos tres segmentos separados. Uno detrás de mis costillas, uno en Lia, y otro en esta maravillosa cosa que se retorcía y lloraba y que yacía en los brazos de Lia con una mata de pelo oscuro y una nariz de botón.

Claire tomó fotos mientras yo rodeaba a Lia con mi brazo y la besaba en la parte superior de su cabeza.

—Él es perfecto —dijo, las lágrimas corrían por su rostro.

—Lo es. —Besé su mejilla—. Y estuviste tan jodidamente increíble, Lia.

La enfermera nos sonrió.

—Si quieres ayudarme a limpiarlo y pesarlo, papá, ellos se encargarán de mamá.

Lia me vio, con su barbilla temblando.

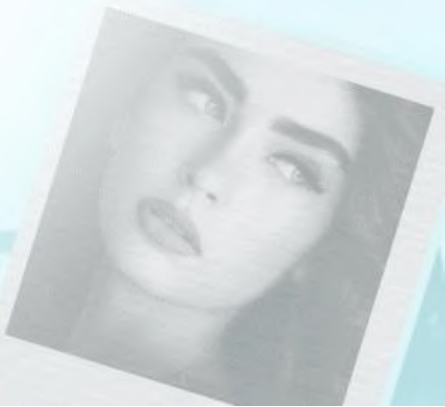
—¿Cuídalo, de acuerdo?

Su pulgar estaba en mi cara entonces, limpiando otra lágrima.

—Siempre —le prometí.

Lia

Veinte minutos después



—Esto es tan raro —susurré. Mi dedo siguió la línea de su nariz y el arco perfecto de sus labios.

—¿De verdad? —preguntó Paige—. Como si estuvieran todos viscosos y cubiertos con esta mierda loca dentro de ti, y *boom*, solo así, simplemente morirías por ellos.

Me encontré con sus ojos conocedores y sonreí.

—Básicamente.

Jude me sonrió desde donde estaba junto a mi hermano.

—¿Listo para cargarlo, Logan? —preguntó Paige, meciendo al bebé suavemente. El hombrecito estaba profundamente dormido porque, bueno, fue un evento bastante agotador nacer.

Mi hermano asintió.

—Mientras mamá no lo necesite de vuelta.

Recosté mi cabeza en la almohada y le sonreí.

—Adelante.

Mis hermanas se apiñaron en la habitación, tomando fotos por encima del hombro de Paige.

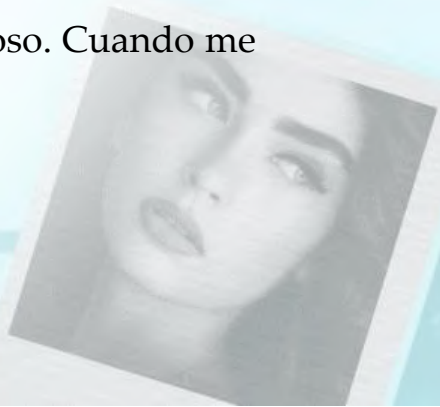
Isabel se secó en silencio una lágrima que creía que no habíamos visto. Molly guiñó un ojo y luego se señaló a sí misma. "*Favorita*" articuló.

Pero todos vimos embelesados cómo Logan primero besó a Paige en la parte superior de la cabeza, luego apretó la mandíbula mientras su esposa se ponía de pie y con cuidado transfería al bebé a los enormes brazos de mi hermano.

Básicamente, simplemente iba a llorar durante todo el día. No hay forma de evitarlo. Resoplé ruidosamente antes de darme cuenta de que todas las demás personas en la habitación, excepto Jude, estaban haciendo lo mismo.

Logan vio a mi hijo y dejó escapar un suspiro tembloroso. Cuando me vio, sus ojos brillaban con lágrimas no derramadas.

—Lo hiciste muy bien, chica.



Jude puso una mano en el hombro de Logan antes de que se acercara a la cama.

—Lo hiciste —dijo en voz baja, limpiándome el rostro con cuidado—. Una maldita guerrera.

Le sonreí.

—¿Deberíamos decirles el nombre?

Jude me besó suavemente.

—Adelante.

Mi familia me vio expectante, excepto Logan, que miraba de nuevo al bebé. Sonreí.

—Nos gustaría que conocieran a Logan Gabriel Ward McAllister.

Paige se tapó la boca, olfateando ruidosamente.

—Bueno, aquí voy de nuevo.

Los ojos de Logan volaron hacia los míos.

—¿Qué? —susurró bruscamente—. ¿Le pusiste mi nombre?

Asentí.

—Lo llamaremos Gabriel. —Deslicé mi mano en la de Jude y le sonreí.

La mandíbula de Logan se apretó y pasó una mano por el cabello negro y esponjoso de Gabriel.

—Gracias. Ustedes dos.

Isabel apoyó la cabeza en el hombro de Logan, Molly sostenía la mano de Isabel, el diamante de su anillo de compromiso recién adquirido parpadeaba en su dedo, y Claire estaba junto a Molly, con un brazo alrededor de la cintura de nuestra hermana mayor.

Logan se aclaró la garganta.

—Está bien, necesito que alguien se lo lleve antes de que empiece a llorar feo.

—Mi turno —dijeron las hermanas al unísono.

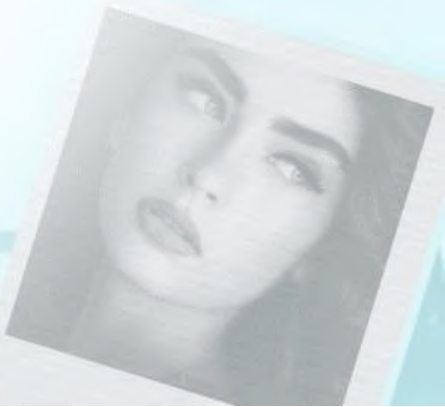
Me reí mientras discutían sobre quién sería el siguiente.

Con Jude a mi lado, su mano enroscada alrededor de la mía, me sentí increíblemente feliz e increíblemente abrumada.

Era asombroso, pensé, dónde podías terminar cuando la vida te dio algo que no elegiste para ti.

Tal vez así era como se suponía que debía funcionar. Podríamos hacer todos los planes que quisiéramos, pero en última instancia, el camino correcto exacto para nosotros era el que íbamos a tomar.

Y esto era mío.



EPÍLOGO

Lia

8 semanas después

—Calla cariño, no digas ni una palabra —canté, meciendo a Gabriel en su cuarto de niños—, mamá irá a tener un tiempo privado con papá, y te compraré un maldito pony si te quedas dormido durante la próxima hora.

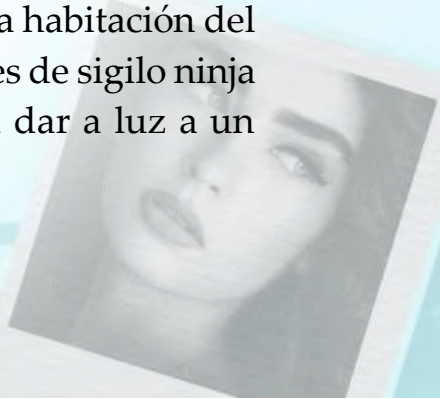
Las palabras no encajaban con la melodía, pero estaba tan privada de momentos sexys con Jude y de sueño que, en general, no podría haberme importado menos lo que salía de mi boca mientras lograra que Gabriel durmiera la siesta.

Mi querido angelito me vio fijamente, pero sus parpadeos se volvieron más lentos y más pesados, y cuando finalmente, *finalmente* se quedó dormido, respiré de alivio.

Honestamente, lo amaba tanto que era aterrador, pero era el que peor dormía en todo el mundo. Mientras lo acostaba en su cuna, sonreí. Su cabello, aún tan oscuro como cuando nació, sobresalía de su cabeza como si hubiera metido un dedo en un enchufe.

Al igual que cuando nació Emmett, cada miembro de mi familia se peleaba continuamente por mi hijo, y el horrible efecto secundario era que un niño solo se dormía cuando alguien lo mecía. Culpé a Paige porque era conocida por derribar a la gente para llegar primero a Gabriel.

Encendí el generador de ruido blanco en el tocador de la habitación del bebé y salí de puntillas de la habitación con mis habilidades de sigilo ninja recién adquiridas, algo que me dijeron que heredabas al dar a luz a un sueño ligero.



Jude tenía el día libre, y dado que había sido difícil encontrar tiempo para un poco de "mamá y papá a solas" una vez que superé la marca de las seis semanas, habíamos bloqueado una hora en nuestros calendarios para que nadie pudiera programar ninguna reunión y nadie pudiera infringir algo que ambos anhelábamos.

Con la puerta de la guardería cerrada, exhalé ruidosamente.

—Aleluya.

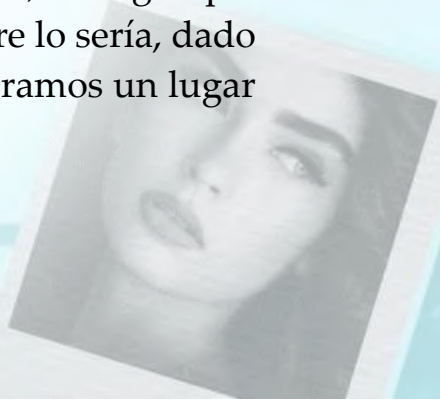
Me quité la blusa e hice una mueca al ver mi sostén de lactancia súper sexy, luego me encogí de hombros porque conocía a una persona a la que no le importaría en lo más mínimo, y ese era Jude. Amaba las curvas que todavía no había perdido del todo desde que nació Gabriel, algo que me recordaba cada vez que deslizaba sus manos alrededor de mis caderas o agachaba la cabeza para besar la parte superior de mis gloriosamente enormes tetas.

La puerta de nuestro dormitorio estaba entreabierta y una música suave sonaba desde adentro. Me había tomado un poco más de tiempo lograr que Gabriel se durmiera de lo que había planeado, pero le dije a Jude que mantuviera la cama caliente y lista para mí.

Empujé lentamente la puerta para abrirla con una mano, me asomé y sonreí.

Tirado en medio de la cama sin camisa y con una mano en su hermoso, hermoso pecho estaba Jude, y estaba profundamente dormido. Ni siquiera me sorprendió demasiado. Se había estado esforzando mucho desde que empezó en Seattle. En el equipo, había encontrado un grupo de apoyo de muchachos. Algunos, como él, jugaban en Inglaterra. Algunos eran jóvenes estadounidenses y otros de otras partes del mundo que solo querían jugar y estaban bien con un poco menos de paga y no tanta gente en las gradas.

Aunque lo que estaba en juego no era tan alto, Jude encontró un equipo que estaba empezando a amar, incluso si no era Shepperton, un lugar que fue su hogar durante tanto tiempo. Probablemente siempre lo sería, dado que decidió quedarse con su casa para que siempre tuviéramos un lugar donde quedarnos cuando visitáramos.



Con mis habilidades ninja activadas, entré de puntillas en nuestra habitación y me metí en la cama. Hizo un sonido bajo, pero sus párpados nunca se abrieron. Incluso cuando me acurruqué contra su cuerpo semidesnudo, él no se movió. Levantando mi cabeza antes de ponerla sobre su pecho, vi el reloj en la pared de nuestra habitación. Nuestro bloque de una hora estaba casi agotado, y esa noche tenía planes de ir a comprar vestidos de novia con Molly, Isabel, Claire y Paige. La hermana mayor finalmente se iba a casar, y no podía dejar de lado esos planes exactamente porque quería tirarme a mi papito británico caliente.

Suspiré, apoyando mi cabeza en su hombro y mi brazo sobre su cintura. Aunque mis movimientos fueron suaves, fue suficiente para... despertarlo, por así decirlo.

—Oh, mierda —murmuró, volviéndose hacia mí, sus musculosos brazos envolviéndome con fuerza—. Lo siento, me dormí.

—Está bien. —Levanté mi boca hacia la suya para darle un suave beso. Volvió a entrar por uno más, más largo y un poco más profundo, tarareando cuando me aparté—. Has estado trabajando bastante duro.

—Todavía no estoy acostumbrado a tener una familia gigante y loca y sus planes gigantes y locos que me mantienen ocupado fuera del trabajo.

Con una risa, deslicé mis manos por su pecho.

—Oh, vamos, ¿construir esa casa del árbol para Emmett no era tu idea de diversión?

Me dio una mirada.

—Estoy bastante seguro de que quien haya elaborado esas instrucciones de montaje ha sido enviado directamente desde el infierno, y Bauer está de acuerdo conmigo. Casi prende fuego a esa cosa cuando nos dimos cuenta de que habíamos hecho mal la primera mitad.

Tomé un lado de su cara y él se giró para besar mi palma.

—Gracias por hacer eso. A Emmett le encantará, y algún día —dije suavemente, mordisqueando el borde de su dura mandíbula—, Gabriel jugará ahí también.

Jude tarareó.

—Tal vez tenga un hermano o una hermana para ese momento.

Su mano se deslizó en la parte de atrás de mis pantalones cortos y comenzó a empujarlos por mis caderas inquietas. Me reí en su boca.

—¿Estás buscando embarazarme de nuevo, McAllister?

—Algún día —respondió con tristeza—. Pero no del todo todavía. Me gustaría casarme contigo primero, creo.

Mi cabeza se echó hacia atrás, los ojos muy abiertos, la boca colgando abierta.

—¿Me estás proponiendo matrimonio en este momento? No imaginé que esto sucediera mientras usaba un sostén de lactancia y bragas de abuela.

Él sonrió.

—No, pero no se equivoque, futura señora Lia Ward McAllister, sucederá, y no lo verás venir.

Entrecerré los ojos.

—Apuesto a que lo haré.

Jude se deslizó hacia abajo, colocando besos de succión a lo largo de mi cuello, luego en la parte superior de mis senos.

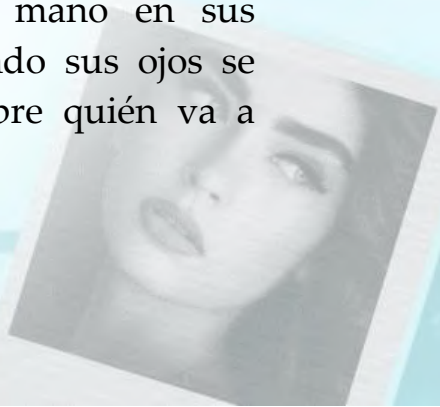
—No, no lo harás, pero será muy divertido verte intentar resolverlo.

Con un empujón en sus hombros, nos hicimos rodar hasta que estuvo de espaldas. Mi pierna se balanceó sobre sus caderas y lo sujeté. Sus grandes manos se deslizaron por mis muslos.

—No creo que dure otros seis meses, señor. —Me incliné para besarlo profundamente. Él gimió en mi boca.

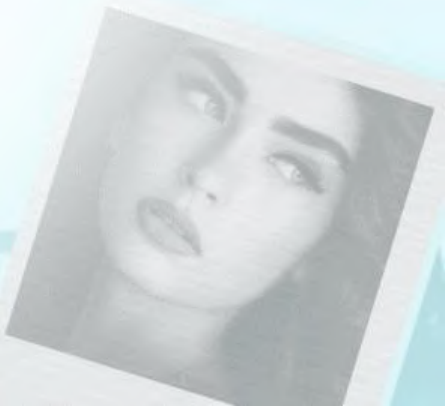
—Te amo —dijo entre besos—. Pero no puedo esperar para verte retorcerte mientras esperas.

—Yo también te amo —respondí, hundiendo mi mano en sus pantalones cortos, mordiéndome el labio inferior cuando sus ojos se pusieron en blanco—. Pero creo que te equivocas sobre quién va a retorcerse en este momento.



Se rio, y fue perfecto. Todo sobre la vida que estábamos construyendo lo era. Era agotadora y ajetreada, dulce y perfecta. Justo como me gustaba.

Fin.



ESCENA EXTRA

Isabel

El gimnasio estaba oscuro cuando entré, lo que me vino muy bien. Había memorizado cada centímetro del lugar años antes, por lo que la débil luz del amanecer fue más que suficiente para navegar de regreso a mi oficina. Como era mi día libre, se suponía que no debía estar ahí, pero mi jefa, Amy, nunca se sorprendía demasiado cuando entraba. Tomé un sorbo de mi café y estiré mi brazo libre sobre mi cabeza con una mueca. Fui un poco demasiado dura en clase el día anterior, y gemí en voz alta cuando mis músculos gritaron en protesta por el movimiento.

El gemido es lo que hizo que se abriera la puerta de la oficina de Amy, la luz de su pequeña lámpara de esquina iluminando el espacio. Las persianas se dibujaron sobre el vidrio que daba al gimnasio, que no había notado antes. La cabeza de Amy salió.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Me detuve.

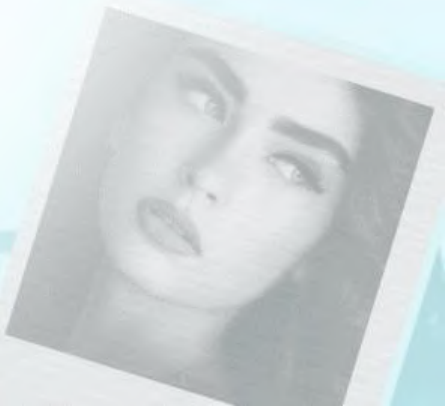
—¿Por qué te ves nerviosa por el hecho de que estoy aquí?

Había trabajado para ella y la conocía desde hacía demasiado tiempo como para andar de puntillas por cualquier cosa.

Amy suspiró, su rostro cayendo en una mirada que hizo que mi estómago también se encogiera. Había llegado el momento. Tan pronto como vio por encima del hombro y habló con alguien en su oficina, supe que esto era lo que había estado temiendo.

Un nuevo propietario.

Un nuevo jefe.



Odiaba el cambio. Me ponía nerviosa e incómoda.

Pero eso no fue nada comparado con lo que sentí cuando Amy se volvió hacia mí y me dio una sonrisa de disculpa.

—Iba a hacer esto mañana un poco más formalmente, pero debería haber sabido que tu trasero aparecería antes del amanecer en tu día libre.

—Necesitaba hacer un inventario —murmuré, viendo como ella se hacía a un lado, y *él* llenaba la entrada.

Casi se me cae el maldito café, lo que habría sido una pena por lo poco que dormí la noche anterior.

Antes de que cualquiera de ellos dijera otra palabra, lo supe.

Honestamente, sabía mucho sobre él, era ridículo. Sabía que medía 1,90 y en sus mejores días de pelea, pesaba alrededor ciento diez kilos, lo que le permitió entrar de puntillas a la categoría de peso pesado que dominó durante años.

Sabía lo que era verlo pelear porque había visto todos los combates.

Sabía que sus ojos eran oscuros, y su boca nunca, nunca se curvaba en una sonrisa.

Sabía que se había retirado hace un par de años, después de la muerte de su esposa, para cuidar a su hija.

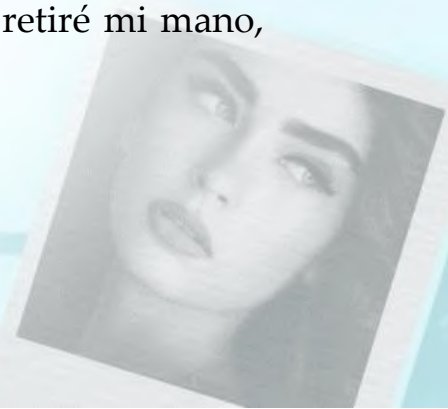
Amy se aclaró la garganta y rompió la conexión entre su mirada y la mía.

—Iz, bien podrías ser la primera en saberlo. —Hizo un gesto hacia mí—. Esta es mi gerente de gimnasio, Isabel. Es indispensable.

Dio un paso hacia mí, con la boca plana pero no mezquina, los ojos oscuros y curiosos, y cuando extendió su enorme mano, inhalé temblorosamente antes de deslizar mi palma contra la suya.

Cuando nuestras manos se tocaron, bajó la frente y su mirada se mantuvo en ese único punto de conexión. Lentamente, retiré mi mano, esperando que no sintiera el temblor en mis dedos.

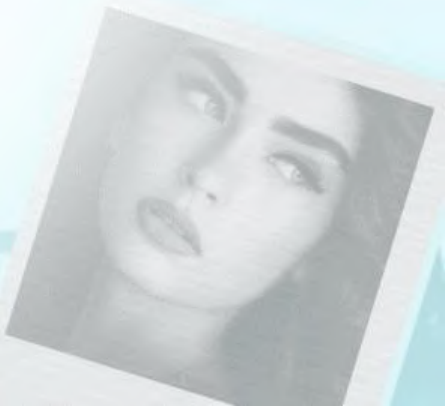
—Aiden Hennessy —dijo.



Como si no supiera su maldito nombre.

Cuando abrió la boca de nuevo, casi golpeo con mi mano esos labios porque no quería que lo dijera, pero mi mano permaneció a mi lado, y él pronunció las palabras de todos modos, en voz baja y oscura, y sentí un escalofrío de presentimiento de cómo mi vida estaba a punto de cambiar.

—Soy tu nuevo jefe.



EPÍLOGO EXTRA

Lia

Unos años después de El fin.

—Absolutamente no.

Me acomodé contra la encimera y entrecerré los ojos hacia mi esposo.

—Dividiré las ganancias contigo.

Él se rio.

—De ninguna manera, mi amor.

—El bote es de *cientos* ahora. Podríamos salir a una cena realmente agradable o comprar esas almohadas elegantes a las que siempre digo que no porque son demasiado caras.

Jude agitó un dedo en mi dirección.

—Una buena noche de sueño nunca es una pérdida de dinero.

Dejé caer la cabeza hacia atrás y gemí.

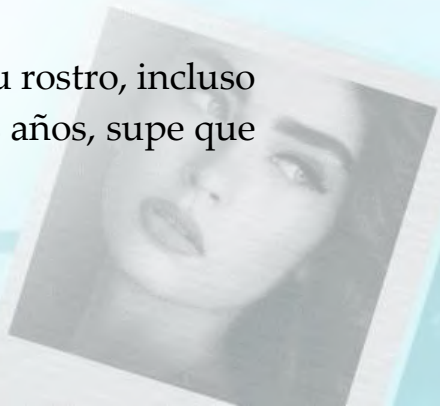
—Eres tan terco.

—El comal le dijo a la olla.

Ni siquiera levantó la vista cuando lo dijo, y eso intensificó mi mirada, pero honestamente, ni siquiera sé por qué estaba tratando de convencerlo de algo, él nunca, nunca dejaría pasar esto.

—Estás peleando una batalla perdida —le dije.

Uf. A juzgar por la mirada de incredulidad que cruzó su rostro, incluso más caliente ahora que cuando lo conocí hace más de seis años, supe que había cometido un gran error.



—Él *no* me vencerá, y si lo dejo ganar, ¿qué tipo de ejemplo le estoy dando a nuestro hijo? —Extendió los brazos—. ¿Ese dinero vale la pena sacrificar tu moral?

—No estás sacrificando tu moral —le dije—. Todo esto se ha ido de las manos, y lo sabes.

Mientras lo decía, las palabras aún flotaban en el aire entre nosotros, Gabriel entró como una exhalación en la cocina, con los ojos muy abiertos y las mejillas sonrojadas.

—El abuelo Logan me consiguió una *camiseta firmada* y dijo que podemos quedarnos al margen cuando jueguen contra Denver. —Rebotó sobre las puntas de los pies—. Conoceré a mi jugador favorito.

Me agaché cuando Gabriel se arrojó sobre mí para abrazarme y traté de ahogar mi resoplido de risa ante la mirada en el rostro de Jude.

—Gabriel, eso es asombroso —le dije—. ¿Por qué no vas a probarte tu camiseta y nos la enseñas?

—¡Bien! —gritó, saliendo de la cocina y corriendo hacia las escaleras que conducían a su dormitorio.

—Está sobornando a nuestro hijo después del fin de semana pasado. —Jude extendió los brazos—. Él es un maldito tramposo, ese hermano tuyo.

Rodé mis labios entre mis dientes y le di a Jude una mirada paciente. Tan paciente. Como... debería estar lista para la santidad porque esto entre él y Logan se estaba volviendo ridículo. El hecho de que Paige me apostara por el resultado solo empeoraba las cosas.

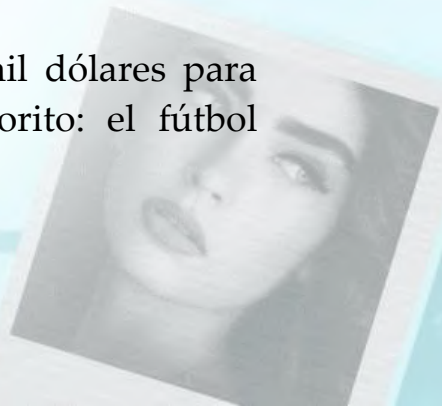
Entonces mis hermanas se involucraron.

Y sus maridos.

Alguien en el personal de los Wolves se enteró.

Lo mismo hizo el ex compañero de equipo de Jude.

Ahora había un pozo de apuestas de más de dos mil dólares para convencer exitosamente a Gabriel de su deporte favorito: el fútbol americano versus el fútbol británico.



Honestamente, no podría inventarlo, aunque quisiera.

Gabriel, para su crédito, nunca pareció molestarse cuando los dos hombres más importantes de su vida le preguntaban cuál era su deporte favorito.

Él siempre, y quiero decir, siempre, respondió: "Todavía no estoy seguro. Me gustan todos".

Las apuestas crecieron a medida que pasaban las semanas. Mi hijo muy atléticamente dotado, quien, para que conste, amaba ambos deportes, estaba siendo cortejado por atletas profesionales con sesiones de entrenamiento privadas y parafernalia firmada de varios equipos de todo el mundo, porque mi esposo y mi hermano nunca podrían resolver el debate sobre qué fútbol era mejor.

No se me pasó por alto la ironía, dada la forma en que Jude y yo nos conocimos.

Le di un beso a Jude mientras esperábamos a que Gabriel volviera corriendo a la cocina con su nueva camiseta de Denver puesta. Suspiró contra mis labios, colocando sus manos en mis caderas como siempre lo hacía.

—Lo sé, piensas que estoy chiflado —susurró.

Mis brazos se enrollaron alrededor de su cuello.

—Creo —dije en voz baja—, que tú y mi hermano son los dos hombres más competitivos que he conocido en toda mi vida.

—Cierto —concedió con una sonrisa.

Las manos de Jude se deslizaron por las curvas de mi trasero y mordisqueó a lo largo de mi mandíbula. Exhalé una risa entrecortada.

Incliné mi cabeza hacia un lado, dándole mejor acceso a un lado de mi cuello.

—También creo que nuestro hijo está jugando horriblemente con ustedes dos.

Eso hizo que Jude retrocediera.

—¿Qué?

Ante su expresión facial estupefacta, me reí.

—Oh, vamos, es un chico brillante. Si elige un favorito, todas estas cosas increíbles que ustedes dos le siguen dando, se detendrán.

Jude parpadeó.

—Maldita sea, ese es un genio malvado, ¿no es así?

Tarareé.

—En efecto.

Mi esposo me golpeó el trasero y caminó hacia el refrigerador.

—Él sacó eso de ti, no te equivoques.

Pellizqué el costado de Jude y él gritó.

Gabriel volvió corriendo a la cocina, la camiseta naranja le quedaba tres tallas más grande.

—Mira, mamá —dijo efusivamente—. ¿No es increíble?

—Completamente asombroso.

Jude negó con la cabeza, pero aun así sonrió.

—Entonces, ¿el fútbol es tu deporte favorito?

Gabriel no respondió al principio, demasiado enamorado de la firma garabateada de su actual jugador favorito.

—¿Qué?

—Tu deporte favorito —repitió Jude—. ¿Es fútbol?

—O fútbol americano —agregué.

Jude puso los ojos en blanco. Había vivido en Estados Unidos durante años, y todavía odiaba llamarlo así.

Gabriel se encogió de hombros.

—No sé. Me gustan ambos.

Luego se fue corriendo de regreso al patio trasero para poder lanzar su pelota de fútbol al aire y fingir que estaba atrapando el touchdown ganador del juego. Mi corazón siempre daba pequeños vuelcos extraños

cuando me daba cuenta de lo viejo que parecía. Gustos y aversiones y aficiones que podrían convertirse en una pasión para toda la vida si se fomentan correctamente.

Jude me rodeó con los brazos y apoyó la barbilla en mi hombro mientras veíamos a nuestro hijo jugar al mariscal de campo y al receptor y luego al pateador, corriendo de un lado a otro con los brazos en alto, reaccionando a vítores imaginarios que solo él podía escuchar.

—¿Hiciste eso cuando eras joven? —pregunté.

Jude tarareó.

—Oh sí. Si tuviera un dólar por cada vez que levantaba el trofeo en la cancha del patio de mi escuela mientras crecía, toda la práctica que hice ahí después del día escolar terminó... podría comprar tu pozo de apuestas bastante rápido, esposa mía.

Si cerraba los ojos, podía verlo tan claramente como si sucediera frente a mí. No tenía papás que fomentaran su amor por los deportes mientras crecía, pero se aseguró de que Gabriel nunca experimentara eso.

Cualquier cosa en la que Gabriel mostrara interés, Jude se lanzaría de inmediato. Cuando Pokémon era la obsesión, miraba un sinfín de videos de YouTube sobre cómo dibujar los personajes, abrió docenas de paquetes de tarjetas de colección para que los dos pudieran clasificar las pilas. Cuando la lectura de Harry Potter comenzó antes de lo que ninguno de nosotros había previsto, Jude compró la caja y se hizo cargo de la lectura antes de acostarse, con las voces de cada personaje.

Nuestro hijo, incluso si eligiera el fútbol americano como su favorito, tendría el papá que más lo apoyaría en todo el mundo.

Pero esto, se trataba de vencer a Logan más que nada.

Giré la cabeza y le di un beso en la mejilla.

—Sigo pensando que deberías dividir las ganancias conmigo.

Jude no dijo nada, simplemente vio a nuestro hijo jugar al otro fútbol con una pequeña sonrisa orgullosa en su rostro.

Pasó otra semana, algunos jugadores más de los Wolves agregaron sus nombres en el bote y ofrecieron sesiones de acondicionamiento con Gabriel. Jude atrajo a un ex ganador del Botín de Oro de la Premier League para que le enviara a Gabriel un video que le mostraba algunos consejos para driblar.

Llegamos a la casa de Logan y Paige para una cena familiar, y Gabriel salió disparado del auto, corriendo por el garaje para poder hurgar en los casilleros gigantes llenos de equipos deportivos.

Una pelota de voleibol salió volando de la esquina, seguida de cerca por un birdie de bádminton.

—¿Qué estás buscando? —pregunté.

Gabriel arrancó algo con un fuerte tirón, gritando de emoción al ver la patineta polvorienta. Mis cejas se dispararon en mi frente.

—¿Sabes montar eso?

Rodó los ojos.

—Sí.

—Agarra un casco —le grité a su espalda en retirada.

Jude vio dos veces cuando Gabriel pasó a toda velocidad junto a él en el tablero.

—¿Esto es algo que estamos haciendo ahora?

Me encogí de hombros.

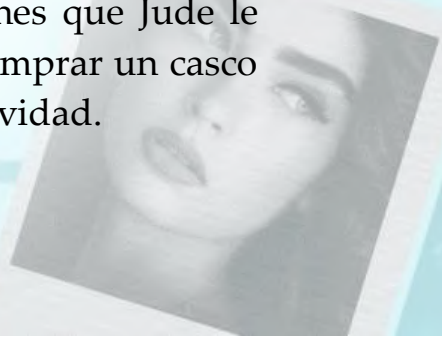
—Aparentemente.

Ninguno de nosotros pensó nada de eso.

Hasta que Gabriel pidió un viaje al skate park a unos cinco minutos de nuestra casa.

Luego dos visitas la semana después de eso.

Dejó intacta su camiseta firmada durante tres días sin precedentes, lo mismo ocurrió con el nuevo balón de fútbol y los botines que Jude le regaló. Gabriel sacó dinero de su propia alcancía para comprar un casco genial y preguntó si podía comprar una patineta para Navidad.



Pero fue cuando logramos programar una visita a Whistler para quedarnos en la casa de Claire y Bauer en Vancouver que mis profundas sospechas sobre este nuevo pasatiempo se demostraron ciertas.

Observé desde la ventana de su cocina, flanqueada a ambos lados por mi hermana gemela y mi esposo, mientras Bauer se agachaba junto a Gabriel y le mostraba diferentes consejos sobre cómo voltear la patineta, cómo tomar las curvas en un parque de patinaje de una manera más rápida.

—Así que es su culpa —murmuré.

Claire se rio.

—Aparentemente.

Estaba tan cerca de lo que dije cuando Gabriel sacó la patineta por primera vez que Jude negó con la cabeza.

—Nunca pensé en mantener mi ojo en el snowboarder —me dijo—. A ese hombre le encanta mantenernos alerta, ¿no es así?

Cuando Gabriel se cayó de la patineta, contuve el aliento, lista para salir a ver cómo estaba. Jude apoyó una mano en mi espalda.

—Solo espera, amor. —Él estaba viendo con gran interés.

Bauer habló demasiado bajo para que pudiéramos escuchar algo a través de la ventana abierta, y mientras ajustaba las correas del casco de Gabriel, comprobaba rápidamente los codos y las rodillas, dijo algo que hizo reír a Gabriel.

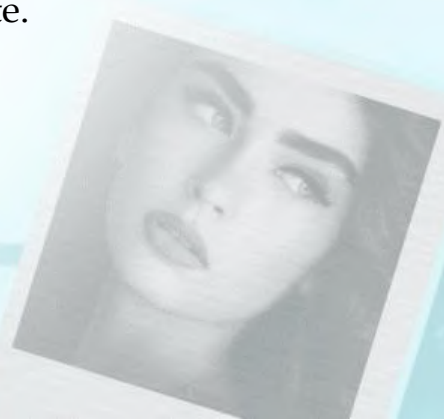
Entonces mi hijo volvió a aparecer y volvió a subirse a la patineta. Su sonrisa era amplia, sin rastro de miedo o preocupación en su rostro mientras recorría el camino circular bajo las hábiles instrucciones de Bauer.

—Nuestros hijos tienen la jodida familia más genial —susurré.

Claire se rio, e incluso Jude esbozó una sonrisa renuente.

—Admítelo —dije, empujándolo con mi codo.

Gruñó.



—Si esto significa que Logan pierde, admitiré cualquier cosa en este momento.

Después de unos minutos más, Gabriel saltó de la patineta y volvió corriendo a la casa.

—Mamá, papá —dijo efusivamente, con las mejillas sonrojadas y los ojos brillantes—, ¿vieron esa voltereta que hice?

Jude levantó un puño.

—Épico. Absolutamente épico.

Gabriel golpeó su puño contra el de su papá, sonriendo tan ampliamente que pensé que su rostro se rompería.

—La patineta es *totalmente* mi favorito —dijo, luego salió corriendo de la casa.

Me eché a reír, al igual que Claire.

Jude negó con la cabeza.

—Increíble.

—Y sin embargo —dije lentamente—, es un poco perfecto.

—Perdí, ¿no? —dijo mi esposo con un suspiro.

—Sí. —Claire y yo hablamos al mismo tiempo.

—Pero... Logan también —continuó, con una sonrisa de suficiencia adornando su rostro—. Lo llamaré en este momento.

Claire y yo negamos con la cabeza, luego nos volvimos a ver a su esposo seguir ganando el premio no oficial al 'tío más genial', desmantelando sin ayuda mis posibilidades de ganar el bote.

—¿Deberíamos decirles que Bauer apostó por barrer todo? —reflexionó Claire.

Me reí por lo bajo.

—No.

Mi hermana pasó su brazo alrededor de mi cintura y puse mi cabeza sobre la suya.

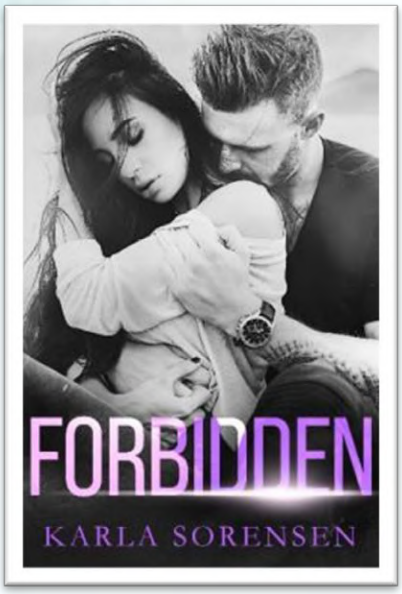
—Me gustan mucho nuestros maridos —dijo.

—A mí también, Claire. A mí también

Fin...otra vez.

FLOORED

SIGUIENTE LIBRO



Hacen falta muchas cosas para ponerme nerviosa, pero nada podría haberme preparado para el día en que Aiden Hennessy cruzó las puertas de mi querido gimnasio, con los papeles de propiedad en sus grandes manos.

Sé muchas cosas sobre mi guapísimo nuevo jefe, un antiguo luchador cuyos pósters solían decorar las paredes de mi habitación.

Sé que se retiró en la cima de su fama para cuidar de su mujer enferma.

Sé que ahora es papá soltero y está criando a una adorable niña. Y sé que, por muy melancólico y callado que sea, mi inocente enamoramiento adolescente se ha convertido en una fantasía adulta muy inapropiada.

Lo habría superado, hasta que una noche entrenando con él en el gimnasio, queda claro que mis sentimientos no son tan unilaterales.

Es imposible fingir que no lo quiero. Especialmente cuando tengo que verle todos los días, y verle cuidar de su hija.

Aiden piensa que soy demasiado joven para él. Dice que no debería quererme.

Pero basta un paso para demostrar que lo que dicen es cierto: la fruta prohibida es la más dulce.

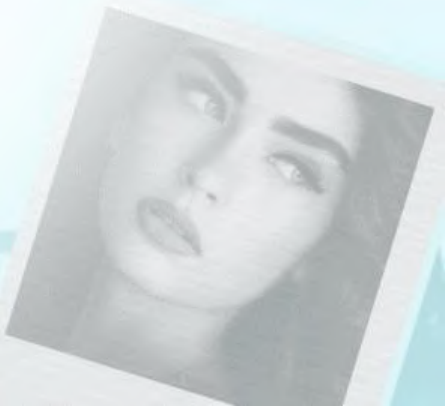
BLACK CAT
SWEET POISON

Ward Sisters #4.

FLOORED

ACERCA DE LA AUTORA

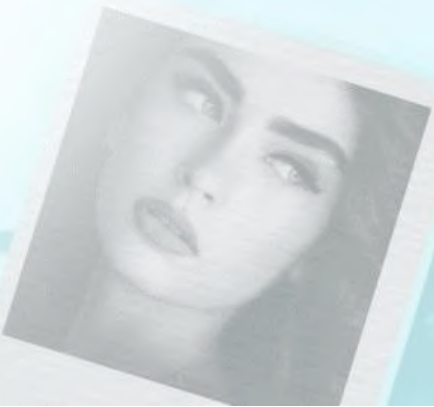
Karla Sorensen ha sido una ávida lectora toda su vida, prefiriendo historias con un final feliz a cualquier otro tipo. Y considerando que tiene una partida completa en su presupuesto para libros, se dio cuenta de que podría ser más barato escribir sus propias historias. Todavía mantiene los dedos de los pies en el mundo del marketing de atención médica, donde se ganaba la vida antes de dar a luz. Ahora se queda en casa, escribiendo y haciendo de mamá a tiempo completo (esto se traduce en que casi todos los días son un 'día de pijama' en la casa de Sorensen... no juzguen). Ella vive en el oeste de Michigan con su esposo, dos hijos excepcionalmente adorables y un perro de rescate grande y peludo.



KARLA SORENSEN

Ward Sisters #3

Este libro fue traducido por:

BLACK CAT
SWEET POISON

FLOORED